JOSE ANTONIO NIETO MORALES

LOS ÚLTIMOS DE LA EGB



LOS ÚLTIMOS DE LA EGB

Jose Antonio Nieto Morales

LOS ÚLTIMOS DE LA EGB



EDITORIAL
LETRA MINÚSCULA

Primera edición: mayo de 2024
ISBN:978-84-10343-54-2
Copyright © 2024 Jose Antonio Nieto Morales
Diseño de portada: Matu Santamaría
Editado por Editorial Letra Minúscula
www.letraminuscula.com
contacto@letraminuscula.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

Índice

Notas del autor
Carlos: la mañana
Sergio: el mejor momento del día
Carlos: el trimestre de IVA
Sergio: la revolera
Carlos: el detalle
Sergio: vamos a sisar
Sergio: el Barrio Chico
Carlos: el ordenador
Sergio: el Barrio Chico (continuación)
Sebas: maricón
Sergio: ayuda
Sergio: Roxette
Carlos: ¿quién me va a querer a mí?
Carlos: la minitienda
Carlos: mi madre
Lola: una visita inesperada
Sergio: Joyride
Lola: una verdad incómoda
Sergio: Gitano
Carlos: mi tratamiento
Sergio: piensa antes de hablar
Carlos: ella me tocaba a mí
Sergio: Las Cortijadas
Sergio: el Barrio Rico
La niña de la ventana: once horas y media antes
Mónica: la escuela de verano
Mónica: el desayuno
Mónica: lo justo y lo correcto
Lola: la tarta
Sergio: el trompo
Carlos: la prueba
Carlos: el secreto
Sergio: la chica
Lola: el abrazo
Carlos: también soy tu hijo
Sergio: la playa de los Peñones
Sergio: el botín

Carlos: el despertar
Sergio: al final verás tú
Sergio: el escondrijo secreto
Sergio: el concierto
Sergio: esto no me cuadra
Carlos: mi nuevo tratamiento
Carlos: el Club Miami
Sergio: ahora me cuadra
Carlos: el agujero de la puerta
Sergio: promesa incumplida
Sergio: que estén a solas
Carlos: el huevo
Sergio: un chispazo de luz
Carlos: Lola
Sergio: amigos y novia
Sergio: noche en casa de Borja
Carlos: lo imposible hecho posible
Sergio: la nueva situación
Carlos: demanda de empleo
Sergio: casi grado dos
Carlos: ¿qué te ha pasado?
Sergio: pardillos sí
Sergio: venganza
Carlos: por poco tiempo
Sergio: desatados
Sergio: descontrol
Lola: soy así
Sergio: el miedo por la tristeza
Sergio: sorpresa
Carlos: hablar
Carlos: advertencia
Sergio: la llamada
Carlos: la casilla pendiente
Sergio: guerra para conseguir paz
Sergio: el plan
Carlos: no
Sergio: será la última vez que lo vea
Sergio: el enfrentamiento
Sergio: combate singular
Sebas: un aviso

Sergio: te arrepentirás
Sebas: frustración
Sergio: el tío más peligroso de Mardulce
Sergio: ámbar
Fran: la estatua
La leyenda

Notas del autor

Querido lector, todos nos hemos criado y hemos crecido en algún lugar, ese sitio donde sentimos por primera vez el significado de la amistad, del amor o la pertenencia a un grupo. Era nuestro territorio. Podríamos haber desplazado las paredes de nuestro hogar hasta los extremos que lo delimitaban; no nos hubiera importado. Ese lugar puede ser tu barrio, tu calle, tu pueblo o el banco frente al instituto. Es por eso por lo que, en esta historia que has decidido recorrer, el barrio de los protagonistas principales no tiene nombre, porque puede ser tu barrio, tu calle, tu pueblo o el banco frente al instituto.

No puedo estar más agradecido de que tengas mi libro entre tus manos.

Carlos: la mañana

—No puedo —le dije. Sentí cómo una gota de sudor frío se desplazaba por mi mejilla.

—¿Quieres que baje a ver si puedo levantarla? —me preguntó, evidenciando por su tono de voz lo molesta que estaba.

—Mi amor, creo que no hay nada que hacer —dije a la vez que me quitaba de encima de ella. Al tumbarme de espaldas, sobre las sábanas, respiré profundamente. Espiré pensando en lo único que podía hacer ante aquella situación: resignarme.

—Joder, Carlos, ¿me vas a dejar con el calentón? —elevó la voz.

—¡Lola, habla más bajo, vas a despertar a Sergio! —le exclamé musitando.

—Qué preocupado estás por despertar a Sergio. Como si fuera tu hijo… —me respondió susurrante; luego me soltó un bufido.

—Es mi hijo —le respondí, molesto.

Los siguientes minutos los protagonizó un silencio absoluto.

Me levanté. Estaba demasiado nervioso para seguir tendido en la cama. Subí la persiana con mucho cuidado. Era aún muy temprano y, tal como le había dicho a Lola, no quería despertar a Sergio. La habitación se iluminó tímidamente por el incipiente amanecer.

Al mirar por la ventana observé los feos edificios de ladrillo visto que componían el barrio. Los bloques de viviendas se habían construido con muy poca distancia entre ellos, con lo cual las calles que conformaban el barrio eran igual de estrechas. Más que calles, tendría que llamarlas «callejuelas»; y en el centro del barrio, la plazoleta donde vivía. Los pisos no tenían más de cincuenta metros cuadrados. Unos pisos que habían sido regalados por el franquismo a las pobres gentes que se habían quedado sin techo por la destrucción de la Guerra Civil no podían ser amplios ni lujosos.

Con la sacudida del que se despierta de una pesadilla, la pesadumbre invadió la totalidad de mis pensamientos al sentir el húmedo y flácido miembro entre mis piernas.

—Ya no puedes poner de excusa que es la primera vez que te pasa.

Mi mujer no intentaba hacerme sentir mejor.

—¡¿Qué narices te ocurre, Carlos?! —volvió a elevar la voz.

No debería molestarse tanto. Sé perfectamente que el sexo no es algo de lo que ella adolezca: va bien servida. Cabría destacar que no es en la alcoba de nuestro dormitorio donde se sirve, y sobre todo habría que destacar, más aún, que no es conmigo.

—Pueden ser las nuevas pastillas o el estrés del trabajo; tiene que ser algo de eso. —Sabía que mi respuesta provocaría un comentario hiriente.

—Tiene que ser el nuevo tratamiento de tu loquero. No creo que llevar la contabilidad de un taller mecánico de barrio sea lo más estresante del mundo, ¿o acaso el facturar albaranes te hace perder la virilidad?

De mi mujer rezumaba maldad en forma de palabras. Me imaginaba emanando de ella a borbotones un líquido oscuro y untuoso que me salpicaba y empapaba todo mi ser, atravesándome las ropas y la piel. Una parte de ese líquido me calaba hasta los huesos; el resto avanzaba por mi cuerpo embadurnándolo todo, aprisionándome el pecho hasta casi dejarme sin

aliento.

Por extraño que parezca no era dolor lo que sentía, sino un inmenso sentimiento de insignificancia que recorría todo mi ser, como el surco acuoso que deja el caracol al arrastrase. En ese preciso instante no me cabía la menor duda de que era la persona más pequeña que existía en la faz de la tierra.

Mi cabeza comenzó a buscar con rapidez algún argumento para conseguir mantener mi autoestima en pie, aunque fuera de forma precaria. Pero, por más que buscaba, no encontraba nada. Quizá porque no había nada que encontrar.

Lola se levantó. La luz del amanecer perfiló su cuerpo generando multitud de sombras a su alrededor. Los morenos rizos de su pelo cayeron juguetones sobre sus hombros. La observé con detenimiento. Aún transmitía el atractivo físico de hacía años, pero de forma ineludible se hacía patente la etapa de la vida en la que se encontraba, esa fase donde todo se mantenía en su sitio a base de dieta y ejercicio. La madurez se abría paso de manera inexorable. Ella lo sabía, y esa era una de las dos cosas que más atormentaban a mi mujer: saber que se estaba haciendo mayor. La otra, la soledad.

—Si queremos tener un hijo, es necesario que se te ponga dura —me dijo dándome las espaldas mientras se ponía una bata para ocultar su desnudez—. También sería interesante que ese jefe que tienes te subiera el sueldo, todavía tengo que pagar la cuota del mes pasado de las clases de aeróbic. —Me clavó sus verdes ojos—. Estoy cansada de ir siempre ahogada.

—Mi amor, quizá deberías dejar el aeróbic, tenemos que priorizar gastos —respondí bajando la cabeza. Me arrepentí inmediatamente de lo que acababa de decir.

—Quizá deberías dejar de ir al loquero —me contestó, ceñuda.

—No puedes comparar —«el Orfidal», pensé—: voy al psiquiatra por mi depresión, necesito ayuda médica…

—Poco está haciendo por ti —me interrumpió—: ni siquiera eres capaz de empalmarte y cumplir como un hombre. —Calló abruptamente. Un gesto de compasión asomó vagamente en su rostro, pero de inmediato lo borró para dar paso a la expresión hosca que solía tener conmigo —. Deberías exigirle que te devuelva el dinero. —Dio un giro brusco y volvió a darme las espaldas.

Me sentía destrozado. ¿Cómo tenía que reaccionar ante esta falta de respeto? «Lo mejor será no discutir», razoné, afligido.

Volví a mirar a través de la ventana. La luz del amanecer ya emergía con fuerza, sería un día caluroso.

—¿Cuándo te dan los resultados? —me preguntó mirándome de reojo.

—Estoy a la espera, no pueden tardar mucho más —respondí. La conciencia me arañó en el pecho.

Me vestí con rapidez: un pantalón corto y una camiseta de algodón blanca con el logotipo bien grande de Pryca en el pecho. La camiseta estaba a estrenar; me la habían regalado en el hipermercado la semana anterior, un detalle pequeño por su parte teniendo en cuenta que me había gastado más de diez mil pesetas aquel día. Mientras me enfundaba las zapatillas, Lola me miraba con los brazos colocados en jarra.

—¿Piensas ir a trabajar con esa ropa? —me preguntó.

—Claro que no. Me voy a correr a la calle, lo necesito —respondí a la vez que me ataba los cordones de las zapatillas.

Lola soltó una pequeña pero maléfica carcajada.

—Tú te vas a correr a la calle, y yo ahora lo voy a hacer en el baño —me dijo marchándose de la habitación. La bata que vestía ondeaba de un lado a otro de forma hipnótica.

Sergio: el mejor momento del día

Sin duda, era el mejor momento del día. Sobre la mesa, un vaso de leche mezclada con tres generosas cucharadas soperas de azúcar y cuatro de colacao. A decir verdad, el contenido del vaso poco se parecía al de la leche: era de un color marrón tirando a negro por la acumulación de colacao. Los bordes del vaso estaban impregnados de pequeñas bolas de colacao que se adherían al removerlo con la cuchara. Trozos de magdalenas buceaban en aquel néctar. Era una delicia pescarlos con la cuchara. Cuando ya no había nada que pescar, agarraba de la bolsa otra magdalena y con las manos las desmenuzaba en el vaso, y vuelta a la faena.

Todo esto no era suficiente para convertir este momento en el mejor del día si no fuera por lo que tenía delante de mis ojos: la televisión. La programación infantil de Telecinco por la tarde estaba al mismo nivel que mi merienda. La pantalla del televisor mostraba como *Conan, el aventurero*, mandaba a otra dimensión a base de espadazos a multitud de lagartos malvados. Pero el premio gordo venía después de los dibujos de *Conan*: Los *Power Rangers*. Era tal el ensimismamiento que tenía al ver a estos superhéroes adolescentes que, en más de una ocasión, los trozos de magdalena que nadaban en el colacao se terminaban de disolver por completo.

Me ajusté las gafas, subí un punto la velocidad del ventilador, que tenía a escasos treinta centímetros de la cara, y me dispuse a continuar disfrutando de aquella tarde de verano frente al televisor.

Mi momento idílico fue bruscamente interrumpido por los gritos de mi amigo Fran —era un verde en mi radar— llamándome desde la calle.

—¡Flubber! ¡Flubber!

Intenté hacer caso omiso, pero Fran seguía insistiendo.

—¡Flubber! ¡Sé que estás ahí! ¡Asómate a la ventana, tío!

Cerré los ojos, esperanzado en que se cansaría de gritar, pero, al escuchar a mi madre —es un verde, pero a veces me dan ganas de ponerle un rojo—, la esperanza se diluyó con la misma rapidez que el azúcar en mi colacao.

—¿No ves que te están llamando? ¡Mira a ver qué quiere Fran! —me dijo gritando desde el pasillo.

Tanto en mi casa como en la calle, todo se habla a gritos. Yo, sin embargo, como me molesta que me griten, pues no grito; así de sencillo.

—Mamá, estoy viendo el final de *Conan*, luego empiezan los *Power Rangers* y, lo más importante de todo: no he terminado de merendar —le respondí, molesto, no solamente por su inoportuna intervención, sino también por la poca importancia que le había dado mi madre a que me llamaran por mi mote. Pero pensé que mejor ni referírselo: prefería centrar todas mis energías en ganar la batalla de retomar mi momento idílico.

Mi madre apareció con cara de pocos amigos, miró la bolsa de magdalenas que tenía al lado y, dirigiéndose con decisión a la ventana del salón, exclamó.

—¡Fran, ahora sale! —Sacó medio cuerpo por la ventana, me sorprendió ver su agilidad.

—Muchas gracias, señora Lola —respondió Fran, complaciente.

—¡No me llames señora! —le espetó mi madre frunciendo el ceño.

—¡Pero, mamá, te acabo de decir…!

—¡Anda, vete con tu amigo a la calle! ¡Y deja de meterle mano a la bolsa de magdalenas, que al final te la ventilas! —me dijo airada y, por supuesto, gritando.

No tuve más remedio que levantarme y asomarme por la ventana.

—¿Qué quieres, Fran? —pregunté evidenciando mi disgusto.

—¿Por qué no contestas?

—Pues resulta que mi nombre es Sergio, no Flubber. A ver si os enteráis de que no me gusta que me llaméis así —respondí.

—Vale, como quieras, Sergio —exageró la pronunciación de mi nombre—. Baja, que estoy con Sebas. Queremos jugar una revolera y necesitamos ser al menos tres.

—¿Sabes qué?, ahora no puedo —le dije con determinación—. Estoy merendando.

—Ya has terminado de merendar, lo acabo de recoger todo. ¡Vete a la calle a mover el culo! —exclamó mi madre desde la cocina.

—¡Venga, bájate, te esperamos en el descampado! —me dijo Fran a la vez que se marchaba.

Lo dicho: me han dilapidado el mejor momento del día en un santiamén. Estoy seguro de que esto a Conan o a Zordon no les pasa. Qué diferente sería si tuviera superpoderes…

Carlos: el trimestre de IVA

—¿Se puede saber por qué me está diciendo mi asesor que tengo que pagar ochenta mil pesetas más de IVA de lo previsto? —me preguntó Ambrosio, el dueño del taller y, por consiguiente, mi jefe.

Parecía un orangután mientras caminaba hacia mi mesa de trabajo a la vez que estiraba el brazo para apuntarme con su rechoncho dedo.

Levanté la mirada del montón de documentos que tenía perfectamente organizados, para llevar mi atención a cómo Ambrosio apoyaba sus manos sobre la mesa donde yo trabajaba. Esa era la forma que tenía para demostrar en qué escalafón se encontraba él, pero sobre todo en cuál me encontraba yo. Aunque Ambrosio no dejaba de ser un imbécil, maloliente y putero, he de reconocer que aquel enorme hombre, apoyado frente a mí con el rostro contraído, dibujaba una estampa bastante intimidatoria.

Por su cuello se deslizaban varias gotas de sudor. Desde su aparcamiento no había más de cien metros, pero esa distancia era más que suficiente para provocar que su torso se sacudiera violentamente por el esfuerzo que acababa de realizar. También me fijé en la mancha, seguramente de tomate, que resaltaba en la camisa a la altura de su voluminosa panza. No era una mancha reciente: el tomate se había secado en el tejido, por lo que se mostraba un roal poroso de color rosáceo. Quizá fuera de la tostada de jamón que se había comido la semana pasada. No quería ni pensar el tiempo que llevaba esa camisa sin ver el agua.

Acercó su cabeza a la mía. Olía a tabaco y anís.

—¿Es que no me has oído lo que te acabo de preguntar?

—Hola, Ambrosio. Te dejé en tu mesa el borrador del modelo 303 que le iba a enviar a la asesoría…

—Sigues sin responderme, Carlos —me interrumpió—. ¿Por qué dice mi asesor que tengo que pagar ochenta mil pesetas más de lo que tenía previsto? —Dos impregnaciones de sudor fue lo que dejó en mi mesa al levantar las manos. Se peinó un mechón de pelo grasiento hacia atrás.

—Tranquilo, Ambrosio. Es lo que sale de IVA en el trimestre —le respondí. Un escalofrío me recorrió la espalda.

—Carlos, no me digas que me tranquilice —me volvió a señalar con su rechoncho dedo— y empieza a explicarme por qué tengo que pagar más IVA del que debo.

Comencé a buscar nervioso dentro de una carpeta que tenía en un extremo de la mesa.

—Sí, aquí está —dije mostrándole el listado de facturas emitidas del trimestre—. Es por la factura de Pinturas Barrameda S. L.

—¿Cómo que la factura? —me preguntó apitufando la voz—. Eso fue un anticipo.

—Efectivamente —afirmé.

—¿Y tú eres contable? Un anticipo no lleva IVA.

—Ambrosio, el anticipo de clientes es facturable y debe llevar el correspondiente 16 % de IVA…

—¡Has facturado el anticipo de Pinturas Barrameda! —me interrumpió dando un grito.

—Fiscalmente, estamos obligados —le dije casi susurrando.

—Cuando saqué la cuenta no me salía el anticipo.

—Hiciste el cálculo con los datos sin actualizar. Ya te he comentado más de una vez que, si dispusiéramos de un ordenador, con su correspondiente programa contable, no pasarían estas cosas —le expliqué.

Ambrosio me miró emitiendo un pequeño gruñido, como un tigre cuando analiza a su presa.

—Lo mismo tienes razón y compro un ordenador, pero en ese caso tú ya no me harías falta —dijo con una calma exagerada—. Arregla este desaguisado. No pienso pagar un IVA que no me corresponde.

—Ambrosio, es lo que hay que pagar…

—¡Eres un inútil! El anticipo no se factura. —De un manotazo tiró todos los documentos que tenía organizados sobre la mesa.

—¿Por qué lo tiras? Llevaba toda la mañana casando los albaranes de compra con sus correspondientes facturas.

Miré el desastre que se había formado en el suelo por todas las hojas esparcidas.

—¡Lo vuelves a casar! —me ordenó.

—He tardado más de cuatro horas en hacerlo. Termino en treinta minutos, no me da tiempo. —Me agaché y comencé a recoger los documentos.

—¡Como mañana no estén casados todos los albaranes con las facturas, no hace falta que vuelvas al taller! —me amenazó.

—¿Por qué gritáis tanto por aquí? —preguntó Juancho, uno de los mecánicos que trabajan en el taller. Se acercó hasta donde nos encontrábamos mientras se limpiaba las manos con un trapo.

—Es una discusión con Carlitos. Al parecer le hace falta un curso de reciclaje de contabilidad —le hablaba a Juancho manteniendo sus ojos en mí.

«Tú sí que necesitas un curso de reciclaje, pero de higiene personal, orangután de mierda», pensé.

—¡Oye, Carlos! —me dijo Juancho. Tiró sobre mi mesa el trapo sucio con el que se limpiaba las manos.

Me limité a mirarlo de mala gana mientras continuaba agachado, recogiendo todos los albaranes y facturas.

—¿Cómo está tu mujer? —me preguntó con sorna a la vez que le daba un codazo de complicidad a Ambrosio. Ambos sonreían mientras me observaban recoger los papeles del suelo.

—Mi mujer está muy bien. —Me levanté de golpe, respondiendo con convicción—. ¿Por? —pregunté serio.

—No te pongas nervioso —me dijo Juancho haciendo un gesto apaciguador con las manos—. Ya sé que tu mujer está muy bien. —Otro codazo cómplice—. Te lo pregunto porque me han dicho que últimamente está haciendo mucha gimnasia con su profesor de aeróbic.

Tanto Juancho como Ambrosio rompieron a reír a carcajadas. En el fondo, esas risotadas me daban absolutamente igual, no me molestaban lo más mínimo. Lo que sí me cabreaba era que tendría que quedarme toda la tarde volviendo a unir los albaranes de compra con sus correspondientes facturas.

Sergio: la revolera

Sentado en uno de los ladrillos que marcaba el ancho de la portería estaba Sebas —ámbar en mi radar—. Él de por sí era muy moreno de piel, pero ahora había adquirido una tonalidad muy cercana al negro por el sol veraniego que recibía a diario. Sebas pasaba casi todo el tiempo en la calle. Incluso a horas tan inoportunas como a las cuatro de la tarde, donde ni las cigarras se dignaban a cantar por el *chicharro* que caía, se le podía ver vagando sin ton ni son por la plazoleta o las calles del barrio. Era como si no quisiera estar en su casa más tiempo que el indispensable.

Sebas se entretenía mordisqueando el palito de plástico de un Chupachups al que ya no le quedaba caramelo. Me miró con sus ojos rasgados y sonrió con esa malicia suya que tanto le caracterizaba.

—¡Flubber se ha animado a salir de su casa! —Se levantó y tiró el palillo mordisqueado.

—Mi nombre es Sergio, no Flubber, y como vayas por este camino, me las piro —respondí dándome la vuelta para marcharme.

—Tranqui, tronco —dijo Fran conciliador—. Sebas bromeaba. Sabes que eres nuestro colega. Yo me meto constantemente con Sebas y no nos enfadamos —dijo justificándolo.

—Socio, si te metes conmigo, te doy una hostia —le amenazó Sebas.

—Me meto contigo si me da la gana. Tú me llamas «Paca» a diario —le contestó.

Fran se refería al insulto que le solía decir Sebas en algunas ocasiones. Por ejemplo, cuando jugábamos a las canicas y Fran fallaba algún tiro, ese era uno de los momentos idóneos para que Sebas le soltara entre risas: «Vaya mierda de puntería que tienes, Paca».

Fran era alto, blanco de piel, delgado, rubio, tenía los ojos azules y los rasgos faciales suaves. Sebas era todo lo contrario, por eso le decía «Paca», haciéndole entender que tenía la cara y el físico de una mujer. Fran no hacía caso al insulto, yo creo que ni le molestaba. De todos modos, se lo decía de forma esporádica.

En mi caso, sin embargo, el mote de «Flubber» había sustituido a mi nombre en muy poco tiempo; y no solamente me lo decía Sebas, sino que últimamente todos los niños del barrio se dirigían a mí de esa forma, y mucho me temía que, cuando empezara el instituto, ese mote se extendería por el patio como la pólvora. Maldito bicho verde de Disney. Si lo hubieran hecho estilizado, a nadie se le habría ocurrido llamarme así.

—Venga, métete conmigo si tienes huevos —dijo Sebas desafiante.

Fran caviló durante unos segundos.

—Si te miro los pies y te miro la cara, «el mierdas» te queda como nada —le dijo rimando. Menuda jugada por parte de Fran. Hay que aclarar que, cuando en el barrio se insultaba o se respondía haciendo rimas, el efecto ofensivo se duplicaba. Era algo parecido a rapear el insulto, pero sin tener ni idea de rapear.

Al escuchar a Fran, me reí. La risa remitió en el momento en que Sebas me miró con cara de asesino.

—¿El mierdas? —preguntó Sebas arrugando la frente.

—Sí, el mierdas —afirmó Fran—. Creo que ha quedado bastante claro: es por tu color de piel —sonó como cuando le das a un clavo con el martillo y lo hincas de un golpe.

Sebas se quedó serio. Desde mi punto de vista, estaba calibrando sus posibilidades. Dio un paso hacia adelante para acercarse a Fran. Ambos tenían los ojos fijos en el otro. He de reconocer que estaba disfrutando del momento. Observé como Sebas cerró los puños, pero, tal y como yo sospechaba, al instante relajó su rostro para romper a reír a carcajadas.

—¡Muy buena, Paca! Esa ha sido muy buena. —Se retorcía de la risa.

—Venga, vamos a jugar —exclamó Fran y corrió a por su balón: el magnífico Adidas Questra del Mundial del 94 estaba a varios metros desde donde nos encontrábamos.

—Socio, vamos a darle. —Sebas se recompuso de la risa. Yo sabía que en el fondo aquella carcajada exagerada cumplía una función clara: evitar el enfrentamiento con Fran.

En ese momento envidié a Fran. A él lo respetaban, y no solo Sebas, sino todos: los compañeros del instituto, mi madre, los niños con los que nos peleábamos de otros barrios… En cambio, a mí me ocurría todo lo contrario: nadie me respetaba. ¿Cuál era el motivo? Pues muy sencillo: él era valiente; y yo, un puñetero cobarde, un *cagao*. El pensar eso me entristeció.

—Flubber, ponte de portero —me ordenó Sebas.

—¿Y por qué me tengo que poner de portero? —pregunté.

—Debido a las dimensiones de tu culo y de tu barriga, ocupas más portería que nosotros; eres el mejor como portero —dijo Sebas sonriendo.

—Venga, Flubber, ponte de portero los tres primeros goles, y luego me pongo yo —intervino Fran.

Me dirigí a la portería, mosqueado.

El terreno de juego era un descampado de tierra amarilla, salpicado de piedras y envoltorios de plástico. Si tenías la desgracia de caer de rodillas, la probabilidad de echártelas abajo era de más de un cien por cien. La portería estaba delimitada por dos ladrillos rojos que habíamos cogido de una reforma que había habido hacía unos meses en un piso del barrio.

Uno de los puntos que generaban mayor conflicto era el ancho de la portería, establecido en cinco pasos. Como se puede intuir, la unidad de medida «paso» no es que rebose de objetividad. Otro punto generador de discusión era el larguero, que, en nuestro caso, simplemente, no existía; tomábamos como criterio el punto hasta donde el portero podía levantar el brazo saltando. Con estas características, la probabilidad de peleas y discusiones en un partido de fútbol también era de más de un cien por cien.

Fran me lanzó el balón, que atrapé con dificultad, pero sin dejar que cayera al suelo. Me di la vuelta para evitar ver la posición en la que estaban Sebas y Fran. La idea era que no hubiera favoritismos. Lancé la pelota hacia atrás con toda la fuerza que me daban mis brazos.

El balón voló alto. Tanto Fran como Sebas pugnaban dándose pequeños empujones con el objetivo de colocarse en la mejor posición para capturarlo. Fran cabeceó la pelota, perdió el equilibrio. Ello propició que Sebas recibiera el balón con el empeine. Fran reaccionó rápido: le metió la pierna, lo que provocó que el balón saliera botando fuera del alcance de ambos. Fran dio largas zancadas rebasando la posición de Sebas, pero este, viendo las intenciones de Fran, le fue con mucha rapidez a la zaga. Fran intentó controlar la pelota, pero le botó más de lo que él esperaba. A esta dificultad se le sumaba la agresiva presión que ejercía Sebas desde atrás, esperando el momento adecuado para entrarle con todo. Viendo las pocas posibilidades de acabar con el control del esférico, Fran decidió arrearle a la pelota un zapatazo estando de espaldas a la portería. El balón salió disparado por el aire. La pelota botó a unos dos metros desde donde yo me encontraba. Di varios pasos y conseguí atrapar el balón antes de que volviera a caer en el suelo.

—¡Soy de hierro, no de manteca, soy el gato karateka! —Al comprobar que había pillado el balón al vuelo, di una patada de karate al aire. Por cierto, me encantaban los dibujos de *El gato karateca.*

Al ver mi reacción, Fran sonrió; por otro lado, Sebas se limitó a gritarme:

—¡Lo que eres es un zampabollos!

Sin hacer caso al insulto, volví a lanzar el balón al aire. Sebas lo recibió de pecho, con un hábil golpe de rodilla lo controló, dejándolo caer con suavidad en el suelo para llevárselo con el pie derecho. De forma casi inmediata, Fran le presionó, pero sin llegar a meterle la pierna para intentar arrebatarle la pelota. Fran sabía de la rapidez de Sebas: una entrada a destiempo le pondría las cosas fáciles para regatearlo y darle vía libre hacia la portería donde me encontraba.

Sebas levantó la cabeza. Al ver como Fran no terminaba de entrarle, lo tanteó, empujó levemente el balón con el pie hacia la derecha y luego hacia la izquierda. Lo tentaba. Fran se mantenía firme, presionándolo de cerca, pero sin abalanzarse. Sebas dio un zapatazo al balón sorprendiendo a Fran. La gran rapidez de Sebas le permitió alcanzar la pelota sin dificultad. Fran fue tras él con tan solo un segundo de diferencia, pero Sebas ya estaba virando para dirigirse como un rayo hacia mi portería.

«¿Cuándo va a decidirse a disparar?», pensé. Comencé a ponerme nervioso. Sebas ya se encontraba a una distancia más que suficiente para chutar con garantías de gol. Al fondo, Fran, que había renunciado a perseguirlo al ver el trecho que los separaba.

Lo volví a experimentar: la cobardía recorría mis venas. Eran las siete de la tarde. Aunque el sol iba perdiendo intensidad, el calor aún estaba muy presente, pero en ese instante dejé de tener calor y empecé a sentir escalofríos por todo mi cuerpo. Incluso vi cómo mis manos temblaban, no sabría decir si de frío o de miedo.

Inmediatamente, vino el ahogo. Me faltaba el aire. ¡No podía respirar! Por mucho que me esforzaba en introducir aire en mis pulmones, este no terminaba de entrar. Noté cómo el corazón bombeaba con mayor rapidez e intensidad, era como un tambor en mi interior que nublaba cualquier otro sonido. Me quedé paralizado. Mi mente enviaba señales a piernas y brazos, pero era en vano… ¡No podía moverme! «¡Otra vez me está pasando!, ¡soy un cobarde, y esto me pasa por *cagao*!». Mientras, Sebas seguía acercándose.

—¡Sebas, espera! ¡Creo que Flubber se ha vuelto a quedar tieso! —le gritó Fran. Ambos ya me habían visto más de una vez sufrir mis ataques de cobardía.

Sebas, al oír a Fran, volvió a mostrar esa maldita sonrisa maliciosa y, en vez de frenar, hizo todo lo contrario: aceleró aún más hasta colocarse a escasos metros de mí. Cargó la pierna derecha y chutó el balón. La pelota se dirigió como un misil hacia mí. Yo seguía enviando señales a mi cuerpo, pero este seguía sin reaccionar. De repente, un fogonazo blanco.

El balonazo que recibí en la cara fue de campeonato. La fuerza del impacto hizo que mi cuello se flexionara, por lo que llegué a tocar mi espalda con la nuca violentamente. Ya podía mover mi cuerpo, pero ahora todo me daba vueltas y era incapaz de controlar mis movimientos. Tumbado en el suelo, abrí los ojos y pude ver como a mi lado estaban mis gafas destrozadas.

Carlos: el detalle

De las cuatro horas que había previsto que tardaría en volver a unir todos los albaranes de compra con sus correspondientes facturas, tan solo tardé dos horas y media. Como ya había avisado a Lola de que saldría tarde del trabajo, aproveché ese tiempo que había ganado para comprar el regalo de aniversario de boda.

Decidí ir a alguna *boutique* del centro de la ciudad. Lola era una apasionada de la moda, pasaba horas ojeando revistas sobre tendencias. Pero las revistas a las que más tiempo le dedicaba eran las del corazón. Le encantaba criticar en voz alta lo ordinario que era el vestido de la celebridad en cuestión, lo gorda que se estaba poniendo tal famosa o lo viejo que se había puesto el actor que salía en portada.

Paseaba por una de las avenidas más importantes a nivel comercial de Mardulce. La amplia acera por la que transitaba, de mármol blanco de Lubreida, contrastaba con el negro asfalto de la carretera. Hasta donde llegaba la vista, los ficus se levantaban en fila, imponentes, como guardianes del arcén.

Aunque eran cerca de las ocho de la tarde, aún el sol regaba generoso las calles. El verano estaba en su cenit y en Mardulce se notaba más que en cualquier otro sitio. Pese a que en dos horas la mayoría de los comercios estarían cerrados, era a partir de esta hora cuando la gente salía dispuesta a llenar el centro de la ciudad. Sabían que el calor del día se estaba marchitando y que, en las próximas horas, con la caída del sol, las calles serían mucho más transitables por el descenso de la temperatura.

Al girar la esquina, me di de bruces con un adolescente regordete y serio. Era mi hijastro Sergio.

—Hijo —le llamé la atención—, ¿qué haces en el centro a esta hora de la tarde? —le pregunté.

Sergio torció el gesto al verme, no parecía muy contento con el fortuito encuentro.

—Hola, Carlos —me saludó, adusto.

—No esperaba verte por aquí. —Le di un golpecito de camaradería en el hombro.

—Sí, pues ya ves. —Mi tono alegre chirriaba con su actitud distante. Su mirada evitaba encontrarse con la mía.

—¿A dónde ibas, hijo?

Tenía la cabeza gacha. La levantó con lentitud y, por primera vez en lo que llevábamos de conversación, me miró a los ojos. Tenía uno de los cristales de las gafas destrozado.

—Voy a una tienda de cómic que hay cerca —me contestó, orientando el brazo hacia la dirección donde se encontraba la tienda. Lo hizo con desgana, era evidente que deseaba terminar la conversación.

—¿Qué les ha pasado a tus gafas? ¿Sabe tu madre que estás por aquí? —le pregunté.

—¿Sabes qué?, creo que tengo edad suficiente para no tener que pedirle permiso a mi madre para venir al centro —me espetó. «Al menos me ha dicho algo con vigor», pensé.

—Disculpa, Sergio. No quería ofenderte. Solo me ha llamado la atención el verte a estas horas, nada más —me justifiqué.

Teniendo en cuenta su actitud, preferí obviar el motivo por el cual no me había respondido a la

pregunta sobre sus gafas.

Sergio me miró en silencio e inmediatamente dirigió su atención hacia un escaparate donde había una estantería repleta de botes de perfumes. Cambió el peso de una pierna a la otra.

—Tengo que marcharme, no quiero que se me haga más tarde —me dijo, seco.

—Vale, perfecto —respondí, abriendo y cerrando las manos—. Nos vemos en un rato en casa para cenar.

Sergio siguió recto hacia la esquina por la que yo acababa de pasar.

—Hasta luego —me despedí con un torpe gesto de mano. No me respondió.

Un llamativo escaparate, donde numerosos focos de luz de dispares colores alumbraban varios maniquíes femeninos vestidos con trajes de fiesta, fue lo que me convenció para entrar en la *boutique*.

—Buenas tardes —me saludó una mujer con energía; rondaría la treintena—, ¿en qué le puedo ayudar? —me preguntó. Al sonreír ensanchó unos labios pintados de un rojo intenso.

—Buenas tardes. Buscaba un regalo para mi mujer. Es nuestro segundo aniversario de boda y, como es muy aficionada a la moda, he pensado en comprarle alguna prenda especial —le dije, emocionado. Desde que tengo uso de razón, el comprar regalos es de las cosas que me producen mayor felicidad.

—Por la ilusión con la que me habla, debe de querer mucho a su mujer. —Volvió a sonreírme, complaciente.

—La verdad es que sí —afirmé, alegre.

—Si me sigue, creo que tengo la prenda especial que busca.

Mientras caminaba tras la mujer, aprecié el olor que inundaba la tienda: era dulzón y, en exceso, resultaría empachoso, pero estaba en su justa medida. El resto del establecimiento derrochaba estilo y lujo. Había cuadros con pinturas modernas colgados por las paredes, se veía a muchos asistentes de ventas para los pocos clientes que había y la música ambiente era en francés. Todo esto me comenzó a preocupar. Pero, sobre todo, lo que me terminó de inquietar fue un planteamiento de las tiendas que nunca falla: cuantos menos productos haya a la vista, más cara es la *boutique*. En esta tienda apenas había ropa.

—Acaba de llegar hoy mismo. —La mujer sacó de un estante una percha donde pendía una falda negra y larga.

—Parece muy bonita —le dije. En mi mente calculaba su precio.

—¿Que le parece bonita? —me preguntó, contrariada—. Es lo último de Ralph Lauren. Una espectacular falda *charmeuse* de satén negro. Fíjese en el tacto sedoso del satén. Es de silueta *evasé* hasta la rodilla; eso le proporciona un *look* elegante —dejó de prestar atención a la prenda para mirarme—, pero a la vez derrocha sencillez —me dijo para rematar la descripción de la falda.

—¡Vaya! Parece una buena falda —exageré mi admiración mostrando una sonrisa estúpida.

—Es más que una buena falda —extendió el brazo para separar la prenda, así podía admirarla desde la distancia—: es estilo, *glamour*. Si yo veo a una mujer con esta falda puesta… —torció la cabeza—, es una mujer de nivel.

—Por lo que me dice, es una falda de categoría —dije.

—Estoy segura de que a su mujer le va a encantar —dijo obviando el comentario que acababa de hacer—. Si mi marido me regalara algo así… —Respiró profundamente—. En fin, creo que no hace falta que le explique más acerca de la forma en la que reaccionaría.

—Sí, entiendo… —afirmé, inquieto por su atrevimiento.

—¿Se la envuelvo para regalo? —me preguntó cambiando radicalmente la expresión de su

rostro para volver a la sonrisa complaciente de antes.

—Sí, claro…, pero antes, ¿cuál es su precio? —pregunté, inseguro.

—El amor no tiene precio, caballero. —Ladeó la cabeza levemente de un lado al otro.

—En eso tiene toda la razón del mundo —le señalé con el dedo—, pero me gustaría saber su precio —insistí.

—Por supuesto, faltaría más. —Levantó una pequeña etiqueta que pendía de un hilo de la falda —. Cuesta treinta y nueve mil pesetas.

«¿Qué narices me está diciendo? Es más de un tercio de lo que yo gano al mes por aguantar al gorila de mi jefe», pensé.

—Creo que se sale un poco de mi presupuesto —dije.

Intentaba controlar mi expresión; no quería que detectara lo inalcanzable que era esa falda para mí.

La vendedora me miró con ojos calculadores, intuyo que, conformando en su cabeza, por desgracia, la cruda realidad de mi situación.

—Entiendo, entiendo… —Volvió a colocar la falda en la percha con desgana. Al volver a dirigir su atención hacia mí, esa sonrisa complaciente desapareció por completo.

—¿No tendrá alguna prenda igual de especial que la falda, pero más económica? —pregunté.

Espiró aire. Estaba desilusionada.

—Si te digo la verdad, este no es un sitio para ti —me tuteó por primera vez desde que entré al establecimiento—. Quizás en la calle de…

—Creo que este es el sitio ideal para comprarle el regalo a Lola —le interrumpí—, pero algo más ajustado a mi bolsillo —le dije, vehemente.

La vendedora, en silencio, mantuvo sus ojos clavados en mí unos segundos. Evaluaba posibilidades.

—Te voy a ayudar. No tengo por qué, pero respeto el hecho de que quieras hacerle un buen regalo a tu mujer, aunque no tengas un duro —me soltó.

Su actitud cambió radicalmente: era directa, sin florituras, más auténtica; su sonrisa se transformó en una expresión seria, pero mucho más relajada que la de aquellos labios estirados.

Me llevó al almacén de la tienda. Es curioso que, tras una pequeña puerta de caoba, que quedaba perfectamente enmarcada con el resto de la *boutique*, se separaran dos universos tan diferentes. La *boutique* era elegante, pulcra, y, tal y como he dicho antes, apenas disponía de ropa a la vista; en resumen, no dejaba ningún detalle a su suerte. En cambio, aquel almacén estaba atestado de cajas apiladas de forma desordenada. Un par de fluorescentes desparramaban su amarillenta luz por la habitación, con el agravante de que uno de ellos parpadeaba de vez en cuando.

—¿Qué es esto? —pregunté sin pensar.

—Prendas especiales de temporadas pasadas —me respondió sin dar la apariencia de haberse molestado por mi pregunta—. ¿Cuánto te quieres gastar? —Puso los brazos en jarra mirando una torre de cajas apiladas.

La miré quitando todas las defensas que me había colocado desde que había entrado en la tienda.

—Lo mínimo posible. —Di un ligero suspiro.

Sergio: vamos a sisar

Me sentaba en el tranco de la acera. Mi entretenimiento en ese momento era ver a Fran, a través del cristal roto de mis gafas, darle pelotazos con su Adidas Questra a la pared de un local comercial abandonado. En el barrio había bastantes. En uno de los golpeos de balón, a Fran se le movió el rubio flequillo, lo que lo obligó a apartárselo para poder dejar libre su campo de visión.

—Vamos a echar un portería a portería —me sugirió, sin dejar de patear el Questra.

El juego del portería a portería era una alternativa interesante cuando no teníamos suficientes personas para jugar un partido o una revolera. Se jugaba con dos jugadores, cada uno de los cuales se colocaba en una de las porterías del campo de fútbol. Parto de la premisa de que, cuando hablo de «portería», me refiero a dos ladrillos con un ancho más o menos calibrado; y, cuando hablo de «campo de fútbol», al descampado de tierra y piedras que había en mi barrio.

Las normas eran sencillas: desde su portería, uno de los jugadores chutaba al otro con el objetivo de meterle gol; a continuación, el otro hacía lo mismo, pero hacia la portería contraria. En ocasiones, los jugadores más agresivos o con mayor destreza realizaban salidas desde su portería para intentar batir al contrario desde cerca. Esto podía ser una buena forma de marcar gol, pero también podía ser muy arriesgado, ya que, si fallabas en la salida, le dejabas la portería libre a tu adversario. En muchos casos, estas salidas con el balón a la portería contraria se limitaban o se regulaban con algunas normas pactadas previamente.

—Con el calor que hace no me apetece jugar —le mentí. El motivo era que me acababa de meter entre pecho y espalda una barra de pan con Nocilla y no tenía yo el cuerpo para moverme mucho.

—Eres un muermo, Flubber —me respondió, chutando contra la pared. Lo miré ceñudo.

Lo que vimos Fran y yo a continuación nos dejó boquiabiertos: Sebas se encaminaba hacia donde nos encontrábamos con una gran sonrisa y, sobre todo, con un pendiente en su oreja izquierda que brillaba una barbaridad.

—No me fastidies —susurró Fran con la vista clavada en Sebas.

—¡Qué pasa, socios! —nos saludó. Le quitó el balón a Fran y se puso a darle toques con el pie.

—Sebas, ¿te has puesto pendiente? —le pregunté.

—¿Tú qué crees, Flubber? —me respondió sin dejar de darle toques al balón. Hay que reconocerle que tenía calidad con el esférico.

—A partir de ahora te voy a llamar Sebastiana —le soltó Fran entre risas.

Sebas atrapó el balón con las manos en el aire.

—Como siempre, no tienes ni idea. El pendiente en la oreja izquierda es de hombres con estilo. Si eres un palomo cojo, te tienes que poner el pendiente en la oreja derecha. En tu caso, tendrías que ponértelo en la derecha, Paca —le contestó lanzándole el balón con las manos. Fran lo capturó.

—La verdad es que George Michael tiene mucho estilo —afirmó Fran sin parar de sonreír.

—¿Sabes qué, Sebas?, en mi más sincera opinión, no te queda bien. Si tenemos en cuenta la forma de tu cara, alargada y de rasgos duros, el tipo de pendiente que llevas, pequeño y alargado, no termina de encajar bien ni con la estructura de tu cara ni con tu forma de ser. Quizás un

pendiente redondeado, como pudiera ser un aro, que es más ancho que largo, le quitaría ese aspecto lineal y la dureza de tu rostro —le dije, sin pensar en las consecuencias.

Fran me miró con cara de circunstancias. Como me suele pasar, hablo de más.

Sebas se dirigió hacia mí con los labios apretados; al razonar lo que me iba a decir, los relajó por completo.

—Flubber, la opinión del más maricón del barrio me trae sin cuidado. —Mostró la sonrisa maliciosa suya; cada vez la detestaba más.

—Yo no soy ningún marica —le respondí con la máxima contundencia que pude. Tenía la sensación de estar en el patio del colegio y que varios colegiales, mayores que yo, estuvieran burlándose de mí.

—Alguien a quien le gusta ver la serie *Blossom* no puede ser otra cosa más que un maricón, pero un maricón en mayúsculas —ensanchó la sonrisa al decírmelo.

—Flubber, ¿te gusta *Blossom*? —me preguntó Fran riendo.

—Yo no veo *Blossom* —contesté echando miradas fugaces a ambos.

—*Blossom* es la típica serie de televisión que solo ven los palomos cojos como Flubber. —Sebas insistía en hurgar en la herida que había abierto.

—¡Que no veo *Blossom*! —me enrabieté como un bebé.

—Venga, déjalo ya, Sebas, basta con la broma —como siempre, Fran intentó apaciguar; eso sí, el mamonazo se había reído hasta ahora tanto de Sebas como de mí.

—¿Qué estabais haciendo? —nos preguntó Sebas dando por zanjado el tema.

—Nada, aburrirnos. Le he dicho a Flubber de echar un portería a portería, pero dice que no le apetece.

—Socios, sois más aburridos que los documentales de la 2 —dijo Sebas.

Yo preferí no intervenir en la conversación; por cómo iba la tarde, seguro que cualquier comentario iría en mi contra.

—¿Qué os parece si vamos a sisar a los del Barrio Chico? —nos planteó Sebas, sentándose a mi lado en el tranco.

—Sebas, tío, la última vez que fuimos a sisarles, casi la tenemos; creo que sería mejor ir dejándolos tranquilos un tiempo; es más, somos tan solo tres…

—Y teniendo en cuenta que uno de nosotros es Flubber, no somos ni tres —interrumpió Sebas. Casi agradecí su comentario; no me apetecía ir a robar a nadie a ningún barrio, y si yo era un factor para no ir, bienvenida sea la faltada por parte de Sebas.

—Los del Barrio Chico ya no están tan apamplinados como antes; casi mejor que lo dejemos para cuando seamos más —afirmó Fran. Se sentó también en el tranco. Yo quedé en medio de ambos.

—Eres un *cagao*, Paca. Venga, échale huevos —lo desafió Sebas.

—Yo estoy de acuerdo con lo que dice Fran —consideré decisivo intervenir, pese a los posibles perjuicios.

—Me importa un ojete tu opinión, Flubber. —Sebas me atravesó con la mirada.

—Tío, lo que te digo no es por cobardía —le dijo Fran.

—Me parece a mí que te estás poniendo al mismo nivel que el maricón de Flubber.

—¡Hala, vamos! —Fran se colocó el balón debajo del brazo, se levantó y emprendió la marcha.

—Camina, Flubber, que hoy te vienes con nosotros. —Sebas me empujó en el hombro con desprecio para que me levantara.

Cuando iban a sisar al Barrio Chico, no solían contar conmigo, cosa razonable teniendo en cuenta mi capacidad de intimidación y combativa. Pero, en esta ocasión, no íbamos en manada

de cinco o seis, solamente íbamos nosotros tres, así que era necesaria mi participación, aunque fuera solamente para hacer bulto.

Una aclaración, antes que se me olvide y para no faltar a la verdad: sí que veía la serie de televisión *Blossom*.

Sergio: el Barrio Chico

En menos de quince minutos, ya habíamos llegado al Barrio Chico. Es curioso cómo un sitio tan cercano suponía, desde nuestra perspectiva, un lugar tan lejano: era otro barrio, y eso para nosotros significaba estar en otro planeta. Si sois de barrio, lo entenderéis perfectamente. Si no es así, os quedará claro si describo lo que veíamos en ese momento: una acera con unas losas diferentes a las de nuestro barrio; unos edificios con un ladrillo visto gris y blanco, que nada tenía que ver con el de nuestros edificios, de color rojo amarronado; nosotros teníamos un descampado de tierra para jugar al fútbol; ellos, una explanada asfaltada; pero, sobre todo, lo que mayor sensación nos daba de territorio extranjero eran los chavales que teníamos a cien metros. Los chavales a los que íbamos a sisar.

El Barrio Chico era moderno, pero sin los lujos de las urbanizaciones que se estaban construyendo a las afueras de la ciudad. Había sido creado para ubicar a las familias de los trabajadores de la empresa Mármolaria S. A., que tenía su fábrica principal en Lubreida, un pueblo de la provincia, pues los dueños de la compañía habían decidido instalar una segunda fábrica en Mardulce. De esta forma, multitud de trabajadores de Mármolaria se trasladaron a nuestra ciudad.

Cuando las familias desembarcaron aquí, sus hijos tuvieron que sufrir el expolio de las hordas de nuestro barrio, aunque, después de varios años de saqueo, ya se iban espabilando. Según me comentó Fran por el camino, en el último sisamiento casi se había producido una batalla. La ventaja que habíamos tenido entonces había sido que los expoliadores eran diez, y los expoliados, cinco.

—Vamos al lío —expresó Sebas, sereno.

—Tíos, yo cuento cuatro catetos. Si lo hacemos bien, no debería de haber problema alguno —comentó Fran. La tensión que expresaba en su semblante contrastaba con los rasgos amables de su cara y un pelo rubio perfectamente peinado.

«Catetos» es como llamábamos a los del Barrio Chico. Hay que partir de la premisa de que, en mi barrio, si a alguien se le puede llamar ofendiendo o sin ofender, es obvio que íbamos a ofenderle.

—Flubber, pon cara de mala hostia e intenta no hablar —dijo Sebas—. Si abres la boca, seguramente la cagues. Estás gordo, eso puede ser bueno: lo mismo al ver lo grande que eres, se acojonan un poco, aunque los catetos estos no es que tengan el culo mucho más pequeño que tú.

—Pese a lo que me decía Sebas, entendí que su objetivo último no era insultarme, sino que el sisamiento saliera bien, así que no me ofendí.

Asentí solemne, no entraba en mis planes ponerme chulito.

Nos acercamos con andar tranquilo hacia nuestro objetivo. Los chavales del Barrio Chico jugaban a los tazos despreocupados, sin percatarse de nuestra presencia.

—¡Ey, catetos! ¡A ver esos tazos! —les vociferó Sebas.

Los cuatro levantaron la mirada. No salieron corriendo, mala cosa. Uno de ellos torció el gesto y nos encaró al vernos. Entendí de inmediato que ese era el que nos iba a causar problemas.

—¿Qué narices hacéis aquí? ¿Por qué no volvéis a la cloaca de la que habéis salido? —nos preguntó el cateto problemático.

Aunque los cuatro catetos eran diferentes los unos de los otros, tenían rasgos en común: mejillas sonrosadas, corpulencia y cierta inocencia en su expresión. Antes que se me olvide: eran cuatro verdes en mi radar.

—Aquí la única cloaca que hay es vuestro puto pueblo, por eso os habéis venido a Mardulce —respondió Sebas.

—¡Espera! —exclamó Fran agarrándome del brazo.

—¿Qué ocurre? —le pregunté preocupado. Sebas me miró haciéndome entender que cerrara el pico.

—¿Es que no lo hueles? —me preguntó Fran en voz alta.

—¿Oler? ¿A qué? —interpeló el cateto problemático.

—¡A cabra! ¡Oléis mucho a cabra! —Fran emperchó la respuesta a las mil maravillas.

Mientras nosotros tres nos descojonábamos de la risa, los catetos se miraban entre ellos sin saber muy bien qué hacer. Estaba claro que muy listos tampoco eran. Uno de ellos recogió los tazos que había desperdigados por el suelo y los metió en el portatazos. Al hacer el ademán de marcharse, Sebas lo agarró y le preguntó:

—¿Adónde vas, Barrabás?

—Tío, esos tazos van a tener que cambiar de dueño, y no solo los tuyos, los de vosotros tres también —dispuso Fran.

—¡Abono de vaca es lo que os vamos a dar! —exclamó el cateto problemático.

—Vamos a ver, cateto tocapelotas y compañía —intervino Sebas con calma—. Ahora mismo tenéis dos opciones. La primera —levantó el dedo índice de la mano—: nos dais pacíficamente los tazos y todo lo que llevéis encima y os vais a vuestra casa a partir castañas o a hacer la mierda que hagáis los de tu pueblo. La segunda —añadió el dedo corazón—: os negáis, con lo cual nos ponemos a daros de hostias hasta borraros la cara de gorrinos que tenéis. Si os decantáis por la segunda opción, os vamos a sisar de tal manera que hasta vuestros jodidos padres se van a quedar sin su boina.

Se podía escuchar claramente la respiración profunda y agitada del cateto problemático. En sus ojos se intuía la maldita posibilidad del enfrentamiento. Bien sabe Dios que recé por que no se diera tal posibilidad.

—Dadle los tazos —ordenó al resto de sus amigos el problemático con la furia contenida.

Todo iba bien, como la seda. Pero, cuando yo estoy de por medio, las cosas nunca son tan fáciles. De repente, aparecieron dos catetos más, quienes, al ver en la situación en la que se encontraban sus amigos, acudieron corriendo.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó uno de los recién llegados. Como el resto de los de su estirpe, mostraba unas mejillas sonrosadas y una cara un tanto inocente; eso sí, todo esto forrado con una espalda ancha y unos buenos brazos, que tan válidos eran para segar el trigo como para dejarme la cara hecha un cromo.

—Tío, no pasa absolutamente nada. Vete a dar de comer al ganado —intervino Fran intentando que los dos catetos siguieran el camino que tenían pensado recorrer.

—Aurelio, los barriobajeros estos quieren robarnos —le dijo el cateto problemático.

Aurelio respiró profundamente, ensanchando su gran caja torácica.

Al igual que yo, tanto Fran como Sebas entendieron lo que significaba el vuelco de los acontecimientos. Ambos se hablaron con la mirada; imagino que se estaban diciendo que iban a caer hostias. Luego se volvieron hacia mí.

—No me fastidiéis —les dije mientras ellos me observaban inquietos.

Carlos: el ordenador

Como todos los días, a primera hora de la mañana, me tomé el Orfidal y llegué puntual al taller. Juancho, el mecánico, ayudado con una linterna, inspeccionaba el interior del capó de un Renault Talbot rojo. Al percatarse de mi llegada, me guiñó un ojo y me mostró una sonrisa burlona. Paco, otro de los mecánicos, fumaba un cigarrillo mientras escudriñaba los bajos de un Peugeot 106 negro desde un foso.

—¡Paco, no puedes fumar a la vez que reparas un coche! —le grité.

Paco asomó la cabeza desde el foso para mostrarme el dedo corazón totalmente tieso.

—¡Perfecto! —espeté—. Un día de estos nos vas a matar a todos.

Pisé un charco de aceite o grasa, o vete a saber qué habían dejado los cafres de los mecánicos en el suelo. La salpicadura me ensució de un negro verdoso toda la pierna del pantalón.

—¡Ah! —exclamé al comprobar el desastre.

Los mecánicos parecían felices viéndome.

—Si fuerais mínimamente profesionales, esto —señalé la mancha— no me habría ocurrido. Tampoco el taller tendría esta pinta tan asquerosa. Siempre huele fatal, ¿por qué no recogéis y limpiáis al terminar una reparación?

—No limpiamos ni recogemos porque somos mecánicos, no chachas —dijo con aire taciturno Juancho.

—Te voy a responder yo, Carlos —me dijo Paco. Salió del foso y se dirigió hacia mí diciéndome—: No limpiamos ni recogemos porque no nos sale de los huevos.

Sin hacer caso a las risotadas de los dos mecánicos, me di media vuelta para dirigirme hacia la garita, lugar en el que trabajaba habitualmente.

Aparte de varios vehículos en reparación o esperando ser reparados, el taller estaba repleto de herramientas desordenadas por todos sitios. En el suelo se acumulaba el polvo en pequeños y grandes montones; había papeles esturreados por donde miraras; multitud de sucios guantes sueltos desperdigados por encima de muebles y máquinas, algunas de las cuales estaban en desuso desde hacía varios años y nadie se había preocupado en retirarlas, por lo que se carcomían y oxidaban por el pasar del tiempo.

Es curioso cómo funciona la atención: pese a la gran cantidad de cosas que había en el taller, a la mayoría de los visitantes que entraban, mujeres incluidas, se les iban los ojos a un calendario colgado en la pared que, aparte de informar que estábamos en el mes de julio del año 1997, mostraba una foto de una rubia despampanante totalmente desnuda y en posición provocativa.

—¡Oye, Carlos! —me llamó Juancho. Dejó de reírse.

Volví a dar media vuelta.

—Tienes un sorpresón esperándote —me dijo. Su expresión se tornó seria.

También me llamó la atención que Paco sonriera de una forma mucho más comedida que un instante atrás.

—¿Qué sorpresa? —pregunté.

—Ya lo verás —me dijo Juancho.

Ambos mecánicos se quedaron de pie mirándome y sin hablar.

Mis ojos volaron alrededor del taller intentando averiguar a qué demonios se refería Juancho. Mi alegría fue mayúscula cuando vi en el suelo una caja abierta con los corchos protectores partidos y tirados a los lados, prueba de que la persona que había sacado el contenido era un bruto. Gracias al logo impreso en tinta negra de la caja, entendí perfectamente lo que esta contenía: Intel Inside, y justo debajo, el texto «Pentium».

—No me puedo creer que Ambrosio se haya decidido a comprar un ordenador —pronuncié las palabras con lentitud.

—Sí, lo ha comprado; y si quieres que te diga la verdad, la garita ahora se ve de otra forma. Dan ganas de estar ahí —añadió Juancho.

—Sí, en eso estoy con Juancho —dijo Paco encaminándose al foso.

Ambos estaban extrañamente serios, pero, con el ordenador encima de mi mesa, no quería dedicar más tiempo en conjeturar qué les ocurría a estos dos. Con paso raudo me dirigí hacia la garita.

Al entrar lo vi: la CPU, asentada verticalmente, con la unidad de disquetera de dos y medio y su unidad de CD-ROM, y encima, la pantalla. Todo de un blanco nuclear.

La ilusión de poder llevar la contabilidad con un ordenador nuevo se transformó en perplejidad al ver a una chica que no superaba los veinte, sentada en mi puesto de trabajo tecleando con torpeza, evidenciando que no sabía muy bien qué hacer con aquella maravilla de la tecnología.

—Buenos días —saludé entonando una pregunta.

La chica se sobresaltó al escucharme. Abrió los ojos al percatarse de mi presencia.

—Hola —me saludó—. Espero que usted venga a echarme una mano. Tengo que llevar la contabilidad de este taller y me han puesto delante de este cacharro y no sé ni por dónde empezar. —Se acarició el negro y largo cabello.

—No entiendo nada —dije. Me acerqué a mi mesa—. Yo soy el contable del taller.

La chica pestañeó con velocidad supersónica.

—¡Ah, pues eso está genial! —exclamó. Caviló un instante—. Lo mismo me han contratado para ayudarle. Aunque… el señor Ambrosio no me ha comentado nada —dijo, reflexiva.

«¿Cómo que para ayudarme? ¿Qué está pasando aquí?», pensé.

—Yo no he pedido ninguna ayudante, pero ¿has trabajado como contable o tienes estudios de contabilidad? —pregunté, intentando ordenar el batiburrillo de ideas en mi cabeza.

—No. Pero estuve saliendo con un chico que estudiaba Empresariales en la universidad. —Sonrió.

Me disponía a continuar con mi interrogatorio cuando apareció Ambrosio portando un café en cada mano.

Al verme se turbó de tal manera que uno de los cafés se le derramó.

—¡Hombre, Carlos! —me saludó. Le dio a la chica el café que no se había derramado. Creo que era la primera vez desde que conocía a Ambrosio que lo veía hacer un acto de generosidad —. No esperaba verte por aquí.

—Ambrosio, llevo trabajando en este taller más de cinco años —referí.

—Sí, eso es verdad, y siempre tan puntual. Se me olvidó llamarte por teléfono para avisarte… —Dejó en el aire el resto de lo que iba a decir.

—¿Avisarme sobre qué? —quise saber.

Ambrosio emitió un pequeño gruñido.

—Cecilia, por favor, ¿puedes salir un momento? —le preguntó.

—Sí, claro. Me tomaré el café fuera.

Al levantarse Cecilia, observé como Ambrosio la miraba embobado. Seguramente, su mente

hervía de imágenes lascivas en las que ella era la actriz principal. «Menudo cerdo estás hecho, Ambrosio», pensé.

Cecilia salió de la garita. Ambrosio volvió a llevar su atención hacia mí.

—Carlitos —me puso su asquerosa mano en el hombro—, tenías más razón que un santo cuando me decías que debíamos cambiar la forma de llevar este negocio: mejorar procedimientos, modernizarnos, prepararnos para el siglo XXI. ¿Cuántas veces me lo has dicho?

—Muchas —intervine sin ocultar mi entusiasmo—. Lo que me estás diciendo es fabuloso. Tenemos que acostumbrar a los mecánicos a ser educados, limpiar el taller, tener todo perfectamente ordenado. Hay que establecer protocolos para trabajar, no que cada uno haga lo que le dé la gana.

»He estado pensando en un nuevo calendario de turnos para los mecánicos que nos hará más eficientes, más competitivos: repararíamos más vehículos en menos tiempo, podríamos hasta bajar nuestras tarifas; y todo esto lo podré administrar estupendamente con el ordenador que acabas de comprar.

—Son ideas geniales, Carlos —me dijo condescendiente. Luego me palmeó la espalda—. Pero los cambios deben producirse desde todos los ámbitos, y el negocio necesita oxigenarse, savia nueva con energías renovadas. —Miraba sonriente a Cecilia a través de la ventana de la garita. Entonces, me lo dijo—: Ese cambio empieza por ti, Carlos. —Sus ojos eran témpanos de hielo —. A partir de ahora será Cecilia quien se responsabilice de la contabilidad del taller.

Mientras encajaba el envite, asimilando las nefastas consecuencias que en mi vida personal implicaba el despido, mi mente decidió protegerse de aquello. Una espesa neblina me abrazó desde el cuello hasta la coronilla, impidiéndome pensar con claridad. Estaba como drogado, y no era el Orfidal —nunca me había llevado a ese punto de inhibición su narcotismo—, sino mi propia mente tratando de defenderse de lo que significaban las palabras de Ambrosio. Era lo mejor que me podía pasar en este momento.

Firmé sin leer los papeles que me puso sobre la mesa. Como una música de fondo reverberante, le escuchaba decir cosas tales como: «No es nada personal, Carlitos, son los negocios. Tú eres un contable extraordinario; seguro que encuentras alguna empresa en la que encajes mejor que aquí».

De camino a casa sentía mis piernas como si fueran de goma. Por extraño que pareciera, no estaba preocupado ni enfadado por el acto tan ruin que Ambrosio acababa de cometer conmigo. Lo único en lo que ocupaba mi cabeza era en mantener ese estado de aletargamiento en el que me encontraba. «En cuanto llegue a casa me tomaré otro Orfidal», decidí.

Sergio: el Barrio Chico (continuación)

Las cuentas estaban claras: ellos eran seis; nosotros, tres. Un dos por uno en toda regla.

—¿Y si en vez de robarnos vosotros a nosotros, somos nosotros los que os robamos a vosotros? —dijo Aurelio mientras se crujía los huesos de los nudillos.

—Estás *flipao*, bacalao —le respondió Fran con una inseguridad poco habitual en él, aunque era de elogiar que siguiera siendo capaz de encajar rimas teniendo en cuenta nuestra situación.

Todo ocurrió muy rápido. Aurelio lanzó un puñetazo hacia Fran, pero él lo esquivó echando la espalda hacia atrás. El cateto problemático se abalanzó sin pensarlo a por Sebas, lo placó, derribándolo contra el suelo. Fran, una vez que esquivó el puñetazo, le lanzó un guantazo en toda la cara a Aurelio; sonó como si alguien hubiera dado una fuerte palmada dentro de una cueva y el eco hubiera amplificado el sonido. Sebas, desde el suelo, consiguió zafarse del cateto problemático y, con una agilidad espectacular, se puso en pie de un salto y, sin darle tiempo a levantarse, se lio a darle patadas en el costado, una tras otra.

A mí, como era de esperar, me volvió a dar el ataque de cobardía. Me quedé ahí plantado, sin poder mover ni una pestaña, sin poder pronunciar ni una palabra, sin respirar. El sol de julio de las ocho de la tarde no era suficiente para evitar que mi cuerpo emanara un sudor frío que se deslizaba por mi frente y mi mejilla.

Dos de los catetos que habían estado en silencio corrieron hacia mí. Intenté moverme…, me esforcé, pero estaba petrificado. Hiperventilaba, incluso mi visión empezaba a llenarse de puntos blancos; consideré que me quedaba muy poco para desmayarme.

—¡Oye, mantecoso! —me gritó uno de ellos mientras se acercaba.

Cuando apenas estaban a cinco metros de mí, dispuestos a romperme todos los huesos de mi cuerpo, apareció como un ángel salvador el que menos pinta de ángel salvador tenía del mundo: Sebas. Los catetos iban en carrera, Sebas le puso la zancadilla al que iba más adelantado, el cual tropezó y cayó contra la acera, poniendo los antebrazos como escudo. El otro cateto, al percatarse de Sebas, aminoró la marcha y levantó los brazos para enfrentarse a él. Sebas cargó la pierna y le propinó una buena patada en los cataplines. El cateto se encogió echándose ambas manos al sitio pateado. «Eso le ha tenido que doler bastante», pensé.

—¡Joder, Flubber! ¡Ayuda, que nos haces falta! —Sebas me gritó desesperado, jadeando por el esfuerzo que acababa de realizar.

Mis extremidades volvían a activarse. En ese instante se abalanzaron sobre Sebas tres catetos, lanzándole patadas y puñetazos. Él intentaba esquivarlos, pero era imposible: lo habían rodeado y le estaban propinando una buena paliza entre los tres.

A Fran no le estaba yendo mucho mejor: los otros tres catetos que quedaban lo habían arrinconado. Uno de ellos le inmovilizó agarrándole los brazos por la espalda. Él forcejeaba para liberarse hasta que un rodillazo en el vientre lo dejó sin ganas de forcejear. A partir de ahí, se convirtió en un saco de boxeo: le llovieron puñetazos y patadas a tope.

Ante aquel panorama, lo tuve muy claro: salí corriendo en dirección a mi casa. Un cobarde como yo lo único que sabía hacer ante aquella situación era huir y abandonar a sus amigos.

Sebas: maricón

—¡Pitarra, joder, cuando termines de meterte, que no se te olvide tirar toda esa porquería, que algún niño del barrio se puede pinchar, y vete a saber tú las enfermedades que tienes! —le advertí.

Pitarra era uno de los muchos drogadictos del barrio, cliente fiel del novio de mi madre, y últimamente le había dado por meterse en el portal de mi piso. Al escucharme, dio media vuelta. Me miró con los ojos esos que se les ponen a los drogatas que viven solo para meterse. Su cara cada vez se parecía más a una calavera: los pómulos, metidos hacia dentro, marcándole de una forma exagerada los huesos; sus labios, blanquecinos; su piel, acartonada, pese a que no era muy viejo.

Al verlo con la boca entreabierta, con aquella expresión congelada, me recordó a un robot que había visto por la tele: su cuerpo se movía tembloroso, pero aquella cara, aquel rostro no mostraba emociones. Consistía en una foto fija, un sitio donde había dos ojos, una boca y una nariz con el objetivo de intentar que todos aquellos elementos colocados cerca los unos de los otros dieran la impresión de ser una cara, pero no dejaban de ser metales y plásticos sin vida. Eso es lo que veía en Pitarra.

—Sebas, tú estás *chalao*. Pues claro que lo voy a recoger. ¡Cómo voy a dejar aquí mis cosas! Seguro que viene *er* Manu y se las lleva, que *menterao* que *selán robao* —su voz sonaba como si metieras una cinta de cassette en la radio y ajustaras la velocidad al mínimo.

—¡Socio, tú acuérdate de llevártelas!

—¡Que *zí, leshe,* que me *la* llevo!

—¡Y no vengas más a drogarte aquí, búscate otro sitio, joder! —le grité.

—Tronco, relájate. Es que me he *peleao* con *er* Manu porque *ze* pensaba que le había *quitao* la jeringa nueva que le dieron en el ambulatorio, y *ma eshao* de su casa el *mu* asqueroso.

Se quedó unos segundos observándome en silencio.

—¿Qué *ta pazao*? Tienes la cara *esha porvo*. Tan *pegao,* pero bien *pegao*.

Sin hacer caso a lo que decía Pitarra, subí las escaleras para entrar a mi casa.

Al abrir la puerta percibí una mezcla de olores: por un lado, el olor a la comida caliente que preparaba mi madre; por el otro, el olor a tabaco de Jero, el novio de mi madre.

—¡*Mare*, ya he llegado! —exclamé.

—¡Lávate las manos, que vamos a comer! —me respondió desde la cocina.

—No tengo hambre. Me voy a mi habitación —le respondí caminando a paso rápido.

Corrí para evitar que Jero me viera, pero me vio.

—Oye, Sebas, ¿dónde vas tan rápido? —me preguntó.

Jero estaba sentado en el sofá que teníamos justo en frente de la tele, donde las noticias deportivas informaban del fichaje de Karpin por el Celta. Iba sin camiseta. Es cierto que hacía calor, pero él siempre que podía se quitaba la camiseta para mostrar orgulloso el inmenso tatuaje de la pantera que cubría todo su torso; comenzaba con la pata justo encima del ombligo hasta casi el cuello, donde asomaba el colmillo del fiero animal. Jero tenía en una mano un cigarro, y en la otra, una lata de cerveza. Se colocó el cigarro en la boca, le dio una calada y me observó

mientras expulsaba el humo.

—¿Qué te ha pasado en la cara? ¿Y qué coño llevas colgando en la oreja? —me preguntó.

—No es nada. —Le esquivé la mirada y reanudé la marcha hacia mi habitación.

—No se te ocurra dar un paso más —me amenazó—. Creo que he sido bastante claro. ¿Qué te ha pasado en la cara y qué llevas colgando en la oreja? —insistió.

Un fuerte escalofrío me recorrió por la espalda. Conocía muy bien a Jero y sabía lo que significaba para él que al hijo de su novia le pegaran: malo para su negocio.

—Me he peleado —le respondí, sin mirarle.

—Lo que tienes en tu cara no es una pelea, es una jodida paliza.

Se levantó. La pantera parecía cobrar vida con sus movimientos. Todos mis músculos se tensionaron. Sabía muy bien de lo que Jero era capaz, y mi cuerpo se puso en alerta.

—No me extraña que te peguen —continuó—. Si te pones un pendiente de maricón, te van a tratar como a un maricón.

—No soy ningún maricón.

Jero trasladó el peso de su cuerpo de una pierna a la otra.

—Si mi hijastro va por el barrio cabizbajo, con la cara reventada y con un pendiente, todos van a pensar que le gusta que le den por culo. Eso muestra debilidad, y si piensan que eres débil, también lo pensarán de mí —continuó—. Los enganchados empezarán a considerar que no tienen por qué pagarme, y la competencia se verá tentada a entrar en mi territorio… Es malo para mi negocio.

—Tú no eres mi padre para decirme si llevar pendiente o no —le respondí, encolerizado.

Jero gruñó. Se fue hacia el dormitorio principal, donde dormía con mi madre. Yo me quedé allí, clavado, intentando gestionar la rabia y el miedo.

Apareció empuñando una pistola corta de color negro. Con la mano que tenía libre, me agarró de la cabeza, y con la otra me apoyó el cañón de la pistola sobre la frente, ejerciendo una presión que dolía. Era incapaz de hacer nada; centré toda mi atención en el grabado del arma: Walther P99.

—¿Quién te crees que eres para hablarme así? —me susurró. Le vi como apretaba los dientes, me llegaba su aliento impregnado de tabaco y cerveza.

Yo seguía sin reaccionar. Mi atención en la pistola.

—Yo te diré quién eres —continuó—: eres un mierda, y ahora un puto maricón, ¿me entiendes?

Continuaba presionándome la frente con el cañón del arma, cada vez con más fuerza.

—¡Deja al niño, Jero! —exclamó mi *mare* saliendo de la cocina.

Jero despegó el arma de mi frente. Sentí el escozor donde antes estaba el cañón de la pistola. «Seguro que me habrá dejado marca», pensé.

—Pura, tú a la cocina, que es donde tienes que estar. Tú hijo tiene mucho que aprender.

—Es tan solo un niño, no puedes pretender…

Mi *mare* calló abruptamente al ver cómo Jero me abofeteaba con la mano que no sujetaba el arma. Caí al suelo.

—Le he dado con la mano izquierda. Como vuelvas a abrir la boca, a ti te voy a dar con mi mano buena —le advirtió a mi *mare*.

Mientras escuchaba la amenaza, noté cómo la sangre salía de la nariz. Al apartar mi cara del suelo, vi un pequeño charco rojo. Me toqué la cara. Sentí el espesor. Al despegar la mano, observé atónito el líquido cubriendo las yemas de mis dedos.

Mi *mare* se acercó hasta donde yo estaba. Me agarró la cara con ambas manos.

—Jero, esto no es necesario —le dijo, sin dejar de examinarme.

—Créeme cuando te digo que es muy necesario. No le he hecho nada, es tan solo un rasguño —le contestó haciendo un aspaviento con la mano.

—¡Mira cómo le has dejado!

—Al imbécil ya le habían zurrado en la cara. Se le habrá abierto una de las heridas que le han hecho. Lo proteges demasiado, por eso se está convirtiendo en un maricón. —Se volvió a sentar en el sofá.

—¡No soy ningún maricón! —le grité. Me liberé de las manos de mi *mare* para colocarme entre la televisión y el sofá en el que él estaba sentado.

Jero me miró en silencio. Lo imaginé como la pantera que tenía tatuada, mirando a su presa, analizándola antes de atacar. Se levantó. Vi cómo agarraba con más fuerza la empuñadura de la pistola.

—Vuelve a hablarme así si tiene cojones.

—¡Jero, por favor! —exclamó mi *mare*.

Jero se giró y golpeó a mi *mare* con la culata del arma en la cara. No le dio con toda la fuerza de la que él era capaz, pero sí con la suficiente para hacerle daño. Mi *mare* cayó de rodillas tapándose con ambas manos la cara.

—¡Qué haces, hijo de puta! —le grité.

—¿Qué vas a hacer? Dime, maricón de mierda, ¿me vas a pegar? Hazlo si tienes huevos.

Se puso justo enfrente de mí, esperando mi reacción. Lo encaré unos segundos para finalmente salir del piso corriendo.

Fui a la plazoleta del barrio. Me senté en el suelo con la espalda apoyada en la fachada de uno de los edificios. Lloré. Las lágrimas me inundaron la cara, mezclándose con la sangre, recorriendo las heridas. Sentía rabia, miedo e impotencia. Quería matar a Jero. Con su propia arma. Volarle la cabeza. Le había pegado a mi *mare*, y yo me había ido de allí sin comprobar ni siquiera cómo se encontraba. Me había ido de allí dejándola sola con él.

Y ahora, lo que faltaba: Flubber venía hacia aquí.

Sergio: ayuda

Me sentía fatal, y no era para menos: había dejado tirados a mis amigos, incluso había sido capaz de hacerlo después que Sebas me salvara, como mínimo, de unos cuantos moratones. Todo por culpa de mis ataques de cobardía. Era la persona más cagona que existía en la faz de la tierra. No podía seguir así, tenía que pedir ayuda, y solo había una persona que, pese a lo mal que me había portado con él, me ayudaría: mi amigo Fran.

Decidí hacerle una visita. Vivía en la cuarta planta de un piso que, sin estar en la plazoleta donde se encontraba el mío, se situaba a menos de doscientos metros.

Los edificios de mi barrio tenían cinco plantas y, aunque suene extraño, no disponían de portero automático ni sin automatizar. Todos los que conocían el vecindario sabían que las puertas de los portales siempre estaban abiertas. Eran sitios de libre acceso, lo cual, en un barrio deprimido y con la droga muy presente, convertía a los portales en puntos de consumo, lugares de trapicheos e incluso sitios donde echar un casquete rápido y, sobre todo, barato. A partir de cierta hora, era recomendable no transitarlos: podías encontrarte con cualquier cosa.

Me encantaba ir al piso de Fran; era el único chaval del barrio que tenía en su poder la videoconsola del momento: la gran PlayStation. Nunca olvidaré el día que me enseñó el *Resident Evil* correr en aquella máquina. Yo estaba acostumbrado a jugar a los plataformas en mi Mega Drive. Aunque, en mi caso, decir «jugar a los plataformas» era decir demasiado, ya que tan solo tenía el *Mega Pack 6*, que venía al comprar la videoconsola, y el *Ghouls ‘n Ghosts*. Os podéis hacer una idea de mi asombro cuando vi aquellos gráficos, cuando sentí aquella música; poco me faltó para no caerme de culo. Recuerdo cómo clavé los ojos en la pantalla repitiendo en bucle la palabra «impresionante». Habría que decir también que tuve pesadillas durante días con el primer zombi que salía en el *Resident*.

Cuando enfilé las escaleras para subir hasta la cuarta planta, me encontré de frente con Fran. En su rostro se mostraban evidencias claras de la paliza: un moratón en el ojo derecho, la mejilla del mismo lado estaba enrojecida y en el labio inferior asomaba una herida que iba descendiendo hasta la barbilla. Eso era lo que se veía a simple vista; seguro que debajo de la ropa tenía más cardenales causados por los golpes de los puñeteros catetos.

Las secuelas de la paliza no fueron lo único que me llamó la atención al ver a Fran: llevaba puestas unas nuevas y flamantes zapatillas Nike rojas con cámara de aire. Esas deportivas no costaban menos de cuatro mil duros.

En el último año, Fran se había convertido en el niño del barrio con más lujos. Según nos decía él, a su padre lo habían ascendido en el trabajo, y por eso se podían permitir ciertos caprichos que levantaban más de una ampolla al resto de niños del barrio.

—Fran, venía a verte —saludé con un tímido movimiento de mano.

—Voy a comprar el pan. —No me miró al contestar. Se escabulló de mí por uno de los lados para seguir descendiendo por las escaleras. Lo seguí.

El primer pensamiento que me invadió fue el de fastidio al saber que íbamos en la dirección contraria a la Play. Me sentí ruin. «Ahora hay cosas mucho más importantes que echar una partida», pensé.

—¿Sabes qué?, me siento fatal por lo que os hice —dije, imprimiendo a mi voz todo el arrepentimiento del que fui capaz.

Fran se mantuvo en silencio mirando al frente.

Ante la omisión de respuesta, seguí hablando:

—¿Cómo estás? Veo que tienes algunos moratones en la cara. ¿Te duele mucho? —Apareció un nudo en mi estómago.

Fran dejó de caminar de golpe y se giró hacia mí.

—¡Flubber! —me gritó con el entrecejo arrugado—. Eso que hiciste no se hace a los colegas. Tenías que habernos ayudado.

—¡Lo sé, Fran!, pero ¿qué quieres que haga?, si soy un puñetero cobarde. ¡Me dio un ataque de los míos, me quedé tieso! —le expliqué, alterado.

Que salieran esas palabras de mi amigo Fran significaba mucho para mí. Se sentía traicionado, y Fran era de las pocas personas de mi entorno que no merecían ser traicionados.

—¡Flubber, tío, no me digas tonterías, vi como tu culo se movía muy rápido para salir corriendo y dejar que nos dieran hasta en el cielo de la boca! Para pirarte no te quedaste tieso —sentenció con una sonrisa irónica.

—Fran, sabes de mi problema. Me has visto en más de una ocasión. Cuando vi a los catetos abalanzarse sobre mí, me quedé completamente congelado. En el momento en que Sebas intervino, lo único que era capaz de hacer era marcharme de allí…

—Eso es otra —me interrumpió. Estaba claro que no le servían mis explicaciones—: prepárate, porque Sebas tiene un cabreo importante. Estoy deseando ver cómo se lo explicas.

Tomé conciencia de lo que acababa de decir Fran. Sentí pánico al plantearme el momento en el que me encontrara con Sebas. Fran tuvo que verlo en mi expresión.

—Tampoco te alarmes mucho. —Me miró compasivo, pronunciando las palabras con un tono más conciliador.

Utilizaría la pena con él. El dar pena era uno de los recursos que más resultado me habían dado en mi vida.

—Intentaré convencerlo para que solo te rompa un brazo —continuó, sonriendo.

—Tienes que entenderme. Mi mente y mi cuerpo reaccionan de esa forma cuando me estreso. Ojalá no fuera así. Ojalá no fuera un traidor. Un ruin. Un cobarde… Ojalá no fuera yo —balbucí —. Me encantaría ser alguien como tú: delgado, buen jugador de fútbol, valiente y, encima de todo, con dinero para comprarte esas Nike tan guapas. —Le señalé sus zapatillas.

—¡Para ya, Flubber! No me hagas la pelota. —Continuó andando y sacudiendo una mano—. Todo lo que has dicho, quitando el asunto del dinero —sonrió—, tiene solución…

—¿Sabes qué?, justamente de eso es de lo que quería hablar contigo —le interrumpí aprovechando el camino que había tomado la conversación. Mejor no lo podía tener para mi propósito.

Sus ojos azules destellaron de curiosidad.

—¿Qué quieres? —me preguntó. Paró de caminar.

—Quiero que me enseñes a no ser un cobarde —le expresé con convicción.

—¿Que te enseñé a no ser un cobarde? —me preguntó.

—Sí, y de paso estaría genial que me enseñaras a solucionar el resto de mis defectos. Según tú, menos el asunto del dinero, lo demás tiene solución.

—¡Venga ya! ¡Estás de coña! —Volvió a sacudir la mano y reanudó la marcha.

—¡No estoy de broma! —le exclamé.

Viendo que seguía andando sin escucharme, aceleré la marcha hasta alcanzarlo y lo agarré del

hombro.

—¡No estoy de broma, Fran! —le repetí imprimiendo en mi voz una autoridad que no había utilizado en mi vida.

Fran se soltó de mi mano dando un tirón.

—Punto número uno: para no tener el culo gordo, deja de comer magdalenas. Punto número dos: para no ser un *cagao*, no salgas corriendo cuando a tus amigos les están dando una paliza. —Se encogió de hombros y sonrió—. Ya he terminado, no hace falta que te entrene.

—Te estoy hablando en serio, Fran. Necesito ayuda. —Dejé caer mis brazos. «Tengo que soltar toda mi magia», pensé—. ¿Sabes qué?, mi vida es una mierda —continué—: todos me insultan; nadie me respeta; estoy gordo; siempre que hablo, el resto de los niños se quedan mirándome con cara de circunstancias…

—¿Te das cuenta de eso? —me interrumpió.

—¡Claro!

—Entonces, ¿por qué no dejas de decir tonterías?

—¡Fran! ¡Todavía no te has enterado! ¡Soy incapaz! ¡Enséñame a no ser como soy! —rogué.

Fran se miró a los pies pensativo.

—Mi madre me trata fatal —seguí hablando—; mi padrastro, no tienes nada más que verlo, es un imbécil integral; en el colegio siempre apruebo por los pelos…

—¡Para ya! —exclamó—. ¿Tú estás seguro de que te quedas tieso porque eres un cobarde? ¿No has pensado que a lo mejor tienes otros rollos en la cabeza que…?

—Estoy totalmente seguro —sentencié.

Fran se quedó mirándome en silencio. Durante esos segundos de cavilación por su parte, supe que estaba a punto de convencerlo, así que decidí darle la última puntilla:

—¿Lo entiendes ahora, Fran? ¿Entiendes que mi vida es una mierda? Tío, necesito que me ayudes.

Fran ladeó la cabeza de un lado al otro.

—¿Tú sabes lo que me estás pidiendo? Si alguien del barrio se entera de que te estoy entrenando para no ser tú —alargó los brazos hacia mí—, se van a jartar de reír de nosotros, pero risa de la mala, ¿lo comprendes?

—No se va a enterar nadie; al menos, por mi parte.

—Si te ayudo, no me hagas perder el tiempo.

—Te lo juro, palabrita del niño Jesús.

—No hagas eso.

—¿El qué?

—Decir lo del niño Jesús. Ese tipo de cosas producen ganas de pegarte.

—Vale, ya no lo digo más.

Fran respiró profundamente.

—Cualquier día a cualquier hora apareceré por tu casa y comenzaremos con tu entrenamiento.

Le alargué el brazo para estrecharle la mano. La miró pensativo. Al final me correspondió.

—Tío, no me hagas perder el tiempo —me volvió a advertir.

—No lo haré —respondí convencido.

Fran continuó su camino hacia la panadería; yo, por mi parte, decidí volver a casa y asimilar todo lo que había pasado aquel día.

Al llegar a la plazoleta me sorprendí al ver a Sebas. No es que fuera raro encontrárselo solo, era muy habitual verlo vagar por el barrio, lo sorprendente era que estuviera llorando. Se me pasaron mil cosas por la cabeza: «Me voy corriendo, no me voy y le pregunto qué le pasa, lo saludo de

lejos y sigo mi camino…».

«Sé valiente, Sergio», pensé.

Fui hacia donde él estaba. Me había visto desde la distancia y clavaba sus ojos en mí con una expresión difícil de determinar. Las lágrimas que se le derramaban por la cara desdibujaban cualquier mueca que me indicara que me iba a zurrar.

Me senté a su lado en silencio. Él seguía mirando al frente como si no existiera.

—¿Por qué lloras? —pregunté.

No me contestó, mantuvo la mirada hacia un horizonte inexistente.

—¿Es porque has repetido séptimo? —continué—. La verdad, es una faena, pero no te preocupes, salimos juntos al recreo y las excursiones las hacemos siempre en grupo; antes, séptimo y octavo; ahora, primero y segundo de ESO.

—Calla —me ordenó.

«Creo que la pregunta no ha sido muy oportuna», me dije.

Se desabrochó el pendiente de la oreja y lo lanzó lejos. Seguía llorando, algo gordo le había pasado.

—Creía que te gustaba el pendiente —continué—. Oye, Sebas, tengo que pedirte perdón por lo del Barrio Chico. Ya sabes cómo soy.

—Sí, socio, ya sé cómo eres.

Me miró; sus ojos estaban inundados de lágrimas, pero también de odio.

—Un cobarde, eso es lo que soy. Pero, créeme, voy a cambiar. Dame una oportunidad, Sebas.

—Yo no tengo que darte ninguna jodida oportunidad. —Volvió a dirigir sus ojos hacia el inexistente horizonte.

—¿Sabes qué?, pégame. —Me puse de pie y dejé caer mis brazos.

Sebas me observó desde abajo, sorprendido.

—Que me pegues. Es lo que merezco. Quiero que me perdones y es lo justo; descarga tu odio sobre mí y dejamos todo como antes.

—Estás *colgao*, socio —respondió.

—Sebas, necesito que me pegues.

—Te sientes fatal por lo que nos has hecho y, si te pego, te sentirás mejor. No te voy a pegar. Te jodes.

Resultaba irónico: la única vez en mi vida que quería que Sebas me pegara, y no lo iba a hacer.

Vencido, volví a sentarme a su lado.

—¿Qué te ha pasado?, ¿por qué lloras?

—El puto Jero.

—Te entiendo, eso lo tenemos en común. Mi padrastro también es un soplagaitas…

—¡Tú qué vas a entender! No puedes comparar tu familia con la mía —explotó—. Tu padrastro no le pega a tu *mare*; tu padrastro, por muy gilipollas que sea, quiere ejercer de padre; tu padrastro no es un traficante de drogas. Y, si te refieres a que los dos no tenemos padre de verdad, el mío nos dejó a mi *mare* y a mí solos, nos abandonó; el tuyo la *cascó* de cáncer. No tenemos nada en común.

Se calló de golpe al comprobar que lo que decía me estaba haciendo daño.

—Socio, perdona si te ha molestado lo que te he dicho, pero es la verdad.

—No pasa nada —respondí cabizbajo—. Sebas, si necesitas algo, puedes contar conmigo. Aunque digas que no tenemos nada en común, yo también tengo muchos problemas con mi familia, puedo ayudarte en ese sentido.

No contestó.

—Bueno —lo miré con mi mirada infalible de perro degollado—, entonces, ¿me perdonas?

Se levantó, se enjugó las lágrimas de los ojos, ya no lloraba. Había exorcizado sus demonios conmigo. En el fondo, tanto él como yo sabíamos que le había ayudado.

—No te rayes con lo del Barrio Chico. —Caminó unos pasos y se dio la media vuelta—. Que sepas que te tomo la palabra en lo de pegarte; cuando menos te lo esperes, te endiño un sopapo. Tienes razón en eso de que te lo mereces —me dijo sonriendo.

—Entonces, ¿me doy por perdonado?

—¡Si te hace ilusión, date por perdonado! —me gritó dándome las espaldas para irse.

Sergio: Roxette

Era sábado por la mañana y, a través del cristal rajado de mis gafas, veía *Música sí* en Televisión Española. Dover tocaba el *Devil Came to Me* mientras yo mojaba en el colacao una galleta TostaRica.

—Buenos días, hijo —me saludó Carlos sonriendo al entrar en la cocina.

—Buenos días —le respondí, parco. Me hubiera encantado gritarle lo mucho que me molestaba que me llamara «hijo». ¿Por qué lo haría, si él no era mi padre?

Vi algo diferente en su sonrisa, algo sutil; siendo la misma sonrisa de siempre, se podía apreciar la sombra de la tristeza, como cuando te ensucias la mano de tiza y frotas la mancha con el dedo: a simple vista, la tiza desaparece, pero tú sabes que esa mano no está del todo limpia; incluso, al mirarla, aprecias una película invisible de suciedad.

—¡Galletas TostaRica, me encantan! —me comentó. Sus ojos también lo decían: a Carlos le pasaba algo.

Lo miré desconfiado, agarré el paquete de galletas para traerlo hacia mí.

—¡Tranqui, tranqui! No pienso quitarte ni una. —Levantó las manos.

—¡Pues yo sí! —Mi madre apareció de la nada arrebatándome el paquete de galletas—. Tienes que controlarte, Sergio —me explicó. Colocó las galletas en la encimera—. Como sigas así, no vas a caber por la puerta. ¡Y baja la tele, que esa guitarra me va a volver loca! —me ordenó.

—¡Deja al chaval que coma, Lola! Está en edad de crecer —le dijo.

Carlos me guiñó un ojo. Me reventaba que intentara ser mi colega; lo veía venir desde lejos. Odiaba esa amabilidad artificial.

—Sí, en eso tienes razón —le afirmó mi madre—: está en edad de crecer. El problema es que está creciendo más a lo ancho que a lo largo —explicó mientras lavaba algunos vasos bajo el grifo.

En la tele, Alonso Caparrós junto a la guapísima Mar Regueras repasaban los conciertos más destacables del mes. Cuando anunciaron lo que anunciaron, dejó de importarme el paquete de galletas: «¡Roxette actuará en Mardulce! ¡Roxette estará en mi ciudad!», pensé.

No me lo podía creer. Roxette era mi grupo favorito. Aunque seguía a multitud de grupos y artistas, Roxette estaba muy por encima de todos ellos. Siendo sincero, decir que Roxette era mi grupo favorito es quedarse muy corto, y ahora iba a tener la posibilidad de verlos en directo.

—¡Mamá!, ¡¿sabes qué?!: ¡Roxette va a dar un concierto en Mardulce! —exclamé con una emoción desbordante. Igual se enterneció al verme así.

—¿Pretendes que te pague la entrada a ese concierto? —preguntó.

Le respondí con mis ojos de perro degollado.

—Sergio —me dijo, severa—, a ver si entiendes lo siguiente: no sé de dónde voy a sacar el dinero para pagarte unas gafas nuevas. Te puedes hacer una idea sobre el concierto. ¡Que no tenemos un duro, leche! —me gritó.

Toda la emoción del momento se vino abajo de golpe.

«¿Cómo no voy a ir a ver a Roxette? ¿Y si es la única vez que viene a Mardulce? No me lo perdonaría en la vida», consideré.

—Venga, vamos a tranquilizarnos —intervino Carlos—. Seguro que algo podemos hacer con el

concierto. —Me volvió a guiñar un ojo. «¿Por qué se mete? Esto es entre mi madre y yo», pensé.

—¡Tú cierra el pico! —le exclamó mi madre señalándole con el dedo.

Pese a que lo que Carlos decía iba a favor de mis intereses, me alegré de que mi madre lo hiciera callar. «Que cierre su puñetera y falsa boca», dije hacia mis adentros.

—Vale, mi amor, no me meto —respondió Carlos, sumiso.

—Por cierto, ¿dónde vas tan arreglado un sábado por la mañana? —le preguntó.

—Voy a ver a mi madre a la residencia.

—Pues llévate a Sergio; de camino, te pasas por la óptica y le compras las gafas más baratas que tengan.

—Por mí, genial: pasaremos una mañana padre e hijo —dijo Carlos. Me miró con su sonrisa de plástico. Yo le correspondí con mi seriedad.

—Volviendo a ti —mi madre no había terminado conmigo—, por tu bien, espero que cuides las gafas nuevas. Si les ocurriera algo, las consecuencias serían devastadoras.

Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Lo mejor era no imaginarse a qué consecuencias devastadoras se refería.

—¿Qué os parece si desayunamos con temas más optimistas y amables? Yo creo que estaría bien que recondujéramos las energías negativas que transitan entre nosotros esta mañana a otras más positivas —expuso Carlos.

La respuesta fue el silencio absoluto.

—¿Qué te parece a ti, Sergio? —continuó—. ¿Crees qué es buena idea hablar de algo más positivo?

Al lanzarme la pregunta, como por arte de magia, sacó un paquete envuelto en papel de regalo detrás de su espalda.

—Lola —le dijo—, sé que aún faltan algunos días para nuestro aniversario, pero es que no puedo aguantar ni un minuto más sin darte tu regalo. —Estiró el brazo ofreciéndole el paquete.

—¡Vaya! —exclamó ella—. Esto sí que no me lo esperaba—. La expresión de alegría de mi madre era algo que llevaba mucho tiempo sin ver. Eso me hizo feliz.

Rompió el papel de regalo nerviosa, fruto de la ilusión.

—Por el peso parece ropa. —Se sentó para terminar de desenvolverlo.

Era una chaqueta color caqui de algodón. La levantó con ambas manos para apreciarla mejor. Era larga, podía llegar perfectamente hasta la mitad de los muslos. De la cintura nacían dos grandes solapas que iban creciendo hasta llegar al cuello, con un tamaño desmesurado; al menos, desde mi punto de vista. Dos bolsillos laterales ocupaban gran parte del frontal de la chaqueta.

—Tiene que ser una broma —dijo mi madre con cara de susto.

—Cariño —le dijo—, no es broma. Este es tu regalo. ¿No te gusta? —Carlos empezaba a comprender que algo no iba bien.

—Sergio —mi madre me miró con decisión, sin hacer caso a la pregunta de Carlos—, por favor, dime que esto no son hombreras. —Giró sobre su torso para que pudiera ver la chaqueta mejor.

—Mamá, sí, son hombreras —afirme, solemne.

—Carlos, ¿te piensas que estamos en el año ochenta y siete? ¿Qué regalo de mierda es este? —Arrojó la chaqueta sobre la mesa de la cocina.

—Pensé que te gustaría —respondió Carlos. Luego dejó caer su cuerpo contra el respaldo de la silla. Estaba derrotado. Había pasado de la ilusión a la desesperanza más absoluta.

—Eso no le gustaría a nadie con un mínimo de decencia al vestir. —Señaló la prenda con el dedo índice—. Espero que tengas el *ticket* para cambiarlo, porque no pienso ponerme esta

antigualla. —Se levantó dando un fuerte resoplido, como un toro que ha fallado en su embestida. Apoyó ambas manos sobre el fregadero de la cocina, dándonos tanto a Carlos como a mí las espaldas.

—Siento no haber acertado con el regalo, mi amor —dijo Carlos con una voz desprovista de la alegría y la energía que tenía al entrar en la cocina—. Sergio —continuó—, ¿puedes salir un momento? Quiero hablar con tu madre a solas.

Ahora afloraba de golpe la tristeza que guardaba tras esa falsa sonrisa. Me limité a asentir con la cabeza. Cogí el paquete de galletas y salí pitando de la cocina.

Creo que no hace falta que lo diga: Carlos era un rojo en mi radar.

Carlos: ¿quién me va a querer a mí?

—¿Qué quieres ahora? —me preguntó Lola, sin molestarse ni siquiera en darse la vuelta para hablarme a la cara.

Hoy más que nunca necesitaba que el día comenzara con buen pie. Bien sabe Dios que me esfuerzo en romper la mala racha que llevo. Pero, por más que me empeño, mi sino es la desgracia. Aunque siembre buenas semillas con la esperanza de recoger frutos dulces y de calidad, mi día a día genera una fuerza gravitatoria descomunal que me atrae hacia la desdicha. No tenía pensado hablar con Lola sobre el escabroso asunto de mi despido hasta después de nuestro aniversario, pero quizá lo mejor sea no luchar contra la tendencia que me impone la vida misma; quizá lo mejor sea dejarme llevar por la pesantez que me arrastra siempre por el camino del infortunio y la adversidad, incluso alimentarla como voy a hacer ahora mismo.

—Mi amor, sé que ahora no es el mejor momento para decírtelo, pero, si la mañana tiene que ser mala, hagámosla más mala todavía —le dije. Sentí cómo mi aflicción me hacía hundirme aún más en la silla.

—¿Qué demonios te pasa, Carlos? —me preguntó. Mi actitud consiguió despertar su interés. Lola se dio media vuelta, entrecruzó los brazos sobre su pecho, su espalda se irguió. Le estaban saltando todas las alarmas.

—Me han despedido del taller. Ya no soy el contable de Ambrosio —le dije sin cortapisas. Ese mensaje no tenía forma de edulcorase y, a decir verdad, tampoco tenía ganas de suavizarlo.

Lola me mantuvo la mirada boquiabierta, su cara era un fotograma congelado.

—¿Y te quedas tan tranquilo? —Su cuerpo era una goma elástica tensionada esperando a que alguno de los extremos se soltara para dar el latigazo.

—¿Qué puedo hacer?

—Algo. Actuar por una vez en tu puta vida. Ten sangre, ¡por Dios! —Puso ambas palmas de las manos sobre su frente—. ¿Por qué te ha despedido? —me preguntó.

—Ambrosio quiere cambiar el negocio, darle otro aire.

—Al menos, ¿has cobrado la indemnización? —Se sentó con estrépito en la silla de enfrente. Me miró ceñuda al comprobar que no reaccionaba. Dio un largo suspiro.

—Pues… —No fui capaz de aguantarle la mirada, las palabras no terminaban de salirme con fluidez.

—Pues qué, ¡joder! —Dio un golpe en la mesa con la mano. Cerré los ojos al sentir la vibración de la melamina.

—Mi amor…, cuando me despidió, me quedé en *shock*. Era como si no estuviera en el taller… No sé si alguna vez te ha pasado. Estás físicamente, pero tu mente no está ahí. Mi cabeza …

—¿Qué narices me estás contando? —Me interrumpió exasperada—. ¿Cuánto te ha dado de indemnización?

—Tal y como te intentaba decir, me quedé aturdido. Solo recuerdo que firmaba un montón de papeles. De fondo, como música de relleno, escuchaba a Ambrosio decir cosas, pero no recuerdo exactamente lo que me decía …

—Carlos, ¿me estás diciendo que has renunciado a la indemnización? ¿Es eso lo que intentas

decirme? —la tranquilidad con la que me preguntaba era como levantar un revolver con el brazo con flema antes de disparar.

Tuve la sensación de una tormenta lejana. No se percibía con fuerza, no asustaba el fragor del trueno, pero se sentía en el pecho, en la peligrosidad latente y palpitante, en el vello que se erizaba. Era una amenaza que solo se hacía presente en lo más profundo de mi ser.

—En el momento intenté explicarle—, como te he dicho, no fui consciente de lo que firmaba, pero al llegar a casa revisé todos los papeles que firmé. Uno de ellos era justamente la renuncia de la indemnización.

—Carlos, no me lo puedo creer. Te han engañado y te quedas tan tranquilo. ¡Que son cinco años trabajando para él, y eras fijo!

Me soltó una bofetada. El estruendoso sonido dio paso a un silencio que sonaba a decepción, a desgracia. Un silencio que sonaba a mí.

Lola tenía la respiración acelerada y el rostro plagado de lágrimas furiosas. No había un ápice de tristeza en ella. Sus puños estaban cerrados con tal fuerza que emblanquecía los nudillos. Los brazos, totalmente extendidos hacia abajo, y con la espalda tensa, como una señal de tráfico.

—Lola, no hay que preocuparse. —La mejilla me latía del golpe—. Es cierto que no tenemos indemnización, pero la prestación por desempleo no nos la puede quitar nadie.

—Eres un pusilánime —me dijo—. Un individuo, porque no te puedo llamar «hombre», incapaz de mantener a esta familia. Tú has traído la desgracia a esta casa. Con Esteban esto no habría pasado … —Rio de forma perturbadora—. Con Esteban… todo sería muy diferente —masculló.

Tengo que reconocer que me dolió. Compararme con su difundo esposo, de la forma en que lo hizo, era algo que no le puede gustar a nadie. Pero no me dolió más que cualquiera de las otras desgracias que me habían pasado a lo largo de mi desdichada vida. Lola me hizo más diminuto, más insignificante aún de lo que ya me sentía cuando entré esta mañana en la cocina dibujando una sonrisa de *atrezzo*.

—Lola, ¿por qué sigues casada conmigo? —le pregunté con suavidad, como si la tormenta que se acababa de desatar no fuera nada más que una burda broma.

Lola se levantó, se apoyó en la encimera de la cocina y negó con la cabeza mientras daba un resoplido.

—Si quieres que te diga la verdad, no tengo la más remota idea —me respondió.

«Sabes perfectamente por qué sigues conmigo, lo que pasa es que eres incapaz de decirlo», pensé.

—¿Y tú, Carlos, por qué sigues conmigo? —contrajo su boca al preguntarme.

La miré sin esperar consuelo, la miré sabiendo que nunca tendría en ella un hombro donde llorar; a decir verdad, en mi vida lo había tenido.

—Lola, ¿tú me has visto? ¿Quién me va a querer a mí? —le dije. La tristeza me helaba el corazón y enrojecía mis ojos.

Era lógico que nos quedáramos en silencio, sin mirarnos. Yo ya había dicho todo lo que tenía que decir, y Lola no hacía falta que lo dijera. Yo lo sabía. Yo la entendía.

Pese al mutismo absoluto, sentía como tañidos de un arpa imperceptible para los sentidos, pero no para el corazón: la melancolía y la desilusión diciéndonos sin decir y asumiendo sin asumir la cruda realidad en la que vivíamos tanto Lola como yo.

Carlos: la minitienda

Después de la discusión, por llamarlo de alguna manera, con Lola, vino el siguiente acto: su puñetero hijo. Desde que nos hemos subido al autobús, se ha limitado a responderme asintiendo con la cabeza y, en el mejor de los casos, utilizando monosílabos.

Al pulsar el botón de solicitud de parada, conseguí despertar su curiosidad y, sobre todo, su lengua.

—Nos faltan tres paradas para llegar a la óptica —me dijo con tono monocorde.

Le di con su propia medicina al responderle asintiendo con la cabeza.

El autobús paró.

Al bajar, me complació ver como las calles del centro de la ciudad bullían de actividad.

—Si pretendes que vayamos andando desde aquí a la óptica, no cuentes conmigo —refirió malhumorado.

Sergio era hablador. Lo había visto en numerosas ocasiones parlotear durante horas con otras personas sobre los temas que le apasionaban: superhéroes, videojuegos, tebeos y, sobre todo, música. Pero siempre era con «otras personas».

En lo que a mí se refiere, por más que me esforzaba, no conseguía arrancarle más de tres o cuatro palabras seguidas, soltándomelas, claro está, de mala gana.

Aunque ya estaba cansado, no tenía más remedio que seguir intentando conectar con él. Era el hijo de mi mujer, lo cual me convertía en su padrastro, y, hasta que no tuviera uno propio, él era lo más parecido a un hijo que tenía. Pensándolo bien, hasta podría decir que Lola era lo más parecido que tenía a una esposa, y ellos en conjunto, lo más parecido que tenía a una familia.

Además, estaba seguro de que una buena relación con Sergio mejoraría sustancialmente mi matrimonio, que buena falta le hacía. También lo hacía por indicaciones de mi psiquiatra; según sus palabras: «Tienes que dar salida a emociones positivas, y hay pocas emociones más positivas que el amor que un padre le profesa a un hijo. Para salir de la depresión, no podemos basarnos única y exclusivamente en la química que tomas mediante las píldoras. Tu mente tiene que ser capaz de generar las sustancias para sacarte del bache».

—¿No está a dos calles la tienda de tebeos que tanto te gusta? —le pregunté.

Sergio me miró de reojo, desconfiado.

—Sí, ¿por?

—¿Qué te parece si le echamos un vistazo? Hasta te compro un cómic. Bueno, te lo compro si no se lo dices a tu madre. Ya sabes cómo se pone con el tema del dinero.

Sergio giró la cabeza con suma lentitud, me miró fijamente. Acababa de entender el motivo por el que habíamos bajado antes del autobús.

—Me parece bien —me contestó.

Para poder acceder a la tienda de cómics, bajamos por unas estrechas escaleras situadas a pie de calle. Sergio iba delante, y al abrir la puerta pude apreciar cómo la mirada se le iluminó por completo al ver aquel local abigarrado con estantes atestados de tebeos.

Una vez dentro, pensé que sería más acertado describir la tienda como una minitienda, ya que

difícilmente entrabamos con holgura Sergio, un viejo con bigote con cara de pocos amigos que parecía ser el dueño y yo. Habría que aclarar que, aunque Sergio no hubiera sido obeso, el problema de espacio habría seguido existiendo.

—¡Esto no es una biblioteca! ¡Aquí se viene a comprar, no a leer! —ese fue el saludo del dueño del establecimiento. Se encontraba sentado detrás de un mostrador de madera color negro.

El desorden reinaba en aquella minitienda, pero a Sergio no parecía importarle tal caos, ya que se movía como pez en el agua.

—Buenos días —saludé al dueño. Ni me miró, su atención se dirigía a mi hijastro.

Sergio se desplazaba de un estante a otro, sumido en una concentración máxima. Esto me hizo considerar que la visita a la minitienda de tebeos se iba a alargar más tiempo de la cuenta.

—¿Has elegido ya? —le pregunté, impaciente.

—Un momento. —Sergio deslizaba los dedos con soltura entre los cómics de una de las estanterías.

Alguien abrió la puerta. Aparecieron dos jóvenes, ambos fumando un cigarrillo. Llevaban las gafas que se habían puesto de moda en muy poco tiempo: tenían las lentes pequeñas y redondas; uno de ellos las llevaba de color naranja, y las del otro eran de un marrón degradado.

Todo esto aumentó la incomodidad que ya tenía. Al problema de espacio había que añadirle el molesto humo que iban soltando las dos chimeneas humanas.

—¿Qué pasa, *carroza*? —me dijo el de las gafas naranjas al percatarse de que lo miraba. Di un paso atrás y desvié la vista.

—¿Tienes el último de *From the Hell*? —le preguntó el de las gafas marrones, sin quitarse el cigarro de la boca.

—¡Busca! —le espetó el dueño.

—¡Qué amabilidad! —le respondió mientras se dirigía hacia uno de los estantes.

—¡Esto no es una biblioteca! ¡Aquí se viene a comprar, no a leer! —repitió el dueño de la tienda a los recién llegados.

—¡Vale, vale! —respondió el joven que se me había encarado.

—Ya lo tengo —dijo Sergio, triunfal. Me sentí aliviado.

Al salir de aquel sótano enano, le pregunté:

—¿Qué te has comprado?

Al mostrarme la portada del cómic, fruncí el ceño, extrañado.

—¿*Dragon Fall*? Si no me equivoco, es *Bola de Dragón* o *Dragon Ball*: eso está mal escrito —dije señalando la portada.

Sergio me miró altivo.

—Equivocado —me dijo entrecerrando los ojos—: está perfectamente escrito. *Dragon Fall* es una serie de cómics españoles que parodian a *Bola de Dragón*. —Al comprobar mi interés, continuó—: Por ejemplo, con respecto a los personajes, tenemos a Krilin, así es como se llama en *Bola de Dragón*; sin embargo, en *Dragon Fall* lo parodian llamándolo Chicrilin, como las galletas. Otros ejemplos serían Trunks, que lo llaman Trakatranks; a Goku lo llaman Sosongoku; el malvado Célula lleva el nombre de Celulitis; y Vegeta, en *Dragon Fall* se llama Vegetal. —Sergio perfilaba una media sonrisa mientras me hablaba sin parar.

Ahora sí que estoy conectando con mi hijastro, este es el Sergio al que estoy acostumbrado a ver conversar con otros.

—Como puedes ver, llevan nombres muy graciosos. Pero lo realmente gracioso es cómo

cuentas las mismas historias que en *Bola de Dragón,* pero planteándolas para que te partas de risa. —Paró de explicarse de golpe; se acababa de percatar de que me hablaba de forma despreocupada, sin rastro del muro que solía construir entre los dos cuando intentaba conversar con él. Apretó los labios—. Pues eso, aunque los dos cómics van sobre los mismos personajes con nombres cambiados, son historias que se cuentan desde puntos de vista diferentes —su tono de voz se volvió monocorde, la emoción con la que hablaba desapareció por completo. Volvió el Sergio frío y distante.

—Suena estupendo. Sergio, no voy a tener más remedio que pedirte que me lo dejes leer; eso sí, cuando lo hayas terminado —le respondí.

De Sergio asomó un chispazo de empatía.

—Tenemos que activarnos, hay que ir a por tus gafas nuevas a la óptica y luego a ver a la abuela —le dije, alegre.

Sergio asintió.

Carlos: mi madre

La residencia de ancianos donde vivía mi madre no tendría más de un lustro. Consistía en un ancho edificio de cemento de tres plantas con una fachada totalmente blanca. Cada una de las plantas estaba rodeada por cristaleras sombreadas donde los ancianos se agolpaban para aprovechar la generosa luz que se derramaba por las ventanas. Mardulce era la ciudad de Europa que más horas de sol recibía al año, y el que construyó la residencia había tenido muy en cuenta esto a la hora de levantarla.

Sergio y yo entramos en la residencia y nos dirigimos directamente al patio, donde, seguramente, por la hora que era, estaría mi madre. Accedimos a él por una puerta acristalada totalmente transparente. Mi madre estaba sentada junto a un gran macetero del que emergía un enorme geranio salpicado de flores rojas y violetas. Justo en frente de ella, había una fuente redondeada que a la vez hacía de bebedero para pájaros. Se respiraba un ambiente tranquilo y sosegado, lo cual me podía ayudar. Si mi madre estaba tranquila, quizá, y tan solo quizá, sería más agradable conmigo. Aunque esto solamente era una hipótesis; conociendo como conocía a mi madre, era bastante improbable.

Nos vio acercarnos. Yo le regalé mi mejor sonrisa; ella se limitó a mirarnos, impasible.

—Hola, madre. —Le besé en la mejilla. Ella arrugó la frente—. Sergio, saluda a tu abuela. —Él se removió inquieto.

—¡Venga, vamos! —insistí.

—No es necesario —por fin habló mi madre.

—Sí, es necesario, mamá. Somos familia y tenemos que saludarnos como Dios manda —contesté.

—¡Haz el favor y no metas a Dios de por medio! —me reprendió.

Al ver Sergio mi empecinamiento, dio un largo suspiro y besó a mi madre en la mejilla. Ella emitió un pequeño sonido gutural bastante desagradable.

—¿Qué quieres, Carlos? —me preguntó volviendo a arrugar la frente.

—Hemos venido a verte, madre.

—Vaya, qué interesante. Yo pensaba que cuando me encerraste en está cárcel era para perderme de vista —me dijo, airada.

—Madre, no digas eso. Sabes que te hemos ingresado aquí porque no podemos cuidarte como te mereces. Conoces de sobra dónde vivo: apenas tenemos espacio…

—Sí, sé perfectamente el barrio de gentuza en el que vives —me interrumpió.

—Madre, es un barrio humilde…

—Es un barrio de pobres —sentenció.

—No tiene nada de malo vivir en un barrio humilde.

—Sí que tiene de malo. Mira, yo ya soy vieja y sé mucho más que tú de la vida. Ahora se lleva el decir que todos somos iguales, que el dinero no nos hace mejores. ¡Un pimiento! He conocido a mucha gente pobre y he llegado a la conclusión de que son peores, o ¿es que acaso vas a comparar a una persona con posibles con un *gentuzo* de esos que viven en tu barrio? Los pobres no están del todo civilizados, son más primarios…

—Madre, por favor…

—Digo lo que me da la gana —continuó—. Ahora te miró y pienso: «mi hijo vive en un barrio de gentuza incivilizada». ¡No haces nada derecho! —espetó—. Te tiraste más de diez años preparándote las oposiciones para nada; todo ese tiempo perdido. —Orientó su mirada hacia la fuente, donde varios gorriones bebían.

«¿A qué viene ahora lo de mis oposiciones?», pensé.

Nos quedamos unos minutos en silencio.

—Madre, este patio que tenéis es precioso. —Cambié de tema. Sus ataques no me molestaban; estaba acostumbrado, pero no me apetecía hablar de mis fracasos. Bastante tenía ya con mi día a día; sobre todo, con este día en concreto, que, por desgracia, apenas acababa de empezar.

Mi madre volvió a emitir un sonido gutural. Miró a Sergio, se metió la mano en el bolsillo y sacó una moneda de cien pesetas.

—Toma, niño —le ofreció la moneda—, ve a la cafetería y cómprate una magdalena de chocolate, están muy ricas.

—¡Hostias, veinte duros! —exclamó Sergio al ver el dinero.

—¡Niño, esa boca! —le regaño. Le entregó la moneda y Sergio salió corriendo hacia la cafetería. No sé si esa rapidez por marcharse era debido a la magdalena de chocolate o por las ganas de perdernos de vista.

—Madre, no le des dinero para dulces. Lola quiere que Sergio pierda peso.

—Es verdad que está bien gordo. No vuelvas a decir que soy la abuela de ese niño. —Me señaló con el dedo índice.

—Sergio es tu nieto.

—¡Ese no es mi nieto! Yo solamente tengo una nieta y es la que me regaló tu hermano. —Se entristeció—. Cuánto de menos lo echo. —Los ojos se le enrojecieron. Sentí la sangre hervir en mi interior—. Mira que se lo decía: «No hagas eso del buceo solo, y menos de madrugada»; pero nada: era un cabezota.

—No hablemos de mi hermano, Madre. Yo estoy aquí, yo te cuido. Por cierto, ¿te estás tomando tus pastillas para el corazón? Me imagino que en este sitio te llevarán el tratamiento controlado.

—¿Por qué nunca quieres hablar de tu hermano? —Rompió a llorar—. ¿Es que no lo extrañas?

—Claro que lo echo de menos, pero tenemos que pasar página.

—¡Pasarás página tú! —me contestó entre lágrimas—. Yo me acuerdo de Juan a diario. Era tan guapo, tan inteligente, nunca me dio un disgusto. Era todo lo que una madre podía esperar de un hijo: se casó con una buena mujer, no como tú, que estás casado con la lagarta esa —dio un resoplido—; me regaló a mi nieta Luisa; y qué decir de su carrera profesional: ¡médico!, y no cualquier médico, sino uno de los mejores neurocirujanos de España.

Mi madre seguía hablando sobre Juan mientras la ira iba dominando mi cuerpo. Apreté los puños, tensé mi mandíbula, pero mi madre seguía hablando y hablando. Cerré los ojos para intentar controlarme, pero de fondo seguía escuchando a mi jodida madre hablando de Juan.

—¡Basta ya! —bramé todo lo fuerte que pude. El eco de mi grito retumbó por el patio. Todos los residentes y empleados que se hallaban allí nos miraron, paralizados por el grito.

—¿Qué haces, Carlos? —me dijo mi madre mirando a su alrededor.

—¡Discúlpame!… ¡Lo-lo siento!… Me he puesto nervioso —balbucí.

Sergio, ignorante de todo aquello, asomó por la puerta acristalada masticando vorazmente una magdalena de chocolate.

—¿Qué pasa? —preguntó al ver que todo el mundo nos observaba.

—Nada, hijo, no pasa nada —dije, cansado.

—Carlos, es mejor que te vayas. —Mi madre me lanzó una mirada calculadora.

—Sí, creo que es lo mejor —respondí, abatido.

—Antes de que te vayas, haz algo útil —me dijo.

—Claro, madre —le respondí.

—Mete la mano en el bolso que hay colgado en la silla de ruedas; encontrarás una bolsa blanca. Llévasela a Marta; es un regalo para mi Luisa —me ordenó.

Marta era la mujer de mi hermano, y Luisa era mi sobrina, la que, según mi madre, era su única nieta.

—Así lo haré, madre —respondí, obediente.

Me acerqué para darle un beso de despedida, pero ella me apartó la cara. Me resigné y me marché despidiéndome con la mano.

Mientras esperaba el autobús junto a Sergio, volví a recordar todo lo que mi madre había soltado por la boca. Sentí cómo cada una de las malditas palabras me martilleaba en la cabeza. «¡Es tan injusta! ¡Está totalmente ciega!». La ira volvía a tomar el control de mi cuerpo. El autobús que nos llevaba de vuelta a casa paró delante de nosotros y abrió la puerta.

«Estoy muy enfadado y necesito amargar el dulce a alguien», pensé mientras el autobusero nos miraba impaciente.

—Espera, Sergio. —Le impedí subir—. ¿Qué te parece si vamos a darle una sorpresa a tu madre a su clase de aeróbic?

Lola: una visita inesperada

Terminé la clase de aeróbic sudando, como de costumbre, pero en esta ocasión también acabé la clase cachonda. Las miradas de complicidad que había tenido con mi monitor, Valerio, mientras realizaba los ejercicios habían sido constantes. En algunos casos, Valerio acompañaba esas miradas con su pícara sonrisa.

Hubo un momento en la clase en que sentí cómo lubricaba de forma natural al recordar el revolcón de hacía dos días en su apartamento. La piel se me ponía de gallina al rememorar aquello: la forma en la que su lengua rodeaba mis pezones, dejándolos duros como el diamante; sus dedos pasaban de su boca a la mía, después los deslizaba por todo mi torso; mis jadeos hacían expandir y contraer mi vientre cada vez con mayor rapidez; Valerio continuaba serpenteando sus dedos hasta acariciar mi monte de venus, para al final metérmelos bien adentro; estaba tan mojada que parecía que sus dedos estuvieran hechos a mi medida; al sentirlos bailar rítmicamente en mi interior, un orgasmo atravesó todo mi cuerpo como un rayo, obligándome a arquear la espalda junto con un gemido ahogado.

—Impresionante. Has dejado al resto de la clase en evidencia. Nunca te he visto en mejor estado de forma.

Valerio se acercó con la respiración acelerada por el ejercicio recién realizado. Las gotas de sudor recorrían su delgado y fibroso cuerpo. El mono que llevaba puesto, de licra negra, le daba una sensación de desnudez que no podía ser más sexi.

—¡Qué exagerado! —le contesté.

Me quité la coleta del pelo y sacudí la cabeza para soltármelo con intención.

—Toda tú eres fuego —me dijo. Se giró para atender varias despedidas de sus alumnos e inmediatamente volvió su atención hacia mí—. Me lo pasé muy bien en nuestro último encuentro —apuntó.

Sonrió mostrando sus blancos y perfectos dientes. Me quitó de las manos la goma del pelo y la usó para recogerse en una coleta la melena que le caía a la altura de los hombros.

—¿Cuándo repetimos? —preguntó, malicioso.

Jugué con la mirada, sonreí y le dije a la vez que le daba la espalda:

—Ya veremos.

Me hacía la dura. La carne que se tiene que masticar más antes de tragar es la más sabrosa. Valerio miró a los lados. Al comprobar que estábamos solos, me agarró de la cintura con brío.

—¿Es que no cumplí tus expectativas? —me susurró al oído. Mi corazón comenzó a bombear con intensidad al sentir su cálido aliento sobre el cuello. Me di la vuelta y lo miré; él aún me sujetaba con firmeza.

—Nunca he gozado tanto —le contesté.

Vi como Valerio bajaba la mirada hacia mi pecho.

—¿Qué te parece si nos metemos en el despacho y hacemos un anticipo de lo que será nuestro próximo encuentro? —me preguntó.

Por cómo había crecido el bulto de su entrepierna, supuse que estábamos los dos en la misma onda.

—Me parece bien —contesté.

Nuestra atención se dirigió hacia la puerta del gimnasio al oír cómo esta se abría. Ninguno de los dos nos habíamos preocupado por cerrarla; teníamos la cabeza en otra cosa.

Carlos fue el que atravesó la puerta. Al vernos, me percaté de cómo endureció la mirada. Nunca había visto esa expresión en él: un rostro cargado de ira.

—Buenos días —saludó.

—Hola —dijo mi hijo, Sergio.

Valerio seguía manteniendo su brazo alrededor de mi cintura y, como si despertáramos de un profundo sueño, ambos dimos un respingo separándonos con brusquedad.

—Carlos…, Sergio, ¿qué hacéis aquí? —pregunté con voz trémula. Sentía resonar los latidos del corazón en mi cabeza.

—Si interrumpimos algo, nos marchamos —contestó Carlos, agrio.

—Solo interrumpís una conversación entre profesor de aeróbic y alumna —intervino con calma Valerio. Luego le tendió la mano a Carlos para saludarlo.

—Creo que no nos conocemos, soy Valerio. Tal y como acabo de decir, el profesor de aeróbic de Lola. —Valerio sonrió, despreocupado.

Carlos no era un hombre con tendencia a molestarse por nada; su forma de ser era sumisa y blanda; sin embargo, en esta ocasión parecía otro. Sin cambiar un ápice la expresión, miró de arriba abajo a Valerio, quien, tras varios segundos con el brazo extendido, comenzó a sentirse inquieto. Finalmente, le estrechó la mano.

—Encantado —contestó.

Valerio también saludó a Sergio.

—¡Qué sorpresa veros por aquí! —exclamé, intentando no reflejar mi estado de nervios—. Pensaba que ibais a la óptica a por las gafas nuevas de Carlos y después a visitar a tu madre.

—Así ha sido, Lola —me explicó Carlos—, pero tanto Sergio como yo, al salir de la residencia, hemos decidido venir y darte una sorpresa. Y por lo que veo, te la hemos dado. Ha sido una visita inesperada.

Carlos me seguía sorprendiendo. El hombre noble y cándido ahora hablaba de forma taimada, lanzándonos, tanto a Valerio como a mí, ojos iracundos.

—Salía más barato arreglar las gafas que comprar unas nuevas —dijo Sergio, dándose pequeños golpecitos con el dedo índice en el puente de las gafas.

—En fin. Os dejamos para que sigáis manteniendo esa conversación entre profesor de aeróbic y alumna —dijo insinuante Carlos.

—Adiós —se despidió Sergio.

Me sobresalté del fuerte portazo de Carlos al cerrar. Valerio me miró con cara de circunstancias.

—Es extraño —dije, mientras seguía manteniendo la mirada hacia la puerta que se acababa de cerrar.

—¿El qué? —preguntó Valerio sin mostrar ningún síntoma de alteración por lo que acababa de ocurrir.

—La forma de comportarse de mi marido. Tiene que ser por el despido —hablaba sin apartar la mirada de la puerta de salida.

—No creo que sea tan extraño: nos ha pillado bien cerquita —sonrió—. Yo te tenía bien agarrada. A ningún marido le hace gracia encontrar a su mujer así.

—Tú no conoces a Carlos —atestigüé—. Él no es como el resto de hombres: podría estar enrollándome contigo en frente de él y no se estremecería.

—Pues no me ha dado esa impresión, Lola.

—Por eso es tan extraño. Nunca me imaginé que le afectara tanto la pérdida del trabajo. —Me quedé pensativa, dándole vueltas a lo que acababa de pasar.

Sergio: Joyride

Tumbado en la cama, boca arriba, pensaba en la negociación que había tenido esa mañana. Le había conseguido sacar a mi madre un «me lo pensaré». Llegué a la conclusión de que era un cincuenta por ciento de probabilidad de asistir al concierto.

Me acababa de leer un pequeño cómic que me había traído mi madre sobre la vida de los grandes conquistadores extremeños. «Vete a saber dónde lo habrá pillado». Sus palabras para dármelo fueron: «Toma, que a ti te gustan los tebeos estos», y me lo arrojó encima de la mesa de la cocina.

Ahora estaba sin nada por hacer. Miré hacia mi Mega Drive. «No: tanto el *Mega Pack* como el *Ghouls'N Ghosts* los tengo muy trillados». Observé durante unos minutos mis cómics y mis libros; me acordé de que me quedaba poco para acabar *El retorno del rey*; ya me había leído los dos anteriores. «Puff, qué pereza, no me apetece leer ahora», pensé.

Al lado del bocadillo de mortadela a medio terminar estaba mi radiocasete, regalo de los últimos Reyes. No tenía CD, pero sí doble pletina, algo que me venía muy bien teniendo en cuenta el presupuesto que tenía mi familia para comprarme cualquier cosa. Todas mis cintas de música eran copias o grabaciones de programas musicales.

Encendí la radio. Giré la rueda hasta situar el dial en la 188.1. La voz de Tony Aguilar me confirmó que había sintonizado la emisora correcta. Por la forma de hablar del locutor, comprendí que estaba realizando una entrevista:

—*… de cierto sobre los rumores de separación?* —preguntó Tony Aguilar. Casi de manera simultánea, un traductor reprodujo la pregunta en inglés.

—*No nos vamos a separar; de hecho, estamos hablando del próximo disco* —contestó un hombre en inglés. Tenía un acento nórdico que me resultaba tremendamente familiar. El traductor reprodujo la respuesta en español.

—*Ojalá podamos volver pronto a tocar aquí, en directo* —añadió una voz femenina con un acento similar al del hombre, pero esta vez la voz no es que me resultara familiar, no tenía la menor duda de quién era: Marie Fredriksson, la cantante de Roxette. Por lo tanto, el hombre era Per Gessle, la otra pata del dúo musical.

Al percatarme de quiénes eran los protagonistas de la entrevista, la emoción se abrió paso en mi interior como un tsunami emerge del fondo marino.

—*¿Cómo va la gira por España?* —preguntó el locutor.

—*Estupenda. Los conciertos de Madrid y Barcelona han sido un éxito absoluto. Y, según nos han informado esta mañana, las ventas en el resto de las actuaciones van a un ritmo magnífico. La previsión es que vamos a vender todas las entradas en el resto de la gira española* — respondió Marie Fredriksson.

—*Eso significa que los que estén interesados en acudir a vuestros conciertos no se deben demorar en comprar las entradas* —añadió Tony Aguilar.

Un pellizco en mi pecho transformó la emoción en preocupación: «Tengo que convencer a mi madre de inmediato o me quedaré sin asistir al que, posiblemente, sea el concierto más importante de mi vida», pensé.

—Quiero agradeceros que hayáis sacado tiempo en mitad de vuestra gira para venir hasta aquí, a los estudios de los 40, y concedernos esta entrevista.

*—Gracias a vosotros y un saludo a toda España —*contestó Marie.

—Ahora os dejamos con uno de los grandes éxitos de Roxette, os dejamos con Joyride.

Mi mente reaccionó rápida: «No la tengo. Voy a grabarla». De fondo se escuchaba bullicio de gente; es decir, el principio de la canción.

Me levanté de la cama de un salto, abrí el cajón de mi mesita de noche. Tenía que darme prisa: la canción estaba comenzando y pocas cosas me daban más coraje que grabar una canción empezada.

Dentro del cajón tenía todas las cintas perfectamente ordenadas, ocupando al centímetro todo el espacio disponible. Estaban colocadas horizontalmente en el centro del cajón, quedando dos márgenes vacíos a ambos lados, en los cuales no entraban más cintas en horizontal. Para poder aprovechar el espacio al máximo, había colocado una columna en ambos márgenes utilizando para ello dos cintas juntas en vertical, por lo que el interior del cajón se había convertido en un bloque compacto de *cassettes*.

Mis ojos viajaban en volandas de un extremo al otro del cajón. Los títulos que figuraban en las cintas: *Mix excursión a Castala, Verano 95´, Prodigy - The Fat of the land, Canciones Roxette I, Canciones Roxette II, Héroes del Silencio - Senderos de Traición, Spice Girls- Spice, Lo + duro 4…* Todas estaban grabadas en cintas marca TDK, y las que menos, Sony.

«No tengo ninguna libre para grabar», me dije agobiado.

Los segundos de la canción avanzaban. Sin pensármelo dos veces, saqué una de las cintas que estaban colocadas verticalmente: *Villancicos tradicionales en español*, posiblemente, la única cinta original que tenía. «¡La anticopia! Tengo que tapar los huecos que hay en la parte superior de la cinta; si no, es imposible grabar encima».

Conocía *Joyride*; el ruido de bullicio estaba a punto de terminar.

«El bocata de mortadela», pensé.

Usé mis dedos pulgar e índice como pinza. Extraje del pan una pequeña molla que dividí en dos calculando a ojo el tamaño de los orificios de la cinta. Las introduje. Metí la cinta en la pletina adecuada. Empujé los botones Rec y Play.

Los cabezales giraron. «¡Perfecto, está grabando!». Levanté los brazos, triunfal.

Comenzó a sonar el bajo con la voz de mis ídolos. Subí el volumen al máximo.

Hello, you fool, I love you. C'mon join the joyride.

Arañazo de guitarra.

La música entraba por mis oídos para luego verterse en mis venas, alcanzando de forma imparable mis hombros, que ya se movían al ritmo.

…

I hit the road out of nowhere.

Raspado de guitarra.

La música bajó por mi cuello y se metió dentro del pecho. Cerré los ojos para interiorizarla mejor. La empujé al resto de mi cuerpo, aunque poca falta le hacía: se movía descarada, tenía la partida prácticamente ganada. Ella quería domarme, y yo no hacía otra cosa que ponérselo fácil. Era un huésped deseoso de que el parásito se ciñera a su cuerpo, a su mente, a su alma.

…

In a wonderful balloon.

Teclas de órgano.

She's got me whistling a private tune.

Silbido.

Llegó hasta mis piernas. Me puse a trasladar el peso de una pierna a otra en una especie de rítmico bamboleo, siguiendo una música que ya dominaba todos mis sentidos. Si me esforzaba, podía hasta saborearla. En ese momento solo existía *Joyride*, el bajo, la guitarra, la batería…

…

And she's all mine, my magic friend.

Pam, pam, pam, pam, pam, pam…

Mi cuerpo dio un salto por cada golpe de batería.

«Ahora viene lo mejor».

…

She says, «hello, you fool, I love you…

Di un paso con la pierna derecha. Cogí impulso y giré.

… C'mon join the joyride».

Bailé. No sabría decir qué parte del cuerpo era la que movía, aunque creo que todas, pero bailé, poseído, como un chamán en medio de su ritual.

—¡Flubber, esto es mejor que lo de Blossom!

«¿Cómo? ¿Quién me habla?»

Ahí estaba Fran, debajo del marco de la puerta de mi dormitorio, con los ojos bien abiertos e intentando contener una risa que ya era incontenible.

Después de que Fran se riera de mí durante más de quince minutos, me explicó cómo había llegado hasta la puerta de mi dormitorio:

—Flubber, tío, no te mosquees. Te llamé por la ventana. Tu madre me dijo que subiera, que estabas en tu dormitorio. Como tenías la música a toda pastilla, por mucho que tocaba a la puerta, no contestabas, así que decidí pasar.

—Fran, estaba en un momento íntimo.

—Tranqui, tío. No pienso decirle a nadie lo de tus bailes. —Sonrió.

—¿Sabes qué? Que te vayas a freír espárragos.

—Venga, vamos a empezar con tu entrenamiento.

Nos fuimos al descampado donde jugábamos al fútbol. No había nadie, cosa que nos tranquilizó a ambos: no era plato de buen gusto para ninguno de los dos que se corriera la voz por el barrio de lo que Fran y yo teníamos entre manos.

—¿Por dónde quieres empezar, Flubber?

—Quiero dejar de ser un cobarde. Cuando se producen situaciones de estrés, me quedo paralizado. Yo quiero ser como tú. No tener nunca miedo.

—Yo paso miedo muchas veces. Tener miedo es lo más normal del mundo, tío. Lo que tienes que hacer es aprender a gestionar tus sentimientos en esas situaciones. Controlarte.

—¿Tú tienes miedo? Pues no se te nota ni una pizca. Me acuerdo en segundo cuando nos pusieron la vacuna en el colegio. Todos estábamos asustados, yo hasta me mareé. Sin embargo, tú estabas muy entero, ni un síntoma de acojone. Y mira que mi madre me había dicho más de una vez que no tenía que tenerles miedo a las jeringas…

—Ya te estás enrollando otra vez. —Entrecerró los ojos al mirarme—. Eso lo tienes que controlar, pareces un papagayo —continuó—. Respondiendo a tu pregunta, claro que tengo miedo. Pero yo lo gestiono —dijo espirando las palabras.

—¿Cómo?

—Cuando lo veas venir, y sé perfectamente que lo ves venir desde lejos, respira profundamente, varias veces.

Me puse a llenar los pulmones de aire y a expulsarlo.

—¿Qué haces?

—Hacerte caso.

—Pero ahora no, tío. —Me dio un empujón en el hombro.

—Yo qué sé —dije apartándome.

—Después de respirar, cierras los ojos —continuó—. Tienes que evadirte.

—Fran, me tenías que haber dicho que me trajera una libreta o algo para apuntar. Oye —continué—, ¿tú haces todo eso cuando tienes miedo? —pregunté.

—Qué va. —me contestó.

—¿Entonces, de dónde lo sacas?

—Lo vi ayer en un folleto en el ambulatorio del barrio.

Se sacó del bolsillo algo y después alargó el brazo para dármelo.

—¿Qué es esto? —pregunté.

—El folleto del ambulatorio. Léelo, lo mismo te ayuda.

Lo ojeé unos segundos. De título ponía: «Evita la ansiedad». Me lo guardé.

—Pero ¿tú que haces cuando tienes miedo? —pregunté, con cierta desesperación.

—Yo qué sé, tío. —Meditó un par de segundos—. Aguantarlo, supongo. Me centro en el problema que tengo delante, no pienso en el miedo. No lo alimento, me limito a centrarme en la situación, ya sea zurrarle a un cateto o escapar de unos calorros. Simplemente, no dejo que el miedo me paralice.

—Entiendo —dije pensativo—, pero eso es fácil decirlo. Otra cosa muy diferente es cuando uno está en situación. —Di una patada a una piedra del descampado, me quedé mirando como se alejaba.

—Flubber, inténtalo la próxima vez —dijo.

Asentí.

—Venga, Fran, más consejos de estos, guapos.

—Iba a preguntarte qué es lo que se te da mal, pero creo que seremos más prácticos preguntándote qué se te da bien.

—Entiendo —asentí dándole la razón en lo que decía—. Tengo una supervirtud.

—¿Cuál? —me preguntó.

—¿Sabes qué?, calo a las personas a la primera. Sé si son buenas o malas. Solo necesito mirarlas unos segundos o escuchar la forma que tienen de hablar. Tengo un radar interno, una especie de semáforo que cataloga a las personas dependiendo del color que les asigne…

—Flubber —me interrumpió—, tenemos mucho trabajo por delante —concluyó.

—Bueno, ¿ahora qué? —pregunté.

—Ahora a correr. Diez vueltas al descampado.

Lo miré incrédulo.

—Sí, me has oído bien: a correr diez vueltas. Estás supergordo, tienes que adelgazar.

—¿A correr? ¿Ahora?

—O corres o te dejo de ayudar.

Me puse a correr farfullando.

Lola: una verdad incómoda

—Entonces, ¿te lo estás tirando? —me preguntó.

—Decir que me lo estoy tirando es decir muy poco —respondí a través del teléfono con sonrisa perversa.

—Lola, lo tuyo es un no parar: el profesor de la autoescuela; luego, el guarda de seguridad de Simago; y ahora…

—Bien barato que me salió el carnet de conducir —le interrumpí.

—Pero ¡que estás casada! —dijo estirando las eses.

—Cristina, eso es lo de menos. Aquí lo importante es la alegría que le doy al cuerpo con Valerio. Es imposible explicártelo con palabras: cómo besa, cómo acaricia, cómo me hace…

—¿Carlos no sospecha nada de todas tus infidelidades? —me interrumpió en el momento en que le iba a contar lo más interesante.

—Carlos me ha pillado más de una vez —respiré profundamente—. Nunca ha parecido molestarle lo más mínimo. Fíjate, en una ocasión, me escuchó hablar por teléfono con Manolo, el profesor de la autoescuela. ¡Menuda pillada! Estaba en medio de una conversación, ¿cómo decirte?… Para que lo entiendas, no estábamos hablando de recetas de cocina…

—No hace falta que me expliques más; conociéndote, sé a qué tipo de conversación te refieres.

—Como te comentaba —continué entusiasmada—, me escuchó perfectamente decirle guarradas por teléfono a Manolo. Y ¿sabes qué?

—¿Qué? —preguntó, impaciente.

—Me miró, yo lo miré. Al darme cuenta de la situación, cerré la boca. Y ¿sabes qué dijo?

—¿Qué dijo, Lola? —dijo rozando la desesperación.

—Que iba a comprar leche, que si quería algo de la tienda.

Me cambié el auricular de oreja. El cable se me enredó en el brazo.

—No me lo puedo creer.

—Sí, hija, así es él. Como diría mi madre: un *encogío*.

—Entonces, ¿no le molesta que le pongas los cuernos? O, si me permites, ¿nunca le ha molestado que le pongas los cuernos retorcidos? —me preguntó. Su voz rezumaba malicia.

—Nunca le ha molestado que le ponga los cuernos retorcidos o sin retorcer. Pero, justo ayer, ocurrió algo que me desconcertó.

Intentaba desenredarme el cable del brazo.

—¿Qué pasó, Lola? —me preguntó Cristina.

—Déjame hablar y te cuento.

—Habla, habla… No seré yo quien te interrumpa.

—Después de acabar la clase de aeróbic, Valerio se abalanzó sobre mí como un animal en celo…

—Por el amor de Dios —me interrumpió.

—Me tenía bien trincada, y estábamos a punto de darnos un buen repaso el uno al otro, cuando, de repente, ¿sabes quién apareció?

—¡No me digas! —exclamó.

—Sí, hija: Carlos, y con mi hijo, por si fuera poco. Al verle, tenía la cara desencajada. Nunca lo

había visto así. Es cierto que lo han echado del trabajo hace poco, pero conozco bien a Carlos: por sangre tiene horchata.

—Normal que se enfadara.

—Tú no te estás enterando de nada. ¿No te acabo de decir que nunca le ha importado que le ponga los cuernos?

—Perdona, Lola, es que no es normal que no le moleste.

—Pues no le molesta. —Me di una palmada en el muslo al responderle—. El caso es que ayer se enfadó.

—Mira, Lola, un hombre, por muy blandengue que sea, es un hombre, y algo de amor propio tiene que tener Carlos.

—Tú no lo conoces como yo. Lo de ayer es impropio en él. Hay algo que se me escapa —dije pensativa.

—Será el despido. Yo qué sé, Lola, llevas unos follones.

—Tiene que ser eso —dije sin estar convencida.

—¿Por qué no le dejas? Así puedes hacer lo que te dé la gana sin ningún cargo de conciencia.

—Te aseguro que no tengo ningún cargo de conciencia por lo que hago —respondí.

—Sea como sea, desde mi punto de vista, creo que tienes un problema: te da miedo quedarte sola…

—¡Tú qué sabrás lo que me da miedo!

—Lola, que no te lo digo para molestarte: te lo digo porque nos conocemos desde hace tiempo y sé cómo eres. Lo que le haces a Carlos no está bien. Divórciate y te acuestas con quien te dé la gana. Pero ese miedo que tienes a quedarte sola…

—Cristina, te cuelgo. Tengo arroz cociendo y se me va a pasar —dije dando un suspiro de desesperación.

—Vale. Hablamos otro día —desapareció el tono de reprimenda que tenía hace un instante.

—Adiós —me despedí, cortante. Dejé el auricular en su base dando un golpe seco.

«Esta no tiene ni idea», dije entre dientes mientras me sentaba en el sillón del salón.

Me encendí un cigarro. Algo se agitó en mí. Di una calada larga, solté el humo lento, nublando la visión de lo que tenía delante, intentando ocultar aquella verdad incómoda que, pese a arrinconarla en lo más recóndito de mi corazón, seguía latente, esperando su momento.

Sergio: Gitano

Nos encontrábamos sentados en el suelo de losa de la plazoleta. Fran llevaba casi una hora escuchándome hablar sobre la peli que había visto la noche anterior. Pero, por el entusiasmo con el que reaccionaba, comenzaba a sospechar que se estaba aburriendo.

—Entonces, el niño mono, con el tablero de juego bajo el brazo, corrió a toda leche. Tras él, una estampida de animales: elefantes, rinocerontes, cebras; todos ellos avanzaban por la carretera reventando lo que se encontraban a su paso. El niño mono, viendo que no podía escapar, se metió dentro de un coche…

—¿Qué hacéis, *caraculos*? —nos preguntó Sebas, interrumpiendo mi magnifico relato.

—Le estoy contando a Fran la película que vi anoche —le contesté.

—Una hora lleva ya el *pesao* calentándome la cabeza con un truño de película de unos niños que se meten en un juego de mesa —dijo Fran.

—No es un truño, es un peliculón y se llama *Jumanji* —respondí.

—Socio, eres un cansino —me dijo Sebas—. Toma, Fran. —Le lanzó una revista.

—Ya era hora, tío. Hace más de un mes que te la dejé.

Miré la revista de reojo. Era la *Climax*. Si no se entiende de qué va la revista por el título: era porno.

Cuando Fran la abrió, vio cómo una sustancia reseca y blanquecina cubría varias páginas.

—¡Sebas! ¡Qué asco! Las hojas están pegadas de lefa. —Le devolvió la revista. Sebas la capturó al vuelo y me la lanzó a mí.

—Toma, Flubber, para que le des al manubrio. Tu micropene también tiene derecho de darse una alegría —me dijo con su sonrisa maliciosa.

Al recibir la revista, la abrí y confirmé lo asquerosa que estaba.

—Eres un guarro, Sebas. —La tiré al suelo.

—Sois unos delicados —nos dijo Sebas. Recogió la revista y la echó en un contenedor cercano.

Desde lejos vimos llegar a Gitano. Por nuestra reacción, era evidente que ninguno de nosotros nos alegramos de ello.

Gitano era un adolescente del barrio peligroso; no tenía los dieciséis y ya flirteaba con negocios turbios. *Bullas* como el que más, tenía a todos los chavales del barrio intimidados. Su hábitat natural era la noche, donde se le veía relacionarse con delincuentes ya consagrados. Corría el rumor de que bajo la cintura del pantalón portaba una navaja, siempre lista para usar. Era uno de esos jóvenes que tenían ya casi terminada la carrera de delincuente; le faltarían una o dos asignaturas para acabar. Gitano era un color rojo en toda regla.

Se acercó con andares chulescos. Iba acompañado de dos de sus esbirros: el Pancho y el Chino —ambos de color rojo en mi radar—. La respuesta es que sí: en todos los barrios hay un Chino. Para no entretenerme mucho en describirlos, diré que, si Gitano daba miedo, estos dos daban tan solo un poquitín menos de miedo.

—Qué pasa —saludó.

—¡Ey, Gitano! —contestó Sebas. Yo, para saludar, hice un ridículo gesto de mano. Fran se limitó a decir: «Hola». Estaba claro que él había elegido mejor.

A Gitano, últimamente, se le había visto mucho con Jero, el padrastro de Sebas. Si juntamos las piezas, pues eso: blanco y en botella.

—Están diciendo por ahí que os dieron una buena zurra en el Barrio Chico. ¿Es verdad? —preguntó.

—No es así, socio —fue a explicar Sebas—. Fuimos a sisar, ya sabes… Y de repente aparecieron un montón de catetos y nos vimos acorralados.

—Tanto en las guerras como en las peleas callejeras, si te rodean, estás perdido. A eso se le llama hacer «una envolvente» —solté. No iba a dejar de ser yo, aunque estuviera delante del chaval más peligroso del barrio.

Fran, al escucharme, se echó las manos a la cabeza.

—¿Qué te pasa, Tocinetas*?* —me preguntó Gitano.

—Te equivocas: mi mote no es Tocinetas, es Flubber. Pero preferiría que no me llamaras de ninguna de las dos formas. Mi nombre es Sergio —le extendí la mano—. Creo que no hemos hablado nunca. Encantado.

Como pasa en muchas ocasiones, después de hablar yo, el grupo se sumió en el silencio. Bajé mi mano al no ser correspondida.

—¿Le ablandamos las lorzas a golpes? —le preguntó Pancho a su jefe. Gitano, con un gesto que me sorprendió por su elegancia, levantó la mano a su esbirro en señal de calma.

—¿Tú fuiste al Barrio Chico*?* —me preguntó Gitano mientras se encendía un cigarro.

—Afirmativo. Fui contra mi voluntad, pero estuve presente —respondí.

—Sebas, no me extraña que os dieran de hostias yendo con estos pardillos. —Gitano nos miró a Fran y a mí soltando pequeñas bocanadas de humo por la boca—. Pero no os preocupéis: esos catetos no van a salirse con la suya.

—Claro que no —apostilló Sebas y colocó la palma de su mano sobre el hombro de Gitano. Este miró donde había puesto la mano, provocando que Sebas la apartara de inmediato.

—Iremos a rendir cuentas, pero esta vez no se aceptarán pardillos —le dijo a Sebas.

—Vale, me parece cojonudo —le respondió.

—Sebas, me ha dicho Jero que me acompañes a un mandado.

Sebas dudó unos instantes, pero al final asintió.

—Sebas, no vayas —le dijo Fran.

Gitano miró a Fran frunciendo el ceño.

—¿Acaso eres su mamá? Sebas se viene con nosotros. —Gitano dio una calada larga al cigarro y soltó un chorro de humo hacia la cara de Fran.

—No me gustas tú —me dijo Gitano señalándome sin apartar los ojos de Fran, mientras este le mantenía la mirada—, pero tú —señaló a Fran— me gustas aún menos.

Fran apretó la mandíbula y arrugó la frente manteniendo la mirada de Gitano.

—Parece que aquí tenemos un gallito —dijo el Chino, con una risa que lo delataba como un estúpido.

El ambiente se espesó.

—Fran, socio. Déjalo, voy a ir con ellos —Sebas intentó calmar los ánimos.

Observé como Gitano apoyaba la mano en su cintura. «¡La navaja!», pensé.

—Cacho de gilipollas, ¿es que quieres morir esta tarde? —le dijo Gitano soltando pequeñas bocanadas de humo.

Fran se mantuvo imperturbable, aguantando.

—Fran… —insistió Sebas.

Cuando parecía inevitable un enfrentamiento, Fran dio un paso atrás y agachó la cabeza.

Gitano seguía mirando fijamente a mi amigo. Volvió a darle una calada larga a su cigarro, expulsó el humo y lo tiró a medio terminar.

—Tú ten cuidado por dónde andas, no vaya a ser que te pase algo malo —amenazó a Fran—.

—Adiós, *pringaos* —se despidió el Chino.

Pancho nos hizo un corte de manga.

Sebas nos miró de refilón.

Fran y yo nos quedamos en silencio observando cómo se marchaban.

—Tío, mala combinación Jero y Gitano. Sebas no debería andar con ellos —dijo Fran.

—Sí, gente muy chunga —afirmé.

—Y tú eres muy tonto —me dijo Fran volviéndose hacia mí.

—¿Por qué me llamas tonto?

—¡Cómo se te ocurre hablarle así a Gitano!

—Yo qué sé. Digo lo que pienso. Pero tú tampoco es que te hayas quedado muy atrás desafiando a Gitano.

—Venga, vamos, que me quiero comer un Patapalo.

—¿Me invitas a uno?

—No, que estás gordo y tienes que adelgazar.

—No seas así. Todo esto de Gitano me ha dado hambre.

—No sé si llevo dinero para los dos.

—Siempre llevas dinero de más, no pongas excusas.

—Si me sale premio, te lo doy.

—Nunca te sale premio. ¿Me vas a dejar mirando mientras tú te comes el polo?

Y así nos fuimos caminando, y discutiendo, hacia la tienda de chuches de Beatriz. Al final, me invitó al Patapalo.

Carlos: mi tratamiento

Mauricio era mi psiquiatra, un hombre delgado y de gran estatura, pero lo que más destacaba de su físico era su prominente y oscuro bigote. Estaba en la frontera de la jubilación y, aunque en ocasiones me hablaba con condescendencia, cosa que me disgustaba bastante, a mi modo de ver, se trataba de un buen psiquiatra.

—Hace unos días, vi a mi mujer junto a su monitor de aeróbic muy acaramelados. Ya me olía que me estaba engañando con él. Conociendo a mi mujer, era una suposición muy probable, pero siempre existía la remota posibilidad de que por una vez me fuera fiel. Teniendo en cuenta el panorama que me encontré, creo que está más que confirmado su *affaire* —le dije mientras me repanchingaba en el cómodo diván.

—Ajam —dijo, dándose pequeños golpecitos con el bolígrafo sobre la barbilla—. ¿Cómo te sentiste? —me preguntó.

—Me molestó. Sentí ira —respondí, con calma, terminando de encajar mi espalda en el diván.

—Ajam —volvió a decir. Jugó con el bolígrafo entre sus dedos—. Es sumamente extraño, Carlos. —Me estaba escrutando con la mirada, buscando información en cualquier gesto o movimiento—. Tú nunca te has sentido molesto por las continuas infidelidades de tu mujer.

—Sí, así es —asentí.

—Tal y como te acabo de decir, me parece impropio de ti esa manifestación de ira, y más aún por una infidelidad de tu mujer. ¿Recuerdas aquella vez que la escuchaste hablar por teléfono con otro hombre, en medio de una conversación, cómo decirte…, subida de tono?

—Sí —afirmé.

—¿Sentiste ira? —me preguntó.

—En absoluto —negué, tajante.

—Entonces, ¿qué diferencia hay entre aquella vez y ahora? —Repiqueteó con los dedos de la mano que tenía libre sobre la mesa.

—Cuando la pillé hablando por teléfono, la infidelidad era más evidente.

—Con más razón aún es extraña tu actitud. ¿Por qué has sentido ira en esta ocasión y en la anterior no? —insistió. Se atusó el oscuro bigote.

Miré la habitación donde nos encontrábamos. La poca iluminación, unida a los vetustos muebles color caoba, creaba un entorno lúgubre. Estaba empezando a inquietarme, el estado de relajación que tenía podía darse por terminado. Respiré profundamente. «He de controlarme», pensé. Yo sabía perfectamente la respuesta a la pregunta que me acababa de formular, pero lo último que me apetecía en este momento era compartirlo con mi psiquiatra y volver a rememorar toda aquella basura.

—Dígamelo usted. Para eso le pago. —Separé mi espalda del diván, utilizándolo como una silla sin respaldo.

Mauricio perfiló, bajo su bigote, una media sonrisa. De manera inmediata se puso a escribir en una hoja de papel que tenía sobre la mesa.

—¿Qué estabas haciendo antes de pillar a tu mujer flirtear con su monitor de aeróbic? —Dejó de escribir, pero el bolígrafo seguía apuntando directamente al folio. Esperaba mi respuesta.

—Muy sencillo: en el autobús, de camino al gimnasio donde se encontraba mi mujer. —No me gustaba por donde estaba conduciendo la conversación, cada vez me sentía más nervioso.

—No me refiero a eso, Carlos —dijo. Presionó la mesa con la palma de la mano que tenía libre. Estaba intentando controlar su impaciencia. «Vaya con el doctor, lo mismo debería ir a terapia», pensé—. Te pregunto sobre lo que hacías antes: ¿dónde estabas? ¿con quién estabas?

—Estaba con mi hijo. Fuimos a ver a mi madre a la residencia —contesté, parco.

—Ajam. —Se puso a escribir frenéticamente en el papel—. Casi nunca me hablas de tu familia. Por lo que sé, tienes un hermano…

—Sí, tenía un hermano; ya sabe que falleció —le interrumpí. De repente el diván era muy incómodo.

—Te veo intranquilo, Carlos. Relájate, no tienes que sentirte amenazado por nada. Sabes que estoy aquí para ayudarte. Este —hizo un círculo con la mano— es un lugar seguro.

—No me gusta hablar de mi hermano, el muerto —respondí con voz trémula.

El psiquiatra me evaluaba, sacaba conclusiones de mi nerviosismo, de mi voz, de mi actitud.

—Entonces, no hablaremos de él. Pero he de decir que hablar de él te vendría bien. Intenta mentalizarte para las próximas sesiones. —Me señalo con el bolígrafo—. Volvamos donde nos habíamos quedado. ¿Cómo fue la visita a tu madre?

—Bien, como siempre. —Giré la cara para evitar encontrarme con sus ojos cavilantes.

—Aún sigues intranquilo —me indicó.

—Prefiero hablar de otra cosa.

Yo ya no era el mismo que había entrado en la consulta hacía apenas quince minutos. La ira asomaba inexorable como respuesta ante la amenaza de contar algo que dolía; la ira como respuesta al dolor.

—Así será, Carlos —me respondió.

Intenté calmarme concentrándome en el sonido de la bolilla del bolígrafo impregnando el papel. El psiquiatra no paraba de escribir, hasta tuvo que coger otro folio. Mauricio había detectado un foco de infección. No iba a atacar ahora, pero ya sabía dónde hurgar.

—Me han despedido —dije de golpe.

—No me digas, Carlos. —En su rostro no había ni pizca de empatía, solo condescendencia barata.

—No sé cómo vamos a salir adelante. —Di un largo suspiro.

—Pero ¿qué ha ocurrido?, ¿por qué te han despedido? —Ahora parecía afectado. «Falso, que eres un falso», pensé.

—¡No lo sé! —exclamé.

Sentía la sangre arder en mis venas. Toda la tensión acumulada estaba a punto de desbordarse, como cuando mueves un refresco y de golpe abres la tapa.

—¡Lo que sí sé es que ni la zorra de mi mujer ni el imbécil de mi hijastro me quieren! —continué, descontrolado—; es más, ya no pido que me quieran: ¡me conformaría con que me respetasen! ¡Pues eso tampoco! ¡Me tratan como a una mierda! ¡Mi mujer me insulta, me humilla, y mi hijastro considera que no soy digno ni siquiera para hablarme! —grité.

Cuando fui a darme cuenta, estaba de pie. Mi cabeza latía como si el corazón ya no estuviera en mi pecho y hubiera decidido, de voto propio, migrar hasta mis sesos. Me quedé en silencio, jadeando.

—Tranquilo, Carlos. —Mauricio se levantó, posó sus manos sobre mis hombros y me ayudó a sentarme—. Relájate. Respira profundamente —me dijo con voz melosa.

—Disculpe, doctor. He perdido el control. —Me sentía avergonzado.

—No pasa nada, Carlos. Aquí estoy para ayudarte. Si quieres, lo dejamos por hoy.

«El muy cabrón quiere que le regale el resto de la sesión. ¡Y una mierda!».

—No. Quiero seguir. Aunque parezca mentira, esto me ayuda.

Mauricio asintió y se volvió a sentar.

—Muy bien, como quieras. ¿Cómo vas con tu hijastro?

—Creo que vamos mejorando. No con la rapidez que a mí me gustaría, pero poco a poco.

Tomé aire profundamente. «Tranquilo, Carlos. Ya pasó», pensé.

—Eso está bien. ¿Te estás tomando el tratamiento? —Dejó el bolígrafo dando un ligero golpe en la mesa.

—Sí, pero creo que estoy sufriendo algún que otro efecto secundario. —Me removí incómodo.

—¿Qué tipo de efecto secundario? —Arrugó la frente.

—Bueno…, es un efecto secundario relacionado con el tema íntimo —balbucí.

—¿Íntimo? ¿Tienes algún tipo de erupción cutánea anal o escrotal? —me preguntó intrigado.

—No, no es eso. Tengo dificultad para poder relacionarme sexualmente con mi mujer —le dije con timidez.

—Ajam. Entiendo. —Volvió a atusarse el oscuro bigote. Retomó la escritura a la vez que me hablaba—: En la actualidad, se están haciendo numerosos ensayos clínicos muy esperanzadores con sildenafilo, un principio activo cuyo objetivo principal es tratar la impotencia masculina, pero a día de hoy no hay ningún medicamento aprobado para poder recetarte…

—Doctor, creo que las causantes de mis problemas sexuales son las pastillas grandes. Por cierto, ya no me quedan pastillas de las pequeñas. Si no me equivoco, es el Orfidal…

—Cuidado, Carlos. Las pastillas que curan son las que tú llamas «grandes»; esas son las que tienes que tomarte a rajatabla. El Orfidal crea adicción; y si me dices que ya no te quedan, significa que estás abusando de ellas.

—Doctor, estoy pasando por una época muy estresante…

—Carlos, te lo digo muy en serio: controla el Orfidal.

—Le prometo que me controlaré con la siguiente caja de pastillas.

—No te voy a recetar más Orfidal este mes. En la próxima consulta tendrás tus pastillas. De esta forma, dosificarás mejor la toma.

—No me puede hacer eso, Mauricio. Necesito esas pastillas.

«El hijo de la gran puta no me las receta para asegurarse de que vuelva el mes que viene. Él sabe de sobra que mi mujer cuestiona mis caras visitas al psiquiatra».

—Tienes que desconectar, Carlos. Todo en esta vida funciona mejor cuando estamos en paz con nosotros mismos. Haz deporte, pasea al aire libre, intenta olvidarte de tus preocupaciones: esta es la mejor forma para que no necesites el Orfidal. Seguro que hasta mejoran tus relaciones sexuales.

—Sabe usted mejor que nadie que lo intento, pero no es tan fácil.

—Es por eso por lo que debes seguir con las pastillas grandes y limitar el consumo de las pequeñas; por cierto, ¿te han dado ya el resultado de tu análisis de fertilidad?

«Hoy, como psiquiatra, no está haciendo bien su trabajo. ¿Por qué me dice que intente olvidarme de mis preocupaciones y de repente me sale con esta pregunta?».

—No, aún no me han dado los resultados, pero los tendré pronto —contesté agachando la cabeza y con la conciencia quejándose.

Sergio: piensa antes de hablar

Era un miércoles por la mañana de mediados de julio, en el ecuador de mis vacaciones de verano. El sol bañaba la plazoleta de mi barrio, y yo cada vez estaba más contento de haber convencido a Fran para que accediera a enseñarme, y más aún después de verle enfrentarse al mismísimo Gitano. Era de aquellos días en los que mi felicidad estaba por encima de mi media, aunque esa media, a decir verdad, no es que fuera muy alta.

Mientras Fran me aconsejaba sobre cómo tenía que actuar y moverme para que los demás pensaran que era *guay*, o, como mínimo, que no era un *pringao*, en mi mente no paraban de rondarme las ganas que tenía de decirle lo valiente que era, lo impresionante que había estado al enfrentarse contra Gitano aguantándole la mirada sin inmutarse, sin miedo, sin cobardía. Pero creí que no habría de sentarle muy bien. Mejor, no decirle nada.

—Tío, tienes un problema muy serio —me dijo.

—Tengo muchos problemas muy serios, no tan solo uno —respondí.

—Cierto, pero del que quiero hablar ahora es de los gordos. —Se tomó unos instantes para pensar en la forma de decírmelo—: Eres un puñetero bocazas. Además, tienes la capacidad de decir chorradas en el momento menos oportuno.

—Eso ya lo sé —contesté haciendo un aspaviento con la mano para quitarle importancia.

—Tienes que evitarlo, Flubber. Faltó muy poco para que te dieran de hostias los esbirros de Gitano, y todo por las tonterías que dices. Considera otra cosa: no solo te dejas en ridículo a ti, sino que también dejas en evidencia a quienes te acompañan. Esto lo tienes que cambiar —insistió.

—¿Ahora voy a tener que estar siempre callado? —cuestioné, irritado.

—¡No! Si quieres dejar de ser un cobarde, tienes que hacerte visible: hablar, mostrar seguridad, que controlas la situación. Pero no decir tonterías.

—¿Cómo lo hago? ¿Sabes qué?, soy así: hablo, digo lo que pienso. Me gusta dejar patente mi punto de vista…

—Muy fácil —me interrumpió—. Antes de hablar, piensa. No digas nada sin haberle dado antes una vuelta.

—Si tengo que razonarlo todo, tardaré mucho tiempo en hablar…

—No tienes que hablar ni rápido ni mucho —volvió a interrumpirme—; en la mayoría de los casos, la gente con la que hables lo agradecerá. —Sonrió.

—¿Tan pesado soy?

—Tío, un tanto intenso, sí. Pero tranquilo, a mí y a mucha gente nos caes bien. —Volvió a sonreír—. Otra cosa —cambió radicalmente su expresión para fruncir el ceño—: todo te importa demasiado.

—¿Cómo?

—Sí, te implicas con todo. Por ejemplo, cuando hablamos de pelis o de música, defiendes a capa y espada tus posturas; o, cuando discutes empeñado en que la Saturn es más potente que la Play, te lo tomas muy a pecho. La gente que mola es más pasota. No sé…, tienes que dar la sensación de que te da todo un poco igual.

—Entiendo, pero la Saturn, técnicamente, es más potente.

—La Saturn no puede hacer transparencias, tío.

—Pero eso es porque los que programan los juegos de la Saturn no saben hacer transparencias. Sin embargo, cuando desarrollan un juego para la Play, Sony les da una serie de guías… —me callé abruptamente al ver como Fran bajaba la mirada y resoplaba.

—Tío, ¿ves a lo que me refiero? ¡No te pongas ahora a discutir sobre esto! —Tomó aire—. También eres un palizas hablando de cosas chorras, como cuando te dio por parlotear sobre política.

—Había ganado José María Aznar, era un momento muy importante…

—Eso no le importa a nadie, Flubber; y menos aún que nos des la chapa durante horas sobre el tema.

—Lo pillo.

—Si quieres que los demás te respeten y dejen de reírse de ti, esto que te acabo de decir es fundamental.

—Eres impresionante.

«Si es que no te puedes callar; al final se lo has dicho», pensé.

—¿Cómo? —Arrugó la frente.

—Estuviste espectacular cuando te enfrentaste a Gitano.

—¿Y eso a qué viene ahora?

—Te lo quería decir.

—Acabo de explicarte que tienes que pensar antes de hablar, ¿y me sueltas esto?

—Vale. Me callo.

—Flubber, voy a empezar a pensar que eres un caso perdido.

—No, listo: pensar antes de hablar.

—Grábatelo a fuego: pensar antes de hablar. —Me golpeó ligeramente con su dedo índice sobre la frente.

—Grabado.

Fran me echó una rápida ojeada de arriba abajo.

—No estás adelgazando. ¿Sigues inflándote de magdalenas y bollos? —me preguntó.

— No. ¿Sabes qué? Mi metabolismo es lento, me cuesta mucho adelgazar.

—Tienes que dejar de atiborrarte de porquerías, Flubber. La apariencia es mazo de importante. Lo primero que ven de ti es tu físico, y eso es algo que también tenemos que mejorar.

«Ha dicho “tenemos que mejorar”: está involucrado con la causa».

—Bueno…, quizás he comido alguna que otra magdalena —dije mirándome los pies.

—Flubber, si quieres que te siga enseñando, tengo que verte adelgazar. Como en la próxima semana no vea tu trasero encoger, vete despidiendo de estas clases. Te lo digo muy en serio.

—Vale, Fran. Confía en mí. Comeré menos. —Nos quedamos en silencio unos segundos—. ¿Y ahora qué? —Cambié de tema—. ¿Corro diez vueltas al descampado? ¿Subo diez veces por las escaleras de tu piso? —Las sesiones de Fran siempre acababan con ejercicio físico.

—No. Hoy vamos a echar una revolera, pero vamos a ir a buscar a Sebas para jugar con él. Lleva desaparecido desde que se fue con Gitano, y de eso hace tres días. No es propio de él.

Decidimos ir al piso de Sebas y llamarlo a gritos, como era costumbre, desde la calle. Después de un buen rato gritando y esperando respuesta, nos dimos por vencidos. Fran se quedó pensativo, era obvio que estaba preocupado. Yo también lo estaba, pero, para ser sincero, ni la mitad de lo que lo estaba él.

Cuando íbamos de camino a por el balón a casa de Fran, nos encontramos de bruces con el

padrastro de Sebas: Jero —evidentemente, un color rojo—.

Vi en Fran unos segundos de lucha interna: pasar de todo y seguir a por el balón, o, por el contrario, preguntar a un delincuente peligroso sobre el paradero de su hijastro.

—Señor Jero, discúlpeme —le llamó la atención Fran.

«Fran es, con diferencia, el más educado del barrio», consideré.

Jero se dio la vuelta arrugando la frente, extrañado de la formalidad con la que se habían dirigido a él. Tanto Fran como yo, de forma inconsciente, dimos un paso hacia atrás. Sabíamos el material del que estaba hecho aquel hombre.

—¿Vosotros no sois amigos de Sebas? —quiso saber Jero.

—Sí. Le quería preguntar sobre él. Llevamos sin verlo varios días. ¿Sabe usted dónde está? —inquirió Fran.

En silencio, nos examinó.

—Ahora que os veo, lo entiendo todo. Vaya pinta que tenéis: un gordo y un repipi. —Hizo una mueca de asco—. No me gustáis. No sois una buena influencia para Sebas.

—Disculpe, señor. Nosotros tan solo somos sus amigos. No hacemos nada… —intentó responder Fran.

—Ese es el problema —interrumpió Jero—: me lo estáis amariconando. No hacéis cosas de hombres, sois unos blandos. No os podéis hacer una idea del trabajo que me ha costado convencerlo para que me ayude en mis negocios. Sebas tiene que espabilar; si no, se va a parecer a vosotros. —Se marchó sin despedirse.

Fran apretó los labios, sus iris viraron rápidos desde un extremo al otro de sus ojos.

—Tío, si está ayudando a Jero en sus negocios, ya sé dónde está.

Si alguien me hubiera preguntado en ese momento cuál era el lugar donde menos debería estar, sin lugar a duda, hubiera dicho «El Chatarro». Pues ahí es donde me llevó Fran.

El Chatarro era una antigua nave industrial que, hacía más de treinta años, alguien había tenido la genial idea de construir al lado de nuestro barrio. Con el paso del tiempo, había sido abandonada, y ninguno de los responsables políticos de la ciudad se había preocupado por los riesgos que suponía una nave industrial desamparada al lado de un barrio deprimido económicamente.

El lugar estaba en un estado de abandono extremo. En su interior, la maquinaria carcomida por la herrumbre y la inmundicia se hallaban en cualquier lugar al que dirigieras la vista. No tenía ni techo. Hacía unos cinco años, un temporal de viento lo había arrancado de cuajo, y así se había quedado. Lo mismo el alcalde de turno pensó que molaba más que la nave fuera descapotable.

Os podéis hacer una idea de lo que pasó con El Chatarro: se convirtió en un sitio para vender, comprar y meterse droga. En cuestión de drogas, se podría decir que, si los portales de mi barrio eran las máquinas *arcade* de los bares, El Chatarro era unos recreativos, pero de los buenos, de esos que hay en Japón.

—¿Qué hacemos aquí, Fran? —le pregunté fijando la vista a la entrada de la nave, donde varios yonquis miraban a su alrededor, curiosos.

—Si Sebas está ayudando a Jero con el negocio —me miró de reojo—, y no creo que tenga que aclararte a lo que se dedica Jero, tiene que estar aquí. El Chatarro es el sitio donde más droga se mueve en Mardulce.

—¿Tú crees que Sebas está vendiendo droga? —le pregunté.

—No sé, pero, haga lo que haga en los negocios de Jero, tiene que ser aquí o en el Club Miami. Como El Chatarro nos pillaba más cerca, hemos venido aquí primero.

—¿Sabes qué?, hubiera preferido ir al Club Miami —dije, sonriente.

—Yo también, tío —me contestó, correspondiéndome la risa—. Está claro que las vistas son mejores en el Miami.

Nos quedamos los dos en silencio, mirando fijamente aquella estructura derruida.

—Vamos, Flubber —me dijo iniciando la marcha.

Mientras nos acercábamos, el reflejo de un rayo de sol al impactar contra lo que quedaba de una claraboya me obligó a cerrar los ojos.

Al vernos entrar, los dos yonquis nos observaron con el ceño fruncido.

Lo que apreciamos en el interior era dantesco. No sabría decir la cantidad de colchones enmohecidos tirados por el suelo. Lo que sí puedo decir es que eran bastantes, y en su mayoría estaban ocupados por drogadictos metiéndose o pasando la mona. El resto del interior de la nave bullía en actividad: camellos, intermediarios, recaderos, adictos en camino de hacerse yonquis; en resumen, lo más granado de Mardulce. Me sorprendió ver a un hombre de unos treinta años, vestido de traje negro con camisa blanca y corbata del mismo color que el traje, comprando *caballo*.

Me imaginé su situación: «Quizá sea un bróker que compra acciones en bolsa, y el estrés acumulado ha provocado su adicción a la heroína. O quizá sea un importante empresario de Mardulce, enganchado, cayendo en la desgracia de una espiral autodestructiva. O quizá sea un drogata que ha vendido todo lo que tenía y solo le queda el traje con el que se casó».

—Oye, Flubber, espabila. —Fran me dio un empujón.

—¿Qué pasa?

—Te has quedado *empanao*. Venga, que tenemos que buscar a Sebas —continuó—. Flubber, tú irás por toda el ala derecha de la nave; y yo, por el ala izquierda…

—Ni de coña —no le dejé terminar—. No voy a ir solo en este sitio.

Fran resopló y se puso a caminar mirando a los lados. Lo seguí.

Dimos una vuelta entera a la nave. Llamábamos tanto la atención que, si alguien hubiera mirado el interior de la nave desde el cielo —cosa que era del todo posible—, nos habría identificado en menos de lo que canta un gallo.

Por culpa de mi ensimismamiento en la búsqueda de nuestro amigo, me choqué contra la espalda de un yonqui. Este se giró y me miró con ojos narcotizados.

—¡Qué haces, niño! —exclamó. Su voz seguía una cadencia cansada, como el sonido de un motor que se acababa de gripar.

—¿Qué *paza*, Manu? —le preguntó otro yonqui que se encontraba a su lado.

—Este niño me ha *empujao*.

—Pues *darle* una *guantá* —sugirió el otro yonqui.

En ese instante, la única neurona que emitía algo de electricidad en la cabeza de uno de los drogadictos se manifestó.

—Oye, Patillas, estos dos tienen pinta de llevar dinero.

—*Zí* —dijo. Sonrió mostrando una dentadura casi inexistente—, seguro que están *forraos*.

—No llevamos nada —intervino Fran. Yo ya me estaba mareando.

—Déjate de *mierdá* y *darme* todo lo que llevéis —exigió el yonqui llamado Manu.

—Oye, tú, *godo*. Sácate todo lo que lleves en los bolsillos —me dijo el Patillas.

—Flubber, ahora no es momento para que te quedes tieso —me masculló Fran.

No le respondí, ya me había quedado tieso.

Fran estiró el cuello en un último intento a la desesperada de hallar a Sebas. Como se puede

imaginar, y gracias a Dios, lo encontró.

—¡Sebas, tío, tenemos problemas! —le gritó.

Sebas se dio cuenta de la situación en la que nos encontrábamos.

—¡Eh, Patillas, Manu, dejadles, que son mis amigos! —le exclamó Sebas. Vino hacia nosotros corriendo y agarró a ambos yonquis del brazo y los apartó de nuestro lado dándoles un tirón.

—¡Si han sido ellos! —espetó Manu—. Me han *dao* un empujón.

—¡*Zí*!, que lo he visto yo, ha *sío* el *godo* ese. —Me señaló el Patillas.

—Flubber, socio, qué sorpresa que seas tú el que la enmierde —me refirió Sebas.

—No creo que te escuche, se ha quedado tieso —añadió Fran.

Después de que Sebas hablara con los yonquis, nos sugirió salir de la nave.

—¿Estás mejor ya, Flubber*?* —se interesó Sebas por mí.

—Si, ya parece que estoy mejor.

Sebas levantó la cabeza para mirarnos a ambos.

—Socios, ¿se puede saber qué hacéis aquí? —nos preguntó sin ocultar su enfado—. Este sitio no es para vosotros.

—Sebas, hemos venido a por ti. Llevábamos tiempo sin verte, estábamos preocupados… —Fran se interrumpió a sí mismo al percatarse de que acababa de expresar en voz alta lo que sentía; por lo que parecía, esa no era su intención. Sebas entrecerró los ojos mientras contemplaba a Fran, curioso.

—¡Joder! —exclamó Sebas—. La próxima ve que me agache a recoger el balón, me preocuparé hacia donde apunte mi culo —dijo, serio.

—Tío, solo queríamos saber si estabas bien —expuso Fran—. Ayudar en los negocios a tu padrastro no es que sea el trabajo más seguro para un niño de trece años.

—Tú qué sabrás —le ladró Sebas—. ¿Qué es seguro para vosotros? ¿Prefieres que juguemos a la comba, o quizás eso es demasiado varonil para vosotros? Sois unas mariconas —nos dijo, molesto.

—Hablas igual que tu padrastro —afirmó Fran.

—¿Tienes algún problema con eso? —le preguntó Sebas.

—Sebas, sabes de sobra que tu padrastro no es trigo limpio —añadió Fran.

—Claro, y, como Jero no es trigo limpio, mejor me sigo yendo con vosotros para que me apalicen los catetos, y el barrio piense que me he vuelto un maricón.

—¿Sabéis qué?, ¿y si vamos a sisar a otro sitio? —intervine. No sé por qué consideré que este era un buen momento para dejar de ser un cobarde.

Tanto Sebas como Fran se giraron en redondo para mirarme. Yo creo que hasta se habían olvidado de que estaba allí.

—¿Cómo dices, Flubber? —me preguntó Fran.

—¿Dónde? —me preguntó Sebas, directo.

—¿Recordáis cuando toda la clase fuimos al club de natación en el segundo trimestre?

—Sí —respondieron ambos con hambre de saber más.

—De camino en el autobús, justo antes de llegar al club, me fijé en un barrio de reciente construcción. Según tengo entendido, en ese barrio viven la mayoría de los concejales y funcionarios de alto nivel de la ciudad.

—Ya me acuerdo: es una zona llena de casas, chalets y dúplex…

—Casas, chalets y dúplex de lujo —añadí.

—Y en esas casas, chalets y dúplex tienen que vivir familias con niños pijos… —intervino Sebas.

—Niños pijos con balones y cosas caras —terminé la frase de Sebas.
Nos quedamos los tres callados.
—Si vamos a sisar a ese barrio, ¿te vienes con nosotros? —le preguntó Fran a Sebas.
—Si vamos a sisar a ese barrio, me voy con vosotros —dijo Sebas—. ¿Cuándo vamos?
—Ahora —respondió Fran.
—Eso es imposible —respondí—: caminando, hay más de dos horas.
—No si atravesamos Las Cortijadas —agregó Fran—. Podemos ir después de la siesta.

Al escuchar a Fran, se me encogió el corazón. Era cierto que, si atravesábamos Las Cortijadas, el Barrio Rico quedaba a poco más de una hora a pie; pero, teniendo en cuenta que iríamos después de la siesta, entre que llegábamos, sisábamos y nos volvíamos, con casi total seguridad se nos haría de noche. Eso significaba atravesar Las Cortijadas a oscuras, una zona de la ciudad donde el asfalto todavía no había llegado, con caminos de tierra, sin iluminación, con vegetación de vega por todos lados, donde en cualquier momento te podía salir un jabalí entre las cañas que dibujaban el camino de tierra, o un ladrón, o, por qué no decirlo, un psicópata con intención de despellejarnos y hacerse un chándal para hacer deporte con nuestra piel.
«Que Sebas diga que no, que Sebas diga que no», rogaba para mis adentros.
—Socios, nos vemos en la plazoleta a las cinco y media —declaró Sebas.

Carlos: ella me tocaba a mí

Aquella soleada mañana decidí realizar el recado que me había encomendado mi madre: llevar a mi sobrina el paquete que me había dado el día que la visité a la residencia.

La línea de autobús que mejor me venía para ir a casa de mi cuñada era la doce. No había apenas tráfico, así que el trayecto duró menos de veinte minutos. Por la dirección que tomaba, hacia el norte, parecía que iba al contrario. Era una mañana calurosa de mediados de julio, y la gente se desplazaba hacia el sur, hacia la playa de Mardulce. Los hombres llevaban puestos sus bañadores y la camiseta más hortera que tenían en el armario. Las mujeres, con sus vestidos de vuelo; y las chicas más jóvenes, con vaqueros cortos, tapando el resto del cuerpo con el sujetador del bikini. Iban bien pertrechados, con nevera, toalla, bocadillos, y los más preparados llevaban los túperes bien llenos de viandas.

Cuando salí del autobús tuve que caminar unos cinco minutos, tiempo más que suficiente para empaparme en sudor.

Al llegar al piso donde vivía mi cuñada con mi sobrina —y mi hermano, cuando aún estaba—, nació en mí el dichoso sentimiento de fragilidad. Así es como me hacía sentir Lola en muchas ocasiones; mi madre también provocaba esa sensación en mí; pero ninguna de las dos podía compararse con cómo me hacía sentir mi hermano Juan. Me machacaba, me dejaba en evidencia siempre que tenía ocasión, me ridiculizaba delante de cuanta más gente mejor, sobre todo, si eran sus amistades, ligues, y en menor medida, puesto que apenas tenía, mis amigos.

Aún me dolía el recuerdo de aquel viernes en que, mientras desayunábamos, mi hermano quiso saber qué iba a hacer esa tarde. Yo le dije que quería ir al cine a ver *La guerra de las galaxias*. Me preguntó con quién iba. Eso para él era muy importante. Juan era de los populares del instituto y siempre estaba interesado en conocer los grupos de gente que salían juntos. Cuando le dije que iba solo, empezó a desternillarse de risa. Lo peor de todo es que mi madre se rio a carcajadas con él, diciéndome entre risas que era muy triste, que si no tenía amigos, que con mi edad era penoso ir solo al cine.

Pasaba lo mismo con las novias. Mi hermano tenía un éxito arrollador: incontables chicas pasaron por su habitación, con el consiguiente beneplácito de mi madre. Él era guapo, simpático, inteligente; yo, para resumir, todo lo contrario. En más de una ocasión, tanto mi madre como Juan hablaban irónicos sobre la posibilidad de que fuera, como decían ellos, *mariquitilla*.

Todas estas vejaciones despertaban en mí este sentimiento de fragilidad, y ahora, frente al que era el piso de mi hermano, volvió a manifestarse, atenazándome de forma violenta. Empecé a sentir angustia, temí vomitar en mitad de la calle. Respiré profundamente controlando el aire que entraba y salía de mis pulmones. Conseguí serenarme. Cerré los ojos, tal y como me decía que hiciera mi psiquiatra en estos casos. Coloqué en mi mente recuerdos agradables, que me transportaran a escenarios felices de mi vida. Siempre situaba el mismo recuerdo: el instante que, hasta el día de hoy, sigue siendo el más feliz de mi vida, el instante en que la conocí a ella, a Marta, a mi cuñada. Volví a respirar profundamente y, aprovechando que salía del portal un hombre mayor con sombrero, entré.

—¡Qué bueno verte, Carlos! Adelante. —Marta me invitó a pasar con el brazo. Estaba más delgada, y el ligero maquillaje no terminaba de ocultar las ojeras. Era evidente que la ausencia de Juan seguía afectándole.

—Buenos días, Marta, ¿cómo estáis? —Me dio dos besos. Olía a jazmín.

—¡Tito Carlos! —Mi sobrina vino corriendo a darme un abrazo al que correspondí.

—Luisa, cuánto has crecido —exclamé.

—Sí. Es que ya soy muy mayor, tengo siete años. —Movió la cabeza coqueta.

—Vaya, estás hecha ya una mujercita. Antes de que se me olvide. —Rebusqué en mi mochila —. La abuela me ha dado esto para ti—. Le entregué el paquete.

Marta abrió el paquete rompiendo el envoltorio de forma caótica.

—Tengo que ir a ver a tu madre, llevo más de un mes sin pasarme por la residencia —dijo Marta.

— Mamá, ¡es un Tamagotchi! —exclamó Luisa con una emoción desbordante.

—¿Qué chisme es ese? —preguntó mi cuñada.

—¡Mamá, es un Tamagotchi! En este aparatito vive una mascota a la que hay que alimentar, hacer dormir, jugar con ella, hasta tengo que limpiarle las cacas.

—Vaya, qué maravilla, limpiar cacas digitales —declaré divertido—. Eso es nuevo para mí.

—Lo que inventan… —intervino Marta.

—Bueno, me voy a la habitación, que tengo que encenderlo para que nazca rompiendo el huevo —. Luisa se marchó a toda velocidad por el pasillo dando pequeños saltos de alegría por el camino.

—¿Café? —me ofreció Marta.

—Por supuesto —contesté.

Nos sentamos alrededor de una pequeña mesa redonda de mármol. El aroma a café, unido a la sensación de hogar que emanaba esa casa, me hacía sentir en paz, cómodo. Lo cierto es que con Marta siempre encontraba comodidad.

—¿Qué tal, Carlos? ¿Cómo van las cosas?

—Las cosas —di un sorbo al café— van, que no es poco. —No tenía ganas de darle explicaciones.

Marta apretó los labios. Pese a la factura que le pasaba la ausencia de Juan, seguía radiando esa belleza natural que la acompañaba siempre. Aunque estuviera enferma o sin arreglar, aunque tuviera mil años, seguiría siendo bella. Se había dejado crecer el pelo, seguro que más por falta de cuidado que por estética, pero le quedaba precioso.

—¿Cómo está Sergio? —me preguntó.

—Sergio está bien. —«No se ha interesado por Lola; nunca la ha tragado»—. Ya sabes, con su música, sus dibujos, sus magdalenas —le dije.

Ensanchó la boca para sonreír, una sonrisa sincera, llena de nobleza, pero con un ramalazo de tristeza que podía verse a leguas. Era evidente que no estaba bien.

Marta abrió la tapa de una cajita que había sobre la mesa para sacar un paquete de Marlboro Lights. Me ofreció un cigarro y ambos nos pusimos a fumar.

—Estás muy guapa, Marta, pero te noto triste.

Marta dio una calada al cigarro y expulsó el humo con lentitud.

—Aunque nos veas así —hizo un círculo con la mano—, esto es un infierno. Casi han pasado cinco meses desde que Juan desapareció…, mejor dicho, desde que se ahogó mientras buceaba, pero no consigo asimilar su muerte, Carlos. Todo me recuerda a él. Aún no he guardado su ropa del armario, el estudio está tal y como él lo dejó. —Lo ojos se le enrojecieron.

—¿Y Luisa? ¿Cómo lo lleva? —quise saber.

—Tiene sus días. Hoy parece que está bien, pero hay momentos en los que no para de llorar. No puedo hablar de tu hermano delante de ella. Es como si hubiera guardado el recuerdo de su padre en un rincón y quisiera olvidarlo, y cuando alguien o algo se lo recuerda, explota: rompe a llorar y no hay nada ni nadie que le dé consuelo o que la calme. —Una lágrima fue trazando un camino a lo largo de su mejilla.

—Es natural que estéis así, Marta. Tal y como dices, han pasado tan solo cinco meses; aún es muy reciente.

—Carlos, tengo la sensación de que estamos peor que al principio.

Nos quedamos en silencio, apurando el cigarrillo. Marta lo terminó y zambulló la colilla en el poso del café que le quedaba en la taza.

—¿Te acuerdas del día que conocí a tu hermano? —Sus ojos llorosos contrastaban con una sonrisa nostálgica.

Asentí con la cabeza.

—Cuando nos conocimos en aquel bar, él no parecía muy interesado por mí —continuó—. Recuerdo que con quien hablaba era con mi amiga Montse, incluso flirtearon. Me acuerdo perfectamente porque yo no les quitaba el ojo de encima —me dijo mientras se encendía otro cigarro. Me ofreció otro a mí, pero rehusé—. La verdad es que nunca entendí el motivo por el que de repente se interesó por mí —me dijo.

«Yo sí que sé el motivo por el que se interesó por ti», pensé.

Lo que está diciendo Marta no es del todo cierto. Ella no tenía clavado el ojo en él: lo tenía clavado en mí. Lo recuerdo como si fuera ayer. Estábamos sentados en la mesa de un bar mi hermano y yo. Él me explicaba por quincuagésima vez la historia donde, en una de sus sesiones de submarinismo nocturno en el arrecife de Las Leonas, había encontrado una cueva submarina donde podía respirar sin necesidad de utilizar la bombona de oxígeno. Estaba obsesionado con bucear de madrugada las cuevas marinas que había allí. En la mesa de al lado se sentaron dos chicas. Mi hermano las miró y les sonrió. Ellas se cruzaron la mirada y soltaron una carcajada. En esa situación, él me dijo:

—Mira, hermanito, esas dos quieren *juguesca*.

Una chica era rubia, delgada y con ojos azules, muy del tipo de Juan. La otra era morena, con algo más de curvas y con un precioso pelo moreno. Me pareció la mujer más hermosa del mundo. Esa era Marta.

—Hermanito —continuó—, vamos a intentar que esta noche *mojes el churro.* La rubia es mía; para ti, la morena, que es más tu tipo, más entradita en carnes —me dijo, irónico.

Afirmé con la cabeza. A partir de ahí, mi hermano les propuso juntar las mesas, a lo que ellas no se negaron. Él se puso a charlar con Montse; y yo, con Marta. Tuvimos una conversación maravillosa. Marta era divertida, inteligente, empática; era perfecta. Tanto ella como yo disfrutábamos de nuestra compañía, y eso Carlos lo notó. Recuerdo cómo nos miraba por el rabillo del ojo; era evidente que estaba molesto de que una chica se lo estuviera pasando bien conmigo.

Después del bar, nos fuimos a tomar una copa a un *pub* cercano. De repente, mi hermano dejó de interesarse por Montse y se centró en Marta. Fue tal la situación que Montse, viendo el cambio en la actitud de Juan, se marchó malhumorada.

Yo me quedé con cara de imbécil, viendo a mi hermano robarme a la única chica que había tenido interés por mí en toda mi vida.

Mientras iba de vuelta en el autobús, mi mente no paraba de decirme: «Era mía; Marta me tocaba a mí, maldito hijo de la gran puta».

Sergio: Las Cortijadas

Andábamos a través de un camino de tierra flanqueado a ambos lados por frondosas cañas. Era tal el cúmulo que apenas se podía distinguir lo que había tras ellas. De fondo se escuchaba el correr del agua por la interminable acequia que había en el extremo derecho del camino, colindando con la muralla de cañas. Olía a vegetación, abono, ganado; olía a vega. Estos aromas, con el paso del tiempo, se iban confundiendo cada vez más con los olores de una ciudad insaciable, que ganaba terreno a gran velocidad.

A mí esa mezcla de lo antiguo con lo nuevo, de la Mardulce actual con la que se proyectaba en el futuro, me parecía fascinante. Sabía que el terreno por el que transitábamos desaparecería más pronto que tarde, para colocar encima de esas cañas, de esas acequias, de esos cortijos, gigantescos bloques de hormigón donde vivirían muchas personas que pagarían muchos impuestos. Puede ser que sonara triste, pero a mí no me lo parecía. Me gustaba la vega de Mardulce, pero también me gustaban las tiendas, los parques nuevos, los barrios con pisos modernos, las grandes avenidas. Al fin y al cabo, eso era el progreso, y yo quería vivir en él.

Mis amigos avanzaban por el camino soportando el monólogo que había comenzado hacía más de media hora sobre la nueva Enseñanza Secundaria Obligatoria, en la que nosotros tres éramos conejillos de indias.

—Antes, con la EGB, hubiéramos pasado a octavo. Pero ahora pasamos a segundo de ESO. Antes, al acabar octavo, obtenías el graduado escolar, pero ahora no nos lo dan hasta que terminemos cuarto de ESO. Antes, cuando se acababa octavo, se hacía el BUP, que era el bachillerato. Pero ahora, como tenemos que hacer hasta cuarto de ESO…

—¡Puto calor! —me cortó Sebas—. Eres un *pesao*, Flubber. Me duele el *tarro* de escucharte. EGB o ESO, me da igual, para mí este curso va a ser una mierda. —Sebas recogió una piedra del camino y la lanzó por encima de las cañas.

—¿Por qué? —pregunté.

—Socio, he repetido curso. ¿Tú has visto la cara de apamplinados que tienen los que pasan a primero de ESO? —Se quedó mirándome—. ¡Tú qué vas a ver, Flubber! —Negó con la cabeza, indignado.

—¿Sabes qué?, visto así, es normal que estés mosqueado —continué—. Ya no vamos a estar juntos en clase —declaré.

—No habríamos estado juntos de todas formas —intervino Fran. Era muy sospechoso lo ausente que había estado durante todo el camino.

—¿Por qué no habríamos estado juntos? —me interesé.

—Han ascendido a mi padre en el trabajo. Nos mudamos a Madrid —apuntó.

Nos quedamos en silencio unos segundos que me parecieron interminables, con el correr del agua como único sonido.

—Fran, ¿me estás diciendo que te vas del barrio? —pregunté sin terminar de entender lo que acababa de anunciar.

—Flubber, me voy del colegio, me voy del barrio y me voy de Mardulce —me contestó.

—De puta madre —añadió Sebas—, conviértete en un finolis. Serás un niño de esos a los que

zurramos. Socio, lo mismo si vienes de visita a Mardulce te sisamos. Seguro que te adaptas muy bien allí, en el colegio de ricos al que te matricularán. —Sebas arrojaba cada palabra sobre Fran como cohetes—. Esto es un *mierdón*. —Dio una patada a unos juncos que sobresalían de entre las cañas.

—Te lo tenías muy calladito, Fran —le solté, resentido.

—Flubber, me he enterado hoy mientras comía; de eso hace menos de una hora. —Nos miró a los dos de manera intermitente—. ¡Tíos, no tengo otra opción! ¿Creéis que quiero irme? No me apetece nada cambiar de colegio, ni de barrio, ni de ciudad; no me apetece nada hacerme amigo de niños pijos repelentosos —expresó Fran, alterado.

Volvió el silencio, pero en esta ocasión era un silencio diferente. No era como el anterior, de callarnos para intentar entender aquello que Fran decía. En los primeros instantes de este nuevo silencio, se respiraba cabreo, pero, conforme avanzaban los segundos, se podía apreciar perfectamente cómo este silencio se transformaba en tristeza al comprender que en muy poco tiempo dejaríamos de estar los tres juntos, que ya no echaríamos una revolera, que ya no nos insultaríamos, que ya no nos aburriríamos juntos. En ese instante me sentí muy solo: se marchaba el cincuenta por ciento de mis amigos, y el otro cincuenta era Sebas, así que creo que no hace falta que explique más.

—¿Habéis enviado ya la Liga Fantástica*?* —quise saber. Tenía que romper el maldito silencio. Quería dejar de sentirme solo. No quería pensar en lo que ocurriría después del verano.

Sebas me miró de reojo.

—Aún no la he terminado. No sé a quién poner de portero, estoy entre Cañizares y Hesp —me respondió Sebas.

—Yo la mandaré la semana que viene —intervino Fran, tímido.

—¿A quién has puesto tú de portero? —le pregunté a Fran.

—A Zubizarreta —contestó.

Sebas hizo una pedorreta con la boca.

—La verdad, no es que sea una buena opción —le dije a Fran, sonriendo.

—Es una muy buena opción, Flubber. Me gustaría ver el equipo que has hecho tú; seguro que nos partiríamos de risa al verlo —me dijo Fran sin ocultar su molestia.

—Socio, Zubizarreta en un colador y está viejo —comentó Sebas.

—Tíos, sois unos incultos futbolísticamente hablando. Zubizarreta jugó el año pasado como titular con el Valencia prácticamente todos los partidos. Los porteros no tienen que ser tan jóvenes, y es más barato que Hesp y Cañizares…

—Si se come todos los balones altos —le interrumpí.

—No tienes ni idea, Flubber. Zubizarreta es un *porterazo*. El año que viene es el Mundial de Francia y seguro que Clemente se lo lleva de portero titular.

—Irá Cañizares de portero titular —respondí.

—Me apuesto mi Play a que irá Zubizarreta —declaró Fran.

—No juegues con fuego —le dije.

—Como vaya Zubizarreta, no pasamos de la primera ronda —dijo Sebas riéndose.

—Oye, Fran, vi en una revista que ya ha salido el Fifa 98. ¿Te lo has pillado ya para la Play? —le pregunté.

—Ha salido solo para ordenadores. En la tienda Game me dijeron que saldría para noviembre de este año. Me lo pediré para los Reyes Magos.

—¿Sabes qué?, he leído un especial en *Hobby Consolas* y es la hostia de chulo —dije.

—Al parecer, cuando juegas con las selecciones, antes del partido, los jugadores cantan el

himno nacional —explicó Fran.

—Serán todas las selecciones menos España; nuestro himno no tiene letra —añadí.

—Sí que tiene letra —me corrigió Sebas, serio.

Tanto Fran como yo nos quedamos mirándolo.

—Creo que estás muy perdido, Sebas: el himno de España solo se escucha, no se canta —le dije.

—Socios, ¿queréis que lo cante? —nos preguntó. Los dos asentimos con la cabeza.

Sebas carraspeó. Con mucha tranquilidad tomó aire, se colocó la palma de la mano en el pecho y con expresión solemne comenzó a cantar.

—Franco, Franco, que tiene el culo blanco porque su mujer se lo lava con Ariel. Doña Sofía, lo lava con lejía…

—Sebas —le interrumpió Fran retorciéndose de risa—, tienes toda la razón del mundo, no me acordaba de la letra de nuestro himno.

—Sería la leche que en el Fifa 98 la selección española cantara ese himno —intervine, también riéndome.

—Estaría de puta madre que en el nuevo Fifa saliera la canción esa que no para de sonar por la radio —comentó Sebas.

—¿Cuál? —preguntó Fran.

—La que dice: *Hayguet notaun, buganilon aguen, llune feguenandaum, hayget no taum.…*

—¡Vaya desastre de pronunciación, Sebas! —le interrumpí—. La canción que estás destrozando se llama *Tubthumping*, del grupo Chumbawamba, y se canta así: *I get knocked down, but I get up again, you are never gonna keep me down* —canté con el nivel de inglés que había conseguido, sobre todo, con Mazzy. Al acordarme, ya no me podía quitar de la cabeza el «I am Mazzy».

—Flubber, eres el único pardillo que se preocupa de aprenderse la letra de las canciones en inglés—añadió Sebas.

—Uno que es culto —le contesté. Preferí decirle eso a explicarle que me había aprendido la letra de la canción gracias a la *Super Pop*.

—Tío, pues a mí me suena mejor cómo la canta Sebas —me dijo Fran. Luego se puso a cantar la canción moviendo los hombros rítmicamente de un lado al otro y con la misma pronunciación ortopédica de Sebas.

—Flubber, es que siempre te pasas de listo —me dijo Sebas. De manera inmediata, acompañó a Fran en la melodía y en el baile.

Me quedé observándolos con cara de circunstancias. «La verdad es que no suena mal», me dije mientras los escuchaba. Como llevo la música en la sangre, no pude evitar unirme a ellos, cantando la canción con la horrenda pronunciación que había parido Sebas y bailando más que nadie.

De esta forma continuamos con nuestro camino hacia el Barrio Rico, cantando juntos, concentrados en la letra, alegres, pero, sobre todo, entusiasmados con lo que nos podíamos encontrar. Me sentía como un extremeño cruzando el Atlántico en el siglo XVI, con coraje, con miedo a lo desconocido, pero también emocionado, dispuesto a hacerme rico o, al menos, a sisar algo de valor.

Sergio: el Barrio Rico

Di una zancada y pisé sobre el basto y duro suelo de vega. Di otra zancada y mi pie se posó con suavidad, casi con recelo, sobre una acera de adoquines negros y blancos que no podía ser más bonita. De esta forma tan brusca terminaba la vega y comenzaba uno de los barrios más modernos y pijos de Mardulce.

También es verdad que nosotros llegamos al Barrio Rico por la puerta de atrás, es decir, atravesando Las Cortijadas. Si hubiéramos escogido el camino convencional, recorriendo todo el paseo marítimo, la entrada al barrio hubiera sido muy diferente: habría una carretera perfectamente asfaltada y, con seguridad, una rotonda —no paraban de hacerlas—, y no sería suelo de vega lo que abandonarías antes de entrar al barrio, sino un terreno perfectamente peatonalizable que no levantaría polvo al pisar. Pero, si hubiéramos escogido el camino convencional, aún no habríamos llegado.

Nos introdujimos en una calle donde los adosados se sucedían los unos a los otros como clones. Eran cajas rectangulares de dos plantas con la fachada blanca. La primera planta disponía de dos anchos ventanales que daban la sensación de ser un par de ojos; justo debajo, una amplía terraza con una barandilla. La fachada de la planta baja estaba compuesta en su totalidad por una cristalera transparente; tenía que ser una delicia estar en aquel salón escuchando música tumbado en un cómodo sofá mientras recibías la luz natural del sol.

Cada adosado, cómo no, disponía de su garaje privado, que, por lo que intuía, no tendría que ser pequeño.

Al terminar la calle, dejaron de aparecer adosados: ahora lo que veíamos eran casas con una amplia parcela propia; creo que no hace falta decir que eran espectaculares. Muchas de ellas tenían unos buenos muros, no menos de dos metros de alto, lo cual imposibilitaba saber más sobre aquellas propiedades; en estos casos, solo se podían apreciar las imponentes construcciones.

Sin embargo, en otras casas, para delimitar la parcela privada con la calle, instalaban una especie de celosía compuesta por unas altas y finas columnas de metal colocadas de forma continuada. Si te acercabas a ellas y mirabas a través del minúsculo espacio que se dejaba entre las columnas, se podían ver los jardines privados: barbacoas de obra, flores, plantas y césped natural —todo perfectamente cuidado—, muebles de jardín sin logotipos de cervezas o refrescos —pensaba que todas las mesas y sillas de exterior tenían que ir patrocinadas— y, sobre todo, piscinas.

La zona de casoplones en la que nos encontrábamos tenía una estructura peculiar: las calles, en vez de estar en línea recta, serpenteaban abrazando cada una de las enormes parcelas. Era como si las calles se hubieran hecho pensando en las construcciones que iban a levantar en el barrio, y esto teniendo en cuenta que cada casa era totalmente diferente a la otra, tanto en tamaño como en estética.

No cabíamos en nuestro asombro: las calles limpias en extremo, el aire olía a mar y a flores. Tenía la sensación de que el cielo estaba más despejado y de que el sol nos acariciaba con una luz más agradable y una calidez que no abrasaba; quizá fuese por la percepción del barrio, o por

la hora que era, ya que por el horizonte se intuía el color índigo. Ninguno de los tres habíamos visto nunca tanto lujo junto, y eso que no habíamos entrado en ninguna de las viviendas. «Vete a saber lo que habrá allí dentro», pensé.

—Tíos, todo esto es muy bonito, pero no hemos venido a ver mansiones, hemos venido a sisar a los niños del barrio, y aquí no veo a ninguno —afirmó Fran.

A decir verdad, todo el barrio estaba tranquilo. De vez en cuando pasaba algún cochazo, pero no nos habíamos cruzado con ninguna persona mientras caminábamos.

—¿Dónde están los niños pijos de este barrio? Tiene que haber un parque por algún lado —dije.

—Esto es más grande de lo que me imaginaba —indicó Fran, pensativo—. Busquemos.

Me angustié un poco. El hecho de tener que buscar a los chavales del barrio significaba que tardaríamos más de la cuenta, y eso implicaba atravesar de noche Las Cortijadas para el camino de vuelta. Eso no me gustaba nada.

Anduvimos por las sinuosas calles del barrio sin la fortuna de cruzarnos con nadie. Pasamos una parcela delimitada por las finas columnas de metal en las que se oía algo. Los tres pegamos la cara en las columnas: vimos a un señor mayor baldeando el suelo de la terraza. A Sebas no se le ocurrió mejor idea que gritarle: «¡Oye, socio! ¿Dónde está aquí el parque?». El señor, con muy buena educación, nos indicó la localización del parque. Sus ojos no se despegaron de nosotros hasta que nos perdió de vista.

Resulta que nos encontrábamos a menos de dos minutos del parque. Cuando llegamos, nuestro asombro siguió en aumento. En el centro se situaba una fuente de agua cuya forma no fui capaz de identificar con nada conocido, algo que no le restaba majestuosidad; escupía ondas de agua al cielo con el tamaño justo para rodearla. Todo el suelo era de césped natural, lo supe por el olor que desprendía. Los columpios estaban impolutos: no había suciedad, ni chicles pegados, no había pintadas, ni siquiera el típico «LƎTI ZORRA» que estaba pintarrajeado por todo Mardulce. Bancos de madera en perfecto estado, dos pistas de baloncesto con el pavimentado inmaculado. Todo el parque estaba rodeado de un camino cubierto por una pérgola envuelta de plantas trepadoras, las cuales evitaban que traspasara el sol.

—Socios, esto está guapísimo —nos trasladó Sebas mirando al frente embobado.

—Esto también está guapísimo —nos dijo Fran mientras señalaba un claro de tierra del parque donde tres chavales de más o menos nuestra edad jugaban a los trompos.

—¡Vamos! —exclamó Sebas tomando la iniciativa.

Los tres niños, al llegar nosotros, nos miraron curiosos, como si fuéramos de otro planeta. Lo cierto es que, si comparábamos nuestras pintas con las suyas, éramos de otro planeta. Uno de ellos era muy alto y tan delgado como uno de los juncos de Las Cortijadas, llevaba ortodoncia y unas gafas de culo de vaso. Otro era un chaval bajito que embutía una tremenda panza en un polo Lacoste rojo. Al último de los tres le asomaba un mechón pelirrojo por debajo de la gorra de los Chicago Bulls, tenía pecas y unas deportivas Adidas que eran la leche.

—Vaya trompos vacilones que tenéis —les dijo Sebas con aire divertido.

Los chavales se miraron entre ellos; acababan de pillar de qué iba la película.

—¿Cómo os llamáis? —les pregunté. En ese mismo instante descubrí que Sebas era capaz de insultarme con la mirada.

—Mi nombre *esh* Borja —dijo el pelirrojo—. *Ellosh shon Lucash* y Mateo —añadió señalando a cada uno con el dedo—. Por favor —continuó—, no *nosh peguéish*. Tomad, aquí *tenéish todosh losh tromposh*. —Borja los recogió del suelo y se los entregó a Sebas. Era obvio que se lo

dieran a él, pues daba más miedo—. ¡*Vamosh, chicosh*, dadle todo lo que *llevéish*! —les ordenó el pelirrojo.

Los tres sacaron de los bolsillos sus carteras. «¡Tenían carteras!». Yo me guardaba el dinero en el interior del calcetín o en el bolsillo, dependiendo de la cantidad. De una forma muy tranquila y civilizada, nos dieron todo el dinero, incluso uno de ellos le dio a Sebas una Game Boy.

Flipábamos de tal manera viendo cómo ocurría todo que a ninguno de nosotros se nos ocurrió preguntarle al tal Borja qué narices le pasaba en la boca, o al menos reírnos de él. Fue el sisamiento más sencillo de la historia de la humanidad: No había hecho falta ni amenazarles; nos entregaban todo lo que tenían con nuestra mera presencia.

—Bueno, creo que *esho esh* todo —nos dijo Borja—. Si no *she osh* ofrece nada *másh*, *nosotrosh* ya *nosh marchamosh*.

Los tres seguíamos paralizados, intentando digerir lo que acababa de ocurrir.

—Está bien, está bien…, muchas gracias —respondió Sebas con cara de pasmo y con las manos cargadas de dinero, trompos y una Game Boy.

—*Graciash* a *vosotrosh* —le respondió Borja—. Se despidieron con la mano y se marcharon. Por cierto, mi radar los catalogó con cuatro verdes como una casa.

Nos quedamos en silencio unos segundos mientras veíamos a los pijos irse.

—¿Qué significa esto? —preguntó Fran.

—¡Significa que hemos encontrado la jodida isla del tesoro! —exclamó Sebas, emocionado.

—¿Cuánta pasta nos han dado? —pregunté.

—Tíos, hay un billete de mil pelas —dijo Fran quitándoselo a Sebas de las manos.

Nos pusimos a dar saltos de alegría. En mitad de la celebración, me di cuenta de que alguien nos observaba tras la ventana de uno de los chalets que rodeaban el parque. Me centré en aquel mirón, o, mejor dicho, mirona, ya que, después de un rato fijándome, me di cuenta de que era una chica.

—Oye, nos están espiando desde esa ventana —les informé.

—¿Quién? —preguntó Sebas girándose hacia la dirección a la que yo señalaba.

En el instante en el que mis dos amigos se giraron, la niña corrió las cortinas ocultándose tras ellas.

—Yo no veo a nadie —dijo Fran.

—Estás flipando, Flubber —remató Sebas.

Y así se quedó la escena, siendo yo el único que se preguntaba quién era aquella niña. Decidí no darle mayor importancia. Seguro que, con el follón que habíamos montado en la celebración, alguna curiosa se había asomado a ver qué ocurría.

El resto de la tarde fue una auténtica maravilla. Contentos por el botín conseguido, nos volvimos a nuestro barrio. Incluso, ni llegó a hacerse de noche mientras deshacíamos nuestros pasos por Las Cortijadas. «Oh Yeah!».

La niña de la ventana: once horas y media antes

La alarma comenzó a sonar: «pi-pi-pi-pi». Perezosa, levanté la cabeza de la almohada.

—Maldita sea, ¿por qué narices tengo que madrugar en mitad de julio? —dije.

La puerta de la habitación se abrió de golpe; estaba tan cansada que ni me sobresalté.

—La escuela de verano te mantendrá las neuronas en funcionamiento; además, tienes todo el mes de agosto para holgazanear —me soltó mi madre para darme los buenos días.

—Lo tuyo no tiene nombre; tengo tan poca intimidad que ni puedo decir mis pensamientos en voz alta dentro de mi habitación —le respondí sin mirarla.

—Venga, arriba, tienes que prepararte tú el desayuno, que he de llegar pronto al hospital. Tengo programada una operación a las nueve y media.

Mi madre cerró la puerta. Di un bufido y me volví a tumbar en la cama con la indignación como primera sensación de la mañana.

Me levanté, le di al Play en el equipo de música y comenzó a sonar *Even Flow*, de Pearl Jam. «Ojalá me equivoque, pero esta canción, seguro, sea lo mejor del día».

Fui a vestirme. «¡No me entra el pantalón vaquero azul! ¿Qué esperabas, Mónica? Te has zampado en menos de una semana la tarrina de helado de turrón». Me tuve que decantar por un vaquero negro y corto que había recortado yo misma. Los flecos blancos, provocados por los descuidados tijeretazos, salían por todos lados.

Para la parte de arriba me puse una camiseta de Metálica negra desgastada, me la metí por dentro del pantalón y la sujeté firme con un cinturón, «¿por qué no?», negro también. Me miré al espejo. «No estás en tu mejor momento, pero sabes que tienes tu punto. ¡Qué narices, no me maquillo! De todas formas, las muy zorras se van a reír de mí con o sin maquillaje», pensé.

No eran las nueve aún y ya hacía calor. «¿En qué cabeza cabe apuntarme a la escuela de verano?», esta vez no lo dije en voz alta.

Me dirigí hacia la cocina. Al pasar por el salón vi a mi madre en la puerta de casa rebuscando en su bolso. Al sentir mi presencia, levantó la cabeza.

—Mónica —resopló—, tienes el armario repleto de ropa preciosa y de marca, pero no se te ocurre otra cosa que vestirte con unos trapos que dan la impresión de haberlos sacado de la basura. ¿Por qué todo de negro, hija? Parece que vas a un funeral —sentenció dándose una palmada en el muslo con la mano que antes rebuscaba en el bolso.

Puse los ojos en blanco.

—En una cosa tienes razón: la escuela de verano para mí es como ir a un funeral. No, rectifico: es peor que ir a un funeral —rematé.

Seguí caminando hacia la cocina. No tenía ningún interés en enfrascarme con mi madre.

—Hija, tu padre y yo lo hacemos por ti. Es una escuela de verano buenísima y cara. —Apretó los labios, valoraba si decirlo a no; conocía a mi madre como si la hubiera parido—: Otra cosa —habló con un hilo de voz—: van todas las chicas del barrio. Te irá bien para socializar, que buena falta te hace —me soltó.

«¡Lo que faltaba! La muy boba quiere que socialice con las pijas cabezas huecas del barrio», pensé.

Abrí la puerta de la cocina. Entré. Di media vuelta. Miré a mi madre.

—Mi vida es un mierda, y tú haces que sea más grande y apestosa.

Cerré de un portazo.

Mis padres solo piensan en lo mismo: «Mira, Moni, he llegado a los objetivos del banco este año y, gracias a ello, tenemos este Mercedes nuevo». Esa es de mi padre. De mi madre, hay perlas tales como: «Mónica, gracias al esfuerzo y sacrificio de tus padres, nos vamos a mudar al nuevo barrio de Mardulce. Está al lado de la playa. Viviremos en un chalet con jardín propio. Nuestros vecinos serán políticos, empresarios; hasta el jefe de cirugía de mi hospital se va a mudar allí. ¿No es emocionante?». «¡Pues no, joder!», me hubiera encantado contestarle en su momento.

Mis padres no quieren nada más que aparentar, consumir, aparentar, consumir. Luego me dicen que tengo una actitud triste, que parece que estoy deprimida. Ellos son los que tienen una vida triste.

Antes de la escuela de verano, tenía que hacer una parada. La semana pasada me había quedado sin mercancía —no sé si era por el verano, pero se había corrido la voz y cada vez tenía más demanda—. Enfilé la calle por donde se acababa la civilización. En menos de doscientos metros, lo que me rodeaba no eran adosados ni casas que inflaban el ego de sus dueños, sino un terreno agreste donde descansaban tristes cortijos abandonados por unos dueños que, con lo que la promotora les había dado por el suelo, habían cambiado la vida de campo por la de un piso de reciente construcción en las nuevas zonas de expansión de la ciudad.

Justo donde había una piedra roja del tamaño de un balón de fútbol, salí del camino apartando varias cañas a los lados con el mismo gesto con el que apartas las cortinas para husmear por la ventana. Las cañas que delimitaban el camino eran duras, pero estas ya estaban medio dobladas de la cantidad de veces que las había traspasado.

Me dejé caer por un pequeño ribazo arrastrando con mis pies piedras, plantas, un envase de Bollycao y una lata de Coca-Cola. Fuera del camino, la naturaleza era la que establecía el orden en el terreno, esturreando cañas de forma aleatoria —o no—; la maleza rellenaba los huecos que las cañas les habían permitido; incluso, una culebrilla salió de su escondite al sentir el escándalo que estaba generando con mi caminar, para buscar cobijo en un sitio que suponía más seguro.

Serpenteé por el terreno unos metros más hasta llegar a mi escondrijo. Había otra piedra roja colocada de manera deliberada en el suelo. La levanté —la había elegido así no solo por su color, sino porque apenas pesaba—. La piedra dio paso a un agujero que antaño había sido una acequia privada; para que no se llenara de maleza ni de bichos, lo había forrado con una bolsa de basura. Dentro estaba lo que había venido a buscar y un monedero con la imagen de Fido Dido que tenía la cremallera a punto de estallar. Torcí la boca al comprobar la poca mercancía que me quedaba. La cogí y miré al solitario monedero. «Tengo que buscarme otra cartera con más capacidad». Volví a tapar el agujero con la piedra.

Al guardarme la mercancía en la mochila, sentí cómo mis principios se meneaban incómodos.

«Mónica, criticas el consumo que invade a la sociedad actual, y tú, aquí, mercadeando y participando en el sistema». Me sacudí el pensamiento de la cabeza y dije:

—Vamos, que al final llego tarde.

Mónica: la escuela de verano

La escuela de verano se ubicaba en el mismo instituto privado en el que estudiaba el resto del año, el pretencioso Centro Educativo Virgen Auxiliadora. Lo más granado de Mardulce endilgaba a sus insoportables adolescentes en este instituto. Los dueños del centro educativo veían la posibilidad de sonsacar aún más dinero a las prósperas familias de Mardulce, y estas, la oportunidad de perder de vista a sus pedantes hijos el mes de julio. Pues eso, al juntarse el hambre con las ganas de comer: «Hay que montar una escuela de verano».

El color de mi ropa no me ayudaba a mitigar la humedad ni el calor reinante aquella mañana.

A las espaldas del instituto, había una callejuela por donde tiraban la basura. Ese era el lugar en el que me esperaban ansiosos cuatro chavales, todos mayores que yo, todos del mismo corte: guapos y populares y ricos. Les vendí la mitad de la mercancía que me quedaba y me marché con paso ligero.

Me quedé a unos diez metros del portón del instituto, observando cómo el bullicio entraba de forma desordenada. El tropel dio paso a un goteo: eran aquellos a quienes les importaba menos llegar tarde; en ese grupo me encontraba yo. Levanté mi carpeta, donde destacaba una enorme foto en el frontal del Kurt Cobain, le di un profundo beso y dije:

—Kurt, dame fuerzas.

En el centro de la clase, en una declaración de intenciones manifiesta, sentada en su pupitre tronificado, rodeada de su séquito habitual, se encontraba Cayetana, maquillada hasta la coronilla, esquelética y con un vestido azul que despertó mi envidia, no por el vestido, sino por lo fresco que parecía.

Hablaban como cotorras. Era tal la forma de conversar que, aunque te acercaras a escuchar, solamente entenderías cosas sueltas, tales como: «por favoooor…», «es divino…», «fuimos a casa de Bruno…», «me muero por esquiar…», entorpeciéndose las unas con las otras.

En la primera fila, en otra declaración de intenciones manifiesta, se sentaban los únicos de la clase con los que intercambiaba más de una palabra: Borja, Lucas y Mateo. A estos, por desgracia, sí se les escuchaba hablar.

—Hola, Moni, ¿cómo *estásh*? —me saludó Borja al llegar.

—Bien, ¿de qué habláis? —Miré a Mateo sin disimular mi repugnancia—. ¿Puedes comer con la boca cerrada? —le pregunté.

—Es una Pantera Rosa. Si quieres una, llevo más —me contestó mostrándome cómo trozos rosados del bollo industrial, salivados y triturados, zigzagueaban por su boca.

—No, gracias.

—Hablamos del enemigo perfecto —me dijo Lucas—. Yo propongo a Zarm como supervillano más poderoso. Mi opinión debería de tenerse en mayor consideración teniendo en cuenta mi cociente intelectual de 121…

—No *empiecesh* otra vez con *esho*. El hecho de que *tengash* un CI de 121 no te convierte en la voz de la verdad.

—Si Borja me permite, podré explicar el conflicto conversacional. —Lucas cogió aire y levantó los hombros—. Mateo está en desacuerdo conmigo, pero tampoco propone a ninguno.

Luego está Borja, que el muy zoquete dice que es Thanoseid.

—Con lo *lishto* que *eresh*, *tendríash* que verlo claro, *Lucash*: *she fushionan Thanosh* y *Darksheid; esho esh* invencible…

—Escuchadme un momento —les dije y todos callaron—. Si algún día queréis que os hable alguien del instituto que no sea yo, tendréis que ir cambiando de temas de conversación.

—*Chicosh*, Mónica tiene razón. *Tenemosh* que poner en práctica lo que *hemosh* hablado en *másh* de una *ocashión* —dijo Borja.

—¿Qué habéis hablado? —pregunté.

—Tenemos un plan para ser los guapos y populares de clase —explicó Mateo.

En ese momento, Cayetana se levantó y, por desgracia, se dirigió al punto donde menos se tenía que dirigir. Nos miró altiva, se sacudió su rubia melena preparándose para ser el centro de atención, y dijo mientras nos señalaba con la mano en una postura antinatural:

—Dios los cría y ellos se juntan.

El resto de la clase se rio a carcajadas.

—Grunch, querida —dijo refiriéndose a mí—, el conjunto que llevas no te favorece. Sí es verdad que el negro adelgaza, pero es preferible que luzcas esos kilitos que has cogido antes que vestirte de esta manera —me dijo.

—El grano que te ha salido en la cara tampoco te combina—le contesté.

Nos dio un último vistazo, guiñó extrañamente un ojo, sonrió y se marchó de la clase sacudiéndose el pelo con la mano y mirando a ambos lados para confirmar que su numerito había sido un éxito de espectadores.

—Esta chica necesita reforzar su autoestima fustigando de manera cruenta a los compañeros de clase situados en escalafones inferiores de popularidad —explicó Lucas.

—Oye, ¿y la profesora? —inquirí. Quería cambiar de tema, eliminar de mi cabeza lo que acababa de ocurrir.

—No ha venido la *sheño* María. *Shi hubierash shido* puntual, te *habríash* enterado. *Shi* me *disculpáish*, he de marchar. Tengo que *resholver* unos *ashuntos* —nos dijo Borja con la voz temblorosa. Se fue tirando una libreta y tropezándose con el pupitre.

Mónica: el desayuno

La mañana transcurría sin pena ni gloria. Llevaba un buen rato escuchando a Lucas y Mateo hablar de dragones, de mazmorras, de magias y vete a saber ya las tonterías que soltaban. Necesitaba cambiar de aire. Me levanté y, con toda la parsimonia que podía asignar a mis movimientos, me dispuse a dirigirme al cuarto de baño.

Caminaba pensando en mi madre, en la contestación que le había dado. Quizá había sido demasiado cruel con ella. Desde su perspectiva, intentaba ayudarme. Me sentía mal. Bajo ese horrible manto de superficialidad que la cubría, se encontraba una buena persona. Siempre me había tratado bien; a su manera, nunca había sido una mala madre. No se merecía que le hablara así.

Dejé de compadecerme al ver a Cayetana salir del baño de chicos. «Esto no cuadra», me dije. De forma inmediata, pegué mi espalda a la pared, me oculté en una columna que sobresalía. Al asomarme observé cómo con los dedos índice y pulgar se limpió la comisura de la boca, se giró y habló bajito, pero la pude entender perfectamente: «¡Oye! Ahora cuentas hasta ciento cincuenta y vuelves. ¿Entendido?», dijo arisca.

Enfiló el pasillo justo por la dirección en la que me encontraba. «¡Me va a ver!», me dije. Estaba entre las puertas de las aulas trece y catorce, pero el dirigirme hacia alguna de ellas significaba descubrir mi posición. «Riiiiiiiing». Tras el sonido de la campana, todas las puertas se abrieron de par en par escupiendo adolescentes que atestaron el pasillo, por lo que me confundí entre ellos. «Salvada por la campana», pensé.

Del baño desde donde había salido Cayetana hacía un par de minutos, emergió Borja, con una sonrisa de bobo que no le cabía en la cara.

Después de la segunda clase, vinieron los treinta minutos para el desayuno.

Me senté, como siempre, con Borja, Lucas y Mateo. Miré a Borja, perspicaz. Aprovechando que Lucas y Mateo estaban muy implicados en la conversación de dragones, mazmorras y magias —al parecer no habían tenido suficiente—, le susurré:

—Oye, ¿te has enrollado en el baño con Cayetana?

Borja miró a los lados, nervioso.

—¡Calla! No *she* puede enterar nadie. Cayetana me mata.

—Entonces, te has enrollado con ella, ¿verdad?

Borja sonrió, pícaro.

—Bueno, a decir verdad, ha *shido másh* que *enrollarnosh*.

—¿Lo has…?

—¡No, no! No lo he hecho con ella. *Másh* bien ella me ha hecho a mí.

—Entonces… —Lo miré intentando averiguar qué había pasado. Él sonreía, con la misma expresión que tenía al salir del baño—. No me fastidies, Borja. Te la ha chupado —dije pegándome al respaldo de la silla.

Borja amplió su sonrisa, tomó aire y dijo:

—Un caballero nunca da *detallesh* de *shush éxshitosh amorososh.* No puedo decirte *másh,* pero veo que una chica *lishta* como tú no *neceshita* mucha información, lo *concluyesh sholita.*

Mis ojos viajaron en volandas hacia Cayetana. Allí estaba, rodeada de su séquito, sonriendo y tomando una Coca-Cola light. En ese momento en el que la observaba, levantó la vista. Supongo que le vino esa sensación que tenemos todos cuando alguien te observa y, alertada, buscó y encontró. Cogió un yogurt Danone desnatado de fresa y caminó hacia nuestra mesa abriendo por el camino la tapa.

—Oye, Grunch. Te traigo este yogurt para ayudarte a perder esos kilitos que has cogido.

Apretó entre el puño el envase del yogurt lanzando su contenido hacia mí. Los pegotes se deslizaban como caracoles por mi camiseta dejando surcos rosados sobre el fondo negro. Las risas resonaron con fuerza en el comedor climatizado del instituto. Exceptuando mis tres acompañantes, todos rieron.

Mi corazón ya no bombeaba sangre, sino un veneno que llegaba hasta mis extremidades. Me hormigueaban las yemas de los dedos. La garganta se me secó. La piel me ardía. «Cayetana, te has equivocado de momento. Ahora, te vas a cagar», pensé.

Me levanté, impulsada con la fuerza que da la ira. Los pegotes de yogurt seguían resbalándose.

—Cayetana, yo también me preocupo por ti. —Vi varios escupitajos salir de mi boca—. Si quieres te paso el número de un buen fisio —le dije.

Cayetana me observaba en silencio, curiosa; no sabía adónde quería llegar.

—Te lo digo por tus cervicales —continué—: tienen que dolerte después de la mamada que le has hecho a Borja hace un ratito en el baño.

Cayetana miró a Borja, y este dijo:

—Te juro que yo no le he dicho nada. *Nosh* vio *shalir* del baño.

«Badabúm», pensé.

Los «¡no jodas!», «¡madre mía!», «¡qué fuerte!», «¡o sea, no puede ser!», junto al alboroto generalizado, invadieron el comedor. Cayetana salió despavorida llorando. Varios chicos del comedor se acercaron a Borja para chocarle la mano y felicitarle.

—Borja, lo siento, no me he podido contener —me disculpé.

—No te *preocupesh* —me contestó. Le chocó la mano a otro chico más—. *Lucash*, Mateo, *nueshtro* plan va viento en popa. Ya *shoy* popular —les dijo.

—Ahora tienes que convertirte en guapo —añadió Lucas.

—Mi tía es peluquera; si quieres, la llamo —dijo Mateo mientras se metía el último trozo de bocadillo en la boca.

Mónica: lo justo y lo correcto

La justicia es un auténtico truño. ¿Es justa la contestación que le he dado a mi madre esta mañana? Sí, a mi modo de ver, totalmente justa. ¿Es justa la puñalada que le acabo de dar a Cayetana? Sí, justa y procedente. Ahora, ¿está bien la contestación que le he dado a mi madre?, ¿está bien la puñalada que le acabo de dar a Cayetana? Si tengo en cuenta mis remordimientos —debería sentirme exultante; sin embargo, me encuentro fatal—, todo lo que se mueve en mi interior me hace llegar a la misma conclusión: no, Mónica, no está bien lo que has hecho. Conclusión: la justicia es un auténtico truño.

Qué equivocada estuve esta mañana, cuando al darle al Play de mi equipo de música pensé que esa canción que sonaba iba a ser lo mejor del día. Pues no, esa canción ha sido lo único bueno del día. Fui optimista en mis predicciones.

A quince minutos de terminar la última clase, me llamaron por megafonía para que me dirigiera a dirección. Allí, sentada, con el director y su tremenda verruga en la frente —no podía dejar de mirarla mientras él hablaba—, tuve que escuchar el malestar que sentía él, como cabeza visible —sobre todo, la verruga—, y toda la comunidad que componía el prestigioso centro educativo al descubrir, por una denuncia anónima, mis actos ilícitos de venta de droga en las inmediaciones del instituto, pervirtiendo a alumnos de reputadas familias mediante el consumo de sustancias perniciosas e ilegales. De este modo, teniendo en cuenta mi imperdonable comportamiento, que emponzoñaba el nombre del centro educativo y de sus buenos alumnos, quedaba expulsaba de forma inmediata, no solo de la escuela de verano, sino de los estudios ordinarios que cursaba el resto del año.

Luego vino el drama en casa. La conversación alrededor de la mesa. Las lágrimas de mi madre. El enfado de mi padre. El «me has defraudado». El «te lo hemos dado todo». El «¿qué vamos a hacer contigo?». El «¿qué van a pensar de nosotros ahora?».

«Pues no pienso dejar el negocio», pensaba en el momento en que, asomada por la ventana, vi a Borja, Mateo y Lucas entregando todo lo que llevaban en la cartera a tres individuos de más o menos mi edad. Después de observar cómo reaccionaban los asaltantes ante la facilidad del robo, llegué a la conclusión de que muy peligrosos no parecían ser.

«Ya sé cómo vengarme de la chivata de Cayetana. ¿Es justo lo que le voy a hacer? Sí, totalmente justo. ¿Está bien lo que voy a hacer? Evidentemente, no».

Lola: la tarta

Valerio, en la clase de hoy, no ha parado de lanzarle ojitos a la nueva: tipín de modelo y cara atestada de colágeno. En cambio, a mí ni con el rabillo del ojo. «¿Se habrá cansado de mí?», pensé.

La pregunta se encendió en mi cabeza en forma de chispa diminuta, pero con el peligro de prender en llama, y que esta a su vez se convierta en un incendio incontrolable. «Tranquila, Lola, Valerio solo tiene un día tonto. Es normal que se fije de la jovencita nueva; es un hombre, ¿qué esperas? Cuando todos se vayan, le harás cuatro cucamonas de las tuyas y verás lo pronto que se le olvida la niñata», consideré.

La música relajante que sonaba para los estiramientos terminó y, con ella, la flexión de isquiotibiales que realizábamos. Valerio aplaudió y nos felicitó a todos por el trabajo realizado. Me sequé el sudor de la frente con la toalla y me dirigí hacia él. Cuando me situé en su campo de visión, me solté el pelo sacudiendo la cabeza como hay que sacudirla. Valerio ni se percató de mi presencia. «¿Qué le pasa a este?». Viró a la derecha y se dirigió como un cohete hacia la nueva. Charlaron. Valerio bromeó, lo sé por la risa tonta que le dio a la niñata. «Se deja querer».

—Casi se me olvida —le dijo a la niñata tocándole de forma innecesaria la mano—. ¡Esperad un momento! —exclamó parando en seco a varios alumnos que estaban ya traspasando el quicio de la puerta—. Pasado mañana es la última clase a la que asistirá Alicia. Aprovechando que hoy no podía asistir por el asunto del traslado, vamos a poner un bote común para comprar una tarta y darle una pequeña sorpresa. Serían doscientas pesetas por cabeza.

«Mucho me hubiera extrañado a mí que ese dinero saliese de su bolsillo; estoy segura de que en esa cuenta no está incluida su cabeza», pensé.

Todos los alumnos sacaron el dinero y se lo entregaron a Valerio, quien lo guardó en una pequeña bolsa con logotipo de una farmacia.

Me coloqué en frente de él. Lo miré. Él me sonrió, pero no con la sonrisa intencionada que acostumbraba a dedicarme: ahora su boca dibujaba un gesto condescendiente, protocolario, de trámite. Solté la moneda de doscientas pesetas. El característico sonido metálico agudo fue lo único que se escuchó entre nosotros.

—Lola, querida, apártate, que estás formando cola —me pidió empujándome en el hombro con la punta de los dedos índice y corazón, dando la impresión de que quería tocarme lo mínimo posible.

Asentí. Mi cara mostraba indiferencia ante lo que acababa de ocurrir, incluso me permití una mueca divertida en el momento en el que Valerio me apartó. Pero por dentro la chispa ya no era tal cosa, sino una llama amenazante que crecía sin tregua. «Que no cunda el pánico. Un día tonto, tan solo es eso», me decía con el mismo objetivo con que un bombero hace cortafuegos en un bosque en el que arde un incendio a punto de descontrolarse.

—Genial. Ahora que tenemos el dinero, lo que necesitamos es algún voluntario para comprar la tarta y guardarla hasta pasado mañana —anunció Valerio.

—¡Yo me ofrezco! —grité con una intensidad desproporcionada. Necesitaba que Valerio

supiera que existía, que me mirara, que me hablara, que me hiciera sentir la mujer más importante de todas, su protagonista, como había sido hasta ahora.

—Vaya, Lola, con qué ganas te propones como voluntaria. Ante un ofrecimiento así, no nos podemos negar. Alargó el brazo para entregarme la bolsa con el dinero.

Valerio se despidió de los alumnos, me acerqué a él y le dije:

—Valerio, hoy estás un poco distraído.

Me sonrió —«esta no es la sonrisa que necesito»—, pero no pronunció palabra alguna.

—¿Tenéis pensado alguna tarta en especial o alguna pastelería en concreto? —lo volví a intentar; me costaba trabajo pronunciar con claridad la pregunta.

Valerio se percató de como la niñata salía por la puerta.

—Lola, habla con Merche, me comentó que sabía de un sitio donde las hacían muy buenas. Ahora, me tengo que ir.

Y se fue tras ella como un perrito faldero.

En ese momento, el cansancio del ejercicio cayó sobre mí como un yunque. Los brazos y las piernas eran más pesados, mi pecho se sacudía más rápido y más fuerte. De repente, sentí la edad.

Corrí hacia el baño. Me miré al espejo para comprobar, con gran sopor, que en mi rostro aparecían con claridad arrugas y manchas en la piel; estaban ahí, pese al maquillaje resistente al sudor y al agua. Abrí el grifo y me lavé la cara. Me mareé, tuve que apoyar la palma de la mano sobre el espejo. «No dejes que esto te domine, contrólate». De este modo los demonios se removieron, expectantes, ansiosos. De este modo se manifestó la herida abierta de mi corazón.

Sergio: el trompo

Fran me obligó a representar, como si fuera un actor, un monólogo de un tema que me gustase con el objetivo de no enrollarme demasiado. Escogí hablar sobre, desde mi punto de vista, el supervillano definitivo: Thanoseid. Me interrumpió unas seis veces porque, según él, no tenía fin. Luego me obligó realizar el ejercicio que más odiaba del mundo —más incluso que correr—: subir y bajar todas las escaleras de su edificio durante veinte minutos. Esto, unido a que me tenía prohibido comer magdalenas y helados, no podía hacerme sentir otra cosa más que desfallecer.

Aún faltaban casi dos horas para la cena. El bocadillo de pan integral de mortadela con aceitunas —el pan no era gran cosa, pero la mortadela con aceitunas era una *delicatessen*— había desaparecido completamente de mi organismo, por lo que sentía un vacío interior de tal magnitud que solo el hambre puede crear. Ahora entendía a Gandhi: normal que fuera pacifista el tío; con hambre, uno no puede tener ganas de guerra.

Como Fran tenía que visitar a sus primos y yo no quería ir a casa, por la tentación de abrir la nevera, decidí sentarme en el tranco de la acera para hacer tiempo hasta la cena. Las tardes de verano se podían hacer muy largas, y más aún con hambre. Durante un buen rato me dediqué a observar el transitar de la gente del barrio. Tenía la esperanza de que, en cualquier momento, por alguna de las numerosas callejuelas que, como hace el agua hacia un desagüe, desembocan en la plazoleta, aparecería Sebas con la Game Boy que habíamos sisado.

Recreé en mi cabeza la conversación que había mantenido con Fran en un descanso para recuperar aliento —por el ejercicio de subir y bajar escaleras—, en el portal de su edificio, mientras él chupaba un Push Pop:

—Flubber, ¿te das cuentas de que llevas varias semanas sin quejarte de tu mote?

—¿Sabes qué?, he asumido que no puedo luchar contra la gravedad —respondí, apoyando mi espalda sobre la pared e intentando capturar todo el aire que podía.

¿Significaría este cambio de actitud un avance? La verdad, no lo sé. Lo que sí sé es que Fran, después de preguntarme por aquello, me contempló asintiendo con la cabeza.

Recordé que llevaba en el bolsillo el trompo que habíamos sisado en el Barrio Rico. Como no tenía nada mejor que hacer, decidí ir al descampado a bailarlo.

El trompo de madera estaba impoluto. Me fijé en la púa con la que bailaba, parecía la punta de un boli Bic. Sobre la tierra del descampado giraba a las mil maravillas. Me encantaba el zumbido que salía de la reata al lanzarlo. Estaba tan inmerso en el juego que ni me di cuenta de que habían llegado Javi y el Paellas.

—Vaya trompo guapo, Flubber —dijo Javi. Es un rojo en mi radar.

Al escucharlo, frené el trompo y me lo metí en el bolsillo.

Le contesté con una mirada desconfiada.

—¿Qué pasa, Flubber? ¿No me lo vas a prestar? —Extendió el brazo hacia el bolsillo donde lo había guardado. Di un paso atrás.

El Paellas se mantenía atento; su rostro no reflejaba disfrute alguno por lo que pasaba.

—¡Que me lo dejes, Flubber!

—No —negué, rotundo—, que luego no me lo devuelves. —No sabría decir si estaba más

acojonado o cabreado.

—Javi, déjalo tranquilo —añadió el Paellas. Es un verde en mi radar, siempre ha sido buena gente.

—Tú dedícate a explotarte los granos de la cara y no te metas en esto —le respondió.

El Paellas encajó el golpe: bajó la barbilla casi hasta el pecho.

Javi me agarró del brazo que protegía el bolsillo, me lo separó del cuerpo e intentó sacarme el trompo. Lo evité dando otro paso, esta vez hacia la derecha. Volvió a tironear de mi brazo.

—¡Que te he dicho que me lo des! —exclamó.

Se escuchó un sonido hueco, parecido al bote de un balón bien inflado.

—Suéltalo —ordenó Sebas.

—¡Se puede saber qué hostias haces, Sebas! —respondió Javi restregándose la nuca con la mano que tenía libre—. Me has hecho daño —agregó.

—Que lo sueltes —dijo Sebas con suma tranquilidad—. Si quieres un trompo, vas a la tienda y lo compras. Si no tienes dinero, vas y lo sisas, como hemos hecho nosotros.

Javi me dejó libre, no sin antes lanzarme una mirada para dejarme claro su rabia interior.

—Ahora que hablas de sisar —le dijo Javi—, me ha contado el Gitano que os dieron una paliza los catetos del Barrio Chico. Yo, conociéndote como te conozco, le contesté: «Gitano, ¡qué estás hablando!, eso es imposible. ¿Los catetos dándole hostias a Sebas? Eso no puede ser».

Sebas lo observaba con la relajación tensa de un cirujano que opera a corazón abierto.

—Eso ya es agua pasada —intervine impulsivamente—. Ahora hemos encontrado una isla del tesoro donde sisar —dije.

No me pude contener. Lo que Javi decía me traía sin cuidado, pero era evidente que a Sebas le tocaba la moral. Me vi obligado a hacer algo para ayudarle. El problema es que no reparé en lo que pasaba casi siempre, por no decir siempre, que intervenía en un problema: lo acababa empeorando.

Al escucharme, Sebas viró su cuerpo al completo hacia mí.

—¿Es que tú cada vez que abres la boca es para cagarla? —me preguntó. A la tensión que él ya tenía por las palabras de Javi había que añadirle la creada por mi intervención.

—¿A qué isla del tesoro se refiere Flubber? —se interesó el Paellas, a quien, por muy buena gente que fuera, sí que le gustaba sisar.

—¿Dónde has conseguido ese trompo, Flubber? —preguntó Javi, que ya ataba cabos.

—Lo siento —balbucí. Sebas me miró con cara de asco y se marchó sin decir palabra.

Viendo la tesitura en la que me encontraba, no podía hacer otra cosa que salir pitando. Si estos me atrapaban, me sacarían las palabras a golpes.

Sin parar de correr, miré atrás. Me perseguía Javi. El Paellas se había quedado en el mismo sitio en el que estaba.

—¡Cuando te pille te voy a dar la del pulpo! —me gritó mientras avanzaba veloz.

Me sentía ligero, mis piernas se movían rápidas. «El entrenamiento da sus frutos», pensé. Por cada zancada, la distancia con Javi se ampliaba. Lo escuché farfullar. Unas cinco zancadas después, comprobé de nuevo mis espaldas y grité emocionado al darme cuenta de que ya no me seguía. No quería que desapareciera la sensación de velocidad, así que giré para dirigirme hacia mi casa sin parar de correr. «Ya es hora de cenar», pensé con una alegría desbordante.

Entré en casa para comprobar que no había nadie, pero lo peor era la ausencia de olor a comida. Tenía tanta hambre que estaba dispuesto a oler a sopa de sobre o a pimientos asados, pero ni a eso olía.

Medité durante unos segundos. «Quizá haya ensaladilla rusa para la cena». Me abalancé a la

nevera como un tiranosaurio rex hacia su presa.

«Aquí no hay ensaladilla rusa», me dije desilusionado al ver el interior de la nevera.

Se notaba que habían despedido a Carlos: los estantes estaban prácticamente vacíos, a excepción de unos yogures desnatados y una caja de cartón blanca con un texto impreso en rojo que decía: «Panificadora Solete».

Saqué la caja de la nevera y la coloqué encima de la mesa de la cocina. La destapé, y mi estómago se puso a rugir antes de que la cabeza asimilara lo que mis ojos veían: una tarta redonda con la superficie blanca como la nieve, moteada de pequeños cuadraditos de chocolate negro. Pese a ser completamente blanca, se podía adivinar, por el borde, el bizcocho de chocolate que albergaba su interior. La tarta estaba coronada con un mensaje escrito con sirope: «Mucha suerte —y justo debajo—: Te queremos, Alicia».

«Mamma mia», susurré con la boca hecha agua.

Tenía que averiguar si lo que cubría aquel manjar era merengue o nata. Mojar un poco el dedo no podía estropearla.

«¡Es nata!», exclamé.

«Si le doy un par de cortecitos bien hechos, saco un trozo pequeñito y la pruebo, como es redonda, puedo apretar por los bordes para hacer desaparecer el hueco. Es imposible que se note», razoné.

Mientras me metía en la boca el trozo de tarta, escuché el sonido metálico del pasador: era mi madre.

—¿Sergio, estás en casa? —preguntó en voz alta.

Tragué el pedazo de tarta y dije:

—Sí, mamá, en la cocina. —Tenía la tarta sobre la mesa con el hueco del trozo que me acababa de comer. La levanté con las manos y, con los nervios, se me desniveló y cayó al suelo boca abajo. La recogí y la metí en su caja. Destrozada, lo que antes era una textura blanca y lisa ahora consistía en pegotes de nata mezclados con trozos de bizcocho. Nada quedaba del mensaje a esa tal Alicia.

—No me puedo creer que haya tanta gente en Pryca, parece que fuera la única tienda de Mardulce. Si es que aquí, cuando nos da por algo, somos como borregos —refunfuñó mi madre. Escuché el sonido de las bolsas de la compra al dejarlas en el suelo; dio un fuerte suspiro. No escuché la puerta de la calle cerrarse.

—¿Qué has hecho, Sergio? —Mi madre entró en la cocina mientras yo intentaba la inútil tarea de arreglar el desaguisado.

—Mamá, se me ha caído —le dije mientras le mostraba la mano embadurnada de la pringue en la que se había convertido la tarta.

—¡Te voy a matar! —me gritó—. ¿Dices que se te ha caído? ¡Pero si tienes la boca llena de merengue!

—Es nata, mamá —le respondí.

Agarré la caja, me levanté de golpe y, aprovechando que la puerta estaba abierta, corrí para salir de casa. «Me parece que hoy no he terminado de correr», pensé. Ni corta ni perezosa, mi madre se armó con la escoba y fue tras de mí. A diferencia de Javi, con cada zancada se acercaba más.

El agobio de la persecución no me había quitado el hambre. Abrí la tapa de la caja, cogí un pegote —ya no se podía llamar «trozo»— y, pensando en que a la tal Alicia esa ya no le importaría, me lo zampé mientras corría.

La gente del barrio nos miraba; y no es de extrañar, había que ponerse en su pellejo: estás

haciendo tus cosas y de repente ves pasar corriendo a un niño gordo comiendo tarta y, detrás, a una mujer que grita alzando una escoba entre las manos.

Mi madre dejó de perseguirme; la vi apoyar las manos en las rodillas, jadeaba.

Aminoré la marcha, desconfiado, sin dejar de observarla en la distancia.

—¡Se acabó, Sergio! —me dijo con dificultad—. ¡No vas a ir al concierto!

Carlos: la prueba

Un sobre blanco, cerrado y sin ventanilla. Lo único que destacaba era el logotipo del laboratorio en la esquina izquierda del reverso. El ritual de la joven que me lo entregó, tras un mostrador alto, no dio ningún indicio sobre su contenido. Recordé lo que había sentido al tenerlo por primera vez entre mis manos: un pánico tan grande que me incapacitó para abrirlo. Les había mentido a mi mujer y al psiquiatra: el sobre con los resultados llevaba más de un mes escondido en el saco de la ropa de invierno.

Me senté en un banco del paseo marítimo. Hacía una buena mañana con un calor permisivo, varias gaviotas revoloteaban por el cielo, el mar estaba nervioso, dos madres con sus carritos de bebe paseaban a la vez que charlaban.

«Seguro que el resultado es positivo; ahora es mi turno, ya me va tocando», pensé.

Me planteé que la vida era similar a jugar una partida al juego de la Oca. En mi caso, todas las veces que había lanzado el dado había caído en las casillas que perjudican el avance en el juego: la posada, el pozo, el laberinto…, y consideré que, por estadística, ya me tocaba una buena tirada. El subidón de mi planteamiento me dio las fuerzas necesarias para abrir el sobre. Mientras lo rasgaba me imaginé dentro de mi puño un dado que lanzaba en el momento de sacar la hoja del interior.

Leí desde el principio, sin hacer trampa. Mi mente descifraba cada una de las letras impresas en el papel. El dado ya había dejado de moverse. Mi ficha avanzaba a través del tablero hasta posicionarse en la casilla correspondiente: la calavera.

Carlos: el secreto

Con la bicicleta sorteaba pedruscos y ramas que se interponían por el camino. En el horizonte cercano, las grúas dibujaban un *skyline*. Los cortijos que poblaban aquella zona estaban en su mayoría vacíos. Me entristecí al pensar que hacía tan solo dos años esos monstruos de metal no existían, y aquellos cortijos estaba llenos de personas que llenaban de vida esos caminos de tierra ahora inhóspitos. Era como si el fin del mundo hubiera llegado a esa parte de Mardulce, y los amenazantes monstruos de metal avanzaban implacables a colonizar aquellas tierras.

Dejé la bicicleta apoyada en lo que antaño había sido un muro cubierto de gres rojo y que ahora consistía en un bloque de cemento blanco en el que se adherían penosamente trozos de losa roja. Cogí la mochila, saqué la llave y la introduje en el candado que, de forma precaria, impedía que se abriera la puerta de la caseta de madera. Al entrar cerré el candado por dentro.

Olía a sudor y orín. El interior estaba completamente a oscuras. Para airear abrí una de las ventanas, y la luz del sol entró a cañón en la estancia iluminando a mi hermano. Estaba sentado en una silla de madera anclada al suelo mediante dos pequeñas escuadras de metal atornilladas a cada pata. Una cuerda larga, de unos veinticinco milímetros de diámetro, le rodeada desde las espinillas hasta el pecho, convirtiendo a la silla en un amigo inseparable; otra de cáñamo, de unos diez milímetros, le amarraba ambas muñecas inmovilizándole los brazos por detrás del respaldo de la silla. También estaba amordazado.

Le desaté la cuerda que lo tenía amarrado a la silla, se levantó dificultoso. Sus ojos, en el pasado chisposos y llenos de energía, ahora estaban hundidos y vidriosos; la grasa se le acumulaba en el pelo creando mechones; la pierna derecha del pantalón estaba hecha jirones y de los sobacos de la camiseta emergían dos roales amarillentos. Percibí el hedor que desprendía. Me mantenía la mirada, impávido; el orgullo seguía presente en él pese a todo.

—Ya sabes, lo de siempre: si gritas, te vuelvo a amordazar —advertí.

Asintió.

Le desabroché el botón que tenía en la nuca de la mordaza de silicona.

—Libérame los brazos —la voz era grave, pero oxidada por el poco uso.

—Sabes que no puedo hacerlo —referí.

—Tengo los brazos entumidos, desátamelos —insistió.

—Venga, debes comer. —Obvié su exigencia y abrí la mochila para sacar varios túperes.

—¡Que me desates! —alzó la voz.

—Otro grito y vuelvo a ponerte la mordaza —le advertí, conteniéndome.

Se sentó dando un suspiro.

—Te he traído tortilla de patatas, croquetas y pechuga de pollo troceada —le dije.

Saqué un tenedor de la mochila, me senté a su lado, pinché un trozo de pechuga de pollo y se lo ofrecí. Masticó haciendo ruido. Se comió todo con avidez. Le di agua desde una botella. Se le desparramaron varios chorros mojándole la descuidada y sucia barba.

—Bebe más, está haciendo mucho calor y no volveré hasta mañana.

Miraba fijamente hacia la puerta; con total seguridad, hacía cábalas de sus opciones.

—¿Por qué me haces esto, hermano? —inquirió.

La pregunta que me hizo se quedó sin respuesta, flotando en el aire, como en todas las anteriores ocasiones en las que me la había formulado.

Me puse a recoger todos los envases vacíos y a meterlos en la mochila.

Me observó curioso, intentando averiguar algo.

—Hoy estás más serio que de costumbre —me dijo.

—Las cosas no me van bien, Juan —le contesté sin ocultar mi tristeza.

Volvió a maquinar algo en su maldita cabeza. Odiaba esa expresión que precedía a una manipulación o a un comportamiento calculado. Se levantó.

—¿Qué te pasa? —me preguntó endulzando la voz.

Me dejé llevar por sus artimañas. La verdad es que hasta cierto punto lo necesitaba, requería una conversación amable, comprensiva, aunque fuera de la persona más deleznable del mundo.

—Me han despedido del trabajo.

—¿Del taller ese de mala muerte?

—Sí.

—No has perdido nada por lo que lamentarte, Carlos.

—Eso no es todo. Lola y yo queremos tener un hijo desde hace tiempo. Como no se quedaba embarazada, me realicé una prueba de fertilidad, y los resultados no han sido buenos.

Se incorporó en la silla arqueando las cejas.

—Mis espermatozoides son lentos —expliqué.

Juan me miraba pensativo.

—Ayer estuve en tu casa —le dije; quería cambiar de tema.

—¿Cómo está Luisa? —preguntó, emocionado.

—Tú hija está bien, ha crecido una barbaridad.

—¿Y Marta?

—Guapísima, como siempre. Bueno…, la verdad es que está un poco deprimida.

Negó varias veces con la cabeza.

—Esto no puede estar pasando. Suéltame, Carlos. Tengo muchos colegas que pueden ayudarte con la infertilidad, hasta puedo encontrarte un trabajo; y con respecto a mi cautiverio, no tienes que preocuparte de nada, te aseguro que no habrá represalias por mi parte, solo quiero que acabe esta pesadilla.

—Juan, ni tú ni nadie puede ayudarme a resolver mis problemas.

—Esto es una locura, Carlos. Libérame.

—Estás gastando saliva, hermano—concluí.

Juan tomó aire, cerró los ojos en un gesto que no sabría identificar si se trataba de autocontrol o de preparación para soltar lastre.

—Posees serios trastornos mentales —me dijo—. Estás loco. Tus traumas y problemas no me pueden joder la vida. Tengo familia, tengo una carrera brillante como neurocirujano, tengo una vida por delante. ¡Suéltame, maldito hijo de la gran puta! —exclamó, fuera de sí.

Tal y como había pensado, el gesto de cerrar los ojos había sido para soltar lastre. Me brotaron las lágrimas mientras lo volvía a amordazar, no por él, en absoluto, se merecía lo que le estaba pasando, sino por mí. No existe en el mundo nada más cruel que la verdad, y Juan me la acababa de escupir a la cara. Yo era un mierda, mi vida estaba rodeada de proyectos fallidos: una familia que no funcionaba, una mujer que me engañaba y que no me amaba, un hijastro que me detestaba, no tenía trabajo ni amigos y, además, por si fuera poco, el resultado de la prueba.

Lo agarré por la espalda rodeando su cuerpo y le obligué a sentarse; intentó zafarse, pero su musculatura atrofiada era débil. Le amarré los pies y las manos a la silla.

—Hermano, volveré mañana —le susurré al oído.

Él gritaba palabras incomprensibles tras la mordaza con los ojos inyectados en sangre mientras yo lloraba sintiendo profundamente lo desgraciada que era mi vida.

Sergio: la chica

Menuda bronca que me llevé. Sebas y Fran me dejaron bien claro que tenía que mantener la boca cerrada: no podíamos desvelar donde se encontraba nuestra isla del tesoro. Sebas me dijo que, si por un casual me iba de la lengua, me metería los trompos que habíamos sisado por el agujero del cuerpo que está más cerca del suelo —realmente, no me dijo eso, lo explicó bastante más bruto, pero supongo que se me entiende—.

Cuando las aguas se calmaron les expliqué que había sido capaz de darles esquinazo a Javi y al Paellas gracias a mi velocidad —la verdad es que el Paellas no me había perseguido, pero quedaba más heroico escapar de dos que de uno—. Sebas le quitó importancia sacudiendo el brazo y diciendo: «Vaya par de *pringaos*». Por el contrario, Fran sonrió y me dio una palmada en el hombro que me llenó de orgullo.

Estuvimos un buen rato jugando por turnos a la Game Boy hasta que se le gastaron las pilas. De camino a la tienda de veinte duros, a Sebas se le ocurrió ir a sisar al Barrio Rico. Como ninguno pusimos objeción alguna, cambiamos de rumbo.

El tema de conversación, mientras atravesábamos Las Cortijadas por aquellos caminos delimitados por cañas y bajo el sol de las siete de la tarde de la primera semana de agosto, era si éramos capaces de aguantarnos un pedo mientras orinábamos. Sebas estaba seguro de que era imposible; según Fran, si era un pedo pequeño, sí se podía; yo argumentaba que dependía de la fortaleza del esfínter de cada uno. El asunto fue a más, y debatí con Sebas si éramos capaces de aguantar la orina mientras hacíamos aguas mayores —ni decíamos «orina» ni «aguas mayores»—. Cuando la discusión se llenó de detalles, Fran cortó por lo sano llamándonos «asquerosos». El caso es que entre una cosa y otra ya habíamos recorrido Las Cortijadas para alcanzar la civilización.

Al llegar al parque, sentía caer las gotas de sudor por mi espalda. Tanto Sebas como Fran estaban tan sofocados como yo por el calor, ambos tenían las frentes llenas de gotas de sudor.

—Socios, ¿queréis canicas nuevas? —preguntó malicioso Sebas.

En el único rectángulo de tierra del parque que no estaba cubierto de césped, los tres pijos a los que les habíamos sisado en la anterior ocasión jugaban a las canicas.

Nos miramos, sonreímos y nos encaminamos hacia el objetivo. Esta vez el pelirrojo nos vio venir, alertó a sus amigos y pusieron pies en polvorosa. Fuimos tras ellos y me alegré de ser el perseguidor, y no el perseguido; además, me sentía seguro corriendo al ritmo de mis amigos.

Salieron del parque y giraron por una calle franqueada de pequeños chalets adosados. En ese momento una voz omnipresente de chica exclamó: «¡Borja, Mateo y Lucas, estoy en el parque!».

Volvieron a girar en la siguiente calle para desembocar otra vez en el parque.

«¿Qué significa esto?», nos preguntó Fran en voz alta mientras seguíamos corriendo.

Al lado de la fuente de forma indeterminada, se encontraba una chica con el ceño fruncido y con los brazos en jarra. Era más bien bajita, pelo castaño y rizado, pero no tan rizado como el de mi madre, aunque de aspecto rebelde, de ese pelo que cuesta peinar. El cabello se le derramaba por los hombros y por las espaldas; los ojos eran aguerridos y de color pardo; no era delgada, pero tampoco gorda, quizás estaba algo metida en carnes. «¿Quién soy yo para juzgar el peso de

alguien?», pensé. Me quedé embelesado al ver las caderas redondeadas y la cintura estrecha. Llevaba un vaquero azul desgastado y una camiseta negra del grupo de música Soundgarden con las letras en burdeos. Su cara ovalada me recordaba al rostro de un duendecillo.

Los tres perseguidos se pusieron bajo su protección. Dejamos de correr y nos tomamos unos segundos para recuperar el aliento.

—¿Dónde vais con tanta prisa? —nos preguntó ella, solemne.

—Estos tres nos iban a prestar las canicas —le contestó Fran.

—Estos tres no os van a prestar nada —dijo ella, desafiante.

—¿De qué vas, Bitter Kas*?* —intervino Sebas. Tal y como dije, si rima, vale por dos.

—Tú debes ser el malote de los tres. —Ella señaló a Sebas perfilando media sonrisa.

—Oye, socia, haz el favor de pirarte y dejar que terminemos de hablar con nuestros colegas. —Sebas levantó el mentón apuntándolo hacia los tres pijos.

—Nos quieren robar, Moni; ya nos lo quitaron todo la otra vez —dijo con tono lastimero el más anchote de los tres.

—A mí me hurtaron la Game Boy —añadió el delgado, con ortodoncia y gafas de culo de vaso.

La chica hizo un gesto con la mano para que se calmaran.

—Oye, niña, que te largues —ordenó Sebas—. No te lo voy a decir más veces. Tú no sabes con quién estás tratando.

La chica lo miró unos segundos curiosa y sonrió.

—El otro día, cuando robasteis a mis amigos —alargó el brazo para señalarlos—, os vi celebrarlo. Y sé que no sois peligrosos.

Nos quedamos todos en silencio, intentando adivinar hacia dónde quería ir.

—No quiero problemas, en absoluto —continuó—. No tengo nada en contra vuestra, pero considero que robarles a ellos —volvió a alargar el brazo— es una pérdida de energía y de oportunidad —cambió el tono de voz: ahora era más aguda, podría decirse que hasta más amigable.

—Me imagino que ninguno de nosotros queremos perder el tiempo, haz el favor de ir al grano —intervino Fran.

La chica asintió y apretó los labios.

—Si queréis dejar de robar trompos y calderilla…

—Y mi Game Boy —interrumpió el delgaducho.

La chica volvió a hacer un gesto con la mano para advertirle que no la interrumpiera más.

—… os planteo la posibilidad de robar buena mercancía —continuó—: relojes, gafas de sol de las caras, carteras repletas de dinero…; no os podéis ni imaginar todo lo que podéis sacar. Y sin utilizar la violencia —dijo casi susurrando la última frase.

—Primero —intervino enumerando Sebas—, lo que hacemos no es robar, es sisar…

—Es lo mismo —le interrumpió la chica.

—No es lo mismo y punto —sentenció Sebas—. Segundo, el botín que sacamos con estos tres…

—Tienen nombre, ¿sabes? —volvió a interrumpirle—. Él es Borja —levantó la mano el chico pelirrojo; llevaba la misma gorra de los Chicago Bulls que cuando lo vimos por primera vez—, Mateo —el anchote nos saludó haciendo un gesto con la mano—, Lucas —el delgaducho asintió con la cabeza de una manera tan exagerada que se convirtió en una reverencia—, y yo me llamo Mónica, pero me podéis llamar «Moni».

Sebas esperaba a que la tal Mónica terminara, dejando evidente con su expresión que le importaba más bien poco cómo se llamaran.

—Él se llama Sebas —dije; me lo imaginé poniendo los ojos en blanco al escucharme—, Fran —le señalé, y él saludó con un gesto tímido de mano—, y yo soy… Bueno…, me podéis llamar «Flubber».

Tanto Sebas como Fran me miraron sorprendidos.

—Bien…, genial, ¿hemos acabado las presentaciones? —preguntó sarcástico Sebas—. A lo que iba, niña —le dijo intencionadamente—: que no nos interesa tu propuesta, que con estos tres…

—Tío, espera —le interrumpió Fran—. Quizá podemos darle una oportunidad.

Fran dio un par de pasos para ponerse a la misma altura que Sebas. Le puso la mano en el hombro. Lo miró y le dijo:

—Déjame a mí, Sebas.

Sebas se palmeó disgustado las caderas y se sentó en el césped.

—¿De qué se trata? —preguntó Fran.

La chica observó a Fran detenidamente, en silencio. Parecía que se había desconectado del mundo. Cerró los ojos, sacudió ligeramente la cabeza y dijo:

—Fran, ¿no? —preguntó.

—Sí, así me llamo —respondió.

—¿Sabes dónde está la playa de los Peñones?

—Sí.

—Mañana a las seis de la tarde, allí. Llevaros mochila, os hará falta para el botín.

Se giró, miró a sus amigos y les dijo:

—Venga, que nos vamos.

Justo cuando los cuatro se iban, Mónica se volvió a girar y nos dijo:

—Habéis escogido bien. Hasta mañana —se despidió.

Esta chica, la tal Mónica, era un verde en mi radar.

Lola: el abrazo

Mi cabeza divagaba en derredor del mismo miedo, aquel que me llevaba atormentando varias semanas y que, en vez de diluirse, como supuse en un primer momento, se había acrecentado de tal manera que acabó convirtiéndose en algo insoportable, acaparando todos y cada uno de mis pensamientos. Necesitaba aplacarlo, porque me impedía razonar con claridad. «Tengo que hablar con Valerio», me dije.

La fogosa relación ya no era ni fogosa ni relación. Lo que hacía tan solo dos semanas se trataba de una atracción incontrolable llena de pasión, ahora, se había transformado en un «buenas tardes» al comenzar la clase y un «hasta mañana» al finalizarla. Era fría, sin miradas, sin deseo, sin interés. Me había convertido en una más de la clase de aeróbic, una del montón. Yo, la que le ponía como una moto con tan solo un gesto, la que le había hecho gozar tanto. Ahora ya no le importaba. Y todo por esa niñata nueva que lo tenía hipnotizado. No tenía ojos nada más que para ella. Hasta el resto de los alumnos se habían dado cuenta, chismorreaban de sus flirteos. «Seguro que ya se ha acostado con ella», pensé.

Sentía la amenaza latente en el pecho, esa sensación de saber la verdad, pero mi cabeza se resistía a cederle paso, como un niño que ve su colchoneta irse mar adentro, sabe que la ha perdido, pero sigue observándola marchar, pensando que aún la marea puede cambiar.

Me encendí un cigarro, di una calada, expulsé el humo. «Tengo que hablar con Valerio», me repetí.

Dejé el cigarro en el cenicero y levanté el auricular del teléfono. Lo llamé.

Lo noté evasivo en los saludos. Era evidente que la llamada no era de su agrado.

—Valerio, ¿qué te pasa conmigo? —directa al grano, la mejor forma de planteárselo.

—Lola, estoy hasta arriba, eso es todo. He abierto otro grupo a primera hora de la mañana…

—Sabes que no es eso, Valerio. No me tomes por tonta, porque ya ni en clase hablas conmigo.

—Lola, en clases tengo que centrarme en trabajar…

—Pues bien que hablas con la jovencita nueva —le interrumpí—, para esa sí que tienes conversación —atesté.

—Lola, haz el favor de no comportarte como una niña celosa. ¿Qué pretendes? ¿Que solamente hable contigo? ¿Que no converse con ninguna otra? Soy profesor de aeróbic, y conversar con los alumnos es parte fundamental de mi trabajo, y no voy a dejar de hacerlo porque a ti te parezca inadecuado —argumentó.

—Valerio, no seas cínico. Desde que ha aparecido la niñata, estás obsesionado con ella. Hasta el resto de la clase chismorrean sobre vosotros. Seguro que hasta ya te las has tirado —no me percaté de que le estaba gritando.

De Valerio solo escuchaba su respiración, no se pronunciaba ante mi reciente arrebato. Cerré los ojos. Tenía que calmarme.

—¿No dices nada? ¿Esa es tu respuesta? —la voz se me quebró.

—Lola, creo que todo esto es innecesario. Estoy en una etapa de mi vida en la que quiero eliminar toda la toxicidad que me rodea, y creo que nuestra relación se ha vuelto tóxica, nos hace daño a ambos. Lo más adecuado es que la demos por terminada antes de que nos haga más daño a los dos.

Nos quedamos ambos en silencio. Él esperaba mi respuesta, y yo, simplemente, no sabía qué decir.

—Entonces, ya no estamos juntos —aclaré.

—Para ser sincero, nunca hemos estado juntos del todo. Tú estás casada…

—No vayas por ahí, Valerio —le interrumpí. Pasé del miedo a la ira de forma inmediata—. Para ti eso nunca ha sido un problema, no utilices el argumento fácil —le dije, colérica. Las lágrimas se me agolpaban en los párpados, asomándose al precipicio que desemboca en las mejillas—. ¿Cuántas veces te dije de dejar a Carlos e irnos a vivir juntos? ¿Cuántas veces rehusaste la propuesta, Valerio?

—Ahora no es cuestión de discutir sobre eso. Lo mejor es que ambos pasemos de página —dijo para evadir las cuestiones que le acababa de realizar.

—Perfecto, lo dejamos, entonces —dije, firme.

—Lola, intenta reconciliarte con tu marido, es lo mejor que puedes hacer —me sugirió.

—Valerio, métete tus consejos por donde te quepan —contesté, molesta.

—No seas tan obtusa. Te lo digo porque me importas, y quiero que seas feliz…

—Haz el favor y cállate de una vez —le interrumpí—. Tu cinismo me produce ardores. ¿Sabes qué? —La furia tomó el control.

—¿Qué? —contestó seco.

—Le pienso decir a todos los de la clase de aeróbic que te gusta que te metan el dedo por el culo mientras follas.

Y le colgué.

Tomé el cigarro del cenicero. Mis emociones eran una montaña rusa: con la misma rapidez que había pasado del miedo a la ira retorné al miedo, y de ahí a una tristeza desoladora. La mano me temblaba, pero ese temblor no se limitaba a la mano que sostenía el cigarro: mi alma temblaba. Los demonios que habían estado dormitando en mi interior se despertaron por la sacudida. Me golpeaban en el pecho, me gritaban, me señalaban, se reían de mí. Me sentía vulnerable. Sin sitio donde parapetarme. Lloré. Valerio me había cambiado por otra más joven, más guapa: mejor.

Hice de tripas corazón, me enjugué las lágrimas y llamé por teléfono a mi amiga Cristina. Necesitaba una conversación de consuelo, alguien que me escuchara, necesitaba no sentirme sola. Contestó.

—Cristina, soy Lola, ¿cómo estás?

—Hola, Lola, pues aquí, con la rutina diaria.

—He discutido con Valerio por teléfono.

—¡Anda! Y ¿qué ha pasado, hija?

—Pues se ha enchochado de una niñata nueva y le he dicho que se vaya a paseo.

—Bien que haces. ¿Qué se habrá creído ese? Pero, vamos, era de esperar.

—Venga, te invito a un café y te cuento.

—No puedo, Lola, tengo que ir con el niño a comprarle ropa. Ha pegado el estirón y le queda todo pequeño. Esto es una ruina… Bueno, te dejo, ya me cuentas otro día.

Y colgó.

Di otra calada. La mano me seguía temblando. La tristeza era ingobernable. «No tengo a nadie con quien hablar; estoy sola», me lamenté.

Volví a llorar, pero ahora de manera desconsolada, resollando, gimiendo de dolor. Sentía un dolor frío desde el pecho hasta la garganta. «Estoy sola», me repetía una y otra vez.

Escuché el sonido metálico que emite el cerrojo al desplazarse. Era mi hijo. Sergio iba a verme de esta guisa, pero estaba tan sumida en la aflicción que me producía la soledad que me sentía

incapaz de aplacar el llanto.

—Mamá, ¿qué te pasa? —me preguntó, preocupado.

—Nada, Sergio, que mamá esta triste y punto, que también tengo derecho a estar triste, ¿no? —dije, evasiva.

Sergio se acercó y palideció al verme así. Nunca me había visto llorar y estaba asustado.

—Sergio, no te asustes, solo estoy llorando, nada más —Mostré una sonrisa trémula.

Sergio me abrazó. Me quedé paralizada por esa muestra de afecto. Yo nunca había sido cariñosa con él, ni siquiera cuando era bebé. No me lo merecía.

—Sergio, hijo mío, estoy sola —reconocí.

—Mamá, estoy aquí contigo. Nunca estarás sola mientras yo viva.

Algo que estaba muy frágil se rompió, como una goma elástica desgastada. Lo abracé fuerte, sentí su calor, sentí el amor, el amor de verdad.

—Gracias, mi niño, muchas gracias.

—Mamá, te quiero.

—Y yo a ti, te quiero más que a nada en este mundo.

En los siguientes segundos, mientras seguíamos abrazados, el llanto fue remitiendo.

—Oye, mamá —me dijo rompiendo el silencio—, echo de menos a papá.

—Yo también, Sergio, y mucho.

Nos quedamos abrazados, en silencio.

—Sergio —le dije.

Despegó la cabeza de mi hombro para mirarme.

—Con respecto al concierto, esto no cambia nada. —Sonreí y él sonrió.

—Pues ya no te quiero —me contestó y me volvió a abrazar.

Carlos: también soy tu hijo

Enfadado con el mundo y sin Orfidal. Esta mañana miré en el calendario colgado en la cocina el estrenado mes de agosto con la esperanza de que todo iría mejor, pero de manera inmediata esa sensación de esperanza se esfumó. Mi vida, mis tiradas, mi juego no van a cambiar, no hay nada que indique lo contrario. El mes de julio ha sido una pesadilla, aunque, pensándolo bien, la pesadilla no se puede limitar al mes que acaba de terminar. Toda mi vida, todo mi avance por el tablero ha consistido en una pesadilla, un continuo fracaso tras fracaso. Siempre malas tiradas de dados al juego este de la vida.

«¿Tan inútil soy?, ¿será este mi sino?, ¿fracasar es el papel que me ha tocado?, ¿por qué esta injusticia?». Juan, mi hermano, siempre ha sido cruel conmigo, me ha pisoteado cuando ha tenido ocasión. Sin embargo, todo le ha ido bien, su vida ha tenido todo lo que he ansiado: el amor de una madre, amigos, neurocirujano destacado, una hija encantadora, éxito con las mujeres. Pero, sobre todo, se quedó con Marta. «Ella me tocaba a mí».

Atravesé la puerta acristalada que daba acceso al patio de la residencia. Mi madre, como habituaba en las tardes de verano, sentada en la silla de ruedas al lado del gran macetero desde donde emergía el enorme geranio con flores rojas y violetas. Miraba a su alrededor con esa curiosidad inteligente que siempre había atesorado. Se percató de mi llegada y se limitó a observarme inexpresiva.

—Hola, madre —saludé, frío.

Ella arqueó las cejas, extrañada.

—Buenas tardes —respondió.

Me apoyé en el macetero sin comentar nada. Ella me miró entrecerrando los ojos.

—¿Le has dado a Luisa lo que te di? —me preguntó.

—Sí, le ha encantado. No sabía yo que estabas tan puesta en esas modernuras de las mascotas virtuales.

—Esos chismes salen en la tele cada dos por tres, y he visto a varios de los que estamos aquí encerrados —hizo un gesto de asco con la boca—, por culpa de los desagradecidos de sus hijos, regalárselos a sus nietos, y a todos les entusiasma el chisme ese.

—¿Tienes que restregarme cada vez que vengo que te he ingresado en una residencia de ancianos? —le contesté con voz cansada.

Ella volvió a mirarme extrañada, era evidente que estaba sorprendida de mi actitud.

—No se te ocurra hablarme con esa chulería, ¡vamos!, ni montarme la escena del otro día, gritando en mitad del patio como si fueras gentuza. Yo no te he educado así. —Me señaló con el dedo índice.

Cogí aire; lo necesitaba, ese día no me sobraba paciencia.

—Madre, tú no me has educado de ninguna de las maneras. ¿Acaso te has preocupado por mí alguna vez? —le reproché.

Se quedó mirándome con la boca abierta. Nunca le había recriminado nada ni le había dado una mala contestación, mis respuestas se habían limitado a bajar la cabeza junto con los hombros y a tragar.

—Pero ¿qué tonterías estás diciendo, Carlos? Se te tendría que caer la cara de vergüenza por cómo le estás hablando a tu madre. Si vas a venir con esta actitud, mejor que no vengas…; es más, no vengas, ya te llamaré yo si me haces falta. —Giró el rostro y balbució palabras incomprensibles.

—No te hagas la ofendidita, madre —volví a la carga—. ¿Acaso en ti he tenido un hombro en el que llorar? Conmigo tú no has ejercido de madre: has herido mis sentimientos cuando has tenido oportunidad, nunca me has ayudado en nada, no te he importado una mierda…

Mi madre estaba sobrecogida por mi arrebato de sinceridad. Si no fuera por el temblor del labio superior, su rostro sería un fotograma congelado.

—Cállate, desgraciado, deja ya de echar veneno por la boca y sé un hombre por una vez —me interrumpió—. ¿Cómo quieres que te trate si no has hecho nada derecho en tu vida? Ni siquiera me has dado un nieto; eso es algo a lo que tengo derecho; y tú, ni eso —me dijo.

Reí a carcajadas.

—Pensaba que era una mala tirada de dados, pero al final resulta que no, que han salido los números que tenían que salir.

—¿Qué estás diciendo, Carlos? ¿De qué dados estás hablando? ¿Es que estás perdiendo la cabeza?

—Tengo que darte una mala noticia, madre —le dije resuelto—. Me he hecho una prueba de fertilidad y resulta que soy estéril, no puedo tener hijos.

El decírselo me hizo sentir muy bien. Sabía lo que le supondría esta información: le dolería, y que ella sufriera era justicia.

—¿No puedes tener hijos, Carlos? —me preguntó con la cara desencajada.

—No, no puedo tener hijos —le confirmé.

Bajó la mirada hacia sus rodillas, apretó los puños. No quería ni imaginar lo que se cocía ahí dentro.

—Según el análisis, mis espermatozoides son lentos —añadí para seguir alimentando el fuego con detalles.

Levantó la cabeza. Tenía la boca entreabierta, los ojos acuosos. Su expresión era el reflejo exacto del cólera.

—Ni para ser padre vales. Eres un fraude como hombre. Me avergüenzas de que seas mi hijo. No me puedo creer que lleves la misma sangre que tu hermano: siempre te ha dado mil vueltas en todo…

—¡No sigas por ahí! —advertí, furioso.

Se quedó petrificada, pero, lejos de aminorarse, me lanzó una mirada furibunda.

—Me voy —le dije—. Esta será la última vez que venga a verte. No quiero saber nada más de ti. —Le di la espalda y me encaminé hacia la puerta acristalada que daba a la salida.

—Vaya, parece que eso duele, ¿no? —Me giré y la vi sonreír, perversa—. Tu hermano Juan era mucho mejor que tú. Él ha sido un gran hombre, y tú, en cambio, eres un alfeñique estéril.

Volví hasta donde ella se encontraba y le dije muy calmado:

—Madre, se está levantando un poco de viento, ¿qué te parece si nos vamos a tu habitación a ver la tele?

Sin darle opción a contestar, agarré los asideros de la silla de ruedas y me encaminé al pasillo que daba acceso a su habitación privada.

—No quiero irme —protestó—. Vete y déjame en el patio.

Sin contestarle, aligeré el paso a lo largo del pasillo.

—¿Era la habitación ciento quince? —pregunté con tono suave.

—Te acabo de decir que me dejes en el patio…

—Ya hemos llegado —le interrumpí entrando en la habitación.

Al cerrar la puerta, eché el pestillo. Mi madre se dio cuenta.

—Desgraciado. Como no me saques de la habitación, me pongo a gritar —me advirtió.

La miré con expresión divertida, encendí la tele.

—Mira, están poniendo los *Vigilantes de la playa* —le dije mientras señalaba la televisión.

El grito que iba a salir de su boca fue ahogado con la palma de mi mano.

—No se te ocurra gritar, madre —le advertí.

Me agarró con ambas manos el brazo que sostenía la mano que le taponaba la boca. Quedé sorprendido por la fuerza con la que empujaba hacia abajo: no era la de una anciana postrada en una silla de ruedas. Aguanté la mordaza, no sin esfuerzo.

Sus ojos no podían estar más abiertos: tenía miedo, de mí, de su hijo.

—Tienes razón —le dije—. Mi vida es un completo fracaso, pero de eso tú tienes mucha culpa. Tú has sido la que me ha hecho sentir minúsculo con respecto a Juan. Tú me has criado como un inútil, dando todo el alimento a uno de tus hijos y dejando al otro enclenque. Tú has sido quien ha configurado la personalidad de Juan, que tanto daño me ha hecho.

El sufrimiento de mi madre suponía un placer incalculable. Nunca había pensado que verla de esta manera me produciría tanto bienestar.

—¿Sabes qué, madre? —le musité en el oído—. Juan no se ahogó buceando en el arrecife de las Leonas. Lo tengo yo. Encerrado. Come una vez al día, se orina y defeca encima, tiene piojos y garrapatas, viste con harapos mugrientos. Vive en la inmundicia. Está atado de pies y manos a una silla, sin poder moverse.

Sentía en la palma de la mano cómo le temblaba la boca. No parpadeaba, las lágrimas comenzaron a derramarse sobre su rostro.

—Madre —le volví a susurrar al oído—. Yo también soy tu hijo.

Con la mano que tenía libre le hice una pinza en la nariz impidiéndole respirar. El forcejeo para liberarse de la mordaza aumentó en intensidad. Al darse cuenta de que tenía el brazo bien anclado y que le era imposible liberarse de la mano que le taponaba la boca, cambió a mi otro brazo, al izquierdo, el que le pinzaba la nariz. Con este tuvo más suerte: con ambos brazos dio un fuerte tirón, liberándose. Las aletas de su nariz vibraron al recibir el oxígeno.

Forcejeamos, yo con mi mano libre; ella, con las suyas, me obstaculizaba, me impedía que volviera a pinzarle la nariz. Arremetí con un puñetazo en el estómago; su cuerpo se contrajo, emitió un sonido gutural, le faltaba el aire del golpe. Aproveché: volví a taponarle la nariz, distribuí bien el peso en mis piernas y me aseguré la postura. En cuanto la dejé sin vías respiratorias disponibles, pegó su espalda al respaldo de la silla de ruedas y reintentó liberarse de la pinza. Esta vez no lo consiguió. Pataleó tanto como pudo, se sacudió, intentó zafarse de la mano que la amordazaba. Como tampoco pudo, volvió al brazo que le pinzaba la nariz. No lo consiguió.

Conforme transcurrían los segundos, sus ojos se tiñeron de rojo. Las lágrimas seguían brotando. Cada vez se sacudía y forcejeaba con menos intensidad. La vida se le estaba escapando. Los brazos dejaron de luchar y me soltaron. Pendieron flácidos. Cuando comprobé la relajación del resto de sus miembros y la mirada vacía que deja la muerte tras su paso, abrí la puerta de la habitación, empujé la silla de ruedas y corrí por el pasillo gritando:

—¡Ayuda, mi madre no respira!

Sergio: la playa de los Peñones

El nombre de la playa no salía en ningún lado. Era una de esas denominaciones que se les pone a las cosas sin que nadie con el poder para asignar nombres —alcalde, concejal o el cura en los bautizos— lo haya determinado. Me acordé de Bastián —el de *La historia interminable*—, ese sí que era un *máquina* poniendo nombres; si no, que se lo digan a la Emperatriz Infantil. Bueno…, volviendo al tema de la playa de los Peñones, se llamaba así porque tenía unas rocas grandes que formaban un pequeño espigón. Nosotros, de vez en cuando, lo transitábamos para cazar erizos. Como es de suponer, a mí no me gustaba recorrerlo: las posibilidades de caerme eran muy altas y, además, casi siempre me acababa clavando un pincho de erizo en la mano y luego mi madre me lo tenía que sacar; eso duele mucho, y yo el dolor no lo gestiono muy bien.

Los tres fuimos a la playa en bañador. En mi caso me vestí con chanclas marca Abdidas —compradas en el mercadillo de los sábados—, bañador negro con figuras geométricas de colores fluorescentes —según mi madre, pasado de moda, pero a mí me molaba— y camiseta de Goku Superguerrero; como yo era de huesos anchos, la parte de la cara y del pelo de Goku se deformaba debido a que se pegaba a mi barriga. Sebas llevaba una camiseta blanca de manga sisa —hacía un contraste salvaje con el color de su piel— con publicidad de los helados Miko. Fran, una camiseta de cuadros marrones que en un par de puestas más pasaría a ser trapos. Ambos llevaban gafas tralleras guapísimas; yo, por culpa de mis cuatro dioptrías, me tenía que conformar con mis gafas de ver.

Los tres pijos esperaban en la playa. No iban en bañador. Cuando estuvimos delante de ellos, nos limitamos a levantar la barbilla y a decir: «Ey, ¿qué pasa?». Esto mismo, el tema del saludo, lo trabajé con Fran en una de sus clases: cuando se saluda a chavales de nuestra edad, un «buenas tardes» o estrechar la mano es de *nenazas*, según me dijo él. Con lo cual, lo apropiado es saludar con desinterés, como si no tuvieras muchas ganas de ver al que saludas. Ellos, como no habían recibido las clases de Fran, dijeron: «Buenas tardes», observándonos con inquietud.

Llegó Mónica. Andaba por la arena con dificultad, levantando mucho las rodillas. Se colocó a la altura de los tres pijos, nos miró con aire divertido y nos dijo:

—Veo que os habéis puesto vuestras mejores galas.

Los tres nos miramos mutuamente y Fran contestó:

—Vamos a ver, Mónica…

—Llámame Moni —interrumpió.

—Vamos a ver, Moni: si tú me dices que vamos a la playa de los Peñones, nosotros nos vestimos para ir a la playa de los Peñones.

—Si yo no digo que no vayáis acorde con el entorno —aclaró, sonriente.

—Lo que no es muy normal es que vosotros os vistáis con deportivas y pantalón corto de vestir —añadí.

Los tres pijos comenzaron a mirarse entre ellos y a reírse por lo bajo.

—¡Oye, el de *gafash*!, el tal Flubber —exclamó Borja, el pelirrojo con pecas.

Yo asentí.

—La *camisheta* que *llevash esh* de la primera *transhformación* de *Goku* en *Shuperguerrero* en

el combate contra *Frezzsher,* ¿verdad? —me preguntó.

—¡Afirmativo! ¿Sabes qué?, no todo el mundo es capaz de reconocerlo. Es uno de los momentos más épicos de *Bola de Dragón* —contesté, emocionado.

—Ya estamos otra vez —intervino Lucas, el delgaducho que tenía aparato en la boca.

—¿Qué *pasha, Lucash?* —preguntó molesto Borja.

—Eres muy pesado con *Bola de Dragón* —refirió Mateo, el gordito.

—*Másh peshado esh Lucash* con *shu* cociente intelectual de 121 —dijo Borja.

—Sabes más que de sobra que *Bola de Dragón* está sobrevalorada: hay muchos mangas mejores —dijo Mateo.

—*Puesh pasha* que *eshtáis* muy *perdidosh* —contestó Borja—. *Díshelo* tú, Flubber.

—No tenéis razón ninguna —dije—. Decidme algún manga superior a *Bola de Dragón*; es más, decidme algún manga con la misma calidad que *Bola de Dragón* —exigí.

—*Esho, lishtillosh*, que *shoish unosh lishtillosh*, decid tan *sholo* un manga de la calidad de *Bola de Dragón* —me parafraseó Borja.

—*Los caballeros del zodiaco* —contestó Lucas.

Tanto Borja como yo nos echamos las manos a la cabeza. Justo cuando íbamos a protestar, Moni exclamó:

—¡Parad ya! Como sigáis hablando de chorradas, os tiro al agua —nos amenazó.

—¿Y si nos dejamos de tonterías y nos dices de una vez por todas por qué nos has hecho venir aquí? —preguntó Sebas.

—Estoy de acuerdo. Vamos —dijo Moni y arrancó a caminar.

Seguimos los pasos dificultosos de Moni a través de la playa. El sol caía como una cortina amarilla; nos pegaba en la nuca y en la espalda. A nuestra derecha, los playeros se amontonaban con sombrillas y toallas. El mar se mecía tranquilo, refulgía como el aceite de oliva. Olía a salitre y a crema solar. Comenzamos a escuchar música; concretamente, *Love Thing*, de las Spice Girls. Al acercarnos al foco, pudimos ver a un grupo de chicas bailando una coreografía al ritmo de la canción. Moni nos indicó con la mano que paráramos. La canción terminó y todas aplaudieron dando pequeños saltos.

—Estamos lejos, tenemos que acercarnos más, pero no metáis follón —nos advirtió Moni.

Anduvo con pasos cortos y sin perder de vista al grupo de niñas. La seguimos imitando su forma de caminar. Nos acercamos unas decenas de metros. Ellas hablaban sin parar, interrumpiéndose las unas a las otras; era estresante escucharlas.

No se percataron de nuestra presencia; con el cacareo que tenían, era imposible. La música volvió a sonar. La canción era *Who Do You Think You Are*, también de las Spice Girls.

La música me puede, y las Spice Girls más aún: me puse a mover los hombros al ritmo de la canción. Fran se dio cuenta de ello y me emperchó un codazo en el costado que me quitó las ganas de bailar.

Hicieron una nueva coreografía para la canción. El grupo de bailarinas consistía en seis chicas en bikini que se movían con una sincronía milimétrica. Rellenaban la parte de arriba del bikini —algunas, bastante—, y sus cuerpos mostraban unas curvas en las que nuestros ojos se quedaron inmersos. Bueno…, todos no: Moni nos miraba con cara de asco.

—Hostias, Borja, vaya suerte que has tenido, bribón —dijo Mateo con la atención puesta en las bailarinas.

Borja lo miró sonriente y contestó:

—Ya *vesh*, uno que *shabe.*

No entendí a qué se referían, pero tampoco es que me importara mucho teniendo en cuenta el

espectáculo que tenía delante.

—Cuando dejéis de babear, nos ponemos a lo que hemos venido —nos dijo Moni, disgustada.

—Moni, estoy encantado de la actuación, pero ¿por qué estamos viendo bailar a Cayetana y a su séquito? —preguntó Lucas.

—Porque justamente es a ellas a las que vamos a robar —contestó.

—A sisar —corrigió Fran.

—Lo haremos a mi manera —indicó ella.

—Pero si tú no tienes ni idea de sisar —protestó Sebas.

—Si no, no hay trato —dijo Moni, tajante.

—¿Qué me impide a mí sisarles ahora? —le preguntó Sebas.

—Sebas, tío, déjalo ya —le exigió Fran—. Moni, sin problema, tú mandas.

Ella le guiñó un ojo.

—Robar o *shishar* o hurtar, me da igual, va contra *mish principiosh* —dijo Borja—. Me quedo al margen.

—Yo también me quedo fuera —afirmó Mateo.

—Yo tampoco voy a sisar —apoyó Lucas al resto de sus amigos.

—Me parece perfecto, a más tocamos —dijo Sebas, satisfecho.

Las bailarinas dieron un salto en el mismo momento en que la canción terminó. Volvieron a aplaudir y se fueron todas corriendo al agua para bañarse.

—Ahora —dijo Sebas.

—Aún no —la contradijo Moni.

Sebas, Fran y yo nos fuimos quitando las chanclas para correr mejor. Moni nos miró y dijo:

—Esta no es la primera vez que hacéis esto en la playa, ¿verdad?

Nosotros sonreímos sin contestarle.

—¡Ahora! —Moni nos dio la señal de salida.

Los cuatro corrimos como alma que se lleva el diablo. Hasta Moni parecía correr por la arena con menor dificultad de la que había mostrado al andar. Nos abalanzamos sobre las mochilas y las carteras que había desperdigadas sobre las toallas. Una vez que las teníamos en nuestro poder, Fran dijo:

—¡Venga, nos damos el piro!

—¡No, espera! —ordenó Moni.

—Pero ¿estás loca? Que nos van a ver —le dije.

No sé si fue por la tensión del momento, pero ella me lanzó una mirada que me llegó a lo más profundo de mi ser, me hizo olvidar de todo en lo que estaba enfrascado en ese momento. Los tres la observábamos esperando a que nos diera la orden de salir por patas, que era lo más lógico y razonable teniendo en cuenta la situación. Ella se giró hacia donde las chicas se bañaban, ajenas al sisamiento al que estaban siendo sometidas, y exclamó:

—¡Cayetana, nos llevamos prestadas algunas cosillas, espero que no os importe! ¡Hasta luego, zorras!

Las chicas se quedaron perplejas.

—¡Es la Grunch! —gritó una de ellas.

Mónica se giró hacia nosotros, se puso seria y dijo:

—Ahora sí, ¡vámonos cagando leches!

Nos pusimos a correr. Los tres pijos, al vernos, tuvieron el detalle de recoger nuestras chanclas antes de huir. Las bailarinas hicieron un amago de perseguirnos, pero, en cuanto nos metimos en el paseo marítimo, desistieron y se limitaron a insultarnos a gritos.

Sergio: el botín

Nos salimos del paseo marítimo y el grupo se dividió: a la cola íbamos los tres pijos —Borja, Mateo y Lucas— y yo, discutiendo sobre la calidad de *Bola de Dragón*. Unos diez pasos por delante iba Sebas en solitario; después de habernos escuchado un rato, había resoplado y aligerado el paso para separarse de nosotros. Encabezando el grupo iban Moni y Fran, hablando de yo qué sé.

El inventario y reparto del botín lo hicimos detrás de un hostal muy cutre que había cerca de la playa, en una callejuela poco iluminada. Las cajas vacías de alimentos que usaba el restaurante del hostal construían una montaña en la acera, y cada cierto tiempo un cocinero fumando —lo sé por el delantal con manchas amarillas— seguía echando cajas vacías sobre la montaña.

Tenía la misma sensación que el día de los Reyes Magos. La sorpresa venía tras la apertura de cremalleras, velcros o botones; y en todos y cada uno de los casos eran grandes sorpresas. El botín era legendario, de esos que se cuenta a los hijos, y los hijos, a los suyos, y así sucesivamente hasta el infinito.

La felicidad nos rodeaba. Sebas sonreía mientras sujetaba un billete de dos mil pelas en la mano. Fran se concentraba haciendo montoncitos con las monedas. Yo metía en una caja —de las vacías que tiraba el camarero— las tarjetas y documentos de las sisadas, y en otra, relojes y gafas de sol. El resto conversaban sobre lo que acabábamos de hacer, haciendo bastante hincapié en las posibles consecuencias para Moni, ya que a ella —se cuidó de que así fuera— sí que la reconocieron. Moni no parecía darle importancia a los problemas que pudiera ocasionarle el sisamiento: «¿Qué más me van a hacer?, si ya me han expulsado del instituto».

Cuando Fran terminó de inventariar el botín, lo dividió en cuatro partes; para ello utilizó las mismas carteras que habíamos sisado. Nos lanzó una cartera a Sebas y otra a mí con la parte que nos correspondía. Las capturamos al vuelo, pero, cuando le llegó el turno a Moni, esta lo frenó diciéndole: «No quiero mi parte, os la dejo para vosotros». Fran la miró disgustado y dijo: «Es lo acordado». Sebas intervino, le quitó la cartera que le iba a lanzar y dijo con malicia: «Tío, Fran, déjalo ya», repitiéndole lo mismo que Fran le había dicho en la playa. Mientras Sebas sacaba el dinero de la cartera para repartirlo entre nosotros tres, dijo mirando a Moni: «A más tocamos».

—¡Oye, Flubber!, ya tienes pasta para ir al concierto ese —me dijo Sebas.

—¿Qué concierto? —inquirió Moni con interés.

—Es uno del que Flubber lleva dándonos la turra todo el verano —continuó Fran—. Flubber con el tema de la música es un pesado.

—¿Y qué problema hay en ser un apasionado de la música? Vosotros, como sois incapaces de sentir pasión por algo más allá del fútbol, la comida y las tetas grandes, os burláis de la gente sensible —Moni me defendió.

Yo atendía intrigado la discusión. Era la primera vez que alguien me apoyaba en alguna de mis pasiones, y no es que me apoyaba en solitario, sino en contra del grupo, donde normalmente todos se hermanaban para reírse del *palizas*, gordinflón, bocazas y *cagao* de Flubber. Pero Moni hizo de muralla ante el linchamiento que se avecinaba.

Sebas y Fran no se esperaban aquella reacción. Como consecuencia, frenaron en seco el torrente de ofensas que estaban a punto —sobre todo, Sebas— de verter sobre mí.

Moni se me acercó, se arregló el pelo. «Dios mío», pensé.

—¿Cuál es el concierto del que hablan estos? —me preguntó.

—Es… es el de Roxette —balbucí.

—¿Te gusta Roxette? —me preguntó.

—¡Que si le gusta, dice…! ¡Está flipado con los Roxette esos! —exclamó Sebas.

—Sí, son mi grupo preferido —respondí. Intenté sonar convincente, pero me salió una voz grave que me dio repelús; y, por la cara que puso Moni, a ella también.

—Llevan años sin sacar un tema bueno, pero molan —me respondió.

—*Sleeping in My Car* es un temazo —respondí.

—¿Cuánto tiempo tiene?, ¿tres, cuatro años? —me preguntó.

—El año pasado sacaron un disco en español… —intenté explicar.

—De baladas, Flubber, de baladas —argumentó—. Pero me reafirmo en lo dicho: tienen temazos y molan. A mí también me gustan —afirmó al final.

El grupo se quedó en silencio; fui yo el que lo rompí diciendo:

—Para una entrada tengo dinero. Ya me inventaría alguna historia para explicarle a mi madre de dónde he sacado la pasta, pero ella no me dejará ir solo al concierto, y tampoco tengo suficiente para invitar a nadie.

—Conmigo no cuentes, socio: paso de gastarme la guita para ir contigo a un concierto —me dijo Sebas.

Miré a Fran con cara de perro degollado; a veces funcionaba.

—¡Tío, no me mires así! —me exclamó—. A mí no me gusta el grupo ese, no me obligues a gastarme el dinero en acompañarte —me pidió.

—No te preocupes, Fran —terció Moni—. No te vas a ver obligado a acompañar a Flubber al concierto —se dirigió a mí—. Ya voy yo contigo.

El camino de vuelta al barrio fue la leche de raro. Por un lado, Fran, que en cuanto nos despedimos de Moni y los pijos me dio la enhorabuena porque, según él, había ligado; inmediatamente después se sumió en un silencio absoluto, y las pocas veces que contestaba a mis comentarios lo hacía de mala gana. Por el otro lado, Sebas, que de forma sorprendente no dijo nada en referencia a mi futura cita con Moni. Antes de marcharnos, Moni le exigió que le devolviera la Game Boy a Lucas. Sebas la sacó de la mochila y se la entregó con el gesto torcido, pero a partir de ahí anduvo el camino hacia el barrio cabizbajo y callado. En un primer momento me figuré que era por quedarse sin la Game Boy, pero descarté esa idea porque Sebas, en mitad del camino de vuelta, nos preguntó sin levantar la cabeza:

—¿Sabéis que esta puede ser la última vez que sisemos juntos?

Ninguno de los dos le contestamos. Se veía a leguas lo que significaba aquella pregunta para Fran y para mí.

El silencio volvió a reinar, y así, de este modo, volvimos al barrio, con la luna siendo la protagonista del cielo y con los tres la hostia de tristes.

Carlos: el despertar

Los nervios me rumiaban por dentro, y no era porque yo fuera el causante de que aquel hombre enjuto y achaparrado empujara el ataúd al interior del nicho. No, no era por eso. Me dio absolutamente igual presenciar aquel instante. Era por lo otro, por los dos días que él llevaba sin comer, pero sobre todo sin beber. Estábamos a principios de agosto, así que el riesgo de muerte por deshidratación era alto.

Cuando el cura dio por finalizada la misa exequial, todos los que asistimos a la liturgia fuimos cabizbajos tras los empleados del tanatorio que transportaban el ataúd —no me ofrecí a portarlo —. Lo introdujeron en el coche fúnebre y se marcharon en dirección al cementerio municipal.

Ya en el cementerio, cuando el hombre enjuto y achaparrado tapió a martillazo limpio el nicho, mi mujer se me acercó para pedirme que no me molestara de que Sergio se fuera esa misma noche al dichoso concierto. Yo la miré mohíno para dejarle claro mi desaprobación. «Se ha muerto su abuela», le dije a Lola. Pero ella comenzó a hablar sin parar: que el pobre llevaba mucho tiempo esperando este día, que no podíamos hacerle eso, que él no tenía culpa del desagradable suceso, que tampoco es que fuera su abuela —eso me sentó fatal—. «¡Mira, haced lo que queráis!», le espeté desairado. La vi cogiendo a Sergio del brazo para dirigirse a la parada de autobús. Sergio ni me miró.

Ahí estaba el nicho de mi madre recién tapiado. Pensé que no se merecía ninguna de las flores que tenía a su alrededor.

En la procesión de salida del cementerio, alcancé a mi cuñada:

—¡Marta! —le exclamé.

Ella me miró compasiva y me puso la palma de la mano en el hombro.

—Carlos, creo que no hace falta que te diga que estoy aquí para lo que necesites.

—Lo sé, y sí, necesito una cosa de ti. —Y vaya si la necesitaba: dos días ya, eran dos malditos días sin pasar por allí.

—Dime.

—¿Necesitas el coche esta noche?

Frunció el ceño, extrañada.

—Bueno…, en principio, podría prescindir del coche.

—¿Qué te parece si os llevo a vuestra casa y yo me lo quedo esta noche? Mañana por la mañana lo tienes de vuelta, te doy mi palabra.

—Claro…, sin problema. Lo que necesites —me contestó, inquieta.

Necesitaba el coche, no podía dejar pasar más tiempo. El crepúsculo de la tarde era la única luz que se arrojaba desde el cielo; muy pronto llegaría la oscuridad, que sería la que dominaría los caminos de Las Cortijadas, y recorrerlos en bicicleta en esas circunstancias no era lo más adecuado.

Mientras conducía, a través de los caminos de tierra, pensaba en lo bien que me sentía desde que había acabado con la vida de mi madre. Tenía la sensación de ser una persona más resuelta, sin menos cargas. Era noche cerrada y el sonido de la maquinaria de construcción había sido

sustituido por un retumbar rítmico, consecuencia del concierto que se celebraba en el Auditorio Municipal de Mardulce, que distaba a menos de dos kilómetros de la caseta donde tenía a mi hermano encerrado. El no haber edificios alrededor, junto a la brisa de poniente, favorecía la llegada de la música.

—Sin gritar —le advertí.

Él afirmó con la cabeza. Le desaté las piernas, le quité la mordaza y me dijo desesperado:

—Agua, dame agua.

—Con cuidado, llevas mucho tiempo sin hidratarte.

Le di de beber de la botella; bebía con el ansia de un hombre a punto de morir de sed. Le dosificaba los sorbos, pero al final acabó con dos botellas de medio litro. Jadeó. Gotas de agua le caían por la sucia barba.

En ese momento dejó de escucharse el retumbar de la música. El concierto había terminado.

—No he tenido tiempo de prepararte nada —le dije—; de camino paré en un bar y te compré un bocadillo de tortilla.

Mientras desembalaba el papel de aluminio, me dijo:

—¿Qué pretendías? Llevo dos días sin beber ni comer. Si me quieres matar, te ruego que no lo hagas de inanición.

Se levantó y anduvo con pasos erráticos. Me acerqué a él y le ofrecí el bocadillo. Durante el tiempo que tardó en comérselo, solo se escuchaba el sonido de su boca al masticar.

«Tengo que decírselo, es su derecho saberlo», consideré. Esperé a que terminara de comer.

—Siéntate —le pedí.

—Llevo sentado más de dos días seguidos, lo que mis piernas necesitan es caminar. No sé si te has dado cuenta de que cada vez estoy más débil —me contestó. Daba pequeños pasos, inseguro, pensando mucho en dónde posar el pie.

—Siéntate. Tengo que hablar contigo —insistí.

Me observó, ya estaba calculando en su mente. «Es que el cabrón no lo puede evitar», pensé.

Se sentó. Yo no sabía cómo empezar.

—Las grúas de la construcción se escuchan cada vez más cerca —me dijo.

Sabía perfectamente por dónde quería ir. «Siempre es igual, siempre traza una estrategia, no da una puntada sin hilo».

—Esta noche lo que has escuchado es música, no grúas —contesté, evasivo.

Me mostró una sonrisa amarga.

—Los dos sabemos que no puedes retenerme aquí mucho más tiempo. ¿En cuánto tiempo estimas que llegarán las excavadoras? —me planteó.

Lo que acababa de decir seguro que lo tenía en mente desde hacía mucho tiempo. Estaba claro que me lo contaba ahora porque pensaba que yo tenía dudas, porque pensaba que el hecho de decirle que teníamos que hablar era un síntoma inequívoco de mi indecisión. «Qué equivocado está el pobre», pensé.

—El presidente bigotudo este nos va a meter grúas hasta en el wáter —le dije, sabiendo que él se estaba dando cuenta de cómo evitaba el tema de su encierro.

—¿Qué me quieres decir, Carlos? —me preguntó, resignado.

—Mamá ha muerto; por eso he tenido que ausentarme estos días. Entre la organización, el duelo y el entierro, no he tenido posibilidad de escaparme.

Balanceó la cabeza de un lado al otro con lentitud evaluando la información. Casi podía ver en su frente el reloj de arena girando.

—¿Cómo ha sido? —preguntó.

—El viernes pasado por la tarde fui a verla. Parecía estar bien. Hablamos de tu hija, tú también saliste en la conversación. Fuimos a su habitación a ver un poco la televisión; de repente, me dijo que le dolía el pecho y que le costaba trabajo respirar. Estaba abriendo la puerta de su habitación para pedir ayuda cuando se desplomó en la silla de ruedas. Fue fulminante.

—¿Y la autopsia? —inquirió.

—Pedí que no se la hicieran. No quería alargar más todo esto. Mamá lleva con problemas de corazón mucho tiempo. Tanto el médico que la atendió como yo vimos que era de Perogrullo la causa de la muerte.

—Carlos, tenías que haber solicitado la autopsia. Lo que me estás diciendo no encaja. Es cierto que mamá tenía problemas de corazón, pero lo que ella padecía eran arritmias ventriculares, que estaban totalmente controladas. Me extraña mucho que de improviso le dé un infarto sin antes…

—Juan —le interrumpí—, nuestra madre ya estaba mayor. No intentes buscarle tres pies al gato. Es ley de vida.

—Tenías que haber pedido una autopsia —insistió—. Es tu madre: ¿qué menos que preocuparte por saber a ciencia cierta el motivo de su muerte?

—¡Si ves a una vieja echarse la mano al pecho y decir que no puede respirar, no hace falta ser neurocirujano para intuir que es un puto infarto! —le grité.

Juan se quedó mirando mi explosión de furia boquiabierto.

—¿Por qué te pones así? Tienes una actitud desmedida ante mis palabras. Tú no estás nada bien, hermano. Ya sabes que puedo ayudarte; claro está, si tú quieres.

Apreté la mandíbula y exclamé:

—¡Cállate!

Le di la espalda y respiré. Tomé aire profundamente varias veces. Tenía que calmarme.

—Tienes cambios radicales de actitud. Algo hay en tu cabeza que no va bien —explicó.

Me giré, lo miré con cara de asco y me volví a sentar en frente de él.

—Tú lo sabes todo. Siempre has sabido lo que me pasa, siempre has opinado sobre mi vida. Seguro que tú no tienes estos cambios de actitud y tu cabeza va perfectamente —le dije a la vez que le daba con el dedo índice en la frente.

Él me observaba en silencio, probablemente recalculando la estrategia a seguir.

—Tenías que haber solicitado la autopsia —insistió.

Me levanté y le di una patada a la silla en la que estaba sentado. La silla chocó contra la pared de madera. El golpe produjo un sonido seco.

Volví a tomar aire profundamente. Una parte de mí quería controlar la rabia, pero la otra quería dejarse llevar, igual que había hecho con mi madre. Durante unos segundos rememoré el dulce momento de su asesinato, la forma de pelear de ella en ese último minuto de vida. «Disfruté aquel instante», me dije a mí mismo.

—Quiero más de agua —exigió.

—Ojo con la forma de pedirme las cosas —advertí.

—Hermano, estás cambiado. Algo gordo te está pasando, y creo que no es bueno —postuló.

—Pues sí, estoy cambiando. Pero te equivocas en que es negativo. Cualquier cambio en mí tiene que ser positivo. Mi actitud, la que he tenido toda mi vida, no ha supuesto nada más que malas tiradas de dados, mi ficha siempre ha ido a parar a malas casillas…

—¿Se puede saber de qué estás hablando? —me preguntó.

Me puse de cuclillas y acerqué mi cara para decirle susurrando:

—Mi juego, mi partida… ha sido un despropósito. Tú has tenido buenas tiradas, los dados han sido amables contigo; sin embargo, yo —chasqueé la lengua varias veces— siempre he tenido

malas tiradas. —Volví a ponerme de pie—. Por esto mismo, creo que una alteración radical en mi personalidad puede cambiar mi sino en los dados. —Le sonreí.

—Hermano, siento decirte que has perdido el norte completamente —sentenció—. Lo veo en tu forma de comportarte, en tu forma de hablar, en tu expresión corporal…, lo veo en tus ojos. Necesitas ayuda psiquiátrica urgente. Piénsalo durante unos segundos. ¿Tú crees que el tenerme aquí encerrado es de alguien sano mentalmente? Te lo he dicho infinidad de veces…

—¿Piensas que estoy como una regadera? —le pregunté sonriente.

—No estoy diciendo eso…

—Hermano, yo creo que ahora lo veo todo más claro que nunca. Sé lo que tengo que hacer de una forma certera, no dudo. Antes, era un amasijo de inseguridades; ahora, es como si respirara aire fresco en la cima de una montaña. Me siento igual que si despertara de un largo sueño.

—Carlos, no estás bien —me dijo, solemne.

—Tienes razón, Juan.

—Claro que tengo razón.

—No me refiero a mis problemas mentales, me refiero a la muerte de mamá —le expliqué.

Frunció el entrecejo.

—Mamá no murió de un infarto. Yo la maté. Para ser más exactos, la asfixié. Con estas manitas. —Levanté ambas manos y giré las muñecas para que las viera bien.

Él asimilaba aquella información. Estaba paralizado, me observaba sin apenas parpadear. Consideré matarlo. Juan estaba en lo cierto: la maquinaria de construcción se acercaba cada vez más, el riesgo de que lo descubrieran cada día era más alto; pero no, este desgraciado tenía que sufrir más, se merecía esto, yo más que nadie lo sabía. «Que arda lentamente en el infierno», pensé.

—Carlos, ¿qué has hecho? —me preguntó con el rostro demudado.

—Tenía que morir, Juan. Eso es todo. Podría intentar explicarte los millones de motivos por los que la asesiné, pero sé que no serviría de nada —le dije.

—Y después de haber matado a nuestra madre, ¿te quedas así de tranquilo? —me preguntó.

Encogí los hombros como respuesta.

Juan echó la cabeza hacia atrás y gritó. Le atesté un puñetazo en el estómago y ahogó el grito de inmediato.

—No vuelvas a hacerlo —amenacé.

Juan me miró hiperventilando, estaba furioso.

—Tu vida de mierda y la jodida envidia que siempre me has tenido te han convertido en un monstruo. Nunca has soportado que yo fuera mejor que tú. ¡Eso te ha enloquecido: tu inutilidad! —volvió a gritar.

Me ardían el pecho y los brazos, sentí un intenso hormigueo en ambas manos. Una furia implacable tomó el control.

—Juan, ¿quién te has creído que eres? ¿Piensas que eres mejor que yo? Si lo único que eres es basura. Y, mira tú por dónde, ahora estás rodeado de tus iguales.

«Me dejé llevar por la parte que no esperaba», pensé justo antes de pinzarle la nariz con mis dedos y taparle la boca con la palma de mi mano.

Se levantó de un salto, liberándose. Le empujé y cayó al suelo de espaldas. No le dio tiempo a gritar, me senté encima de él a horcajadas y le abofeteé varias veces. Volví a pinzarle la nariz y a taponarle la boca con la mano. «Este de aquí no sale», concluí.

Sentado encima del cadáver de mi hermano, consideré las coincidencias románticas de todo lo que había pasado: el coche que transportaría su cuerpo sin vida sería el mismo que Juan conducía

antes de que lo secuestrara y, al igual que a mi madre, antes de matarlo le había dado un puñetazo en el estómago. Hasta los había matado de la misma forma.

Sonreí y comencé a darle vueltas en la cabeza sobre cómo deshacerme del cadáver.

Sergio: al final verás tú

Vaya ojos que me echó Carlos cuando me estaba marchando del cementerio junto con mi madre. Si por él fuera, me tendría que haber quedado esta noche en casa sin concierto. A ver, no me gusta que esa señora se haya muerto; además, la última vez que fui a verla a la residencia, me dio veinte duros, esa moneda no es ninguna broma. Pero que su fallecimiento signifique que no vaya al concierto más importante de mi vida es algo desproporcionado.

Me observaba en el espejo: vestía con la camiseta blanca con el nombre de Roxette serigrafiado en el pecho —regalo de mi último cumpleaños—. No podía estar más emocionado, pero tampoco podía estás más nervioso. Iba a ver a Roxette en directo, era un sueño que en unas horas se haría realidad. Luego, el tema de Moni; Fran me había dicho: «Has ligado», y esto era algo nuevo para mí, el que le gustara a una chica, bueno…, en realidad, el que le gustara a alguien.

Moni me parecía muy guapa. No era una chica de esas que te dejan alelado cuando la veías: era de una belleza de las que pasan desapercibidas, de las que molan. Ella no sabía lo bella que era y, por regla general, los demás tampoco; tan solo unos pocos afortunados lo apreciaban. Una belleza que iba más allá de las ropas, de los perfumes y de los maquillajes; detrás de todo eso es donde residía su belleza. Una chica valiente, sensible, inteligente, con ese pelo gamberro, y, sobre todo, sus caderas, ¡vaya caderas! A decir verdad, sus caderas sí me dejaban alelado.

Tendría la oportunidad de estar con Moni a solas. Había que poner en práctica todo lo que me había enseñado Fran en sus clases para no cagarla, para aprovechar mi cita con una chica que me gustaba y mucho. Después de explicar todo esto, se entiende por qué no podía estar más nervioso.

Me peiné. Iba a un concierto, así que la raya en medio no era la mejor opción. Me apañé el pelo lo mejor que pude. En la repisa del baño vi el bote de colonia de Carlos: Jacq's. Sonreí al recordar el anuncio en televisión de la colonia: aparecía una tía buena en moto con un ajustado mono burdeos de cuero que le cubría todo el cuerpo. Se quitaba el casco. Bajaba la cremallera del mono —menudo canalillo— y decía: «Busco a un hombre llamado Jacq's».

Con la sonrisa aún tatuada en la cara, agarré el bote de colonia y me eché un poco en el cuello.

«Esto, como el colacao, cuanto más, mejor», dije en voz alta.

Me puse a agitar el bote de colonia vertiéndomela ya no tan solo en el cuello, sino en brazos, camiseta, pelo… Creo que gasté más de medio bote. «Un día es un día», pensé para justificar el derroche.

Cuando terminé de arreglarme, me subí en el autobús y, con una ilusión desbordante, me dirigí a hacer realidad mi sueño.

Había quedado con Moni en la puerta del auditorio. Me sentí inquieto al observar la gran cantidad de gente que se agolpaba a la entrada y en las taquillas. «¿Y si Moni no me ve entre el gentío?», pensé preocupado. No paraba de mirar a mi alrededor por si la encontraba.

Los minutos pasaban y el auditorio abrió sus puertas para que la gente entrara. Mi inquietud iba en aumento. «¿Se le habrá olvidado el concierto? Al final verás tú», pensé.

Seguía buscándola a mi alrededor. La noche había empujado al día hasta el horizonte donde se pierden las montañas. «¿Dónde estás, Moni?», me pregunté con un nudo en el estómago.

—¡Ya estoy aquí, Sergio! —Moni apareció sofocada.

—Moni, llegas tarde. Han abierto las puertas hace más de veinte minutos —le contesté.

—Tranqui, *tron*. ¿A qué hueles? —me preguntó.

—A nada.

«Lo mismo me he pasado con la colonia», pensé. Rebusqué en mi mochila.

—Toma, aquí tienes el dinero de la entrada. Me imagino que te habrá costado eso —le dije ofreciéndole el dinero.

—No, no, no. A mí no me des nada, dáselo al taquillero.

—Espera, no entiendo lo que me quieres decir —le dije, desconcertado.

—Vamos a sacar las entradas, es ahí donde tienes que pagar, no a mí.

Al oír aquello, todos los glóbulos rojos de mi cuerpo se pusieron a saltar.

—¿Me estás diciendo que no has sacado las entradas?

—Yo no he sacado las entradas, di por hecho que las sacábamos hoy antes de comenzar el concierto.

—No —negué—. Dijiste que el auditorio estaba al lado de tu casa, que tú te encargarías de las entradas.

—¿Dije yo eso?

—Sí. Dijiste tú eso.

—Pues, no las he comprado —concluyó.

—Madre mía, Moni, seguro que ya no quedan —le dije echándome las manos a la cabeza.

—Venga, hombre. No seas cenizo. Verás como todavía quedan. Que Roxette no son los Rolling —me refirió.

Recorrimos la estrecha distancia que nos separaba de las taquillas.

—Buenas noches —saludó Moni al vendedor, que nos miraba con cara de amargado—. ¿Nos da dos entradas, por favor?

—No quedan —nos dijo, desganado.

—¡Te lo dije, Moni! —le exclamé.

—Sergio, tranquilízate —me pidió. Se volvió hacia el taquillero—. Algo tiene que quedar, lo que sea.

—De la frase «no quedan», ¿qué es lo que no has entendido? —le preguntó sin cambiar un milímetro la cara de amargado.

—No me puedo creer que me vaya a quedar sin concierto —dije a la vez que me daba la vuelta.

—¿No hay forma de hacerse con dos entradas? —insistió Moni al taquillero, y este se rio.

—Sí que la hay —le respondió, y a continuación señaló a un hombre que miraba en torno suyo como buscando a alguien. Pese al calor que hacía, vestía una chaqueta vaquera. Moni lo observó, se volvió al taquillero y, con la expresión de entender perfectamente, le dijo:

—Gracias.

Yo no comprendía nada hasta que Moni comenzó a hablar con aquel hombre:

—¿Cuánto por dos entradas? —le preguntó.

El hombre nos analizó durante unos segundos detenidamente para decirnos:

—No podéis pagarlo.

—¿Y usted qué sabe si podemos pagarlo o no? ¿Cuánto? —preguntó, machacona.

—Cuatro mil duros.

—¡Hostias! —exclamé.

—¿Es qué está usted loco? —le preguntó Moni.

—Vamos a ver, niña: si quieres entradas, yo soy el único revendedor que las tiene. Ese es el

precio que tengo establecido para dos entradas. Quitaos de en medio, que tengo que trabajar.

—Moni —le dije casi rogándole—, déjalo. No podemos hacer nada.

—Es un miserable —me susurró—, se aprovecha de la situación. Odio a la gente así.

Moni tenía un mal concepto del revendedor, pero mi radar interno no pensaba lo mismo. Desde mi punto de vista, tan solo se trataba de un hombre ganándose la vida; en resumen, un verde en mi radar.

—Por eso. Vámonos, Moni. Cada segundo que paso aquí me pongo más triste.

—¡Oye! —le gritó Moni al revendedor. Este la miró con mala cara—. Guardárnoslas, vamos a por el dinero que nos falta.

—Negativo. Solo me quedan dos. Si las quieres, dame la pasta.

—¡Vaya, qué casualidad que tan solo te queden dos! —le exclamó Moni, sarcástica—. Sergio, dame el dinero de tu entrada —me pidió y se lo di. Después sacó de la cartera su dinero—. Toma, cógelo —le dijo al revendedor—. No vamos a tardar más de media hora en volver con el resto. Sirve como garantía. Si pasado ese tiempo no estamos aquí, puedes vendérselas a otros y, además, te quedas con la garantía.

El revendedor consideró la propuesta unos instantes.

—Si queréis reservarlas durante media hora, no más, el precio sube mil pelas —nos dijo recogiendo el dinero.

Moni sacudió la cabeza, impotente.

—¡Vale!, pero nos las guardas treinta minutos —exigió.

—Tenéis treinta minutos a partir de… ahora —dijo mirando su reloj de pulsera.

Moni me agarró del brazo.

—Sergio, sígueme, no vamos sobrados de tiempo.

—¿Dónde vamos?

—A mi escondrijo secreto.

Sergio: el escondrijo secreto

Quién me iba a decir a mí hacía una hora que, a falta de treinta minutos de comenzar el concierto de Roxette, no tendría las entradas y correría de noche por los caminos de tierra de Las Cortijadas. Menos mal que Moni, con el argumento de que no era la primera vez que había tenido que ir a su escondrijo de noche, sacó una linterna de su mochila.

Transitábamos por el mismo camino que utilizábamos Sebas, Fran y yo para llegar al Barrio Rico. Me llamaba la atención que Moni apuntara con la linterna a los pies de los juncos en el margen derecho del camino.

—Moni, haz el favor de apuntar con la linterna hacia el frente, que estamos avanzando a oscuras —le pedí.

—Necesito saber cuándo nos tenemos que salir del camino, y para eso he de iluminar con la linterna a donde estoy apuntando —me explicó.

No entendí ni papa a qué se refería, pero, tal y como me había enseñado Fran, pedir demasiadas explicaciones es de *tolai*. Así que, haciendo un esfuerzo mastodóntico, me mordí la lengua y no pregunté más, me limité a seguir avanzando a través de la oscuridad.

Anduvimos unos cinco minutos más, cuando de repente Moni frenó en seco iluminando con la linterna sobre un punto fijo.

—Aquí es —declaró.

El haz de luz se dirigía a una piedra roja que descansaba a los pies de unos juncos en el extremo derecho del camino.

—Sígueme —me dijo.

Moni se internó entre los juncos y desapareció. Al verme solo, de manera inmediata la imité. Al traspasar los juncos me dejé caer por un pequeño desnivel. Moni, desde abajo, me alumbraba con la linterna para que no descendiera a oscuras.

—¿Cómo vamos de tiempo? —me preguntó.

Activé la luz verde de mi reloj Casio F91.

—Llevamos doce minutos —le contesté.

—Creo que lo podemos conseguir —continuó—. No te ofendas, Sergio, pero necesito que te des la vuelta.

—¿Por qué? —pregunté.

—No puedo permitir que conozcas mi escondrijo secreto.

Sin mediar palabra, me di media vuelta y miré a la oscuridad infinita.

La escuché trajinar en la tierra y refunfuñar; luego oí pasos que se acercaban hasta donde me encontraba.

—Tienes que ayudarme —me dijo.

—¿Qué pasa? —le pregunté aún sin girarme.

—Necesito las dos manos para abrir la cartera donde está el dinero; es una cremallera minúscula, está medio rota y tiene un truco para abrirla, pero para eso necesito luz y las dos manos. Si tengo una mano ocupada con la linterna para alumbrarme, no puedo utilizarla para abrir la cremallera.

—¿No me has dicho que has venido otras veces de noche?

—Cuando vengo por la noche suele ser para dejar el resto de la mercancía que no he vendido, no para sacar o meter dinero —me explicó, apática.

—Moni, ¿me quieres explicar qué mercancía vendes y qué dinero tienes en un escondrijo en mitad de Las Cortijadas? —le pregunté girándome.

—Si quieres ir al concierto, pilla la puñetera linterna y alúmbrame —me ordenó, impaciente.

Apunté con la linterna a un agujero en el suelo que estaba cubierto con una bolsa negra. Dentro había un paquete bien precintado, que olía a marihuana que echaba para atrás, y una cartera de Fido Dido a punto de reventar. Moni, con mucha maña, ayudándose de los dedos índice y pulgar de ambas manos, consiguió mover la cremallera y sacar un buen manojo de billetes. Volvió a cerrar la cartera, la dejó en el agujero y, con una piedra roja, muy similar a la que había en el extremo del camino junto a los juncos, la tapó. Guardó el dinero en el bolsillo del pantalón, se sacudió la tierra de las manos en los pantalones y me dijo:

—Supongo que puedo confiar en ti.

—Moni, ¿vendes droga? —le pregunté.

—Sergio. Préstame atención. ¿Puedo confiar en que mantendrás en secreto mi escondrijo? —me preguntó firme sin hacer caso a lo que le acababa de decir.

—Moni, si te digo la verdad, no sabría volver a este sitio solo —le contesté.

—Mejor, entonces. ¿Cuánto tiempo nos queda?

Miré otra vez el reloj.

Unos diez minutos; ya no estoy seguro en qué minuto…

—¡Vamos! ¡Dale a las piernas! —De un zarpazo me quitó la linterna.

La poca luz que arrojaba la linterna me permitía ver el pelo vaporoso de Moni corriendo a través de la penumbra.

El sonido de una guitarra reverberando con un eco que conocía más que de sobra provocó que parara de perseguir el haz de luz.

—Héroes del Silencio son los teloneros. Moni, están tocando *Entre dos tierras* y me lo voy a perder.

Moni, sin parar de correr, me dijo:

—Sí, es cierto, te lo vas a perder; y como no sigas corriendo, también te vas a perder a Roxette.

Avanzamos a toda velocidad con *Entre dos tierras* como banda sonora.

Llegamos a la puerta del auditorio a punto de echar los pulmones por la boca. A lo lejos veíamos al revendedor negociando con una pareja. Ante la duda de que estuviera vendiendo nuestras entradas, ambos nos pusimos a gritarle que ya teníamos el dinero. De fondo, *Maldito duende* estaba llegando a su fin.

—Lo tenemos…, el dinero. —Moni tuvo que apoyarse en sus rodillas con las manos para coger aliento.

—Ahora danos las entradas —le exigí echando una mirada endemoniada a la pareja que allí se encontraba.

El revendedor comprobó su reloj. Sonrió, cogió el dinero, lo contó y nos dijo a la vez que metía la mano en el bolsillo interior de su chaqueta vaquera.

—Justo a tiempo, jóvenes. Aquí tenéis vuestras entradas. —Me alargó el brazo para entregármelas.

Sergio: el concierto

Nos mezclamos con la multitud. Héroes del Silencio ya había terminado y nos encontrábamos en esa franja de tiempo en la que el público, ya motivado por los teloneros, esperaba ansioso a los protagonistas de la noche.

Moni se quitó la mochila y rebuscó en ella.

—Estamos en un concierto y hay que refrescarse.

—¿Y esto? —pregunté al ver lo que sacó de la mochila.

—Esto es cerveza y tienes que bebértela. —La lata nos chistó al abrirse.

Me la entregó y observé cómo Moni se abría la suya y le daba un trago.

—Deliciosa —me dijo, suspirando—. Venga, bebe —me exigió.

Nunca había bebido alcohol, me daban miedo las posibles consecuencias. «¿Me desmayaré?, ¿vomitaré?, ¿le diré sin querer lo que pienso de sus caderas?». El asunto de la cerveza era una variable que podía provocar que la cagara. «¿Qué diría Fran que hiciera?», me pregunté.

—¿Se puede saber a qué esperas? Bebe —insistió.

La lata estaba fría. No se lo dije, pero tenía toda la pinta de que en esa mochila había una nevera.

—Oye, Sergio. Esto es un concierto, y en los conciertos hay que ambientarse. Así que, para dentro —volvió a insistirme.

Di un trago de tal envergadura que, cuando me fui a dar cuenta, me había bebido la lata de cerveza entera.

—Sí que está buena —le dije, sonriendo.

Moni estaba entre divertida y sorprendida.

—¡Qué animal, te la has bebido de un golpe! —exclamó.

—Es la primera vez que bebo cerveza.

—Has empezado como los campeones —me dijo ofreciéndome otra.

Todo el auditorio se quedó a oscuras, y dos focos gigantescos alumbraron el escenario formando un par de círculos en el que destacaban dos siluetas negras. Entonces, se hizo la magia. Comenzó a escucharse la guitarra traviesa de *Sleeping in My Car*.

En cuestión de segundos, la música ocupó cada milímetro del auditorio, aguijoneando a un público que enloquecía al ver a sus ídolos tocar en directo. En mi caso, ocurrió todo lo contrario: me quedé paralizado. No era un ataque de cobardía: estaba impactado por lo que veía, no podía dar crédito a lo que tenía delante. En ese momento, lo supe: mi sueño se había hecho realidad.

—¡Sergio!, ¿estás bien?, no parpadeas —me exclamó Moni, preocupada.

La agarré de uno de los hombros.

—¡Moni, Roxette en directo! —le grite.

—¡Sí! —chocó su lata de cerveza con la mía y bebió.

La segunda canción fue *The Look*. Moni bailaba de manera sutil —al menos, así lo entendí, teniendo en cuenta lo que para mí significaba bailar con sutileza—. Yo reprimía todo lo que podía mis movimientos. Me empecé a preocupar, notaba cómo la cerveza derribaba algunas de las defensas que Fran había construido. Pero me controlaba, tenía que hacerlo, pese a que *Look*

era la canción más extraordinariamente extraordinaria del mundo mundial.

Moni me miró entrecerrando los ojos. Al darme cuenta de que se fijaba en mí, me puse nervioso y volví a dar un sorbo de los míos. Vacié la lata otra vez. «Cada vez me parece más guapa», pensé.

—¡Oye, Sergio! ¡No tienes por qué beberte la cerveza al trago! —me gritó, sonriente.

Me sentí un poco mareado, pero nada del otro mundo. «Esto lo tolero bien», pensé.

—¡Te veo rígido!, ¡ponte a bailar de una vez! ¡Mira a tu alrededor, todo el mundo lo está haciendo! —me animó.

Como es de imaginar, ya que se me va conociendo, no me lo tuvo que decir dos veces. Coincidiendo con el *She's got the look* de la canción, di un salto. Me solté, dejé de reprimir mis movimientos: mis brazos volaban, mi entorno era como si mirara por la ventana de un coche que se desplazaba a doscientos kilómetros por hora. Tenía la sensación de abrir una esclusa y dejar que el agua se moviera a su antojo. Moni levantó la lata y dio un grito de celebración al verme desatado. Bailamos juntos, nos cogimos de las manos, saltamos, hasta cantamos junto a Roxette el *na na na na na na* de la canción.

El concierto marchaba a las mil maravillas. La euforia que ya de por sí tenía se unía con la que la cerveza me daba. También estaba un poco mareado, pero, con el follón del baile, ni se me notaba.

Tocaron *Spending My Time* —en inglés, gracias a Dios—, y aquí pasaron cosas: Moni me agarró con un brazo, estrechando mi lado del cuerpo contra el suyo, y nos pusimos a movernos de un lado al otro desgañitando la canción. En un primer momento me quedé como en *shock*, pero, al ver lo relajada que estaba ella, le rodeé las espaldas con mi brazo, correspondiéndole.

Allí, en el auditorio con Moni, con Roxette, con toda aquella gente saltando y disfrutando del concierto, no existían mis ataques de cobardía, mi madre era simpática y comprensiva, no faltaba dinero en casa, nadie en el barrio me llamaba «Flubber», era valiente, nunca metía la pata, mi padrastro no merodeaba por mi vida, incluso Fran seguiría con nosotros después del verano. Allí, en el auditorio, podía decir con total seguridad que era feliz.

El concierto terminó, pero la felicidad seguía transitando poderosa por mis venas.

Salimos del auditorio sin parar de hablar sobre la actuación. Moni estaba casi tan emocionada del espectáculo como yo. Esperábamos a que la gente entrara en el autobús, era el último viaje. Debido a que habían puesto ese autobús de manera específica para el concierto, realizaba un trayecto atípico: pasaría por el Barrio Rico para después dirigirse hacia el centro. Justo antes de la parada del centro de la ciudad, se encontraba la mía.

—Sergio, ¿me acompañas a casa caminando, como un buen caballero? —me preguntó.

—Pero, Moni, ¿sabes que este es el último autobús?

—Sí, ¿qué problema hay?

—Me tendría que volver solo y de noche por Las Cortijadas.

—¿Es que te da miedo? Te presto la linterna si quieres.

«No puedo cagarla ahora».

—No, claro que no me da miedo —respondí sin creer lo que decía.

—Sergio, me gustaría estar contigo en la siniestra oscuridad de la noche —me dijo poniendo voz de narrador de historias de miedo.

Se dio cuenta de que me lo estaba pensando.

—Te voy a ser sincera —continuó—. Quiero llegar tarde a casa para fastidiar a mis padres. Si me acompañas, te llevaré a un sitio con unas vistas a la playa preciosas, así nos terminamos las

cervezas que nos quedan.

«Has ligado, Flubber», me repetía una y otra vez.

Salí de la cola y nos fuimos caminando hacia su barrio.

Para llegar al Barrio Rico no era necesario atravesar Las Cortijadas. Caminamos durante unos quince minutos por el inhóspito paseo marítimo. A la altura de una rotonda, salimos del paseo marítimo para adentrarnos en su barrio. Tomamos una calle larga que se curvaba en pendiente. Llegamos a una zona poblada de grúas, *pallets* repletos de material de construcción y, como es evidente, edificios y chalets a medio construir. Las farolas no habían sido aún instaladas, por lo que la luz llegaba cansada, generando sombras que me resultaban inquietantes. Al final, Moni no decía en broma lo de la «siniestra oscuridad de la noche». Seguimos avanzando hasta que se acabó la calle, ahora nuestros pies pisaban suelo de vega. Moni tuvo que encender la linterna.

—Estamos llegando, Sergio —me dijo.

Subimos por una elevación de terreno hasta llegar a una cima donde se extendía una pequeña explanada.

—¿Qué te parece? —me preguntó señalando con ambos brazos hacia el frente.

Las vistas eran fantásticas. Desde donde nos encontrábamos, se podía divisar el paseo marítimo en su totalidad, con la luna como telón de fondo reflejándose en el negro y tranquilo mar. Si mirabas a la derecha, se podía ver la ciudad de Mardulce, con los infinitos faros de coches moviéndose como bombillas de Navidad, los edificios en ristra y, a nuestra espalda, el vacío tenebroso de Las Cortijadas.

Moni apagó la linterna.

—Así se disfrutan más las vistas —explicó.

Ahora la luna era la única bombilla que nos alumbraba en aquel sitio.

Nos sentamos y bebimos cerveza en silencio, disfrutando del paisaje.

—¿Por qué te llamaron «Grunge» las chicas que bailaban en la playa? —le pregunté.

Rebuscó en su mochila para sacar una bolsa de patatas fritas.

—Me llaman así por mis pintas, por la música que escucho…, supongo que por el rollo que llevo —sonrió—. Las muy idiotas se piensan que me molesta, pero nada más lejos de la realidad —explicó metiéndose una patata en la boca—. A ti también te llaman de una manera rara. ¿Cómo era? ¿«Flunguer»? ¿«Bunguer»?…

—Flubber —corregí de mala gana.

—Eso, Flubber. Por lo que veo en tu cara, a ti sí que te molesta. ¿Por qué te llaman así?

—Es evidente. Estoy gordo —dije palmeándome la barriga.

Moni me miró de arriba abajo.

—No les hagas caso. Es lo mejor que puedes hacer. Si ven que te da igual, dejarán de decírtelo.

—Tú no conoces a los chavales de mi barrio.

—Me he dado cuenta de que Fran y Sebas se burlan mucho de ti. ¿Por qué lo permites?

—Yo qué sé…, la mayoría de las veces es culpa mía.

Moni encogió los hombros esperando una mayor explicación.

—Soy un bocazas: cuando abro la boca suelo meter la pata y, a veces, los dejo en ridículo por el simple hecho de ir conmigo.

Moni no comentó nada al respecto, llevó la mirada al paisaje.

—El concierto ha sido grandioso —dije.

—No ha estado mal.

—¿Qué otra música te gusta? —le pregunté.

—Menos la música comercial actual, casi toda; pero tengo auténtica devoción por Nirvana.

—¿Qué tienes en contra de la música comercial?

—Son canciones vacías, sin mensaje, sin alma. Ahora todo va de ese palo. Es por culpa de la actual sociedad hipócrita y capitalista en la que vivimos. Hay que consumir, trabajar, ganar dinero, estar guapos… Si es que, desde que se murió Cobain, todo ha ido a peor —dijo melancólica.

—Pero en la actualidad hay mogollón de grupos comerciales muy buenos —le interrumpí—; por ejemplo, aquí en España tenemos a Dover…

—Dover mola. Pero, de todas formas, seguro que se acaban vendiendo al sistema.

Nos volvimos a quedar en silencio, escuchando el eco de las olas del mar.

—Moni, si piensas así, ¿por qué vendes droga?

—Muy sencillo, Sergio: intento dinamitar el sistema desde dentro. ¿No quieren consumo? Pues toma consumo. Juego a su juego, lleno el sistema de esa basura; y que conste que para mí el dinero no es lo importante.

Consideré su respuesta unos instantes y le dije:

—Moni, tu respuesta no me vale.

Se levantó y le dio una patada a una piedra que había en el suelo.

—Dices que en tu barrio se burlan de ti porque eres un bocazas.

—A ver…, es uno de los principales motivos —dije a la defensiva.

—Entonces, ¿por qué no dejas de serlo?

—Pues, porque no lo puedo evitar.

Me miró en silencio varios segundos y dijo:

—Espero que esta respuesta te valga. Por mi parte, el tema queda zanjado.

Quedaba claro que no quería seguir hablando del asunto de las drogas, con lo cual cerré la cremallera y miré al frente.

—Te debo una pasta por las entradas —le dije.

—No me tienes que dar nada —me contestó, arisca.

Tenía que resolver el malestar que le había creado. «Hablar de lo que le gusta», consideré.

—No he escuchado nada de Nirvana —le referí.

Ella me miró con cara de espanto y dijo:

—No me lo puedo creer. Eso te convierte en un inculto musical.

—Tanto como un inculto… —intenté explicar.

Moni rebuscó en su mochila, sacó un *walkman* con unos auriculares de botón, colocó un casco en mi oído y otro en el suyo. Estábamos tan cerca el uno del otro que podía oler su pelo. Me parecía una auténtica pasada estar unido a ella por el cable de los auriculares.

—Voy a ponerte *Come as You Are*; es del *MTV Unplugged*, en riguroso directo. Ahora experimentarás lo que significa la música con alma.

Asentí con la cabeza y Moni le dio al Play.

Comenzó a escucharse una pegajosa guitarra acústica; luego, la voz desgarradora, en ocasiones desafinada, de Kurt Cobain. Música y voz transportaban una pena que me golpeaba en lo más profundo del corazón.

Moni cerró los ojos. Saboreaba la canción. Se levantó de golpe. Tuve que ponerme de pie de manera inmediata al ver que el cable del auricular se tensaba. Aún con los ojos cerrados, movía su cuerpo, desde sus caderas hasta sus hombros. Estiró los brazos poniéndolos en cruz, seguía con el movimiento sinuoso.

La música, unida al baile de Moni, me tenía hipnotizado. Desparramaba belleza por todos y cada uno de los poros de su cuerpo. Su rostro, bañado por la luz de la luna, eclipsaba el paisaje

que teníamos delante. Mi corazón se aceleró, un calor me subió desde el estómago hasta el pecho, y la boca se me secó. «Sergio, creo que te acabas de enamorar», me dije.

La canción terminó. Moni paró el *walkman*, recuperó el auricular y se sentó a mi lado.

—¿Qué te ha parecido? —me preguntó.

—¿Sabes qué? Es triste, pero me ha encantado —le dije aún con el corazón palpitando con fuerza en mi pecho.

—Así es la música con alma. Así es la música de Cobain —me dijo, cabizbaja.

Me ofreció la bolsa de patatas, pero la rechacé.

—¡No fastidies, Sergio! No te obsesiones con el físico.

—Estoy a dieta.

—Pues yo no —me dijo a la vez que se metía un puñado de patatas en la boca.

Le di un empujón y ambos nos reímos.

—Sergio, quiero hablar contigo, es algo personal —me dijo justo después de tragar el amasijo de patatas.

«Hostias, Sergio», pensé.

—Soy todo oídos.

—Es un poco delicado. Espero no abrumarte con el tema. —Estaba nerviosa.

—Tú dirás.

Carraspeó y dijo:

—Me gusta mucho tu amigo Fran, y quiero que me ayudes para conseguir un encuentro con él a solas.

Sergio: esto no me cuadra

Atravesaba Las Cortijadas iluminando mis pasos con la linterna de Moni. «¿Cómo pude dejarme convencer?, ¿cómo iba Moni a interesarse por mí?». Me había traicionado a mí mismo al pensar qué tenía posibilidades, al dejarme llevar por la ilusión. «¿En qué se basó Fran para pensar que había ligado?». Pero lo mejor de todo era la propuesta que me había hecho ella. «Quiere que le ayude a quedarse a solas con Fran».

Escuché ruido cerca. Me di cuenta de que no había sentido miedo al caminar, en solitario y de noche, por Las Cortijadas. Pero ahora, al escuchar el ruido, el miedo apareció como un yunque. No obstante, consideré que era un avance. Hacía un mes, no habría sido capaz ni de dar cuatro pasos en esa situación.

Me quedé quieto, apagué la linterna, no quería desvelar mi posición. Avancé con cuidado al borde del camino desde donde se había originado el ruido. Metí las manos entre dos juncos y los abrí como una cortina. Me asomé, pero no se veía nada, la oscuridad era total.

Se escucharon pasos, el sonido de cerrar una puerta de coche me asustó. Los faros se encendieron. Vi una caseta de madera en muy mal estado. La puerta del conductor se abrió. «¿Qué hace este aquí?», me pregunté escandalizado. Era Carlos, que, ayudado con las luces del coche, retiraba el candado que atrancaba la puerta de la caseta para metérselo en el bolsillo del pantalón. Volvió al coche, arrancó, echó marcha atrás y se fue.

Las preguntas me torpedeaban: «¿Qué se trae este entre manos?, ¿qué hace aquí a estas horas?, ¿no tendría que estar llorando a su madre?, ¿qué hay en esa caseta medio derruida?». De todas las preguntas, la última podía contestarla. Tomé aire, lo retuve unos segundos, lo solté. Encendí la linterna y me encaminé hacia la caseta.

Entré. Al llevarse Carlos el candado, había dejado la puerta abierta. Había un olor nauseabundo. Iluminé mi alrededor con la linterna: un colchón mugriento en el suelo, una silla tirada junto a la pared y otra en el centro de la habitación, varios túperes y botellas de agua vacíos tirados por el suelo. Debido a que me estaban dando ganas de potar por el olor asqueroso y a que allí no había nada más, decidí marcharme.

Mientras caminaba de vuelta a casa, mi mente no paraba de pensar en lo mismo: «Esto no me cuadra».

Carlos: mi nuevo tratamiento

Una amalgama de olores a bebidas me abofeteó al entrar. En tres de las paredes se apilaban, de mala manera, cajas con botellas vacías y a desprecintar de refrescos, cervezas y bebidas espirituosas. Del techo pendía una bombilla encendida con luz cálida. Pero poca calidez podía dar aquella insignificante bombilla en una habitación donde la tensión era la sensación predominante. Las paredes vibraban por la música. Me encontraba en el almacén del Club Miami.

En la única pared en que no había cajas apiladas, se sentaba mi nuevo farmacéutico. Por el cuello de su camisa se asomaban los colmillos de la pantera que llevaba tatuada. Me recibió al más puro estilo guardia civil: dándome el alto con la mano. En los cinco minutos que llevaba esperando, lo había visto fumarse unos seis cigarros, y ahora iba a por el séptimo. Alargó el brazo para recoger de la mesa de terraza, con publicidad de Cruzcampo, en la que se apoyaba, un paquete de Camel del que extrajo otro cigarro.

—¿Por qué cojones no viene Gitano con la información? —le preguntó a un hombre que más que hombre parecía un armario empotrado.

—Jero, está esperando donde nos dijeron —respondió con voz ronca y en un estado de calma similar al de su jefe.

—Necesito comprarme un teléfono móvil —refirió Jero.

—Puedo venir luego si ahora es mal momento —dije con la sensación de partir una tarta de lava incandescente con un cuchillo de plástico.

—¡No! —gritó Jero—. Eres un cliente, y en este negocio el cliente es lo más importante. Te atenderemos en condiciones —declaró, firme.

Un halo de humo, procedente del tabaco, rodeaba a Jero. Daba caladas cortas y continuas. Tiró el cigarro a medio terminar. El armario empotrado se apresuró a darle un pisotón, ya que aún estaba candente y había cartones esparcidos por todo el suelo. Jero ignoraba todo lo que pasaba en torno suyo, estaba absorto. Se encendió otro cigarro sin apartar la vista de la puerta del almacén.

—Camilo, dame su mierda —le dijo al armario empotrado sin mirarle. Este se dirigió a la pared de su derecha, levantó una caja de botellas y sacó una bolsa negra. Se la entregó a su jefe.

—¿Traes el dinero? —me preguntó. Arrojó la bolsa sobre el cuerpo del gordo sonriente que levantaba la jarra de cerveza.

Asentí con la cabeza y saqué un sobre doblado que llevaba en el bolsillo trasero del pantalón. Se lo enseñé. La puerta del almacén se abrió y apareció un joven que se dirigió veloz hacia Jero.

—Jefe… —exclamó—, ya lo tengo: lugar, día y hora —dijo, jadeando.

—¡Suéltalo de una vez, Gitano! ¿A qué coño estás esperando? —exigió Jero.

El joven me miró de soslayo para decir con un hilo de voz:

—Jero, es una información delicada…

—¡Me cago en la puta! ¡Me va a dar un infarto! —continuó Jero—. A ver, ¿cómo te llamabas? —me preguntó.

—Carlos —respondí.

—Carlos. ¡Vete a la calle un momento! —me ordenó Jero.

Salí sin mediar palabra. El almacén se encontraba justo a la espalda del Club Miami. Miré en rededor. No vi a nadie. Pegué la oreja en la puerta del almacén. Fue entonces cuando me enteré: lugar, día y hora. Despegué mi cara de la fría superficie metálica. Un minuto después, el joven la abrió y me dijo:

—Ya puedes pasar.

Al entrar al almacén, Jero parecía otro: seguía sentado, pero en postura relajada. Sonería y daba al cigarro caladas largas y meditadas.

—Carlos, tengo que pedirte disculpas. Soy un hombre de negocios —abrió ambos brazos—, y a veces los negocios lo dominan a uno por completo —me explicó.

—No te preocupes, Jero. Lo entiendo —le dije.

—Perfecto. Vamos a terminar con nuestra transacción —me dijo. Reclinó su cuerpo apoyándose con los codos en la mesa.

La bolsa seguía estando en el mismo sitio en el que Jero la había dejado. Lancé el sobre, tapando el barril de cerveza en el que se apoyaba el gordo. Jero le hizo un gesto con la cabeza a Gitano; el joven se apresuró a recoger el sobre de la mesa y a contar el dinero.

—Está correcto, Jero —afirmó el joven.

—Carlos, puedes trincar tu mierda —dijo.

La mierda a la que se refería Jero no era otra cosa que mis nuevas pastillas. Haciendo números, llegué a la conclusión de que me salía más económico comprarle droga a Jero que las sesiones de mi psiquiatra.

—Me ha dicho Gitano que nuestros hijastros son amigos. El tuyo es el seboso, ¿no? —continuó —. A ver si estos niños espabilan, están amariconados.

No le contesté, me limité a recoger la bolsa.

—Estoy contento —continuó—. Tengo grandes esperanzas puestas en los negocios futuros —miró al armario empotrado y al joven—. Os invito a una copa en mi club —dijo.

—Jero, te lo agradezco —consideré muy bien cómo plantearle mi respuesta—. No quiero que te ofendas, pero el Club Miami no es el tipo de sitios que suela frecuentar —expliqué.

Jero levantó ambas cejas.

—¿Me estás diciendo que nunca has estado en un *puti*?

Me encogí de hombros.

—Carlos, ahora no vas a tener más remedio que venirte con nosotros al club —me dijo mientras me agarraba del brazo.

Durante el trayecto, no paró de hablarme de lo mucho que lo respetaban como hombre de negocios.

Carlos: el Club Miami

La imagen que tenía de las entrañas de un puticlub: luces rojas, mujeres medio desnudas y música de Barry White, distaba mucho del interior del Club Miami. Desde mi punto de vista, más que un prostíbulo, aquello parecía una discoteca. No era un local grande: de unos cien metros cuadrados. Estaba oscuro, pero no una oscuridad total, tenía una tenue iluminación amplificada violentamente por los fogonazos de las luces estroboscópicas que danzaban al ritmo de la música. Lo primero que me llamó la atención fue la música de sintetizador, con el *chumba-chumba* retumbando, que decía: «… y suelto mi pelo, pinto mi cara, me pierdo en la noche, me quemo en la playa».

Al poco que seguí fijándome, ya sí que empecé a ver signos evidentes del sitio en el que me encontraba. Había el doble de mujeres que de hombres, y, pese a la música, ahí no bailaba nadie. La mayoría se arremolinaba en la barra. En el fondo, una pequeña escalera de caracol por la que subían a buen ritmo parejas.

—¿Qué te parece? —me preguntó Jero. Tuvo que levantar la voz para hacerse escuchar por el volumen de la música. A sus lados se situaban Armario Empotrado y el tal Gitano.

—Muy ambientado —contesté.

Jero se rio y miró tanto a Armario Empotrado como al joven.

—Muy ambientado, dice. Pues ahora vas a ambientarte más —me dijo poniéndome la mano sobre el hombro.

Me guio hasta la barra. Al llegar, como hizo el mar Rojo frente a Moisés, varias chicas que hablaban despreocupadas se despegaron para hacernos sitio. Jero, con la cara desencajada, se dirigió hacia ellas y les dijo:

—¿Qué cojones hacéis de cháchara entre vosotras? ¡Id a que os soben! —ordenó. Las chicas dejaron sus copas en la barra y se marcharon—. Tres *whiskies* DYC con Coca-Cola —le gritó Jero al camarero—. ¿Qué quieres? —me preguntó.

—Una Fanta.

—Una Fanta, dice —les comentó riéndose a Armario Empotrado y al joven. Luego me dijo—: Te vas a meter la mierda que me acabas de comprar, pero pides una Fanta. ¡Que sean cuatro DYC! —ordenó al camarero.

El camarero nos sirvió con pulcritud. Jero levantó su copa, y el joven y Armario Empotrado lo imitaron. Yo sostuve el frío tubo de cristal entre mi mano. Viendo que Jero me miraba impaciente, alcé la copa también.

—¡Por los buenos negocios que nos traerá el futuro inmediato! —exclamó Jero.

Las copas chocaron, me quedé observando cómo bebían.

—Después de brindar hay que beber, Carlos —me reprendió Jero.

—Claro —respondí. Le di un buen sorbo a la copa—. Muy rica —dije.

Los tres se rieron a carcajadas mientras me observaban.

—Eres una joya —me dijo Jero dándome una fuerte palmada en la espalda—. Hoy me siento generoso, quiero que le des una alegría al *pajarillo*. —Se giró hacia el joven—: Gitano, dile a Amanda que venga. —Gitano liquidó en un par de tragos la copa y se fue—. Carlos, hoy será un gran día para ti —me dijo, sonriente.

Apareció Gitano con una chica.

—Carlos, te presento al último fichaje del Miami —le tomó de los dedos índice y corazón con delicadeza, se separó de ella a la vez que levantaba su brazo—: la bella Amanda. Es la más joven del equipo —aseveró.

«Decir "joven" es quedarse muy corto», pensé.

—Pero, Carlos, tiene dieciocho años, así que tranquilo —indicó.

Tenía el pelo corto, a la altura de los hombros, y liso. Era menuda, no muy alta, ojos color Coca-Cola y la nariz redondeada. Su piel estaba ligeramente tostada, pero no tan oscura como la de Gitano. Vestía un top negro y ajustado que resaltaba sus pechos, los cuales, sin ser pequeños, calculé que me cabían perfectamente en la mano. Llevaba una falda de volantes negra muy corta. Se acercó para darme dos besos. Me besó lento, apretando bien los labios contra mi cara. Al despegarlos sentí cómo dejaba impregnada mi mejilla de pintalabios. Olía a una mezcla de fresa y cereza. Su cuerpo desparramaba sexualidad por doquier.

—¡Ya os conocéis! Así que os invito a otra copa y a pasarlo bien —dijo Jero. Le guiñó un ojo a Amanda, y esta lo miró cómplice. Jero se marchó junto a sus dos acompañantes. Amanda me agarró de la cintura con garbo, se pidió una Pepsi Light y me preguntó:

—¿Eres amigo de Jero? —Se relamió un poco de refresco que le había quedado en el labio superior.

—Bueno, tanto como amigo…, vivimos en el mismo barrio.

—¿Tienes un cigarro?

—Lo siento, no llevo tabaco encima.

—Bueno, no pasa nada. —Sonrió. Se acercó. Me llegó con mayor intensidad su olor.

—Eres muy joven. ¿Seguro que tienes dieciocho años? —pregunté.

—Recién cumplidos. ¿Quieres que te enseñe el DNI? —me dijo evidenciando con su expresión lo inoportuno de mi comentario.

—No, tranquila, no hace falta.

—¿Es que no te gusto? —Dio un paso atrás y se pasó las manos por el contorno de sus pechos y fue bajando por el resto de la silueta hasta las caderas. Tuve que darle un buen trago a la copa, se me secó la garganta.

—Hueles muy bien —le dije.

Se volvió a acercar y ladeó la cabeza, juguetona. La música cambió, a Amanda se le iluminó la cara y exclamó:

—¡Me encanta esta canción! ¡Es *Beautiful Live*, de Ace of Base!

Se dirigió al centro del local y, en solitario, bailó. Dio vueltas sobre sí misma. Los volantes de la falda ondeaban mostrando la tersa piel de sus muslos hasta casi la línea donde empezaba la ropa interior. Llevaba años sin experimentar tal nivel de excitación.

Se me acercó contoneando de forma sensual su cuerpo. Dio un pequeño salto y se me abalanzo. Apretujó sus senos sobre mi pecho, estaban duros. Al bajar la mirada observé como sus tetas querían salir del estrecho lugar en el que se encontraban.

—Baila conmigo —me pidió como un niño pide chocolate por segunda vez.

—No sé bailar.

—Bueno, no pasa nada. No bailamos. Pero lo que sí importa es que sepas mover las caderas mientras cabalgo sobre ti.

Me agarró de la mano y tiró de ella para que la siguiera. Subió la escalera de caracol; yo, desde atrás, veía el perfil curvo de su culo de melocotón que dejaba entrever la falda. Por cada escalón subido, su cintura se mecía acompañando el vaivén de los volantes.

Una vez arriba, un estrecho y largo pasillo se abrió ante nosotros. A los lados había puertas con un número grabado encima. Amanda me soltó de la mano y caminó unos metros. Giró el pomo de una de las puertas con decisión, la atravesó dejándola abierta.

Dentro, en la habitación, olía a desinfectante. Nos quedamos mirando en silencio. Ella esbozaba una sonrisa inocente. Me aproximé con arrojo para besarla. Me frenó en seco extendiendo ambos brazos. Pese a la negativa, no desdibujó la sonrisa de su cara. Me acarició de abajo arriba la entrepierna con la palma de la mano.

—No se permiten besos en la cara. De todas formas, por lo que noto en mi mano, no te hacen falta preliminares. —Era cierto, sentía que mis calzoncillos iban a explotar—. Pero sí está permitido besar en otros lugares —dijo.

Me desabrochó el pantalón y de un tirón me lo bajó hasta las rodillas. «Debo estar ridículo», pensé. Amanda se arrodilló y se puso a besuquearme el duro bulto que tensionaba el algodón. Abrió la boca y mordió con suavidad el falo, la bajó y la subió varias veces. Al despegarla, el algodón se quedó impregnado de su saliva.

—¿Ahora qué? —pregunté.

Ella se levantó y me dijo:

—Ahora, lo que tú quieras hacer conmigo.

Amanda, de pie y con los brazos caídos, parecía frágil.

Me quité completamente el pantalón y la levanté a horcajadas. Mis manos se escurrieron por debajo de sus bragas apretando ambas nalgas, eran duras y suaves. La llevé a la cama y la tumbé. Deslicé mis manos por la parte trasera de sus muslos llevándome con ellas sus bragas.

—Quítame la falda —me pidió.

—No —negué autoritario—. Quiero que te la dejes puesta.

Metí la cabeza en el estrecho espacio que tapaba la falda. Mordisqueé la parte alta del interior del muslo. Fui subiendo hasta la ingle, pero sin llegar a tocarla. «Si ella no me besa, yo tampoco voy a darle placer oral», pensé.

Arqueó la espalda para quitarse el top. No llevaba sujetador. Sus tetas eran como dos flanes recién servidos en el plato de postre. Los lamí, sin prisa, sintiendo su textura. La miré de reojo, tenía la boca entreabierta, había lujuria en el leve sonido que emitía al espirar.

Me quité la ropa interior. Mi miembro se liberó mostrando la fuerza de la erección.

Ella alargó el brazo hasta la mesilla de noche, abrió el cajón y sacó un preservativo.

—Póntelo —me pidió.

Obedecí. Me tumbé sobre Amanda entre sus piernas. Ella las abrió más para facilitarme el paso. Tanteé con el pene antes de entrar. Había lubricación. Soltó un pequeño gemido. La embestí sin contemplaciones. Sentí su calor palpitante rodear mi miembro. Levantó la pelvis, separando su culo de la cama. Mientras yo le arremetía sacudidas una tras otra, ella se retorcía. No aguantó más y acompañó la eyaculación con un grito. Yo terminé unos segundos después.

Después de lavarnos, en un pequeño baño que había embebido en la habitación, y entretanto terminábamos de vestirnos, ella me dijo:

—Ha estado bien.

—Gracias, Amanda.

—Pero tenías que habérmelo pedido cuando tuviste ocasión.

No sabía a qué se refería. La miré esperando una explicación.

—Abre el cajón donde saqué el condón —me indicó señalando la mesilla de noche.

Dentro, entre una maraña de preservativos, lubricantes y juguetes sexuales, había un DNI.

—Si sacas el DNI que hay dentro, comprobarás que tengo dieciséis años.

—¿Me has mentido con la edad? —pregunté.

—Eso no es lo importante. Lo relevante es que acabas de acostarte con una niña de dieciséis años. Eso significa que, si te denuncio, te arruino la vida. Puedo asegurarte que no me apetece joderte la vida, pero eso depende solamente de ti.

Me quedé congelado, con el DNI en la mano, sin siquiera comprobar la edad de Amanda en el documento de identidad.

—Vamos a resolverlo fácil —continuó—. No te denuncio si me das setenta mil pelas.

Empecé a experimentar las mismas emociones que me provocaban mi madre y mi hermano. Sentí la sangre latir en mi cabeza. Las imágenes se me amontonaban: recuerdos que me empequeñecían, que me hacían sentir ridículo. Necesitaba escapar de aquello, no quería volver a ese lugar. Le había dado de comer a mi mente lo que necesitaba para luchar contra ese cáncer que habitaba en mi interior.

—¿Sabes que esto es extorsión? —le pregunté. Noté que mi voz era más áspera que antes.

Amanda se sentó en la cama, sacó el pintalabios y, sin atisbo de preocupación, se repasó la boca.

—Mira, tío. No me cuentes historias. O me pagas o voy ahora mismo a la policía —declaró, molesta.

Sin pensarlo, me precipité hacia ella y la agarré del cuello con las manos. Tiré hacia arriba obligándola a levantarse.

—Como sigas amenazándome, voy a tumbarte en la cama para joderte otra vez. Pero en esta ocasión el único que gozará seré yo. No te puedes hacer ni la más mínima idea de lo que soy capaz de hacerte. A los diez minutos, vas a suplicarme que te mate.

Amanda no gesticulaba, el terror era visible en sus ojos. En vez de palabras, de su boca salió un sonido ronco inteligible. La solté del cuello, lo tenía rojo de la presión. Respiró angustiada.

—Estás tarado —me dijo con un hilo de voz.

Salió a toda velocidad de la habitación. La seguí. Al bajar la escalera, fue directo hacia Jero. Pese a la música, pude entender lo que le dijo:

—¡Jero, el tío este está loco! ¡La última vez que hago la trampa de la menor de edad!

Me aproximé a ellos. Amanda se pegó a Jero, la asustaba mi presencia.

—¿Qué es lo que ha pasado, Carlos? —me preguntó Jero.

Lo señalé con el dedo índice.

—No juegues conmigo, Jero —dije solemne y me fui del puticlub.

Sergio: ahora me cuadra

—Socio, ¿le metiste la lengua o no? —preguntó Sebas. Hacía patadillas con el Questra de Fran.

—¡Que no! —le contesté.

—¿Entonces?… —Atrapó el balón entre las manos.

—Entonces, nada. Vimos el concierto y luego nos fuimos a hablar a un sitio que ella conocía, con unas vistas preciosas.

—¿Que os fuisteis a hablar a un sitio con vistas? —preguntó Sebas.

Fran, sentado en el tranco a mi lado, me miró de reojo.

—Sí, a hablar.

—¿Estabais solos? —preguntó Sebas.

—Sí.

— ¿Y te llevó ella? —preguntó.

Asentí.

—Flubber, esa quería que le metieras la lengua hasta la garganta. Si es que no puedes ser más tonto…

—Te equivocas, Sebas —le interrumpí—. A los dos nos gusta la música, conversamos sobre nuestros grupos favoritos.

—Lo dicho, Flubber —dijo Sebas—. No puedes ser más tonto.

Apareció Gitano con sus dos esbirros: Pancho y Chino.

Sebas se apresuró a saludarlos:

—¡Socios!

—Eeeh —respondió con desgana Gitano.

Se acercaron.

—Sebas —dijo Gitano—, Jero dice que te vengas con nosotros. Tenemos que hacer un trabajillo y quiere que nos ayudes. —No se quitó el cigarro de la boca para hablar.

A Sebas le cambió de manera radical la expresión de la cara.

—No vayas, tío —aconsejó Fran sin levantarse del tranco.

Gitano le echó unos ojos fulminantes a Fran. Sebas titubeó unos instantes y finalmente contestó:

—Dile a Jero que no puedo. Vamos a ir a sisar a unos en un rato.

—¿Vais a sisar al sitio ese misterioso del que hablan todos los del barrio? —preguntó Gitano.

Sebas me lanzó una mirada que en idioma mirada de Sebas significaba: «Si es que eres un bocazas. ¿No podías haberte callado delante de Javi y el Paellas?».

—No sé a qué te refieres, Gitano —dijo Sebas, esquivo.

—Ya, seguro… No tengo tiempo para vuestras gilipolleces. ¿Te vienes o no?

—No voy —negó, cabizbajo.

Ya se disponían a irse cuando Gitano dijo:

—Oye, el gordo, ¿cómo era?… ¿Plumber? —Por el contexto entendí que era a mí a quien se refería.

—Has dicho «fontanero» en inglés —le aclaré.

—¡Lo que sea! Por lo que he visto, a tu padre le va el tema —me dijo con una sonrisa canalla.

—¿Qué tema? —pregunté.

Cuchicheó con sus esbirros.

—Plumber —me dijo Gitano—, no quiero ser yo el que te diga lo que hace o deja de hacer tu padre, pero creo que deberías saber que tu padre y el Club Miami se conocen muy bien —Gitano y sus esbirros se descojonaron de la risa—. Venga, vámonos, no quiero perder más el tiempo con estos *pringaos*.

—Sebas, has hecho bien —le dijo Fran una vez que se aseguró de que Gitano se encontraba a una distancia en la que era imposible oírnos.

—Tú qué sabrás lo que he hecho bien o no —le contestó, evasivo—. Flubber, ¿Carlos es putero? —me preguntó Sebas como la puerta que tira del hilo amarrado al diente de leche.

Yo asimilaba el leñazo de información que acababa de recibir.

—Flubber, oye —me llamó Fran tirándome del brazo.

—Lo mismo se ha vuelto a quedar tieso —consideró Sebas.

—Estoy bien. —Me puse en pie de golpe—. Solo estaba masticando lo que ha dicho Gitano —continué—. Tengo que irme, luego nos vemos.

De camino a casa, ordenaba las piezas en mi cabeza: «Entonces, Carlos, la mosquita muerta, tal y como yo sospechaba, de mosquita muerta tiene más bien poco. Si Carlos se va de pilinguis, esto me hace pensar que lleva una segunda vida en la que se acuesta con otras mujeres. Por eso lo vi la noche del concierto saliendo de esa caseta de madera en Las Cortijadas: ese era su picadero. Ahora me cuadra».

Carlos: el agujero de la puerta

Entré en casa y me extrañé al ver a Lola sentada en el sillón, fumando y hojeando el Pronto.

—¿Tú no tienes aeróbic a esta hora? —le pregunté.

—Ya no. Déjame tranquila y no me preguntes más sobre el tema —respondió sin dejar de mirar la revista.

Tenía los ojos encendidos, acababa de llorar.

Fui a la cocina, dejé en la nevera lo poco que había podido comprar y le pregunté:

—¿Va todo bien, Lola?

No me contestó, pasó una hoja y le dio una calada al cigarro. Me senté a su lado y probé a iniciar una conversación.

—¿Me das uno? —pregunté.

—En la mesita del café.

Me encendí un cigarro, le di una calada y despedí el humo hacia ella. Lola, al encontrarse rodeada de humo de tabaco, levantó la cabeza y dijo:

—¿Qué haces? No me eches el humo encima.

Sonreí.

—¿Es que te has vuelto aún más subnormal? —preguntó.

Mantuve la sonrisa.

—Me resulta extraño verte en casa a estas horas. —Di otra calada, pero esta vez proyecté el humo hacia un lado.

Lola, disgustada, cerró la revista y me dijo:

—¿Sabes qué, Carlos? A mí también que me resulta extraño, y a la vez insoportable, verte por casa. A estas horas, todos los maridos de Mardulce trabajan para que sus familias no pasen fatigas a final de mes. Pero tú, en vez de trabajar, estás en casa, echándome tus asquerosas bocanadas de humo encima.

Le di otra calada al cigarro y volví a proyectar el humo hacia ella. Se quedó quieta, supongo que intentando comprender mi inaudito comportamiento. Cuando vertí el último microgramo de humo en su cara, le pregunté, sin desdibujar la sonrisa:

—Por el bajonazo que tienes, intuyo que tu querido monitor de aeróbic te ha mandado a paseo. ¿No es así, Lola?

La expresión de incredulidad tornó a la velocidad del rayo en furia. Levantó su mano y me la lanzó, la frené agarrándola del antebrazo. La mano se quedó firme, con la orden de abofetear pendiente.

—Eres un desgraciado. —Se levantó, se dirigió al baño y arreó un puñetazo a la puerta, que dio varios bandazos.

Cerré los ojos. Mi nueva energía fluía como una crema cálida que se extendía sola por mi espalda. Fui hasta donde ella estaba y arremetí un puñetazo en el mismo sitio que Lola. Mi brazo resquebrajó la vieja madera de la puerta dejando un agujero a la vista.

—Yo también sé dar puñetazos —le dije.

Me miró ojiplática. Un mechón de pelo rizado le caía lánguido sobre el lado derecho de su cara. Lola estaba como hipnotizada.

Nos miramos en silencio. La tomé de la cintura y la guie al dormitorio. Aquella tarde, Lola y yo follamos como dioses.

Sergio: promesa incumplida

Éramos tres niños de trece años en una ciudad como Mardulce —que no dejaba de ser un pueblo con playa venido arriba—, y las tardes de agosto se nos hacían interminables. Hacía un calor sofocante, y el barrio a la hora de merendar parecía dormitar esperando a que el sol diera indicaciones claras de que se iba a poner.

Nos aburríamos sentados en el tranco de la acera. Fran llevaba raro desde el día en el que Moni se había ofrecido a acompañarme al concierto. Al principio, pensé que era porque se iba del barrio en un mes, pero, conforme pasaron los días y, sobre todo, después de la petición por parte de Moni, empecé a considerar la posibilidad de que Fran se sintiera celoso por mi acercamiento a ella. «Lo mismo a Fran también le mola Moni», me planteé.

—Voy a por un Kelia —dijo Sebas levantándose.

—Píllame uno —le pedí.

—¿Llevas dinero? —me preguntó Sebas.

Negué con la cabeza.

—Pues solo llevo dos duros, te quedas sin polo. —Se fue en dirección a la tienda de golosinas de Beatriz.

—Oye, Fran —le dije.

—¿Qué? —preguntó seco con la cabeza gacha, supongo que sus ojos claros no toleraban bien la fuerte luz del sol.

—Llevamos más de una semana sin que me des clases.

Se tomó unos segundos para contestarme.

—Ya te he enseñado todo lo que sé. Si sigues siendo un *cagao* y un memo, no puedo hacer nada más por ti.

—Fran, no digas eso. Sabes que me esfuerzo y estoy consiguiendo avances: he adelgazado un poco —me toqué la barriga—, llevo mazo de tiempo sin que me dé el ataque de cobardía, soy capaz de correr durante más tiempo y más rápido; hasta el día del concierto, que tuve que volverme solo y de noche por Las Cortijadas, lo hice sin pasar miedo.

Mis sospechas se confirmaron cuando, al escucharme hablar sobre el concierto, me miró de reojo con desagrado. «Este está celoso», me dije.

Volvió Sebas chupando un polo Kelia de fresa.

—¿De qué habláis? —Se sentó al lado de Fran.

—Este —dijo Fran refiriéndose a mí con desprecio— se siente muy orgulloso porque volvió solo por Las Cortijadas la noche del concierto.

—Bueno…, teniendo en cuenta el nivel de Flubber, es un logro —dijo Sebas—. Pero Las Cortijadas es el sitio de Mardulce al que menos miedo se le tiene que tener: solo hay cortijos abandonados, juncos, tierra, hierbajos y basura; sobre todo, basura.

—Hablas de Las Cortijadas como si no fuera un lugar interesante y lleno de sorpresas —intervine.

—En Las Cortijadas no hay nada interesante ni existen sorpresas —me rebatió Sebas.

—Error —corregí—. En Las Cortijadas existen escondites donde hay tesoros, y cabañas de madera donde pasan cosas, cosas pornográficas.

—Tío, ya estás con tus películas —dijo Fran.

—¿Sabes qué? No es una película que me haya montado, lo he visto con estos ojitos —dije señalándomelos.

Fran y Sebas me miraban curiosos.

—¿Qué escondites existen en Las Cortijadas? —me preguntó Sebas.

—Moni esconde en un hoyo, tapado por una piedra —expliqué emocionado—, una cartera de Fido Dido a punto de explotar por la cantidad de dinero que guarda; en el agujero también esconde otra cosa que ahora no viene a cuento. Pero que sepáis que ese agujero está oculto en Las Cortijadas.

No sé si es por el afán de protagonismo, por ser el centro de atención o porque soy un bocazas, pero es que, cuando me preguntan algo que sé que solo sé yo, no pienso, directamente respondo con un gozo en el cuerpo que se me sale.

—¿Dónde está ese agujero? —me preguntó Sebas, deseoso.

—¡Mierda! Le prometí que guardaría el secreto. —Me eché las manos a la cabeza.

—Flubber, ya nos lo estás soltando —exigió Sebas.

—No me acuerdo —negué, cortante.

—¿Cómo que no te acuerdas? —preguntó Sebas.

—No sé llegar, era de noche.

—Socio, no me lo creo —me dijo Sebas.

—Es verdad —contesté.

—Como no me lo digas…

—Déjalo, Sebas —interrumpió Fran.

—¿Que lo deje? ¿Me estás diciendo que no se lo saque?

—¿Piensas robarle a Moni? Acuérdate de que le hicimos una promesa —le recordó Fran.

—Nos está mintiendo —Sebas insistía obviando la pregunta de Fran. Se levantó y me preguntó:

—Flubber, ¿nos estás diciendo la verdad? —quería saber Sebas.

Los nervios me comían, no sabía dónde meterme.

—Te digo que no sé llegar al agujero ese —respondí con una brizna de voz.

—¡Déjalo ya, tío! —exclamó Fran.

—No te lo crees ni tú, Flubber.

—Por favor, le di mi palabra a Moni de que guardaría su secreto. Os pido que no digáis nada —supliqué.

—Lo que nos pides es que nosotros hagamos lo que tú no has sido capaz de cumplir —continuó Fran—. Por nuestra parte, no te preocupes. Nosotros sí que sabemos mantener la boca cerrada. ¿Verdad, Sebas?

Sebas tenía los labios blancos por la presión.

—¿Verdad, Sebas? —repitió Fran.

—¡Que sí, joder, que no le digo nada a la pija! —exclamó al final.

Sebas se volvió a sentar.

Después de meter la pata de aquella manera, me di cuenta de que aún necesitaba que Fran me diera clases: pese a mis avances, seguía siendo, tal y como decía Fran, un memo.

—Vamos al Barrio Rico —dijo Fran.

—¿Ahora? ¿Para qué? —preguntó Sebas.

—Sí, ahora y porque me apetece —respondió Fran. Parecía más enfadado que antes.

Al levantarme, pensé: «Ya que no he sido capaz de cumplir la promesa de guardar el secreto, y aprovechando que vamos al Barrio Rico, intentaré que Fran y Moni tengan su encuentro en

solitario, tal y como me pidió ella».

Sergio: que estén a solas

En el parque del Barrio Rico no había nadie. Dimos varias vueltas pisando el inmaculado césped que cubría el suelo. Yo no apartaba la vista de la ventana de la casa de Moni, esperaba a que se percatara de nuestra presencia, incluso subí la voz más de la cuenta en varias ocasiones —algo poco común en mí—. Al final vi desplazar la cortina, y desde la distancia adiviné que era ella. El caso es que en quince minutos estábamos todos hablando en el parque, incluyendo a Borja, Lucas y Mateo.

Como ahora disponía de información suficiente, detecté cosas que antes no había percibido: las miraditas de Moni a Fran, las excusas para acercarse a él, las sonrisitas tontas con las que le contestaba, pero, sobre todo, el repentino cambio de humor de Fran: no quedaba nada del Fran enfadado de antes.

Mateo dijo que tenía hambre y que iba a su casa a por algo para merendar. Fue entonces cuando el plan de Moni comenzó: la vi darle un pequeño codazo a Borja en el costado, este asintió y nos dijo a todos:

—*Shi queréish merendamosh* en mi *casha*. *Mish padresh* no *eshtán*.

—Tus padres nunca están —añadió Lucas.

Nadie se opuso a comer gratis. Mientras nos dirigíamos a su casa, Moni me enganchó del brazo, me retrasó para que nos quedáramos a la cola y me susurró:

—Ahora, en casa de Borja, te llevas a Sebas con el resto. La idea es que Fran se quede solo.

Asentí.

Borja vivía en un casoplón situado en la parte del barrio donde las calles se adaptaban a las viviendas, y no al revés. En la inmensa terraza tenía piscina, barbacoa, incluso una casa construida en un árbol. Dentro, la cosa no aflojaba: de un alto techo pendían lámparas que eran de esas de anticuario, los muebles iban en sintonía con las lámparas. Pero, pese a la antigüedad que respiraba aquella casa, el toque moderno lo daba una televisión gigante que destacaba en el salón.

—*Sheguidme*, quiero *ensheñaros* mi habitación —nos dijo Borja.

Su cuarto tenía todo lo que yo podía soñar: una librería que ocupaba una de las paredes entera, a tope de libros, cómics y revistas; una estantería donde se presentaba como en un museo una colección bestial de coches Hot Wheel; un equipo de música con una cantidad incontable de CD colocados en un mueble que estaba justo al lado; hasta tenía una televisión para él solo, junto —cómo no— con un video VHS.

—Vaya tela —le dije, fascinado.

Borja me sonrió, se quitó la gorra de los Chicago Bulls, se apartó un mechón pelirrojo de la frente y me dijo:

—Flubber, aún no te he *ensheñado* lo mejor.

Borja avanzó hasta un armario esquinero, Lucas y Mateo me acompañaron tras él.

Poco me faltó para echar espumarajos por la boca al ver lo que había en el interior del armario. Tenía, en perfecto orden, colocadas en diferentes estantes, las siguientes videoconsolas: Nintendo, Master System, Super Nintendo, Mega Drive, Sega Saturn, PlayStation y Nintendo 64.

Abrió la otra puerta del armario esquinero para mostrarnos los estantes a reventar de videojuegos de las consolas citadas.

—Ahora el problema que tengo *esh* de *eshpacio*: no *shé* dónde meter *losh juegosh nuevosh*.

—Borja es el que mejores colecciones tiene —comentó Lucas.

—¿Sabes qué? Vives en el paraíso —le dije.

—Mis *padresh* me compran todo lo que *lesh* pido. Como *shiempre eshtán* de viaje por trabajo, *pasho* mucho tiempo *sholo* en *casha* y quieren que me mantenga entretenido.

Me di la vuelta y vi a Fran junto a Sebas mirando embobados la colección de Hot Wheel. Moni me clavaba sus ojos con el ceño fruncido. Estaba tan inmerso con la habitación que me había olvidado por completo del propósito de todo aquello.

—Borja —le dije como despertando de un sueño—, ¿me enseñas la librería?

Antes de colocarnos frente a la librería, le dije a Sebas:

—Sebas, vente a ver una cosa.

Sebas encogió los hombros con desgana y, como el que no tiene nada mejor que hacer, se acercó.

—¡Tienes *Bullets and Bracelets*! Aquí sale por primera vez Thanoseid, el supervillano más poderoso y perfecto que existe —dije, emocionado con el cómic en mi mano.

—*Veish* —le dijo Borja a Lucas y Mateo—, no *shoy* el único que *piensha* en *Thanosheid* como el villano perfecto.

Entramos los cuatro en una calurosa discusión sobre el villano perfecto mientras Sebas nos miraba con ganas de darnos morrillazos a mano abierta. Con el rabillo del ojo pude ver como Moni le susurraba al oído a Fran. Ambos abandonaron la habitación. Sebas, al darse cuenta de que se habían marchado, nos preguntó.

—¿Dónde van estos dos?

Consideré unos segundos qué decirle a Sebas. Borja y los equivocados Lucas y Mateo seguían erre que erre sobre el tema.

—¡Socios, como no os calléis, os callo yo! —exclamó Sebas.

La habitación se quedó en silencio, como si se apagara una radio al máximo de volumen dando un tirón del enchufe.

—Perdónanos, Sebas —dijo Lucas—; cuando sacamos este tema a relucir, nos ponemos a discutir sin darnos cuenta de nada más.

—Borja, ¿me enseñas tus cintas? —pregunté.

—Claro, pero *apenash* me quedan *cintash*, mi colección *she basha* principalmente en *CDsh.*

—Borja, yo he venido a tu casa a merendar. Si no, me voy, que tengo mucha hambre —dijo Mateo remetiéndose el tensionado Polo Ralph Lauren dentro del pantalón.

—Vale, a ver que *osh* parece: id *vosotrosh* a la cocina *mientrash* Flubber y yo *vemosh mish discosh*. Cuando *terminemosh, shi osh* parece, *nosh echamosh unash partidash* a *lash consholash* que *queráish*.

—¿Qué tienes para merendar? —preguntó Mateo.

—De todo —contestó disgustado Borja.

—Lo veo bien, siempre y cuando comamos antes —acordó Mateo.

—Por mí, estupendo —añadió Lucas.

—Pues claro que sí —afirmé, emocionado.

—Venga, vale —se pronunció Sebas.

Me quedé con Borja en la habitación viendo su colección de música. Pusimos varios discos y hablamos sobre algunos cantantes. Como tengo las manos de porcelana, al sacar un CD del

armario, tiré sin querer al suelo un *walkman*.

—¡Borja, disculpa! —exclamé abalanzándome sobre el *walkman*.

Borja se asomó para ver lo que había tirado y, al darse cuenta de lo que era, me dijo:

—Tranquilo, no te *preocupesh*, *esh* tan *sholo* el *walkman*.

—Borja, es un Sanyo nuevecito. Está *flama*.

—¿Te *gushta*? —me preguntó rebuscando entre los CD.

—¿Cómo no me va a gustar?

—Quédatelo.

—¿Cómo?

—Si lo *quieresh*, *esh* tuyo —me dijo, como si regalar un *walkman* de esas características fuera la cosa más normal del mundo.

—Pero te vas a quedar sin *walkman*.

—No me hace falta, mis *padresh* me compraron hace poco un *dishcman*.

—Borja, ¿me lo regalas de verdad?

—Que *shí*. Que te lo *quedesh*. *Esh* tuyo.

Ordenó varios discos que habíamos sacado, me miró y me dijo:

—Venga, *vamosh* a la cocina a merendar algo y luego a echar una partida.

—¿Por qué me lo regalas?

Me observó unos instantes entrecerrando los ojos.

—A mí no me hace falta. Como te he dicho, *cashi* toda la *múshica* la tengo en CD. *Ashí* que con el *dishcman eshtoy shervido*. También he *shupueshto* que no *tienesh walkman*; *ademásh*, *eresh* un tío guay, me *caesh* bien y me apetece regalártelo. ¿Queda *reshpondida* tu pregunta?

Afirmé en silencio.

No me lo podía creer. Borja me había regalado un *walkman* que no podía ser más guapo. Era evidente que tenía pasta a rabiar, pero el hecho de tener mucho de algo no significa que te haga más generoso. Hacía dos meses, yo había encontrado tirado en la calle un buen montón de cromos de fútbol; lo importante no era el número en sí, sino que en ese mazo de cromos estaba Reiziger repetido ni más ni menos que tres veces —creo que no hace falta decir que a todo el mundo le faltaba Reiziger—; el tema es que me lo pidieron todos los niños del barrio, incluso Fran; sin embargo, pese a tenerlo por triplicado, no me había salido esa generosidad que veía de forma evidente en Borja. Bueno…, al final le cambié una al Paellas por un mazo de cien cromos de fútbol, y los otros dos los perdí en una limpieza a fondo que hizo mi madre en mi habitación.

En mitad de una partida al *Castlevania* de la Play, Fran apareció y nos metió prisa para irnos. En el camino de vuelta, no paré de hablarles sobre el regalo de Borja y lo chula que estaba siendo la partida. Sebas protestó en repetidas ocasiones de lo tontos que éramos los pijos y yo —en el saco no metió a Fran—; dijo que había sido una de las tardes más coñazos de su vida. También quiso saber dónde se había metido Fran y protestó por haberle dejado solo con los pardillos. Fran, por su parte, se dedicó a pedirle a Sebas que no se pusiera así, que no era para tanto, pero sin dar explicaciones sobre el tiempo que había pasado a solas con Moni.

Carlos: el huevo

Cocinar, al igual que el *running* y mi nuevo tratamiento, era una de las cosas que conseguían serenarme. Me consideraba una persona tranquila; quizá hasta pecara de exceso de templanza; pero cuando algo rompía mi natural sosiego, situación que, por desgracia, había estado ocurriendo de manera reiterada los últimos meses, el nerviosismo se apoderaba de todo mi cuerpo.

Esto se había agravado en las últimas semanas: ya no necesitaba que algo me ocurriera para romper mi natural sosiego, ahora entraba en ese estado con tan solo mi pensamiento; y de manera continua, como un motor al ralentí, ese nervio estaba presente a bajas revoluciones, esperando la mínima para mostrarse con todo su poder.

En la cocina, mis nervios emergían fuertes. Sabía, de anteriores ocasiones, que seguirían creciendo de manera incontrolable hasta llegar a su cenit, a ese punto donde se viciaban las emociones. A ese punto donde actuaba.

Aunque me preocupaba esta nueva faceta de mi personalidad, tenía que destacar que insuflaba una energía que me convertía en un hombre valiente, atrevido y seguro. Me había enfrentado a mi madre y a mi hermano, algo que nunca había sido capaz de hacer. No se trataba de bipolaridad, nada más lejos de la realidad. El que actuaba era yo. Era mi voluntad la que se manifestaba.

Mientras mi temblorosa mano sujetaba un huevo, antes de cocerlo en la cazuela, mis pensamientos burbujeaban tanto o más que el agua en ebullición que había en la olla.

—No tuve más remedio que hacerlo, ella se lo merecía. Yo era un buen hijo: siempre a su lado, cuidándola, escuchando sus monólogos, aguantando sus mierdas. Él apenas pasaba por casa; sin embargo, siempre ha estado más presente en ella que yo. Nunca me apoyó ni me valoró; en cambio, a él lo cuidaba con esmero. Todo el amor se lo llevaba él. Ella nunca me ha querido. ¡No se daba cuenta de que él no era mejor que yo!

Tenía que tranquilizarme. Sentía un acolchamiento en mi cabeza. Mi mente procesaba lo que percibía con cierta irrealidad. Físicamente, estaba en la cocina; en cambio, no terminaba de ubicarme en aquel lugar. Tenía una sensación de atemporalidad, de no estar aquí y ahora. Empecé a sentirme igual que cuando estrangulé a mi madre y a mi hermano.

—Porque él también se lo merecía.

Hacía mucho calor. Me di la vuelta y apoyé la espalda en el borde de la encimera. «Tranquilo, Carlos». No era capaz de controlar mis pensamientos, emergían con la fuerza de un volcán en erupción, escupiendo cavilaciones que hacían arder mi mente y mi cuerpo como lava y roca incandescente.

Tenía que tomar medidas. Eché mano a la única opción que me quedaba para sosegarme: mi nuevo tratamiento.

Saqué del bolsillo un par de píldoras y, tal como me había dicho Jero, las dejé reposar bajo la lengua. Cerré los ojos, me concentré. «Todo está en tu cabeza, no te pasa nada, relájate». Intenté darle ritmo a mi respiración, cada vez a menor velocidad. «Te estás calmando, Carlos; lo estás consiguiendo, sigue así». Los pensamientos emanaban cada vez menos calor; seguían estando ahí, pero ya no quemaban tanto, como la música alta de los vecinos. Me tranquilizaba, los

nervios desaparecían. «Ahora no es momento ni lugar», pensé.

Rememoré el disfrute al matarlos, lo vivo que me había sentido.

No me di cuenta de que aún mantenía en la mano el huevo. Seguía intacto después de todo. Lo observé y sonreí.

—Es curioso lo que se parece la cordura al huevo: si observas un huevo, se ve duro, resistente, incluso al tacto da sensación de fortaleza; sin embargo —me coloqué el huevo en el centro de la mano—, si hago algo tan sencillo como cerrar la palma de mi mano sobre él, con apenas que ejerza un poco de presión, se rompe. La cordura es igual.

Cerré el puño y reventé el huevo, que se desparramó por mi mano y antebrazo.

Me pareció oír un ruido a mis espaldas. Al darme la vuelta, me sobresalté al ver a Sergio mirándome con expresión adusta.

—¡Hola, hijo! ¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—Lo suficiente para oírte hablar solo.

Los ojos de Sergio proyectaban desafío y miedo a partes iguales. Se situaba en el dintel de la puerta, en una postura cautelosa con la que no terminaba de entrar en la cocina.

—Iba a cocer un huevo, pero se me ha roto.

—He visto cómo lo rompías mientras decías no sé qué de la cordura.

Me lavé las manos en el fregadero y corté el gas del hornillo; podía sentir su mirada llena de prejuicios.

—Sergio, me he dado cuenta de que últimamente pasas poco por casa —continué—. Ya que ahora no trabajo, podríamos pasar más tiempo juntos. Repetir nuestra visita a la tienda de tebeos, ir a la playa…, lo que tú quieras.

Sergio entró en la cocina, abrió la nevera y se echó un vaso de agua fría. Bebió con parsimonia.

—Tengo nuevos amigos. Son de otro barrio y paso mucho tiempo con ellos.

—Entiendo… Sergio —era el momento de intentar acercarme a él—, aunque no lo parezca, ambos tenemos cosas en común…

—¿Como qué? —me interrumpió, retador.

—Lola —le dije—. A ninguno de los dos nos trata bien. Veo a diario la forma de comportarse que tiene contigo. También me doy cuenta de lo poco que se preocupa por ti. A mí me pasa lo mismo, creo que no hace falta que te explique cómo es ella conmigo. Además, hay otra cosa importante con respecto a tu madre: mi madre, que en paz descanse, tampoco se portaba bien conmigo. Vuestra relación me recuerda mucho a la que tuve yo con ella. A lo que voy: considero que tú y yo deberíamos hacer piña, estar más unidos. Juntos seremos más fuertes, nos apoyaremos…

—Carlos —me interrumpió con la expresión cargada de furor—, me sorprende que ahora me digas esto. No os veía con tan buen rollo desde hacía mucho tiempo.

—No me refiero a… —intenté decir.

—¿Sabes qué? Sé que mi madre no ha sido buena esposa, pero tampoco es que tú seas un santo. La noche del concierto te vi en Las Cortijadas, y créeme cuando te digo que sé lo que hacías en esa caseta de madera medio derruida. Así que, Carlos, no te equivoques conmigo. Yo no soy tu hijo. Sin embargo, y aunque se porte mal conmigo, ella sí que es mi madre. No intentes ponerme en su contra, porque se me podría soltar la lengua, y me imagino que eso no te gustaría.

Dejó el vaso vacío en el fregadero.

—¿Me estás amenazando? —le pregunté. «Si no me hubiera tomado las píldoras, la suerte de este malnacido hubiera sido otra bien distinta», pensé

Se marchó sin contestar a mi pregunta.

«¡¿Sabe lo de la casa en Las Cortijadas?! ¿Cuánto tiempo tendrá la boca cerrada?»
—Tengo un problema —dije en voz alta.

Sergio: un chispazo de luz

El cabreo aún estaba caliente al salir de mi casa. «Lo sabía, mi semáforo siempre acierta: no era trigo limpio; ha intentado ponerme en contra de mi madre», pensé. La furia me hacía avanzar con paso decidido hacia el descampado del barrio. Desde la distancia pude ver a Fran, Sebas, Javi y al Paellas. Jugaban al mareo; en el centro del círculo, el Paellas intentaba arrebatarles el balón con el mismo éxito que hubiera tenido yo.

—Hace mucho calor, paso de seguir jugando —dijo el Paellas. Los demás estuvieron de acuerdo, así que se sentaron en los ladrillos que usábamos de portería para descansar.

—Hombre, Flubber —me dijo Javi al verme llegar—, a ti tenía yo ganas de pillarte. A ver si ahora sales corriendo.

—Javi, no estoy para tus gilipolleces —le respondí.

Los demás, al escucharme, giraron el cuello como el periscopio de un submarino.

Javi se me acercó con el desafío tatuado en la cara.

—¿Qué has dicho, Flubber? —me preguntó Javi.

—Que cierres la boca —le dije—. No tengo ganas de escucharte. Tu voz me molesta.

—Como me sigas hablando así, te reviento la boca.

—¿Dónde vas, tris-tras? Ni lo crees ni lo creerás —«Ahí lo llevas, con rima y todo», pensé.

Sebas sacudió la mano como si se hubiera quemado un dedo y pronunció un agudo: «¡Uuuuuuuhhhh!». Quería caldear más el ambiente.

Todos se pusieron en pie y nos rodearon, delimitando el *ring*. Es lo que solemos hacer cuando hay bronca.

—¡Cómo te ha chuleado Flubber! —gritó Sebas con la cara desencajada de emoción.

Javi miraba su alrededor desconcertado, era evidente que las cosas no le salían como esperaba. En estos casos es donde hay más peligro: Javi estaba desesperado, y una persona desesperada actúa de manera extrema. «No tengo miedo. Tengo ganas de golpear a alguien», pensé pese a la situación.

—¡Venga, estoy esperando! —le exclamé directamente en la cara. Una gota de saliva salió disparada hacia su frente. Él ni se inmutó. Lo agarré del cuello de la camiseta.

—¡Suéltame! —me gritó.

—¿Me vas a pegar o no?

—¡Que me sueltes!

Lo solté.

—Tienes tres segundos para irte si no quieres que te de una hostia —le advertí.

Atónito, volvió a mirar a su alrededor, se dio la vuelta y salió corriendo.

Miré al Paellas.

El corazón latía fuerte. El pecho ardía.

—Tío, no quiero problemas —me dijo el Paellas.

Se fue corriendo hacia la misma dirección que Javi.

Sentía las miradas de Fran y Sebas ancladas en mí.

—Pero ¿qué coño acaba de ocurrir? —preguntó Sebas al aire.

—Yo te diré lo que acaba de ocurrir —intervino Fran sonriendo—: Flubber acaba de acojonar a

Javi de una manera formidable y, no contento con ello, con tan solo su careto, ha provocado que el Paellas salga pitando.

Los escuchaba hablar sobre mí, pero sus palabras no significaban nada. En un estado natural, en el que mis emociones y mi cuerpo no estuvieran dominados por la furia, esos cumplidos hubieran subido mi autoestima hasta cotas inimaginables, pero ahora no: en ese momento, lo único que ocupaba mi atención era el cabreo.

—Este barrio es una mierda. Me piro —les dije mientras abandonaba el descampado.

—¿Adónde vas? —preguntó Fran.

—Al Barrio Rico —contesté.

—Vamos contigo —dijo Fran a la vez que tiraba del brazo de Sebas.

De camino hacia el Barrio Rico, en Las Cortijadas, aprovechando que Sebas se distraía pateando una lagartija, Fran me felicitó por mi valentía frente a Javi y se reafirmó en su postura de no seguir enseñándome. Estaba orgulloso de mí; no me lo dijo, esas cosas no se pueden decir entre colegas —ya voy aprendiendo—, pero se notaba. Por otro lado, Sebas le quitó importancia a lo que había hecho: «Hasta los tontos tienen tope».

Fue pisar el césped del parque y aparecer Moni. Me imagino que estaría haciendo guardia en la ventana, es la única explicación que se me ocurre ante la inmediatez con la que acudió. El caso es que, después de un apresurado «Hola», agarró a Fran y, mientras lo arrastraba con ella, nos gritó: «¡Están en la casa de Borja!». Luego desaparecieron tras los chalets. Sebas resopló y exclamó: «¡Ya se lo ha llevado!».

Borja nos abrió la puerta con un gorro azul de mago en la cabeza. Ante la pregunta de Sebas por la extraña prenda, nos contestó que estaban en el sótano de su casa jugando a Dragones y Mazmorras, y el *master* de la partida, por tradición, lleva el gorro. En el sótano, Mateo, Lucas y Borja rodeaban una mesa con todo lo necesario para la partida de rol. Al ponernos todos a jugar, Sebas no paró de descojonarse de risa al ver de qué iba todo aquello, pero, con el transcurrir del tiempo, al comprobar que íbamos en serio, pasó a aburrirse y, al final, decidió marcharse llamándonos «panda de pardillos».

Horas después tocaron al timbre: era Fran en solitario. Cuando salí de la casa para marcharnos, la luna ya asomaba la patita.

En el camino de vuelta, mientras atravesábamos en la oscuridad Las Cortijadas, le conté a Fran la huida de Sebas, pero sobre todo le hablé acerca de la tarde guapa que había pasado junto a los pijos. En el instante en el que me percaté de que me alargaba más de la cuenta, cerré la boca y le pregunté por su movida con Moni. Él se dio cuenta de mi autocontrol y me palmeó la espalda. Luego me explicó que se estaban conociendo, que hablaban mucho, que se habían morreado —eso se lo tuve que sonsacar—; también me dijo que le molaba mucho Moni. No me afectó lo más mínimo.

Después de darle vueltas, consideré que no estaba enamorado de ella; además, me sentía feliz e ilusionado por mis nuevos amigos; podíamos hablar durante horas de temas que nos gustaban a los cuatro, no se reían de mí e incluso me tenían un respeto considerable por mi habilidad en escoger los hechizos en Dragones y Mazmorras, y mi pericia con los pulgares. En resumen, mis nuevos amigos no dejaban espacio al amor.

Carlos: Lola

La noche se cernía sobre nosotros mientras Lola y yo paseábamos por el parque más próximo a nuestro barrio. Antes, contaba con un viejo tobogán de hierro cubierto de herrumbre, pero el verano anterior lo habían arrancado de cuajo, habían reemplazado todo el suelo por losas blancas y rojas, y habían colocado multitud de maceteros altos con plantas y flores. Por el olor ambiente, pude deducir que el galán de noche estaba muy presente en aquellos maceteros.

De mi mano pendía una bolsa con la ridícula compra que nos podíamos permitir. Lola y yo habíamos vuelto a prender la llama de nuestro matrimonio, pero de dinero seguíamos fatal. Anduvimos con el cansancio placentero que dan las noches de verano, embriagándonos del apacible perfume del galán de noche.

Pensaba en Sergio. Hacía dos semanas que habíamos tenido el encontronazo en la cocina, y ese pánico inicial a ser descubierto se había transformado en rechazo a su persona. Desde entonces, no había sido capaz de intercambiar con él ni una palabra. Es más, cuando lo veía, me sentía sucio, mala persona, me caía encima el martillo de la responsabilidad por los actos que había hecho y por los que no había hecho; era una sensación extraña, más allá de la mera culpabilidad. Lo esquivaba, evitaba coincidir con él. Situación que no me fue difícil de conseguir; ahora, con esas amistades nuevas que se había granjeado, no solía pasar demasiado tiempo por casa. Pero, por mucho que lo intentara apartar de mi vida, el problema seguía muy presente, siempre y cuando él siguiera existiendo.

—Necesitamos dinero —le dije a Lola. Ella agachó la cabeza, apesadumbrada.

—Mañana iré al centro, me han dicho que están buscando camareros en la Cafetería Central…

—No quiero que trabajes, Lola.

Endureció su rostro.

—¿No quieres que trabaje? Pues entonces tendremos que acostumbrarnos a comer dos veces menos al día.

—Lola, no te enfades. Tengo algo en mente. Lo solucionaré.

—Genial, entonces me quedo tranquila —dijo, escéptica.

Pasamos al lado de un muro que delimitaba la terraza de una casa grande, del interior salía el sonido de niños jugando con una pelota.

—¿Carlos, te imaginas vivir en una casa como esta?

Un pellizco en el estómago me dejó sin palabras. De repente, un balón sobrevoló la muralla y fue a caer en mis manos. Levanté la pelota y la boté sobre el suelo. Los chavales que estaban en la terraza me pedían a gritos que se la devolviera. Yo seguía botándola, obviando sus peticiones. Lola me miraba seria, esperando una reacción que no llegaba.

—Métela —me dijo señalando con el dedo índice por encima del muro.

Sonreí, lancé el balón al interior de la terraza y le dije a Lola:

—Ayer por la noche me decías lo mismo.

Lola no pudo contener la risa, me dio un puñetazo en el hombro, con el que apenas me desplazó, y reanudó la marcha. Me puse a su altura, y ella entrelazó su brazo con el mío. La miré y le pregunté:

—Lola, estamos bien, ¿verdad?
Ella se aferró con más fuerza a mi brazo.
—Carlos, estamos mejor que nunca.
Me besó y nos dirigimos sin prisa hacia casa.

Sergio: amigos y novia

Fran había quedado con Moni, me propuso que lo acompañara al Barrio Rico. Sabía de sobra lo que ocurriría en cuanto llegáramos al parque: Moni se llevaría a Fran, y yo iría a casa de Borja a hacer cosas chulas. Me parecía un plan magnífico para una tarde aburrida de agosto en la que, como mucho, iríamos al chalet abandonado cerca de El Chatarro a comer níspolas —en el patio del chalet había un níspero dejado de la mano de Dios—.

Fuimos a la casa de Sebas para que viniera con nosotros, pero no se encontraba. No dimos una vuelta por el barrio para ver si dábamos con él. Queríamos llegar lo antes posible al Barrio Rico, así que emprendimos el camino hacia Las Cortijadas con la sensación de no estar del todo bien lo que hacíamos al no avisar a Sebas.

En el parque del Barrio Rico casi todo ocurrió tal y como me había imaginado. En esta ocasión, Moni no tuvo que arrancar a Fran de mi lado, sino que él solito salió disparado hacia ella.

Borja estaba en su casa junto a Lucas y Mateo jugando al Mario Kart 64. Como Borja tenía *chorrotropecientos* mandos, me uní a ellos. Me dieron ganas de ir al baño, le pregunté a Borja dónde estaba el lavabo y fui rápido hacia allí, no quería perderme más de una carrera. Justo al terminar de aliviarme, escuché el pitido electrónico entrecortado del teléfono. Al abrir la puerta del baño, vi a Borja descolgar el inalámbrico de la cocina. Era evidente por su tono de voz que no le gustaba lo que le decían a través del auricular. Decidí quedarme dentro del baño con la puerta entreabierta, espiándolo.

«¿No vas a venir en todo el fin de semana, mamá?» … «¿Qué es tan importante?» … «No, papá no ha llamado» … «Lo que digas, el caso es que voy a quedarme solo otra semana más» … «Vale. Adiós».

Colgó abatido y se volvió al dormitorio a seguir jugando. Salí del baño y me crucé con Lucas.

—Espero que lo que acabas de hacer en el baño no llene mis fosas nasales con el olor de tus deposiciones…

—Oye, Lucas, ¿qué pasa con los padres de Borja? —le pregunté.

Miró atrás y, casi como en un susurro, me contestó:

—Sus padres se separaron hace unos meses. Su padre se marchó, y su madre, desde entonces, no para de salir de fiesta y pasa muchos días fuera de casa.

—Entonces, lo de que sus padres están siempre trabajando y es por eso por lo que pasa mucho tiempo solo en casa…

—Eso es una mentira que se ha metido Borja en la cabeza. No sé por qué intenta justificar la ausencia de sus padres de esa manera. Me imagino que será un mecanismo de defensa mental que se ha construido.

—Seguro que lo está pasando fatal.

—Lo más probable, pero Borja, con el tema de sus padres, es muy opaco: no le gusta hablar ni que le pregunten sobre el asunto —me advirtió.

—Entiendo.

Esperé a que Lucas saliera del baño, y ambos nos reincorporamos a la partida. Observé a Borja: aporreaba los botones del mando con la tristeza tatuada en la cara. Al terminar la carrera, soltó el

mando y nos dijo:

—¿Qué *osh* parece que el *viernesh osh quedéish* a dormir en mi *casha*? *Podríamosh* ver una peli, jugar a *Dragonesh y Mazmorrash*, pedir *pizza*, echar un *Reshident Evil* de madrugada…, lo que *queráish*.

A los tres nos pareció una buena idea. Cuando vino Fran junto a Moni, se lo planteamos, y a ellos también les pareció genial pasar una noche juntos.

Sergio: noche en casa de Borja

El comer níspolas se pospuso un día. Sebas, Fran y yo nos apoyábamos en el murete medio derruido del patio del chalet abandonado. Sebas lanzaba las níspolas por encima de la desvencijada construcción. Fran las pelaba con las uñas, siempre decía que le daba asco comérselas con piel. Yo, en cambio, me restregaba la fruta por la camiseta y me la comía sin pensar mucho en lo que pudiera albergar aquella piel. Seguro que Lucas, con su cultura e intelecto, lo sabía.

—Oye, Sebas —le dijo Fran—, vente el viernes a pasar la noche a casa de Borja.

Sebas endureció el rostro y lanzó la níspola que tenía en la mano a más distancia de la que llevaba haciendo desde que llegamos.

—Eso, vente —animé.

—¿Se puede saber cuándo habéis hablado con los pijos para quedar este viernes? —preguntó.

—A ver…, Sebas, ayer había quedado con Moni… y…

—Ayer estuvimos en el Barrio Rico por la tarde —interrumpí el balbuceo de Fran—. Fuimos a tu casa para que vinieras, pero no había nadie. —Tuve que intervenir. Fran no era de los que se bloqueaban ante situaciones de estrés, ese más bien era yo… o había sido. El caso es que tenía que rescatarle.

Los ojos de Sebas zigzaguearon del uno al otro.

—Ya me extrañaba a mí que no os viera ayer por la tarde —contestó Sebas—. Pues que sepáis que estuve en el descampado, aburrido y esperando a que aparecieseis. Pero veo que vosotros teníais otros planes.

—Venga, Sebas. No te pongas así, tío —le dijo Fran, ya más seguro en sus palabras—. Fuimos a tu casa, se estaba haciendo tarde y no queríamos retrasarnos más.

Sebas apoyó la espalda en el murete, respiró profundamente y nos preguntó:

—¿Quiénes vais a pasar la noche allí?

—Todos —respondió Fran.

—¿Tu novia también? —le preguntó Sebas.

Fran lo miró y se encogió de hombros.

—Di que sí, coño —le indicó Sebas.

—¿Qué importa eso? —preguntó Fran.

—¿Que qué importa eso? —preguntó Sebas incrédulo—. Importa y mucho. Cada vez que vamos al Barrio Rico, tú te piras con tu novia a hacer guarrerías, y yo me quedo con Flubber y los pardillos. Eso es lo que pasa.

—¿Sabes qué? Jugaremos al *Resident Evil* de madrugada —dije. No sé por qué pensé que la cabeza de Sebas funcionaba como la mía.

—Me importa una mierda a lo que vayáis a jugar —dijo, dejando claro que su cabeza no funcionaba como la mía—. Fran —se dirigió a él—, tú no sabes lo que es pasar tiempo con ellos: hablan solo tonterías, con sus risas de pardillos, sus juegos de magos y porlocks…

—Morlocks —corregí.

—¡Yo no puedo aguantarlos! —exclamó Sebas—. Me dan ganas de darles hostias todo el rato.

—¡Ya será para menos! —le contestó Fran.

—Y lo peor de todo —Sebas continuó— es que cada vez vamos más. Tenemos que dejar de ir tanto. Fran, si tú te has echado novia allí es tu problema. Flubber y yo no tenemos por qué ir al Barrio Rico cada vez que quedes con Moni…

—A mí me gusta ir —le interrumpí el monólogo.

—Esto es increíble —dijo Sebas negando con la cabeza—. Pues que sepáis que no pienso ir más, estoy hasta los cojones de esa gente. Así que tenéis que elegir: o conmigo o con ellos —nos planteó tajante. Al darse cuenta del significado de nuestro silencio, nos mandó a la porra —no dijo «porra»— y se fue saltando el murillo con la agilidad que le caracterizaba. Fran y yo nos miramos y nos encogimos de hombros.

La noche del viernes pedimos *pizza* y cenamos todos juntos mientras veíamos una peli en la tele gigantesca de Borja. El asunto de la peli había generado discusión. Al final, por petición de Lucas, se había realizado una votación por sufragio universal. —Lucas la llamó así porque votábamos hombres, mujeres y personas de diferentes clases sociales—. De la extensa colección de VHS que tenía Borja, se había elegido por mayoría simple —así lo dijo Lucas— *Demolition Man*.

El que más *pizza* se zampó fue, con diferencia, Mateo; también se comió la última porción, según Lucas, con premeditación y alevosía.

Al acabar la película, Moni y Fran saltaron del sofá para desaparecer escaleras arriba. Luego se escuchó una puerta cerrarse y ya no se supo nada más de ellos en toda la noche.

Los cuatro nos jugamos un *Dragones y Mazmorras*. Gané yo con un enfrentamiento final épico. Luego, tal y como habíamos pensado, nos echamos entre los cuatro una partida al *Resident Evil* de la Play. Avanzamos mogollón en el juego. Yo llevaba el mando, era el más hábil con aquel control estilo tanque y mandando a los zombis de la mansión a la lona. Lucas resolvía los puzles que iban apareciendo de una manera magistral. Mateo se afanaba en engullir a dos carrillos una bolsa de Pandilla Drakis, y Borja disfrutaba viendo cómo jugábamos.

Después de varias horas jugando a la PlayStation, Borja nos dijo que ahora venía lo mejor. Volvimos al salón y nos sentamos en el comodísimo sofá con la inmensa televisión en frente.

—Justo ahora empieza la mejor programación en el Canal +. —Al terminar Borja de hablar, levantó el mando y encendió la televisión. Delante de mis ojos se mostró lo que llevaba viendo años codificado: una película porno.

En mitad de la peli, Lucas dijo que estaba muy cansado y que se iba a dormir. Borja me miró y sonrió; creo que entendí el motivo. Cuando acabó *Lady Vicio* —la peli porno—, estuvimos poniendo películas en video sin parar; en la tercera peli, Mateo se levantó del sofá con las manos en el estómago diciendo que algo le había sentado mal.

—¿Qué ha podido *sher* lo que te ha *shentado* mal, Mateo? —le preguntó Borja y continuó—: ¿Puede *sher* la *pizza* familiar *cashi* enterita que te *hash* comido o el litro de Coca-Cola o *losh dosh cucuruchosh* de nata o la *bolsha* de *Pandilla Drakish* o *lash gominolash*…?

—Borja, para, que me está dando angustia —respondió Mateo mientras subía las escaleras muy pálido.

—¿Adónde *vash*?, que no he acabado de recordarte todo lo que *hahs* comido —dijo Borja riéndose.

Como ni Borja ni yo teníamos sueño, decidimos apagar la tele e irnos a su terraza a charlar.

Estuvimos comentando la partida a *Dragones y Mazmorras*. Me preguntó sobre mi barrio, estaba muy interesado en el día a día de allí. Estuve hablándole un buen rato. Cuando me di cuenta de que me estaba alargando más de la cuenta, me callé de golpe y le pedí disculpas por mi

intensidad. Él me dijo que no, que, por favor, siguiera explicándole al detalle.

Tengo defectos, muchísimos. Sin embargo, como he expresado en otras ocasiones, tengo un don en calar a las personas, y a Borja lo había calado. Pese a lo animada que había estado la noche, él estaba triste. Lo notaba en sus ojos, en la forma de hablar, en las arrugas de su barbilla cuando me escuchaba. Borja me caía bien, era un buen chaval, incluso lo podía llamar «amigo»; me sentía en la obligación de ayudarle, de hablar con él sobre el asunto que sabía que lo atormentaba.

—Oye, Borja, espero que no te molestes por lo que te voy a decir —le dije mientras miraba la negrura del cielo que nos cubría.

—Dime lo que me *tengash* que decir, *eshtoy acoshtumbrado* a la *shinceridad* impertinente de *Lucash*.

—¿Sabes qué? El otro día en tu casa, mientras estaba en el baño, te oí hablar con tu madre por teléfono y, por tu reacción, no pareció que se tratara de una conversación muy agradable.

Borja suspiró.

—¿Me *espiabash*?

—No, para nada. Fue tan solo casualidad —le mentí.

—Ya, claro…

—Borja, me has dicho que no te enfadarías.

—No me *piensho* enfadar. —Bajó la cabeza y se miró los pies—. *Shupongo* que *Lucash* o Mateo *she* habrán ido de la lengua.

—No sé a qué te refieres.

Borja me clavó sus ojos con una expresión seria. Las pecas parecían más apagadas, su pelo de un rojo más oscuro, y no era por la negrura de la noche.

—No *piensho* enfadarme por que me *eshpiaras* aquel día, pero *shí* me *moshquearé*, y mucho, *shi insultash* mi inteligencia diciéndome que *eshtos* no te han hablado *shobre* la *sheparación* de *mish padresh*.

Vacilé unos instantes y le dije:

—Es cierto. Después de escucharte al teléfono, le pregunté a Lucas, y él me habló del asunto. Te pediría que no te enfades con él…

—No *parash* de decirme que no me enfade —me interrumpió.

Nos quedamos los dos en silencio unos segundos. Toda la energía de mi cuerpo me empujaba a seguir hablando del tema.

—Supongo que lo estarás pasando regular.

Me miró con frialdad.

—No me *gushta* hablar del *ashunto*, Flubber.

—Es lógico, pero la única forma para sentirte mejor es hablar de lo que te hace daño. Créeme cuando te digo que tengo experiencia en que me ocurran cosas que hacen daño.

—¿Cómo te *llevash* con *tush* padres? —me preguntó.

Sonreí.

—Con mi madre tengo una relación extraña. Ella no es mala, pero tengo la sensación de que la pobre está muy perdida por la vida, sobre todo, desde que murió mi padre.

—No *shabía* que no *teníash* padre. Lo *shiento*.

—Tengo un padrastro. Esa es una de las razones por las que pienso que mi madre está como está.

—¿Qué *pasha* con tu *padrashtro*?

Pensé muy bien lo que tenía que decir, algo bastante raro en mí.

—Es la persona a la que más temo.

—¿Cómo?

—Algo no cuadra en él; es algo así como el aura, ¿sabes lo que es?

—*Shí*.

—Pues eso, tiene un aura más oscura que el cielo que nos hace de techo ahora mismo.

—Pero ¿te ha hecho algo a ti o a tu madre?

—Bueno, ha hecho alguna cosa, nada denunciable, pero tengo la impresión de que lo peor de él está por venir, de que el tiempo le arrancará el antifaz que lleva puesto, para mostrar al fin lo que realmente es.

—Flubber. Lo que me *cuentash* es muy chungo.

—Así que no sé exactamente cuál es la situación con tus padres, pero ya has oído la mía.

Nos volvimos a quedar en silencio. Esta vez fue él quien lo rompió.

—Lo *eshtoy pashando* mal con todo *eshto* de la *sheparación*.

Lo miré animándolo a que continuara.

—Me *shiento másh sholo* que nunca. El día que me dijeron que *she sheparaban*, mi padre *shalió* por la puerta de *casha* y *deshde entoncesh sholo* me ha llamado *dosh vecesh* por teléfono.

»Luego *eshtá* mi madre, que no ha hecho otra *cosha* que *sholtarshe* la melena. *Ehs* raro la noche que no *shale* a *tomarshe* algo o la *shemana* que no *pasha* como mínimo un par de *nochesh* fuera de *casha*. Me *shiento* un *eshtorbo*.

Las lágrimas le recorrieron las mejillas; de manera inmediata, se echó las manos a la cara para ocultarlas.

—Borja, llora lo que tengas que llorar. Tienes tus motivos, no como yo, que he llegado a llorar porque no me quedaban magdalenas para merendar.

Borja apartó las manos de la cara y sonrió.

—*Esho esh* más propio de Mateo —dijo, con los ojos enrojecidos y la cara humedecida de lágrimas.

—¿Sabes qué?, después de lo que ha comido esta noche, va a estar un tiempo sin ganas de comer magdalenas —le respondí.

—Tú no *conocesh* a Mateo, tiene un apetito *inshaciable*.

—Oye, Borja, volviendo a lo que me has dicho sobre tus padres, no te sientas solo, porque no lo estás. Aunque ahora ellos están un poco distraídos, siguen siendo tus padres; ya que yo tuviera a mi padre de verdad, aunque me llamara cada tres meses. La separación está muy reciente; deja que pase tiempo, verás cómo se estabilizarán un poco. Por otro lado, también tienes amigos. Me tienes a mí. Puedes hablar conmigo siempre que lo necesites.

Le ofrecí la palma de la mano para que me la chocara. Lo hizo.

Nos volvimos a quedar en silencio mirando al cielo. Apareció un punto rojo intenso, del cual nacían líneas de colores violáceos que se extendían presagiando el inminente amanecer.

Carlos: lo imposible hecho posible

Hace unas semanas todos coincidíamos para desayunar. Pero desde que Sergio se ha echado esos amigos nuevos, se levanta temprano, se bebe un vaso de leche fría y sale de casa. Antes, Sergio se recreaba desayunando, liquidando magdalenas y todo alimento mojable en leche que se encontrara por la despensa. Ahora, la cocina, por la mañana, está solitaria y lo agradezco. No me apetece verle la cara a ese malnacido, no vaya a ser que me descontrole y lo agarre del pescuezo para estrangularlo hasta que expulse el último hálito de vida. Esto no me vendría bien. Se estropearía la buena relación que he conseguido construir con Lola.

Sentado en la mesa de la cocina, saboreaba el café con parsimonia. Lola estaba en el lavabo desde hacía un buen rato. En los dos años que llevábamos de casados, nunca habíamos estado tan bien juntos, y no solo me refiero al lecho, sino a la relación en sí. Debido a que ambos nos encontrábamos sin trabajo, nos aficionamos a dar largos paseos por la ciudad en los que charlábamos. Nunca habría imaginado que Lola y yo tuviéramos tanto en común. Le encantaba que le gastara bromas; y a mí, su risa. Cuando rompía a reír, era como morder una patata frita bien tostada. El hecho de que el malnacido de su hijo no anduviera por casa había significado que pudiéramos pasar más tiempo juntos. Hacíamos todo en pareja: limpiar la casa, cocinar, pasear, comprar, ver la tele…

Escuché los pasos de Lola acercándose. Se colocó justo en frente de mí. Tenía los ojos rojos y una sonrisa trémula en la cara.

—¿Qué te pasa, Lola? —le pregunté preocupado.

—Carlos. Estoy embarazada —me dijo enseñándome el test.

Sergio: la nueva situación

Desde la noche que habíamos pasado en casa de Borja, tanto Fran como yo incrementamos nuestras visitas al Barrio Rico. La nueva rutina veraniega era: me levantaba temprano, tomaba algo rápido, iba al piso de Fran —él ya me esperaba abajo—, y dirección al Barrio Rico. Sobre la una y media de la tarde emprendíamos el camino de vuelta, comía en casa, hacía la digestión y a eso de las cuatro y media de la tarde ya estaba recogiendo a Fran para enfilar el camino al Barrio Rico —pese al calor—. Una vez que llegábamos, Fran se iba a por Moni, y yo me dirigía a casa de Borja.

Mi relación con Borja, Lucas y Mateo se hizo muy cercana. Nos convertimos en una pandilla compacta de cuatro amigos. Nunca había tenido esa afinidad ni la sensación de pertenencia a un grupo. Pero con el que forjé una relación de amistad fuerte fue con Borja. Aunque el grupo lo componíamos los cuatro, entre Borja y yo existía una complicidad especial. Ambos nos contábamos nuestras miserias y confidencias, nos ayudábamos y aconsejábamos en lo que podíamos sin compartirlo con los demás. Hasta me explicó el motivo por el que hablaba raro: tenía no sé qué del frenillo y no quería operarse.

Fran era un gran amigo, pero con Borja la amistad había evolucionado hasta convertirse en algo así como un hermano con el que te llevas bien. Un hermano que nunca tuve y que se hizo muy presente en Borja. Cuando estaba con él, me sentía relajado, sin preocuparme de lo que yo pudiera decir o hacer. Era con el único con el que desconectaba el estado de alerta que había construido a partir de las clases de Fran.

Aunque la mayor parte del tiempo en el Barrio Rico estábamos Fran y yo separados, no siempre era así. Algunas noches, Moni y Fran nos acompañaban a tomar helado en el paseo marítimo, fuimos algunas tardes a la playa los seis juntos y más de una vez nos vimos una peli en casa de Borja con el aire acondicionado a toda pastilla.

En una de esas tardes en las que veíamos una peli, Fran se acordó de que les había prometido a sus padres volver pronto para visitar a su abuela, así que se marchó de forma precipitada. Borja y Lucas se fueron a jugar a la Play, y Mateo se quedó dormido con la boca abierta en el sofá. Moni redujo el espacio entre nosotros dando saltitos con el trasero sobre el sofá y me dijo:

—Entonces, Flubber, ¿ya te has desenamorado de mí?

—¿Cómo dices?

—Me has entendido a la perfección.

—¿A qué viene eso ahora?

—Sé que cuando fuimos al concierto tenías la esperanza de ligar conmigo.

Vacilé unos segundos y le dije.

—¿Tanto se me notaba?

—«Las mujeres saben siempre cuándo se las mira, aun sin verlas, y cuándo se las ve sin mirarlas» —me dijo.

¿Qué dices? —le pregunté.

—Es de Unamuno, ¿a ti no te gustaba leer?

—Sí, me he leído los tres de El señor de los anillos, los de Manolito Gafotas, Fray Perico y su borrico, varios de Pesadillas, La historia interminable, los libros de Elige tu propia historia…

—Que los hombres sois muy predecibles…, eso digo —me interrumpió. Normal…—. Tendrías que haberte visto la cara cuando te dije que me gustaba Fran. Los días posteriores ni me mirabas. Pero ya no es así, ahora me tratas como una más, ya no existe ese amor que creíste que sentías y que en realidad no sentías.

—Y, sabiendo que yo pensaba que me gustabas, ¿me pediste que te ayudara a quedarte a solas con Fran?

—Sí. El fin justifica los medios. —me dijo y se quedó tan ancha.

—Y tú, ¿por qué lees eso, a ese Unamuno? —quise saber.

—Me obligaron en el instituto.

En ese momento se despertó Mateo y no volvimos a comentar sobre el asunto nunca más.

Pasaron los días y las semanas del mes de agosto, con las caminatas que no molestaban, sin aparecer por nuestro barrio y sin pensar que a Fran le quedaba muy poco para desaparecer de nuestras vidas.

Carlos: demanda de empleo

Me planteé que no fuera yo el causante del embarazo de Lola. Ahora nos llevábamos genial, pero hacía apenas un mes y medio se estaba tirando al profesor de aeróbic. Esa posibilidad me martilleaba, hasta llegó a enturbiar la relación; nunca me sinceré con ella respecto de mi mal humor.

Decidí ir al médico y este me explicó que, aunque mis espermatozoides eran lentos, eso no significaba probabilidad cero de ser padre. Era difícil pero no imposible. También estuve casando fechas y, teniendo en cuenta el día en que a Lola le bajó el periodo la última vez, no cuadraba que Valerio fuese el causante del embarazo.

Con esta preocupación resuelta, apunté a otro de mis frentes: el dinero. Al embarazo de Lola había que añadirle la subida de precio que Jero le había aplicado a mis nuevas pastillas —me iban a las mil maravillas, por cierto—. Además, la nevera daba pena abrirla y en unas semanas habría que comprarle el material escolar al malnacido. Necesitaba un trabajo. Tenía que poner en práctica el plan que ya había pergeñado.

Entré al taller a la hora que solía llegar Ambrosio, a eso de las 11 de la mañana. Pude apreciar que nada había cambiado desde que había dejado de ser el contable de aquel negocio. Era una auténtica pocilga; incluso podría decir que olía peor de como lo recordaba. Paco, uno de los mecánicos, me sonrió. Le pendía un cigarro humeante de forma precaria de la boca. Las manchas de grasa campaban a sus anchas en sus manos, brazos y cara.

—Carlitos, ¿es que nos echabas de menos? Que sepas que nosotros a ti sí. El tajo se hace más largo sin nadie de quien reírnos.

Le dirigí una mirada tan cargada de furia que le transformó su estúpida sonrisa en una mueca ridícula.

Mientras esquivaba charcos y restos de chatarra, vi a Juancho asomarse desde el foso, donde trajinaba los bajos de un Ford Orion.

—¡Carlitos!, no te esperaba por aquí. ¿Cómo está tu mujer? ¿Sigue haciendo sentadillas con el monitor de aeróbic?

De un puntapié mandé un bote de aceite abierto al interior del foso.

—Se quitó de las clases de aeróbic hace más de un mes —le dije mientras caminaba hacia la garita.

Juancho miró hacia abajo, supongo que le ensucié los pantalones de aceite de automóvil. Luego me clavó los ojos, perplejo.

Al abrir la puerta de la garita me encontré a mi exjefe de pie. Sentada a su lado, estaba mi sustituta. Los ojos de Ambrosio buceaban sin remilgos en el generoso escote de la chica; ella miraba embobada —o, más bien, con cara de boba— el teclado del ordenador.

—Entonces, una vez hecho esto de los números, ¿le tengo que dar a la tecla regordeta? —preguntó la chica.

—No, encanto, la tecla regordeta es la de borrar: a la que le tienes que dar es a la que pone Enter —le respondió Ambrosio sin perder de vista el canalillo.

—¡Ah!, esa es la tecla que tiene cabecita, ¿verdad?

—Exacto, preciosa. ¿Ves cómo estás avanzando?

—Buenos días —saludé, solemne.

Teclado y escote dejaron de ser los centros de atención.

—Buenos días, bienvenido a taller La Bujía —me saludó la chica.

—¿Carlitos? ¿Qué haces aquí? Si vienes a por la indemnización, siento decirte que renunciaste a ella.

—No he venido a por ninguna indemnización, Ambrosio.

—Espera —dijo la chica—. Yo le conozco: usted era el que llevaba la contabilidad antes de que yo llegara. Señor, tengo un mogollón de preguntas que hacerle.

—Cecilia, encanto. Haz el favor de salir a desayunar —le dijo Ambrosio.

—Ya he desayunado —le contestó, resuelta.

—¡Pues sales otra vez! —gritó.

La chica, con el espanto impreso en la cara, se levantó y salió de la garita sin despedirse.

—Si no has venido a suplicarme la indemnización, ¿a qué coño has venido?

—Quiero recuperar mi puesto de trabajo.

Las carcajadas de Ambrosio sonaban como un motor a punto de griparse.

—Entonces, a lo que has venido es a suplicarme un puesto de trabajo.

—No pienso suplicarle nada a un gordo seboso, degenerado y maloliente como tú.

Ambrosio emitió su característico gruñido y levantó los hombros. Se acercó hacia mí, caminando como un orangután.

«Te estás equivocando, Ambrosio. Ahora no te temo lo más mínimo», pensé.

—Carlitos, no sé de dónde has sacado los santos cojones para presentarte aquí e insultarme de esta manera. Me imagino que será la desesperación la que habla por ti al darte cuenta de que no vales para nada, de que eres un cornudo…

Interrumpí la retahíla de ofensas que me propinaba agarrándolo con las manos del poco pescuezo que la papada permitía.

—¡Suéltame, maldito hijo…!

Apreté mis manos alrededor de su cuello impidiéndole terminar la frase. Él intento liberarse de ellas sin éxito.

—Ambrosio —le susurré—, ahora te voy a soltar y me vas a escuchar lo que he venido a decirte. Si por un casual se te ocurriera gritar o intentar cualquier otra estupidez, volveré a agarrarte con todas mis fuerzas tu asqueroso pescuezo, pero esta vez no voy a soltarte hasta que estés bien muerto. ¿Lo has entendido?

Asintió, el pánico salía a cañón por sus ojos. Lo liberé.

—Te voy a denunciar, maldito hijo de puta —dijo con la voz entrecortada y acariciándose con la mano el cuello enrojecido.

—Vuelve a contratarme.

—Y una mierda.

—Si no me vuelves a contratar, pienso ir a Hacienda y explicar todos los chanchullos contables que me obligaste a hacer para justificar la ingente cantidad de dinero negro que mueve este negocio. Tengo fotocopiada toda la contabilidad de los últimos cuatro años.

—No serás capaz.

—Ponme a prueba. En menos de lo que canta un gallo tienes este taller cerrado y todas tus propiedades embargadas.

—Te denunciaré por agresión e irás a la cárcel.

Me abalancé sobre él con las manos hacia delante. Ambrosio retrocedió exclamando:

—¡No, no, no! Está bien. Te vuelvo a contratar. Despediré a Cecilia hoy mismo, y el puesto de contable volverá a ser tuyo.

—No quiero que la despidas, me irá bien una ayudante. Lo que sí quiero es que no babosees sobre ella. Como te vea mirarle de la forma en que lo hacías hace un momento, me iré de la lengua.

—No la miraré. Te lo juro.

—Eso es.

—¿Alguna cosa más? —me dijo temblando.

Pensé durante unos segundos.

—Una subida de sueldo de un veinte por ciento.

Sergio: casi grado dos

Era noche cerrada, el camino de vuelta por Las Cortijadas se iluminaba por la tacaña luz de la luna. En el horizonte, las luces de Mardulce emergían de los edificios como luciérnagas, brillaban de multitud de formas y tonalidades: estáticas, frías, cálidas, intensas, débiles. Las vistas, junto al canto monótono de las cigarras, conseguían que mis pasos danzasen tranquilos. Esa noche el aire venía fresco, pero hacía calor. Caminaba con Fran en silencio. Solía ser así siempre que nos volvíamos del Barrio Rico por la noche, como si tuviéramos que poner todos nuestros sentidos en el entorno, no vaya a ser que alguna amenaza nos pillara hablando sobre el último capítulo de Los Simpson.

—Oye, Flubber, estás más delgado —me dijo Fran.

—Mi madre también me lo ha dicho. Será por las caminatas que nos damos todos los días en ir y venir del Barrio Rico.

—Has mejorado mucho: te enfrentaste a Javi y al Paellas, no la cagas tanto al hablar, no eres tan paliza como antes cuando tienes que decir algo, no te da miedo Las Cortijadas de noche…

—Más de una vez he vuelto de noche y solo —interrumpí.

—No empieces a repetirte, que ya me lo has contado—me dijo—. ¡Espera, tío!

—¿Qué pasa? —pregunté, alarmado.

Fran posó el dedo índice sobre sus labios para indicarme que no hablara.

—He oído algo por ahí —dijo susurrando mientras señalaba un claro en las cañas del lado derecho del camino.

—¿Qué has oído?

Fran se acercó al claro con pasos cortos y cautelosos. Yo le seguía, pero a una distancia prudencial. Al llegar al claro, se asomó, miró a los lados, se dio media vuelta de forma brusca y me gritó:

—¡Corre por tu vida, Flubber!

Así lo hice, inicié la carrera con tal ímpetu que ni me aseguré de pisar sobre suelo firme. A la quinta zancada, primero mi pie y luego la pierna entera se adentraron de forma aparatosa en el interior de una acequia con tan mala suerte que el tobillo de mi otro pie, por la descompensación de altura, se dobló en un ángulo que nunca hubiera imaginado que se pudiera doblar.

Fran acudió en mi ayuda corriendo y pidiéndome disculpas: era una puñetera broma, el muy gracioso quería bajarme un poco los humos. Lo consiguió, pero también consiguió que no pudiera seguir andando por mí mismo. Tuve que terminar el trayecto a la pata coja y apoyado en su hombro. Por fortuna, no nos quedaba mucho por llegar. Al día siguiente, mi madre me llevó al hospital. Esguince de tobillo casi grado dos, semana y media de reposo.

Mi madre me dejó postrado en la cama del dormitorio. Protesté porque allí no podía ver la tele, pero de nada sirvió. Mi sorpresa llegó al segundo día de reposo, en el que, como un soplo de aire fresco, aparecieron mis nuevos amigos: Lucas, Mateo y Borja. Cada uno cargaba con una caja. La alegría fue mayúscula cuando vi su contenido: una televisión pequeña, la PlayStation con una buena cantidad de videojuegos y el tablero con todo lo necesario para jugar a *Dragones y Mazmorras*.

Las jornadas de convalecencia transcurrieron mejor de lo que esperaba. Todos los días venían a

casa mis tres amigos pijos para que no me aburriera, siguiendo el mismo horario que tenía yo establecido —mañana y tarde— para ir a su barrio. La diferencia era que ellos no venían andando: siempre había algún padre o madre de cualquiera de los tres dispuesto a traer a sus hijos, no sin cierto recelo al comprobar el destino, al menos, así lo dijo Lucas.

Los tres alucinaron con mi barrio y con mi casa. No entendían que alguien pudiera vivir sin aire acondicionado y sin ventanas oscilobatientes. En una ocasión, Lucas me dijo que el ayuntamiento debería contratar la misma empresa de limpieza que tenían contratada en su barrio; yo le contesté que la empresa era la misma para todo Mardulce. El problema radicaba en que, mientras por mi barrio apenas pasaban, en el Barrio Rico limpiaban las calles a diario. Lucas me dijo al día siguiente que había buscado al barrendero por el Barrio Rico y que le había pedido que hicieran el favor de pasar por mi barrio con mayor asiduidad.

Supuse que la impresión que me causó al ver por primera vez su barrio y la casa de Borja, ahora, ellos la habían sentido algo similar. En mi caso, yo miraba desde abajo; en el de ellos, desde arriba.

Me visitaron durante todos los días menos el sábado, que era el séptimo día de reposo de mi convalecencia. Ese día se presentó otro amigo por sorpresa. Abrió la puerta de mi habitación Fran.

—Dichosos los ojos —le solté a Fran como saludo.

—Supongo que estás cojonudo.

Los dos nos partimos de risa y nos chocamos la mano.

—Ya, en serio, ¿cómo estás, Sergio?

—¿Sabes qué?, aún me duele bastante al apoyar el pie y ando con mucha dificultad —le expliqué—, pero, por lo demás, de lujo. Por cierto, mejor «Flubber», que me suena raro que me llames por mi nombre.

—Como quieras, Flubber —me dijo Fran con una sonrisa de oreja a oreja. Se sentó a los pies de mi cama—. Tus padres me han dicho que salen a pasear, que te dejan solo unas horas.

Asentí.

—No se te ve el pelo, Fran.

—Tío, lo siento, tenía que haber venido antes. Pero ya sabes…

—Sí, ya sé: Moni.

—Pero, vamos, que tú tampoco es que te hayas aburrido mucho —me dijo ojeando alrededor —. ¿Se puede saber de dónde has sacado todo esto? —me preguntó señalando el sitio de la habitación que ocupaban la Play y la tele.

—Los pijos me lo han traído. Han venido casi todos los días, mañana y tarde, para pasar tiempo conmigo en estos momentos de zozobra.

—Flubber, creo que pasas demasiado tiempo con Lucas, empiezas a hablar como él.

—Oye, Fran, ¿sabes algo de Sebas?

La alegría que se alojaba en sus ojos claros desapareció de un plumazo. Su rostro se ensombreció.

—Sí, sé algo.

—Dispara.

—Viniendo a tu casa me he cruzado con Luis —otro chaval del barrio, muy amigo de Javi y del Paellas—, he aprovechado y le he preguntado por Sebas. Según dice, Sebas está completamente integrado en la banda de Gitano. Se le ve a diario con él y con su banda, y al parecer está ayudando a Jero en sus trapicheos. Flubber, Sebas está haciendo equilibrismo en una cuerda muy fina, y al final se va a caer.

—No fastidies.

—Es culpa nuestra. Hemos pasado de él olímpicamente: yo, con mi novia; y tú, con los pijos.

—Algo tienes en mente.

Fran apretó los labios, se apartó un mechón rubio que le tapaba un ojo y me dijo:

—Ahora voy a ir a hablar con él. Luis me ha dicho dónde está.

—¿Dónde?

—A esta hora se van a beber cerveza en el aparcamiento abandonado que hay detrás de El Chatarro.

—Seguro que estarán todos: Gitano, el Chino, el Pancho y vete a saber tú quién más habrá; lo mismo hasta Jero —le referí, preocupado.

—No me importa —me dijo con convicción—. Me siento responsable de lo que le pueda ocurrir a Sebas.

Me reincorporé sin ocultar el esfuerzo que suponía. Saqué ambas piernas de la cama y, con una mano apoyada en la mesita de noche y la otra en la cama, me levanté sintiendo cien mil millones de cuchillos clavarse en el tobillo torcido.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? ¿Adónde vas? —me preguntó precipitándose hacia mí para ayudarme.

—Sé que no voy a convencerte de que no vayas, así que no voy a tener más remedio que acompañarte.

Carlos: ¿qué te ha pasado?

Escuchaba la respiración cadenciosa de mi mujer. La tenía al lado, tendida en la cama con la relajación extrema que causa el buen sexo. El calor de la incipiente mañana apuntaba maneras. Por la ventana ya se dejaba entrever la luz del sol emergiendo con fuerza. Me asomé al reloj de la mesita de noche. Me quedaba menos de una hora para entrar a trabajar. Me incorporé y le dije a Lola:

—Mi amor, creo que voy a salir a correr un poco.

—¿Te quedan energías?

—Puedo sustituir el ejercicio si quieres —le dije sonriendo.

Lola me lanzó la almohada.

—Vete a correr, anda. Estoy embarazada y ahora no creo que lo mejor sea tanto meneo.

Me levanté y me estiré con la luz del sol, que entraba por la ventana, calentándome la cara.

—No te va a dar tiempo. Entras a trabajar en menos de una hora —me advirtió.

—A Ambrosio no le importará que llegue tarde y, si le importa, me trae sin cuidado.

Lola me observó pensativa y preguntó:

—¿Qué te ha pasado, Carlos? Todo te sale bien.

Me deslicé por la cama hasta cubrirla por completo con mi cuerpo. Le di un beso en los labios. Su vello se erizó.

—Voy a correr, no tardo.

Mientras trotaba por las calles de Mardulce, cavilaba en lo que me había preguntado Lola:

¿Qué te ha pasado, Carlos? Todo te sale bien.

Pensé en el punto de inflexión, en el acto que había significado que mis tiradas de dados me dieran ya no el resultado que quería, sino el que merecía; por justicia, por Karma… o por lo que diablos fuera. Ese acto, ese punto de inflexión no era otro que la muerte de mi madre y de mi hermano. Tenía la certeza absoluta de que eran ellos los elementos que propiciaban mi mala suerte al juego de la vida; y, ahora que ellos no existían, conseguía que los dados que lanzaba me hicieran caer en las casillas adecuadas, en las casillas que había esquivado siempre.

Desde ese punto de inflexión, todo me salía bien. El único cabo suelto era el malnacido: él podría mandarlo todo al traste si —tal y como parecía saber— destapara lo que había ocurrido aquella noche en la cabaña de madera en Las Cortijadas. Una posibilidad que, al menos a corto plazo, parecía no darse, pero tampoco yo había querido tantearla más. Hablar con Sergio acerca de lo que había visto o de lo que sabía, para mí, era como meter el dedo en una llaga abierta, y mientras él no me diera señales claras de que iba a desvelarlo, mi intención no era abrir el cajón de mierda. También existía otra opción: eliminar su ficha del tablero.

Giré en una calle que me llevaba a un punto que conocía perfectamente. Paré de correr y levanté la vista hasta dirigir mis ojos al punto exacto.

—Aún no he conquistado la casilla más importante del tablero —dije mirando el piso donde vivía mi cuñada Marta.

Sergio: pardillos sí

Caminaba tras Fran con paso renqueante, pero no retrasé lo más mínimo la marcha ligera que había establecido. Fran, cada cierto tiempo, echaba la vista atrás y me preguntaba cómo iba; yo asentía y continuábamos.

Detrás de El Chatarro había un aparcamiento asfaltado en muy mal estado donde la gente se había habituado a tirar todo lo viejo y estropeado que ya no le servía. Todos esos sillones, armarios y electrodomésticos daban un aspecto decadente que casaba muy bien con el entorno. Por supuesto, nadie en el ayuntamiento se había preocupado por limpiar aquello. Total, alrededor solo había drogadictos y un barrio humilde.

Tal y como Luis había informado a Fran, en varios sofás dispuestos en forma de U estaban sentados Sebas, Gitano y su banda.

Fran aligeró aún más el paso, aumentando el trecho que nos separaba, para acercarse a ellos, que ya nos miraban expectantes desde la distancia.

—Sebas, queremos hablar contigo —dijo Fran.

Sebas entrecerró los ojos y le quitó de la mano al Chino un porro para darle una calada.

—Lo que queráis decirme me lo podéis decir delante de mis amigos —le respondió.

Fran resopló y volvió a insistir:

—Sebas, por favor, quiero hablar contigo. ¿Puedes acercarte?

Sebas devolvió el porro al Chino y, de mala gana, se levantó, agarró una litrona y, con caminar tranquilo, se acercó.

—¿Qué queréis? —preguntó y bebió a caño de la litrona.

—¿Qué significa eso de que ellos son tus amigos? —preguntó Fran.

—Sí, son mis amigos. Ellos no me han dejado tirado como otros —le respondió mirándonos a los dos. Sentí la punzada de la culpabilidad en la boca del estómago. Supuse que Fran lo sentiría por triplicado.

—Sebas, tienes razón. Te hemos dejado tirado. Perdónanos, tío.

—Perdónanos —le dije.

—Hombre, Flubber, pensaba que la lesión de tu tobillo te había quitado la habilidad de hablar —me dijo Sebas.

—¿Cómo sabes lo de mi tobillo?

—Primero, te he visto llegar cojeando. Segundo, ¿es qué no conoces el barrio donde vives? Aquí se sabe todo de todos. También se habla de las visitas diarias de tus nuevos amiguitos a tu casa. Habrás estado en tu salsa todos estos días de reposo —lo dijo como el que escupe una raspa de pescado que molestaba en la garganta.

—Sebas, sabes de sobra que moverte con esta gente no es bueno para ti —retomó el tema Fran.

—Aquí donde ves a «esta gente», ellos se preocupan los unos de los otros, no se dejan tirados por una tía o por un grupo de pardillos…

—¡Estás trapicheando con droga! —interrumpió Fran.

Sebas frunció el ceño y volvió a darle otro trago a la litrona, esta vez bien largo.

—¿A ti qué te importa los trapicheos que haga? No es asunto tuyo.

—Eres mi amigo, Sebas, sí que es asunto mío —le dijo.

—Y mío —añadí.

Sebas vaciló un instante.

—Venga, Sebas, vente con nosotros. Deja de jugar con fuego —instó Fran.

Sebas esbozó su sonrisa pícara.

—¿Queréis que vaya con vosotros?

Fran y yo afirmamos con la cabeza.

—Me iré con una condición.

Sebas se dio media vuelta y exclamó:

—¡Gitano!

Este se reincorporó del sofá.

—¿Qué te parece si estos nos acompañan a vengarnos al Barrio Chico? —le preguntó Sebas.

Gitano se encogió de hombros, se volvió a recostar y retomó el porro.

Sebas se dirigió otra vez hacia nosotros:

—Esa es la condición.

Fran y yo nos miramos.

—Sebas, todo eso ya lo hemos dejado atrás —le dijo Fran.

—Es lo que hay —nos contestó.

Sebas nos dio la espalda y caminó de vuelta a los sofás.

—¡Espera! —exclamé.

Sebas se paró sin girarse.

—Vale, nos vamos con vosotros. Pero nos tienes que dar tu palabra: si vamos, no solo dejaras de irte con Gitano, sino que también dejarás de trapichear con Jero —le planteé.

Sebas, sin darse la vuelta, me miró por encima del hombro.

—Está bien —me contestó.

Gitano, Pancho, Chino y otros dos que no conocía —con muy mala pinta, por cierto— se levantaron de los sofás y se acercaron.

—Vamos a darles *manteca* a los catetos —dijo el Chino.

—Oye, Gitano —llamé su atención—. ¿Ahora no te importa que pardillos como nosotros os acompañen a sisar al Barrio Chico? —le pregunté, perverso.

Fran, al escucharme, se quedó ojiplático.

—¿Y a ti qué coño te pasa, Tocinetas? —me preguntó Gitano dando varios pasos hacia mí.

—No me pasa nada —le respondí sin inmutarme.

—Gitano, déjalo —intervino Sebas—. ¿Es que no ves que es un pardillo bocazas que no sabe lo que dice? Siempre ha sido así y nunca va a cambiar. Vamos al lío, a machacar catetos.

Mientras Gitano y su banda emprendían la marcha, Sebas se giró y me miró extrañado.

Esta vez mis palabras habían salido de una forma diferente. Antes, hablaba sin pensar, sin sopesar las consecuencias de lo que decía. Sin embargo, lo que acababa de decirle a Gitano lo había dicho desde mis entrañas, sabiendo muy bien lo que decía y a quién se lo decía.

Yo había notado ese cambio y creo, por su reacción, que Sebas también. De hecho, camino al Barrio Chico, me preguntó entre dientes:

—¿Cómo se te ocurre chulearle a Gitano?

—¿A qué ha venido el cambio de opinión de Gitano? ¿Cómo es eso de que ahora sí quiere sisar con nosotros? —le pregunté, también por lo bajo.

Sebas chasqueó la lengua y cogió aire mirándonos a Fran y a mí, como si dudara de decirlo.

—Como estáis todos los días en el Barrio Rico ese, no os enteráis de nada. Hace menos de una semana, Javi, el Paellas, Luis y el Chino se juntaron para sisar en el Barrio Chico. Pues, al

parecer, se volvieron sin botín, pero con una buena tunda.

—¿Cómo que una buena tunda? —preguntó Fran.

—Joder, Fran, pareces Flubber: que les dieron de hostias a los cuatro. Así que Gitano se ha propuesto tomar cartas en el asunto. Vamos a cortarles las alas a los catetos.

—¿Esto que me dices quiere decir que, ahora que los catetos parecen peligrosos, los pardillos como nosotros ya no sobramos para sisar? —pregunté, malévolo.

Sebas me miró con la misma extrañeza con la que lo había hecho cuando le pregunté desafiante a Gitano.

—Flubber, no sé qué mierda te pasa, pero, como no te controles, todos vamos a salir perdiendo.

Aceleró el paso y nos dejó a Fran y a mí, junto a mi cojera, los últimos.

Sergio: venganza

Nuestra estrategia para sisar había sido siempre estilo *razia* vikinga. Llegábamos, sisábamos y salíamos *escopetados,* pero lo de ahora era una invasión de castigo en toda regla. Una invasión utilizando el arma más poderosa y peligrosa que tenía nuestro barrio: Gitano. Me imaginé que los responsables de lanzar la bomba nuclear en Hiroshima sentirían algo similar a lo que yo experimentaba en esos momentos previos: un terror emocionante hurgando en mi bajo vientre.

Nos plantamos en el Barrio Chico buscando ver a quién zurrar. Dimos vueltas por sus calles, por un parque cercano, y el premio gordo lo encontramos en la explanada donde jugaban al fútbol.

Nuestras fuerzas:

Gitano, Sebas, el Chino, los dos esbirros chungos de Gitano, Fran y yo —con mi cojera—.

Sus fuerzas:

Jugaban un partido de cuatro contra cuatro, lo cual significaba que eran ocho. Podía reconocer a todos los catetos con los que habíamos tenido el último encontronazo: el cateto problemático, los dos que lo acompañaban jugando a los tazos y el tal Aurelio ese con el otro cateto con el que había llegado después. Los otros tres no los conocía, pero, por sus coloretes y anchuras de espalda, eran paisanos de los que sí que conocíamos.

—¡Catetos, os la retamos! —exclamó Gitano.

El balón rodó huérfano, nadie se interesaba ya por dominarlo. La preocupación estaba en otro sitio.

El cateto problemático fue el que contestó:

—No queremos retarla con nadie.

Liderados por Gitano, en una maniobra de intimidación, nos adentramos en la pista en la que jugaban al fútbol.

—Entonces, aquí no jugará nadie al fútbol —intervino Sebas, que estaba situado a la derecha de Gitano.

Aurelio se puso a la altura del cateto problemático y preguntó:

—¿Queréis pelea?

Gitano sonrió y le dijo:

—No queremos pelea, lo que queremos es hostiaros hasta en el cielo de la boca.

—Creo que lo vais a tener difícil —le respondió el cateto problemático—. Somos más y, por lo que hemos visto en las últimas veces que habéis venido, más fuertes.

Tanto Gitano como Sebas vacilaron; para mí que se dieron cuenta de que los catetos nos superaban en número en ese momento.

—Si no queréis que os hagamos pupa, salir de nuestro barrio ahora mismo —nos amenazó el cateto problemático.

Gitano se acercó a él, lo miró de arriba abajo y dijo:

—Tu debes ser el *espabilao* de todos estos. —Hizo un arco con el brazo orientado al resto de los catetos. El cateto problemático lo miraba desafiante.

—¡Ahora vas a ver! —exclamó Aurelio a la vez que se abalanzaba sobre Gitano.

El reflejo brillante que produce el metal al recibir la luz del sol hizo frenar en seco el ataque.

Todos los que estábamos de pie, bajo el sol de finales de agosto, no teníamos ojos para otra cosa que no fuera esa navaja. Gitano, por sorpresa, abrazó a Aurelio por la espalda con el brazo izquierdo y colocó el filo de la navaja en su cuello.

Todos los catetos, excepto el problemático, huyeron.

—¿Qué te parece si empezamos desde el principio? —preguntó Gitano sonriendo.

Gitano le dijo al Chino que le diera de hostias al cateto problemático, no sin antes amenazarlo con que, si se defendía, le rebanaría el pescuezo a su amigo. Para demostrar que era capaz de ello, trazó en el cuello de Aurelio un pequeño corte del cual brotó sangre en forma de finas líneas que se desplazaron hasta a la nuez.

Los puñetazos se sucedieron. El problemático recibía las agresiones impasible, esperando el siguiente golpe con los dientes apretados. El Chino tenía los ojos inyectados en sangre. La crueldad desmedida tiñó de rojo el oscuro asfalto. El cateto problemático cayó al suelo molido por la paliza. El Chino jadeaba del esfuerzo realizado mientras miraba a Gitano, que seguía apoyando la afilada hoja sobre el cuello de Aurelio.

—¿Por qué paras, Chino? —le preguntó Gitano.

—¡Ha caído al suelo reventado! —le respondió el Chino.

—¡Que sigas! —le gritó Gitano.

—¡Gitano, esto es excesivo! —exclamó Fran.

Gitano les dijo a los dos esbirros chungos que agarraran a Aurelio para que no escapara y se dirigió hacia Fran con la navaja colgándole del brazo.

—Tú, hijo de puta —Gitano temblaba y hablaba nervioso—, si has venido a tocar las pelotas, ya te puedes ir pitando, o, si lo prefieres, puedes cambiarte por él —le dijo señalando al cateto problemático, que yacía inmóvil en el suelo.

—¡Iros! —nos exclamó Sebas con la cara desencajada.

Fran se resistía. Le aguantaba la mirada a Gitano.

—Decide, hijo de puta —le dijo Gitano a la vez que levantaba el brazo para apuntarle a Fran con la navaja.

—¡Que os vayáis, cojones! —gritó Sebas empujando a Fran.

—Venga, Fran, vámonos —le dije tirándole del brazo.

Mientras nos marchábamos, escuchábamos las patadas que el Chino le propinaba al cateto problemático.

Carlos: por poco tiempo

El reloj marcaba las cinco y media de la madrugada. Atravesaba el pasillo en solitario. Las paredes habían dejado de ser blancas hacía años; ahora, su tonalidad se aproximaba más al amarillo. La goma de mis zapatillas producía un sonido pringoso sobre el suelo linóleo. De fondo, el zumbido quedo de los fluorescentes del techo. Olía a antisépticos y alcohol de desinfectar.

Las imágenes se apelotonaban en mi cabeza; se habían sucedido hacía horas, pero yo tenía la sensación de que eran un recuerdo lejano, de otro tiempo, de otro lugar, de otra persona.

«Carlos, creo que me voy a acostar, estoy un poco mareada».

Es curiosa la forma en la que el sentido de una palabra —no tan solo su significado, sino todo lo que la rodea: sentimientos, ilusiones, proyectos…— puede cambiar con el mero hecho de añadirle otra a continuación.

«Carlos, tenemos que ir al hospital, acabo de sangrar».

Ese cambio de sentido lo provocó esa maldita palabra: ectópico.

«Embarazo ectópico», pensé.

Lo imposible se hizo posible, pero por poco tiempo.

Sergio: desatados

Los gritos y el sonido de cristales rotos me despertaron de la siesta. Me desperecé y apoyé el pie con la esperanza de no sentir el pinchazo en el tobillo. Tenía muchas ganas de ir al Barrio Rico, pero con el dolor me era imposible atravesar Las Cortijadas para llegar allí. Al apoyarlo, mis esperanzas se desvanecieron de inmediato.

Arrastré los pies hasta la ventana de mi dormitorio, me asomé y no hallé lo que me había despertado, así que, cojeando, me dispuse a salir para averiguar qué había ocurrido.

No tuve que avanzar mucho: junto a varios cascos de litronas hechos añicos, yacían en el suelo Javi y el Paellas. Por como tenían la cara, era evidente que les acababan de dar una paliza. Avancé y me agaché al que, en principio, supuse que estaba peor parado.

—¡Javi, te sangra la nariz!

—Ayúdame a incorporarme —me rogó con voz ronca.

Dejé a Javi sentado y apoyé su espalda en la fachada de uno de los pisos de la plazoleta; luego fui a auxiliar al Paellas y lo acomodé a su lado.

—¿Se puede saber qué ha pasado? —les pregunté.

—Gitano y su banda, han sido ellos —me respondió Javi.

—Están desatados —añadió el Paellas.

—Pero ¿por qué os han pegado?

—El Paellas y yo jugábamos en el descampado a las canicas, cuando vemos que llegan Gitano y su banda. Tenían pinta de ir hasta arriba de porros y de cerveza. Nos quitaron todas las canicas, y, como comprenderás, se las entregamos sin rechistar. Pero, entonces, exigen que nos vaciemos los bolsillos y, al ver que yo llevaba cromos de la nueva temporada de fútbol, me los intentaron robar también. Como los cromos no se los pensaba dar, salimos el Paellas y yo por patas. —Se dolió de la barriga; por lo que parecía, no solo le habían caído golpes en la cara—. Como puedes comprobar, no llegamos muy lejos. Nos pillaron por banda en la plazoleta. No contentos con quitarme los cromos, nos rodearon y se cebaron con nosotros.

—Nunca se les sisa a los del barrio —dije, indignado.

—Pues ya ves —me contestó el Paellas.

—¿Estaba Sebas con ellos? —pregunté.

—Sí, el muy mamonazo fue el que más me pegó —contestó el Paellas.

—Además —intervino Javi—, les dijo que, si se habían quedado con ganas, él sabía de un sitio en el que sacar una buena tajada sisando; supuse que era esa isla del tesoro de la que hablaste y que no pude sonsacarte.

Al escuchar a Javi, sentí un escalofrío por la espalda.

—Decirles a vuestros padres que os curen esas heridas, no parecen graves —les dije a la vez que me daba media vuelta.

—¿Dónde vas? —me preguntó Javi.

—¡A la isla del tesoro! —le exclamé.

—¡Si apenas puedes andar! —me gritó el Paellas.

—¡Si no tuviera más remedio, iría a gatas! —les respondí y marché renqueante.

Sergio: descontrol

El malva iba tomando protagonismo en el cielo. El calor no era problema, el fuerte viento de poniente enfriaba el ambiente de tal manera que hasta eché en falta una chaqueta. Me concentré en el chasquido de juncos y ramas para no pensar en el dolor que me atravesaba como un rayo el tobillo por cada paso que daba. Salí con tal impulsividad hacia el Barrio Rico que ni me planteé que, quizá, lo más inteligente hubiera sido informar de la situación a Fran.

Mi cabeza no paraba de atormentarme mientras avanzaba con lentitud por aquel camino de tierra. Me imaginaba al Chino apalizando a Lucas, y a Pancho haciendo lo propio con Mateo; al lado de estos, Gitano empuñaba su navaja con la intención de rebanarle el cuello a Borja; mi mente recreó también a Moni escapando de Gitano y su banda, quienes se abalanzaban sobre ella como sombras.

Aceleré todo lo que pude emitiendo un grito de dolor. Tenía que llegar lo antes posible.

En el parque del Barrio Rico no había un alma. La noche estaba a punto de ganarle el pulso al atardecer. Miré mi Casio. Los días se acortaban. Las farolas, aun con la oscuridad creciente, no desparramaban su luz por el cuidado césped ni por la pérgola que sujetaba las ramas colgantes ni por la fuente de forma indeterminada. Todo estaba envuelto por un mal rollo que no me gustaba en absoluto. Era como si aquel lugar me anticipara, a su manera, que algo malo había pasado o iba a pasar.

Mi dirigí cojeando a casa de Borja. La noche cayó sobre mí con todo su peso. Levanté la mirada hacia una de las farolas: seguía apagada. «Aún no han ajustado el horario de encendido», pensé.

Toqué al timbre. Esperé unos minutos. No abrió nadie. Volví a tocar. Escuché pasos acercándose, se abrió la puerta y apareció una mujer algo mayor que mi madre con una cara en la que ya no cabía más maquillaje. Recibí un bofetón de perfume dulzón.

—¿Tú eres uno de esos barriobajeros? —me preguntó arrogante.

—Buenas noches, venía …

—Sí, tienes pinta de ser uno de ellos —me interrumpió—. Ya puedes darte media vuelta si no quieres que llame a la policía. Este barrio no es sitio para escoria como vosotros. Sois carne de reformatorio. No quiero que te acerques más a mi hijo, él aún no entiende que toda la gentuza es igual.

Cerró de un portazo.

Me quedé desconcertado, así que hice lo que la madre de Borja me dijo. Mientras deshacía mis pasos, escuché a alguien chistarme, me di la vuelta y las farolas se encendieron. «Este lugar me está hablando», pensé inquieto.

Volvieron a chistarme y reconocí su procedencia: la ventana de la habitación de Borja. Me dirigí con mi cojera. Borja asomaba medio cuerpo por la ventana. Al verle varias tiritas en la cara, entendí por qué su madre me había hablado de aquella manera.

—Oye, Flubber —me dijo, susurrando.

—Borja, lo siento, he llegado lo antes posible. ¿Estás bien?

—*Shí*, tranquilo, no *esh* grave. *Lucash* ha *shalido* peor parado. *Shus padresh* lo han tenido que

llevar al *hoshpital*. Uno de *ellosh* le dio una patada en el *eshtómago* y no paraba de *dolershe*.

—¡Joder!

—No *gritesh*. *Shi* mi madre me pilla hablando contigo…

—Ya me he dado cuenta. El recibimiento que me ha hecho no ha sido muy amable. —Tomé aire—. Entonces, ¿se han pasado mucho?, ¿quiénes estabais?

—*She* han *pashado bashtante*. *Eshtábamos* Mateo, *Lucash* y yo. *Nosh* han dado a *losh tresh*, pero, como te he dicho, *Lucash* parece el peor parado.

Nos miramos sin decir nada, parecía que Borja sabía lo que estaba pensando.

—*Shebas* iba con ellos —continuó—. Fue cruel. *Nosh* robaron todo lo que *llevábamosh* encima. Cuando *penshábamos* que *she* marchaban, llegaron los *golpesh*. No pararon *hashta* que *she cansharon*.

—Mierda, Borja. No sé qué decir ni hacer. Esto se ha descontrolado. ¿Y Moni?

—Ha tenido *shuerte*. Creo que había quedado *eshta* tarde con Fran. Hay que *avisharles*.

—¿Cuándo se han ido Gitano y su banda?

—Vaya nombre para un jefe… No hace mucho, una media hora *másh* o *menosh*.

—Es extraño, debería de habérmelos cruzado…

—Mala *cosha*. Lo *mishmo eshtán* por aquí rondando.

—Me siento responsable de todo esto.

—Tú no *tienesh* culpa. Han *shido* ellos, el tal Gitano *eshe* con *shu* banda, y, *shobre* todo, *Shebas*.

—Está muy confundido.

—*She* ha *pashado* de la raya con *noshotros*, Flubber.

Cavilé unos segundos sobre la situación de Sebas.

—Bueno, Borja, me tengo que ir. Cuando llegue a casa, llamaré a Lucas. Hablamos mañana.

—No puede *sher*, Flubber.

—Vale, te llamo en un par de días…

—Tampoco. Mi madre quiere que corte *relacionesh* con *todosh vosotrosh*.

—Cuando dices *«con todos vosotros»*, ¿te refieres a la gente de mi barrio*?*

Movió la cabeza, afirmativo.

—Sabes que Fran y yo no somos como ellos.

—Lo *shé*. *She* lo he dicho a mi madre, pero ella *esho* no lo entiende.

—¿Entonces?

—*Entoncesh* nada. No *podemosh sheguir shiendo amigosh*.

Nos quedamos los dos callados.

—Puedo intentar hablar con tu madre si quieres.

—*Imposhible*. No te *puedesh* hacer una idea de cómo *she* ha *pueshto* cuando me ha *vishto* la cara llena de *moretonesh*, y *eshpera* a que me quite la *camisheta* delante de ella. Tampoco *she* te ocurra llamar a *Lucash* o a Mateo: *mishma shituación*.

—Es una putada.

—Ya.

Alargué el brazo y extendí la palma; él me copió y los dos hicimos el gesto de chocar la mano al aire. A Borja se le enrojecieron los ojos.

—Flubber.

—Dime.

—*Hash shido* un buen colega.

Asentí con la cabeza. Decidí hablarle con sinceridad. No sé dónde había oído o leído algo así

como: *lo que del corazón sale al corazón llega.*

—Tú has sido como un hermano para mí.

No me contestó, se quedó quieto, mirándome con los labios apretados y sin pestañear.

Me di media vuelta y, cuando me aseguré de que Borja no me veía la cara, rompí a llorar.

Lola: soy así

Los tratamientos médicos, el legrado y los días de ingreso hospitalario me habían destrozado. Pero lo peor botaba en mi cabeza.

«Ya no estaba embarazada, ya no estaba embarazada».

Desde entonces, la relación con Carlos se había enfriado. Las miradas cómplices, los paseos, las caricias, las bromas, el sexo: todo había desaparecido. La distancia había aumentado. La amenaza de la soledad había vuelto a cernirse sobre mí. Habían regresado la depresión y el miedo.

Arrastraba los pies por la calle, sin rumbo. No quería ver a Carlos ni a Sergio; a decir verdad, no me apetecía estar con nadie. Me abroché un botón más de mi *cardigán*, el aire de poniente venía fresco y yo ahora no es que tuviera el sistema inmunológico muy boyante.

—¿Lola, eres tú?

Si algo no necesitaba en este momento era escuchar la voz de Valerio.

Dejé de caminar y él repitió la pregunta. Su voz era masculina pero melosa. Giré la cabeza, me quedé de espaldas a él. Allí estaba, con una camiseta Nike azul marino impoluta, pantalones vaqueros ajustados, el pelo suelto a la altura de los hombros y su sonrisa Profidén.

—Sí, Valerio, soy yo. Con qué rapidez borras de tu memoria las caras que ya no te importan —le respondí mirándolo por encima del hombro.

—¡Ey, ey, ey, Lola! Vengo en son de paz. —Me rodeó y se colocó enfrente. Me miró de arriba abajo—. Ya me he enterado de que has estado ingresada en el hospital. —Bajó el tono de voz y se puso la mano en el pecho en un gesto de falsa compasión—. Quería llamarte para saber cómo te encontrabas, pero temía que el contacto no fuera lo más adecuado después de lo nuestro.

—Hiciste bien. No era lo más adecuado —respondí, cortante.

—Tienes mala cara… Disculpa…, no es que estés fea, tú nunca has sido fea, solo que se te ve triste. —Parecía inseguro y no paraba de mover los brazos mientras hablaba.

—La verdad es que necesito algo de tiempo para recuperarme del embarazo, o, mejor dicho, del no embarazo.

—Es lógico —me dijo—. Ha tenido que ser algo muy duro para ti y para tu…

—Marido, para mi marido.

—Eso…, Carlos, si no me equivoco, tu marido. —Rio nervioso.

—Tengo que irme —dije.

—Espera, Lola. —Me cogió de la mano, clavé mis ojos en ella y me soltó—. No te vayas aún. Y… ¿cómo te va con Carlos?

—¿Cómo te va a ti con la niñata por la que me dejaste?

Vaciló unos instantes.

—Lola —volvió la risa nerviosa—, eso es agua pasada. Nada importante.

—Pues los alumnos de tus clases de aeróbic no me decían eso.

—Lola, parece mentira. Son chismes. Sabes de sobra que a los alumnos les gusta hablar más de la cuenta, y, si es sobre el monitor, más aún.

—Ya encontrarás a otra.

—Lola, no me gusta verte triste.

—Yo soy la primera que no quiero la tristeza en mi vida, pero las circunstancias son las que son.

—Me reafirmo en lo de guapa. Triste, pero tu belleza no disminuye un ápice. Eso es marca de la casa.

—No empieces, Valerio. Me has hecho pasarlo muy mal.

—No te puedes imaginar cuánto me arrepiento. —Dio un paso hacia mí.

—Me voy. —Lo esquivé y avancé rauda.

—¡Lola! —exclamó.

—¡Qué! —le grité malhumorada.

—No te enfades, solo quería invitarte a la clase de aeróbic de mañana. Te despejará. Piénsatelo. Sabes que te vendrá bien.

Me marché con pasó ligero.

Después de encontrarme con Valerio, no estaba muy segura de si realmente no me apetecía estar con nadie.

Sergio: el miedo por la tristeza

«Ya no me da miedo», pensaba conforme avanzaba con lentitud por el camino flanqueado por juncos en casi una total oscuridad. El viento había amainado, pero el fresco que arrastraba se había quedado.

«Ya no me da miedo atravesar Las Cortijadas de noche», volví a pensar. Sin embargo, el espacio que había dejado el miedo lo había ocupado la tristeza. Había perdido a Borja como amigo y muy probablemente también a Lucas y a Mateo. «El grupo ya es historia».

El tobillo ya no me dolía tanto; quizá la tristeza achicaba el dolor físico, o podía ser que, de tanto forzar, el tobillo se hubiera hartado de avisarme de que no estaba bien.

Tenía claro qué hacer en cuanto llegara a mi barrio: poner al tanto a Fran de lo que acababa de suceder. Él sabría qué medidas tomar.

Me estremecí. Dejé de caminar. Escuché pasos tras la muralla de juncos. «Mi padrastro, es él», pensé de inmediato. No llevaba la dichosa linterna, apenas distinguía lo que se encontraba a escasos metros. Pasos a mis espaldas. Me giré y no había nadie, o, mejor dicho, no veía nada. «¿Será Carlos capaz de hacerme algo por mi amenaza?», me pregunté.

Miedo. Sí, miedo. El que creía olvidado, el que creía reemplazado. La respuesta a la pregunta que me había formulado resonaba en mi cabeza: «Carlos es capaz de todo; lo sabes, lo has calado, tu radar nunca falla, no intentes engañarte; si los pasos son de Carlos, estás bien jodido». Respiración acelerada. Músculos en tensión. Calor en el pecho.

—Te esperábamos, Tocinetas —me dijo susurrante Gitano.

Emergieron entre los juncos figuras fantasmales. Al principio, amenazantes masas negras sin forma; al aproximarse, pasaron a convertirse en Pancho, el Chino y Sebas.

—¿Qué queréis? —les pregunté, hostil.

—Queremos muchas cosas —me dijo el Chino, sonriendo.

Gitano miró al Chino inquisitivo y este bajó la cabeza.

—Oye, Tocinetas, ¿tú sabes en realidad quién es la pija esa con la que está enrollada tu amigo? —me preguntó Gitano, extrañamente amable.

—Claro, es Moni —respondí, oliéndome la tostada.

—¿Sabes que la Moni esa controla la venta de marihuana de varios institutos de Mardulce? —preguntó Gitano.

—No. —El pánico tocaba a mi puerta.

—No me jodas, Tocinetas. Sebas ya me ha dicho que viste que guardaba la pasta por aquí, en Las Cortijadas —me dijo, subiendo el tono.

—Seguro que donde guarda el dinero también tiene toda la hierba —añadió Pancho.

Miré de reojo a Sebas y me esquivó. Lo conozco, no le gustaba lo que ocurría, pero el mamón lo había provocado.

—¿Dónde está el escondite? —me preguntó Gitano con voz melodiosa.

—Me oriento como el culo, no sé llegar. Sebas ya lo sabe —respondí manteniendo la compostura, aunque por dentro me estaba desmoronando.

Gitano me observó pensativo. Asintió con la cabeza y de forma brusca giró para mirar a Sebas.

—Flubber, no alargues esto —me advirtió Sebas—. Créeme que no te interesa. Sé que conoces

el lugar. Suéltalo y te dejaremos tranquilo. —Se dirigió a Gitano—: ¿Verdad?

—Claro —dijo Gitano mientras se encendía un cigarro. El destello del mechero resplandeció en la oscuridad—, hasta te ayudaré a llegar a tu casa. Con esa cojera, tardarás mucho. No somos tan malos como te piensas.

Toda la banda se fijaba en mí. Expectantes. En silencio. Como buitres revoloteando sobre un ratón malherido.

—Os digo la verdad. No lo sé —insistí.

Sebas bajó la cabeza, abatido. Se escucharon resoplidos de decepción. Gitano dio una calada al cigarro, lo lanzó con fuerza, agarró a Sebas de la pechera y le dijo:

—Oye, ese gordo me está impacientando. Si lo que me has dicho es cierto, ya puedes hacerle soltar la lengua; si no, el que lo va a pasar mal vas a ser tú.

—Tranquilo, Gitano, tranquilo —le intentó apaciguar Sebas. Yo me encargo. Puso sus manos sobre las de Gitano y se las separó de la pechera, cauteloso. Luego, se acercó a mí con pasos cortos y negando con la cabeza—. ¿Qué estás haciendo, Flubber? —me dijo—. ¿Acaso quieres que Gitano nos arregle la cara?

—No, Sebas —le contesté—: ¿qué estás haciendo tú? ¿Cómo has sido capaz de pegar a Borja, Mateo y Lucas? ¿Sabes que Lucas ha tenido que ir al hospital? —Sebas se movió inquieto—. Habéis sisado a Javi y al Paellas, incluso les habéis dado una paliza. La norma no permite sisar a los de tu propio barrio. Y ya la repanocha: vas y les cuentas a estos el asunto del dinero de Moni. ¿Qué narices te pasa en la cabeza, Sebas? Tú no actúas así; pese a todo, siempre has tenido lealtad y principios…

—Vaya, vaya…, pese a todo, ¿no? —me dijo Sebas entrecerrando los ojos—. Es que yo no soy como Fran ni como tú, ese es el pese a todo. Vosotros estudiaréis, encontraréis un buen trabajo y saldréis de la pocilga de barrio donde vivimos; pero qué digo, si Fran nos abandona bien prontito; yo, sin embargo, y pese a todo —endureció su rostro—, me pudriré en el barrio.

»No, yo no soy como vosotros, me lo dejáis claro muy a menudo. Os gusta, disfrutáis demostrando que no estoy a vuestra altura. Ellos —señalo a Gitano y su banda— vienen de la calle, como yo. Pese a todo —esbozó su sonrisa pícara—, mis problemas son los suyos, y los suyos, los míos. Cuando os vayáis, ellos se quedarán aquí, conmigo. Soy como ellos. Y, Flubber, tú y Fran no es que seáis los más indicados para hablar de lealtad. Si hay alguien a quien deba lealtad es a ellos.

—No, Sebas, has malinterpretado mis palabras. Tú no perteneces a esa banda, eres nuestro amigo; comprendo que ahora estés confundido…

—No comprendes nada, Flubber —me interrumpió escupiendo las palabras.

—¡Se os acaba el tiempo! —nos gritó Gitano.

—Fin de la cháchara, Flubber. Dime dónde está el puto dinero —me ordenó Sebas.

—No te lo pienso decir, Sebas —le contesté, movido por una mezcla de terror y furia.

La compasión apareció en su cara, pero se fue con la misma rapidez con la que pasan las perseidas, dejando una estela de rabia. Su puño trazó un arco en dirección a mi cara. Mi mano lo bloqueó muy cerca de conseguir su objetivo. El otro puño de Sebas voló, está vez más rápido y más descontrolado que el anterior. También lo bloqueé con mi otra mano.

Nos quedamos en esa posición: él, empujando con sus puños; y yo, intentando despegarlos de mí lo máximo posible. Parecía que sus ojos se le iban a salir de las órbitas. Veía la incredulidad en ellos: no entendía cómo yo, Flubber, me estaba enfrentando a él; no comprendía que no pudiera someterme. Con toda mi fuerza empujé sus puños, me liberé. Sebas trastabilló hacia atrás y por poco no cayó al suelo.

—Se acabó el espectáculo —nos dijo Gitano caminando hacia nosotros—. Sebas, qué vergüenza que te chulee este. —Se colocó delante de mí y sacó la navaja. La adrenalina del momento me mantuvo en pie—. O me dices dónde está el dinero o te rebano el pescuezo —me dijo señalándome con la navaja.

El pánico dio un empellón a la adrenalina y tomó el control. «Este me mata», pensé. La entereza que había mostrado —con mucho esfuerzo— hasta ese momento, se vino abajo como un castillo de naipes.

—Vale, vale, te lo digo —le dije aterrado y levantando los brazos—: seguid recto por el camino de tierra, unos quince minutos más o menos; en el momento en que veáis una piedra roja en el borde derecho del camino…

—Mejor, nos acompañas —me interrumpió Gitano—, por si acaso. —Se guardó la navaja en el interior del pantalón, supongo que dentro llevaría una funda—. Chino, ayúdale, que no quiero tardar un siglo en llegar. —Luego encendió una linterna cuyo haz de luz se proyectó directamente en Sebas—. Estoy cansado de tantas gilipolleces. Como el Tocinetas este nos mienta, tanto él como tú no olvidaréis esta noche en vuestra jodida vida.

Sergio: sorpresa

La luz de la linterna nos guiaba a los cinco. Al descubrir la piedra roja, les indiqué que teníamos que salir del camino. El Chino —no sin protestar— me ayudó a bajar por el desnivel que había tras los juncos.

—¡¿Hacia dónde?! —me exigió Gitano.

Solté el hombro del Chino y me dirigí hacia Gitano. Le pedí la linterna, me la dio, y reanudé la marcha liderando al grupo. Después de zigzaguear entre árboles, arbustos y latas de refrescos, apunté con el cañón de luz hacia una figura ancha situada en la zona donde se ubicaba el escondite. Me quedé congelado al reconocer la figura: Moni y Fran abrazados, morreándose y con las manos perdidas entre las ropas del otro.

—¡Qué sorpresa! —exclamó Gitano arrebatándome la linterna.

Dirigió el haz de luz hacia las caras de Fran y Moni. Estaban pasmados, como conejos que cruzan una carretera de noche y se quedan petrificados mirando los faros del automóvil que los va a atropellar.

—¿Le tocabas las tetas? —preguntó Gitano, malicioso. Fran retiró los brazos del interior de la camiseta de Moni con un movimiento brusco.

Chino y Pancho se rieron con la típica sonrisa de merluzo.

—Sentimos mucho la interrupción —le dijo Gitano mientras paseaba alrededor de la pareja apuntándoles con la linterna.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunto Fran, agresivo.

Moni me clavó sus ojos pardos.

—No te pongas nervioso —dijo Gitano—. Después de haber estado tocándole los melones a esta, yo no lo estaría.

Fran se acercó decidido hacia Gitano y le dijo:

—No se te ocurra faltarle al respeto.

Gitano se rio a carcajadas y le dijo a su banda en voz alta:

—¡Es un macho alfa! Primero, le toca las tetas a su novia y luego, con la pichorra bien dura, defiende el honor de su hembra.

—¿A qué habéis venido? —preguntó Moni.

—¡Muy bien! —dijo Gitano—. Eres tú la que tienes que hablar, no el macho alfa. Dime dónde está el dinero y la hierba que tienes guardada —le exigió. Desapareció el tono juguetón con el que había estado hablando desde que habíamos llegado—. Si no me lo dices, se lo saco al Tocinetas. Hasta ahora nuestra colaboración ha sido muy satisfactoria —comentó sonriendo.

—Me diste tu palabra, Flubber —me dijo Moni. Sentí que algo dentro de mí se rompía.

Gitano me miró amenazante y me preguntó:

—¿Dónde está?

Tragué saliva, estaba acojonado.

—Detrás de ellos, en el suelo, verás una piedra roja. Solo hay que levantarla.

Gitano hizo un gesto con la cabeza y, de inmediato, Pancho, Chino y Sebas acudieron al lugar. Después del ruido de mover la piedra, Chino dijo:

—Joder, la cartera esta no hay quien la abra.

—Déjame a mí —respondió Pancho.

Unos segundos después, dijo Pancho, emocionado:

—Gitano, aquí hay mucha pasta.

—Y un montón de hierba —añadió el Chino.

—Escúchame, pija —le dijo Gitano—, desde esta misma noche, nosotros te sustituimos en la comercialización de hierba. Esos institutos son nuestros.

—¡Y una mierda! Todos esos clientes me los he ganado a pulso. No vas a venir tú ahora a quitármelos —respondió Moni, enfurecida.

Gitano resopló.

—No quería llegar a este punto, pero la pija de los cojones no me da otra opción —dijo Gitano al aire con resignación y volvió a hacerle al resto de la banda un gesto con la cabeza.

El Chino, al percatarse de la señal, empujó a Fran, quien dio varios pasos hacia atrás manteniendo el equilibrio de manera precaria, pero al final cayó al suelo al ponerle Pancho la zancadilla por detrás. El Chino se lanzó rápido y lo agarró de las piernas, Pancho lo inmovilizó por los brazos.

—¡Soltadme! —exclamó Fran desde el suelo.

—¡Sebas, venga! —le ordenó Gitano.

Sebas se apresuró y ayudó a inmovilizar a Fran.

—¿Pija? —le preguntó Gitano.

—¡Sois unos cabrones! —vociferó Moni—. ¿Queréis quedaros con la venta de *maría*? ¡Toda vuestra! Todos mis clientes son vuestros, pero soltad a Fran ahora mismo.

—Pija, si te vemos merodear por los institutos, volveremos y os haremos picadillo, ¿entiendes? —advirtió Gitano.

—¡Sí, pero soltadlo ya! —exigió Moni, desesperada.

—No estoy seguro de que estos dos hayan aprendido la lección. Chino, ¿no crees que deberíamos asegurarnos de que han recibido el mensaje?

Chino asintió.

—¿Qué vais a hacer? —preguntó Moni, angustiada—. Ya tenéis el dinero y la droga, y os estoy dando mi palabra de que no apareceré por los institutos; incluso os presentaré a los clientes…

—Eso lo daba ya por hecho —le dijo Gitano—, pero, pija, aunque parezca mentira, esto me duele a mí también. He tenido que amenazarte inmovilizando a tu novio para que cedieras. Esto no puede ser así, no puedo permitir esta hostilidad. Como diría Jero: el negocio es muy importante. ¿Verdad, Sebas?

—Verdad —le respondió Sebas con voz apagada mientras agarraba a Fran de los brazos.

—Chino, Pancho, Sebas, enseñad respeto —dijo Gitano, solemne.

Entre los tres levantaron a Fran del suelo. Chino dio instrucciones a Sebas para que agarrara a Fran por la espalda; cuando lo hizo, Pancho y Chino se colocaron frente a él. Aquí comenzó el peor momento que había vivido hasta entonces.

Pancho lanzó un puñetazo en el estómago de Fran, quien encorvó la espalda al recibirlo. Chino le abofeteó varias veces seguidas. Luego Pancho le pegó un par de puñetazos en las costillas, y el Chino, sin apenas darle tiempo para recuperarse, arremetió con un gancho en la barbilla. Pancho le dio un directo en toda la cara. La linterna, que apuntaba a la cara de Fran, mostraba cómo la sangre se derramaba desde la nariz.

Siguieron con los puñetazos, no le daban cuartel. Moni se abalanzó sobre el Chino, pero este, con una sonrisa dibujada en la cara, la agarró del brazo y, como el que se quita una hormiga del pantalón, la empujó y ella cayó de boca al suelo. Después, Chino siguió golpeando a Fran, que

no caía al suelo porque Sebas lo sostenía. Fran parecía un muñeco de trapo. Moni volvió a la carga, esta vez hacia Pancho, con quien forcejeó unos segundos. Pancho perdió la paciencia y la abofeteó y la empujó; Moni acabó otra vez en el suelo, llorando de impotencia.

—Chino, Pancho. Ya vale, le hemos dado suficiente —dijo Sebas. Su cara era un mapa de lo que sentía.

—¡No! —exclamó Gitano.

—Gitano, mira cómo está —le dijo Sebas soltando a Fran, que cayó al suelo como un saco de patatas.

—¿Quién cojones da las órdenes aquí, Sebas? —le preguntó Gitano.

—Está inconsciente… —le dijo suplicante Sebas.

—¿Qué pasa, Sebas? —le preguntó Gitano—. ¿Estás conmigo o con ellos?

—Pero Gitano… —intento explicar Sebas.

—¡Contéstame! —exigió Gitano impaciente mientras se acercaba a él.

—Estoy contigo, Gitano —respondió con un hilo de voz.

—Bien —dijo Gitano—. Levántalo.

Entre Sebas y el Chino lo levantaron del suelo. Gitano le dio la linterna a Pancho, luego agarró con el dedo índice y pulgar la barbilla de Fran.

—¿Ahora qué, chulito de mierda? —le preguntó al cuerpo inconsciente de Fran. Luego, le atestó un puñetazo en la mejilla izquierda. Fran abrió los ojos como el que sale de una pesadilla —. ¿Dónde está el macho alfa?

Gitano lo golpeaba, estaba fuera de control. Puñetazos en la cara, en las costillas, en el estómago, en la barbilla, patadas a las rodillas. Fran no parpadeaba, solo emitía sonidos guturales.

Moni se levantó y empujó a Gitano por la espalda. Este se dio la vuelta con la cara desencajada por la furia y la abofeteó. Moni cayó de lado al suelo.

—¡Hija de puta, que no se te ocurra ir a la policía porque sé dónde vives con tu papá y tu mamá! Te juro por Dios que antes de ir a la trena acabo con tu familia.

Gitano se volvió hacia Fran y continuó apaleándole sin piedad.

Moni me miró, llorando de desesperación y rabia, y me gritó.

—¡Flubber, haz algo!

Yo sufría un ataque de cobardía de los que no recordaba hacía tiempo. Todo mi cuerpo estaba rígido. El aire entraba en mis pulmones a trompicones. El miedo se encontraba en todos y cada uno de los centímetros de mi ser. Era incapaz de pensar o hacer nada.

—¡Flubber, ayuda a tu amigo, lo van a matar! —los gritos de Moni me llegaban lejanos. Escuchaba el sonido de los golpes. Veía a Fran tambalearse.

«Haz algo, Sergio, ayuda a Fran», pensaba, pero mi cuerpo no reaccionaba.

Gitano paró de pegarle y dijo jadeando.

—Aquí ya hemos terminado, suelta a este desgraciado.

Fran volvió a caer al suelo a plomo. Estaba inconsciente, otra vez.

Moni y yo nos quedamos solos con Fran. Ella acudió rápida a auxiliarle. Yo, al ver que Gitano y su banda se habían marchado, me tranquilicé y conseguí dar los pasos necesarios hasta llegar al lugar donde Fran estaba tendido. Me manché la zapatilla de sangre. Al acercarme y comprobar el estado en el que se encontraba, me sentí miserable y mezquino. Todo había sido culpa mía.

Carlos: hablar

El cielo parecía agua de fregar. No hacía calor, tampoco frío. Cerré la ventana.

Me senté en el sofá. Desconocía el paradero de Lola. Antes del embarazo ectópico era impensable que no supiera dónde estaba, lo más probable habría sido que ni siquiera hubiera tenido que plantearme tal cuestión, ya que seguramente estaría conmigo.

Entró Lola a casa. Iba vestida con ropa deportiva: *leggins* negros ajustados, camiseta de color burdeos de algodón fino con tirantes y el pelo recogido en una cola. Pareció sorprenderse al verme. Sin mediar palabra se sentó en una silla, la más alejada de mí.

—¿Por qué no te sientas a mi lado? —le pregunté.

—Acabo de hacer deporte, apesto.

—Me gusta tu olor a sudor.

—No seas guarro, Carlos.

Me hablaba cabizbaja.

—No sabía que habías retomado el ejercicio. ¿Puedes practicar deporte después de…?

—Sí, Carlos. Puedo practicar deporte después de abortar —afirmó, mohína.

Consideré durante unos minutos la manera de plantearle el asunto que tenía en mente desde hacía días.

—Lola, tenemos que superar el golpe que hemos sufrido.

Ella rio escéptica. Se levantó y encendió la radio. Era como si quisiera llenar el salón de sonidos que taparan las palabras que iban saliendo de mi boca. «Pintan bastos», pensé.

Lola se volvió a sentar en el mismo sitio. Colocó las manos sobre su regazo y se miró los pies.

—Llevas varias semanas esquivándome —le dije.

Se llenó los pulmones de aire, levantó un poco la barbilla y me dijo:

—Carlos. Tenemos que hablar.

Se escuchaba la música de fondo que salía de la radio: «Ella no quiso ni mirar. Nunca daría marcha atrás. Una y no más, santo Tomás».

—Soy todo oídos, Lola.

El chirrido de bisagras nos interrumpió. Acababa de llegar el malnacido. Seguía cojeando.

—Hola —saludó con desgana Sergio—. Mamá, ¿puedo hacer una llamada con el teléfono de tu dormitorio? —le preguntó.

—¿Cómo va el tobillo? —quise saber.

—Mejor —respondió, seco—. ¿Puedo llamar o no? —insistió.

—¿Por qué no llamas con este? —inquirió Lola señalando el teléfono del salón.

—Déjalo, mujer, se habrá echado una novieta y querrá intimidad —dije, sonriente.

Sergio me miró y resopló. Me daba la sensación de que se encontraba afligido.

—Vale, haz lo que te dé la gana —le dijo Lola—. Pero no toques nada.

Sergio se marchó hacia el pasillo y cerró la puerta del dormitorio al entrar.

—Estoy esperando, Lola.

—He vuelto con Valerio.

«Cómo pudiste hacerme esto a mí», decía la canción.

—¿Te has vuelto a matricular en sus clases de aeróbic?

«Yo, que te hubiese querido hasta el fin», continuaba cantando Alaska.

—No, bueno…, sí. Pero no es eso. He vuelto a salir con él.

—¿En una relación?

—Joder, Carlos, qué difícil me lo pones. Lo que te quiero decir es que me lo estoy follando. ¿Lo entiendes ahora?

«Sé que te arrepentirás», se escuchaba en la radio.

Me quedé callado. No me destrozó. No consideraba a Lola una traidora. Sus infidelidades no significaban gran cosa antes ni tampoco ahora. En todo caso, sentía pena, ya no volvería a disfrutar de los días enteros junto a ella. Siempre se había portado mal conmigo, pero estar con ella me encantaba y, por lo que me acababa de decir, eso se había terminado. También era gratificante el acostarme con ella. El demostrarle con cada embestida que no era el mindundi que creía. Pero eso también se había terminado.

—Pues, Lola, es una pena —le dije sin cambiar mi expresión.

«¡No, no me arrepiento, volvería a hacerlo…!».

—Mañana iré a un abogado. Es importante que pongamos ambos de nuestra parte para llevar esto lo mejor posible —me dijo.

—¿Para qué queremos un abogado?

—Para qué va a ser, para el divorcio.

—Pero ¿por qué nos vamos a divorciar?

«…y todo terminó entre ellos de repente».

Carlos: advertencia

La nueva situación con Lola me estaba sentando peor de lo que había imaginado en un primer momento. Ella era un cordero con piel de lobo: bajo su aspecto aguerrido se encontraba una mujer sensible y frágil. Necesitaba amor y cariño todos los segundos de su vida. Valerio la complacería sexualmente, pero en el aspecto sentimental no le daría lo que necesitaba. «Esta Lola…, qué equivocada está», pensé.

El tiempo de caricias, comprensión y cariño mutuo que había compartido con ella me había hecho comprender que deseaba su felicidad, aunque eso significara que me dejara por Valerio. No quería que Lola sufriera, aunque eso me diera la posibilidad de recoger sus restos. «La quiero. Siento un amor verdadero por ella», pensé convencido.

Este asunto me hizo abusar de mi nuevo tratamiento, así que me dispuse a ir al almacén del Club Miami a por más.

—¡Vaya, no te esperaba tan pronto! —exclamó Jero sentado en una silla de plástico.

A su lado se encontraba el mismo armario empotrado de las otras veces. El almacén estaba más iluminado que la última vez. Miré al techo y comprobé que habían cambiado la bombilla: ahora era fría. Lo que no había cambiado lo más mínimo era el olor a mezcla de bebidas.

—Toma —le dije a la vez que arrojaba el dinero sobre el gordo de la Cruzcampo.

—Camilo, ¿esto qué es? —le preguntó Jero al armario empotrado mientras señalaba el dinero.

—Insuficiente —le respondió, serio.

—Ya has oído a Camilo. —Jero hizo un gesto de desdén con la mano para indicarme que no quería el dinero.

—Jero, cada vez que vengo me subes el precio —le indiqué.

—Estimado cliente, esto es un negocio serio, ¿verdad, Camilo? —El armario empotrado asintió —. Te voy a explicar lo que significa la oferta y la demanda —me dijo pretencioso—: la demanda, en este caso, tú, se ha incrementado de manera sustanciosa en muy poco tiempo; vamos, que te drogas más. Por otro lado, la oferta —se señaló— se mantiene estable. Pues eso, que tengo que subirte el precio.

—¿Cuánto falta? —pregunté.

Jero ladeó la cabeza de un lado al otro con expresión pensativa.

—Esto —Jero señaló el dinero— es una tercera parte de lo que vale la mercancía que quieres —aclaró.

—¿Cómo? —pregunté incrédulo—. ¿Es que has perdido la cabeza?

Jero me miró cavilante unos segundos.

—Yo te estoy hablando con respeto, así que tú me hablarás con respeto también —me advirtió, suntuoso.

Me percaté de cómo el armario empotrado daba un paso y endurecía su rostro.

—No me puedes hacer esto. Si comparamos lo que me cobraste la primera vez con respecto a lo que me quieres cobrar ahora…, ¡casi me estás quintuplicando el precio! —exclamé exaltado.

—¡No te pases! —me avisó Jero—. Si quieres la mercancía, ya sabes cuánto vale. Si no, ahí tienes la puerta. —La señaló, molesto.

La situación era injusta, y yo ya no era aquel pusilánime de tiempo atrás. «No permitiré que se aproveche», consideré.

—Eres un mal empresario. —Le señalé con el dedo índice. Los latidos de mi corazón me explicaban lo alterado que me encontraba.

Jero se levantó con el rostro contrito. El comentario que le acababa de hacer, al parecer, no le había sentado muy bien.

—Camilo, acompaña amablemente al cliente a la salida —pidió.

Camilo me agarró por los hombros, noté la fuerza de sus brazos. Me removí con vigor de aquellas manazas y lo empujé. No conseguí desplazarlo ni un centímetro. El armario empotrado volvió a lanzarme sus garras, pero di un quiebro rápido y lo esquivé. Me abalancé hasta donde se encontraba Jero y, como un toro que se prepara para embestir, lo encaré apoyando mis manos sobre la mesa.

—Entérate —le bisbiseé a Jero—: de aquí me voy con la droga en mi bolsillo. Ya te advertí que no jugaras conmigo. No me conoces lo más mínimo. No sabes lo que puedo llegar a hacerle a un traficante de poca monta como tú.

Jero me miró con ojos curiosos.

—Al final vas a ser un tipo duro, ¿eh? —comentó.

Me enderecé.

—Trinca la pasta y dame la droga. —le exigí.

—Mira, descerebrado —me dijo muy sereno—, vas a tener suerte y voy a ser paciente contigo. Date la vuelta y vete —me dijo cortante.

No me moví un ápice.

—Haz el favor de irte —insistió.

—En cuanto me des las pastillas me iré —contesté.

Jero repiqueteó con la yema de los dedos sobre el brazo del gordo, el que sostenía la jarra de cerveza.

—Está bien —concedió—. Has demostrado que los tienes bien puestos; eso lo respeto.

Le dio el dinero a Camilo y este sacó detrás de una caja de tercios de Mahou una bolsa transparente con las pastillas. Me la dio.

—Ha sido un placer hacer negocios contigo —me dijo Jero en tono de despedida.

Afirmé con la cabeza y me dirigí hacia la salida. A mitad de camino, comprobé que tanto Jero como el armario empotrado no se habían movido del sitio. Jero se despidió sonriente con la mano. Agarré el tirador de la puerta y empujé. Cerré los ojos al comprobar que no se abría. Escuché un tintineo a mis espaldas. Me di la vuelta y vi a Jero agitar un juego de llaves.

—¿Necesitas esto? —preguntó alegre.

—Abre la puerta —le exigí.

—Escucha una cosa —se guardó las llaves en el bolsillo del pantalón—: en este negocio es fundamental la forma en la que te ven. En realidad, a mí me suda los cojones que te vayas con la droga, hasta tengo que reconocer que tu numerito de tipo duro me ha impresionado. He de decir que ahora me caes un poco mejor, te has ganado algo de respeto, ¿verdad, Camilo? —El armario empotrado gruñó—. Pero, si te dejo marchar después de cómo me has tratado, puedo dar impresión de debilidad, de ceder ante las amenazas de un don nadie. ¿Entiendes a lo que me refiero?

Mientras Jero terminaba de formularme la pregunta, Camilo se acercaba a la vez que se crujía los nudillos.

Lo que más dolió no fueron los golpes en el vientre, que te dejaban sin respiración, ni la nariz

reventada ni el moretón en el ojo izquierdo ni el labio roto; no, todo eso no fue lo que más dolía. La mano de Camilo entrando en el bolsillo trasero de mi pantalón para arrebatarme la bolsa transparente con mi nuevo tratamiento fue lo más doloroso. Ya no me quedaba ni una pastilla, nada; estaba seco, sin dinero y sin droga. El cabreo me dominaba. El daño físico apenas era perceptible.

«Hay que devolvérsela a ese traficante del tres al cuarto. Es el momento de utilizar la información. Es el momento de utilizar el lugar, día y hora —me decía a la vez que empujaba del tirador del portón de la entrada a la comisaría de la Policía Nacional—. Esta puerta sí que se abre».

Sergio: la llamada

Culpabilidad. El que la haya sentido de verdad sabe lo que significa. Te perfora de tal manera que te convierte en una porquería, alguien que estorba, que resta. La situación se había descontrolado y yo era el máximo responsable. Aunque mis ataques de cobardía parecían superados, lo sucedido en el escondite de Moni —a partir de entonces, antiguo escondite de Moni— demostraba que no, que era el mismo cobarde que antes, que esa valentía había sido tan solo un espejismo.

Un día había pasado desde la paliza a Fran en Las Cortijadas. Desconocía el estado en el que se encontraban tanto Lucas como él. Quería saber de ellos, de Moni, de Borja, de Mateo… Pero ¿cómo les iba a llamar después de lo que les había hecho? Maldita la hora en la que fuimos por primera vez al Barrio Rico. Maldita la hora en la que me conocieron.

La dieta, que llevaba a rajatabla desde hacía más de un mes y medio, se acababa de ir a la porra. «¡Qué más da!», pensé. El dinero que me quedaba me lo fundí en un triángulo de chocolate de Bollylandia, un Tigretón, un Bony y dos Maritoñis. Os podéis imaginar cómo me encontraba: a nivel mental, hecho polvo; y a nivel estomacal, pues, hecho polvo también.

No hacía calor y el cielo parecía una lámina infinita de papel cebolla gris. Después de la *tripotera* de bollería industrial, decidí volver a casa. Me hubiera gustado meterme en un agujero profundo, cerrar una puerta de acero con llave y quedarme ahí para siempre, o al menos hasta que se me pasasen los ardores, pero lo que tenía más a mano era mi casa.

Al entrar, me chocó la escena: de música de fondo, *Ni tú ni nadie*, de Alaska; mi madre, en ropa deportiva, sentada en la silla más retirada de Carlos; este, sentado en el sofá del salón. Le pedí permiso a mi madre para usar el teléfono de su dormitorio y, después de que Carlos dijera una estupidez y de rogarle un poco más a mi madre, me dejó usarlo. Entré en el dormitorio y cerré la puerta tras de mí. Descolgué, tecleé y al tercer tono contestaron.

—Dígame —su voz estaba carente de la energía habitual.

—Soy Flubber, Moni —le dije. Como imaginaréis, no era la alegría de la huerta.

Moni se mantuvo unos segundos al teléfono sin decir nada.

—Moni, sé que soy lo peor de lo peor, pero estoy muy preocupado por Fran, Lucas y…

—Eres despreciable —me soltó, asqueada.

—Lo sé, créeme que lo sé —le contesté firme—. Dime cómo se encuentran y te aseguro que no volverás a saber de mí.

Volvió a quedarse en silencio unos segundos.

—Lucas está bien, al parecer fue tan solo un susto. Sus padres no quieren volver a verlo con vosotros.

—Me lo suponía.

—La situación de Fran es diferente, acabo de llegar del hospital…

—¿Cómo está? —le interrumpí, impaciente.

—Lo han ingresado para realizarle más pruebas, quieren estar seguros de que no tiene ninguna hemorragia interna. Ya diagnosticado, padece dos costillas rotas, el tabique de la nariz partido y numerosos hematomas.

—¿Está fuera de peligro?

—En principio, sí. Tiene marcas por todo el cuerpo de la paliza, pero los médicos nos han dicho que no parece que exista ningún peligro. No obstante, hasta que no terminen con los análisis, no podemos cantar victoria.

—Me gustaría ir al hospital a verlo —dije.

—Ni se te ocurra —contestó rotunda—. Fran no quiere ni oír tu nombre.

Me hundí un poco más.

—¿Vais a denunciar?

—La policía ha estado esta mañana en el hospital, pero Fran no ha dicho ni mu. Escuchó cómo me amenazó Gitano, teme que puedan tomar represalias contra mí o mi familia. He intentado convencerlo de lo contrario, pero se niega a escucharme. Sus padres le han insistido en que denuncie, pero no da su brazo a torcer. Tampoco quiere que denuncie yo.

Mi cabeza recreó a Gitano y a su banda golpeando a Borja, Lucas y Mateo. A continuación, recordé la paliza que le dieron a Fran. Sentí la sangre fluir por todo mi cuerpo, como cuando pones agua a hervir y esta, antes de llegar al punto de ebullición, se tambalea, enojada. Apreté los dientes, el calor se deslizó por mi columna hasta los riñones.

—¿Te digo algo? —me preguntó para continuar inmediatamente—. Que me da igual. Esto no se puede quedar así. Pienso denunciar…

Me imaginé la típica escena en la que te encuentras en el bosque, de noche, y hay que elegir entre dos caminos: uno de ellos, despejado, con un sendero perfectamente trazado y, al fondo, la luz del sol iluminando varios rosales; el otro, de vegetación salvaje, lleno de piedras y, al fondo, la oscuridad engulléndolo todo.

—No denuncies, Moni —le dije de manera contundente.

—¿Cómo dices?

—No vas a denunciarlos. Esta vez vamos a jugar a su juego. Yo me encargo.

Moni río escéptica.

—Tú no puedes hacer nada, no tienes la valentía necesaria —sus palabras iban con la intención de hacerme daño. No lo hizo, mi mente y mi cuerpo estaban en otra cosa.

—Tienes razón, no es valentía lo que tengo: es sed de venganza. —Le colgué.

La furia me empujó de manera irremediable hacia el camino chungo.

Al salir del dormitorio, sonaban los últimos segundos de Alaska. Al terminar, comenzó otra canción, en la que se repetía de manera constante un bajo acompañado de un sonido que se asemejaba mucho a unas palmas. Llegué al salón y la estampa era la misma, pero ahora la expresión de mi madre y de Carlos era más seria que antes. No se miraban ni se hablaban.

«Yo la sentaba en mi regazo.

Enloquecía solo a su contacto».

…

—Está canción me encanta —comentó Carlos, taciturno.

Nos quedamos los tres en silencio escuchando la música.

«Nunca me juró su amor.

Uh-uh, lo creía eterno yo».

…

—Sergio, tienes mala cara, ¿te encuentras bien? —me preguntó mi madre.

—Vosotros no es que tengáis mejor cara —contesté.

«Quiero verla bailar entre los muertos.

La cintura morena que me volvió loco.

Lleva un velo de sangre en la mirada
y un deseo en el alma: que jamás la encuentre».
…
—Es *La mataré*, de Loquillo y los Trogloditas —explicó Carlos con mirada ausente.
«Uh-uh, solo quiero que una vez,
uh-uh, algo la haga conmover.
Uh-uh, que no la encuentre jamás.
Yo sé que la mataré»
…

Carlos: la casilla pendiente

«Necesito una buena tirada. Los dados tienen que hacerme caer en las casillas correctas. Lo merezco», pensé.

Los nervios galopaban como nunca. Mi carácter sosegado había desaparecido al dejar de tomar mi nuevo tratamiento. Sin las pastillas, era como una montaña rusa. Esa tarde fui a la tienda del barrio a comprarme un paquete de Winston. Cuando la dependienta me dio la vuelta en monedas de cinco pesetas, le dije que no quería tantas monedas, y ella me contestó que no tenía otro cambio. Ante esa situación, le tiré a la chica todos los duros a la cara y me marché del establecimiento insultándola bajo la mirada de los asombrados vecinos. «Esto no es propio de mí», pensé.

Las ideas aparecían con la misma rapidez con la que se iban. «Tengo que hacer algo. Tengo que forzar la tirada. Hay que ir a la casilla pendiente», pensé y, con ese pensamiento, me dirigí al piso de mi cuñada Marta.

—Pero ¿qué te ha pasado? —me preguntó Marta al abrir la puerta.

—Unos ladrones me robaron ayer. ¿Puedo pasar?

—Claro, adelante. —Abrió la puerta al completo y se echó a un lado.

—¿Has ido a la policía?

Sonreí al pensar en la pregunta que me acababa de realizar.

—Sí, he ido. Pero no me han dado muchas esperanzas.

—¿Por qué te pegaron tanto? —me preguntó.

—Marta, ha sido traumático para mí, casi prefiero no tener que hablar de ello —le dije apesadumbrado. No me apetecía retozar en la mentira.

—Claro, claro…, perdona, Carlos.

—No, tranquila.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—¿Te puedo pedir algo?

—Por supuesto.

—¿Me puedes curar las heridas de la cara?

Marta parpadeó varias veces seguidas.

—¿No te curan en el ambulatorio?

—Sí, pero siempre hacen esperar una barbaridad; no te preocupes, disculpa por las molestias. —Me dirigí a la puerta de salida.

—¡Carlos!, siéntate. Claro que te curo.

Se marchó en dirección al baño. Estaba preciosa: un pantalón vaquero holgado y una camisa de satén con motivos florales. Sin aderezos, sin maquillaje. «Me la quiero comer», pensé ansioso.

Volvió con una caja llena de enseres de botiquín. Me pidió que cambiara de silla. Ella se sentó justo enfrente de mí y dejó la caja en la mesa del salón. Aspiré su aroma, no llevaba perfume, olía a ella y era delicioso.

Empapó bien el algodón con el contenido de un bote blanco y me dijo:

—Es agua oxigenada, no debería escocer.

Me limpió las heridas con sumo cuidado, dando pequeños toques, asegurándose en todo momento de no hacerme daño. Observé su torso inclinado. La camisa de satén se arrugaba en pliegues que dibujaban sus pechos. Mi cabeza lanzó imágenes a todo tren de ella desnuda mientras yo saboreaba aquellos turgentes senos. La boca se me secó.

—Te han hecho mucho daño —comentó.

—No tuvieron miramiento. ¿Dónde está Luisa? —pregunté para desviar el tema.

—La he matriculado en clases de inglés y no sale hasta las ocho —me respondió sin dejar de curarme.

Me abotargué. Los fotogramas de ella cabalgando sobre mi regazo me ametrallaban.

—La camisa te queda muy bien —la agasajé.

Me miró de reojo y sonrió.

—No es gran cosa.

—Cualquier prenda con la que te vistas te favorece.

Volvió a mirarme de reojo, pero esta vez no sonrió.

—Voy a ponerte una tirita en la ceja —me dijo.

Llevé mi mano hacia su espalda y la acaricié. Marta se quedó paralizada.

—Carlos, ¿qué estás haciendo? —me preguntó, timorata.

Me despegué del respaldo de la silla y puse mi boca a escasos centímetros de la suya.

—Tengo un deseo irrefrenable de besarte —le susurré.

Introduje mi lengua en su boca. Ella ni se estremeció, pero al poco fui correspondido. Me levanté llevándomela conmigo y la estreché con fuerza sin dejar de besarla. Mi boca se deslizó hasta su cuello, ella suspiró y echó la cabeza hacia atrás. Mis manos bajaron por su espalda para agarrarla con fuerza del culo. La levanté y la senté en la mesa para que su entrepierna se quedara a la altura de la mía. Sentía mi sexo arder. Le desabroché los botones de la camisa, sus pechos se mostraron imponentes. Moría de ganas de liberar mi erección de su encierro. Necesitaba entrar en ella. Me desabroché y sus ojos viajaron en volandas hasta mi pene embravecido. Le desabotoné el pantalón vaquero y la dejé en ropa interior. Dirigí las manos hacia sus bragas y, cuando me dispuse a bajárselas, ella me frenó colocando ambas manos sobre las mías y me dijo:

—Aún no estoy lista, necesito un poco más de preliminares.

Estaba desbocado y no podía esperar más.

—No. Te follaré ya.

—¿Cómo? —me preguntó, incrédula.

—No puedo aguantar más, lo tenemos que hacer ahora mismo.

Marta, con el ceño fruncido, me separó las manos de sus caderas y se levantó de la mesa.

—Así no estoy dispuesta… —dijo mientras recogía los pantalones del suelo.

—¡Vamos a terminar esto! —la interrumpí, furioso.

Marta me miró asustada y me preguntó:

—¿Qué es lo que te pasa? Tú no eres así.

—Vamos a follar —le dije a la vez que me abalanzaba sobre ella.

Forcejeamos. Marta se me escurrió por el lado. Luego, fue hacia la cocina y volvió.

—¡Vete de mi casa! —exclamó empuñando un cuchillo.

—Discúlpame, Marta, ha sido el calentón del momento —intenté salvar la situación.

—¡Vete de mi casa ahora mismo! —gritó, vehemente.

Se acercó con la punta del cuchillo por delante. Me subí los pantalones y retrocedí hasta la puerta.

—Abre la puerta y vete —me ordenó.

Cuando salí al rellano, Marta fue a cerrar la puerta, pero interpuse mi pie, dejando una pequeña abertura.

—Marta, no me puedes hacer esto. Tu veneno está en mi sangre —le dije, desesperado.

—Entonces, muérete envenenado —me respondió, colérica.

Dio un fuerte empujón a la puerta, aparté mi pie y cerró con estrépito.

Sergio: guerra para conseguir paz

Los vi caminando por la acera de una calle del barrio. Javi masticaba con la boca bien abierta un chicle de fresa, el Paellas chupaba un Calippo de limón. Les habían cicatrizado las heridas de la cara.

Aligeré el paso y me puse a su altura.

—Os buscaba —les dije.

Ambos siguieron caminando, como si nada.

—Vamos a la casa de las níspolas —propuse—. Quiero hablar con vosotros y no me gustaría que nos viera la gente del barrio.

—Javi y yo volvemos a mi casa a seguir jugando a las chapas. Solo hemos salido a comprarnos algo para merendar —dijo el Paellas.

—Desde lo que os pasó con la banda de Gitano, no se os ve el pelo por el barrio —expliqué.

—¿Qué insinúas? —me preguntó Javi, molesto—. ¿Que estamos acojonados?

—Yo no insinúo nada. Os digo lo que veo, lleváis tres días que no se os ve por el barrio.

—¡No tengo miedo, entiendes! —me dijo Javi, tenso.

—Relájate. Vengo de buen rollo. —Levanté ambas manos—. ¿Sabéis qué?, que tengáis miedo es lo más normal del mundo; yo también lo tendría. Si os digo la verdad, ahora mismo estoy acojonado —indiqué.

Me di cuenta cómo Javi y el Paellas se miraban cómplices.

—Eso tú, que eres un *jiñado*. ¿Te siguen dando los bloqueos esos cuando te cagas en los pantalones? —me preguntó Javi, ofensivo. Tragué saliva, me estaba cabreando, pero tenía que controlarme.

—Tenemos que hacer algo con este *berenjenal* —dije sin hacer caso a las provocaciones de Javi—. Me imagino que os habréis enterado de lo que le han hecho a Fran. —Volvieron a mirarse, cómplices—. ¿Quién te asegura que no te lo harán a ti, Paellas, o a ti, Javi? Nadie nos puede ayudar ante la banda de Gitano. Estamos solos. Tenemos que tomar medidas.

—¿Qué quieres que hagamos? —me preguntó Javi.

Miré a los lados, no me sentía tranquilo hablando del asunto en pleno barrio.

—Enfrentarnos —dije, seguro de las palabras que salían por mi boca.

Ambos rieron escépticos.

—Has perdido la cabeza, Flubber —me dijo el Paellas.

—Eres un descerebrado —le apoyó Javi.

—¿Qué hacemos, entonces? ¿Encerrarnos en casa a jugar a las chapas para evitar encontrarnos con ellos? Eso sí que es descerebrado —argumenté—. No podemos ocultarnos por siempre. ¿Cuándo calculáis que será la próxima en la que nos sisen y nos muelan a palos?, ¿días, semanas, a la vuelta de la esquina…?

—No tenemos ninguna posibilidad —argumentó Javi.

—Eso es lo que quieren que pensemos, y es bueno que sea así. No se lo esperarán. Es una ventaja.

Se volvieron a mirar.

—¿Cuántos seríamos? —preguntó el Paellas.

—De momento, contando con vosotros, tres —respondí sonriendo.

No conseguí disuadir a Javi y al Paellas para que me acompañasen a reclutar a los del Barrio Chico. Incluso me pusieron como condición que ellos dos formarían parte siempre y cuando consiguiera convencer a los catetos a que se unieran.

Llámalo intuición, pero algo me decía que los catetos se encontraban en el último sitio en el que los había visto: en la pista asfaltada del Barrio Chico; no me equivoqué.

Jugaban al fútbol. Si la memoria no me fallaba, eran los mismos que en aquel fatídico día en que fuimos a sisarles Fran y yo junto a la banda de Gitano. «Esto va a ser un *tema*», pensé.

Al reparar en mí, dejaron de disputarse la pelota y me rodearon. Me vino a la mente una célula que había visto dibujada hacía años en el libro de la asignatura de Conocimiento del Medio, justo antes de que la atacaran un mogollón de virus. Se acercaron con miradas intimidatorias. Me dio un escalofrío por todo el cuerpo al descubrir el corte de Aurelio en el cuello.

—¿Dónde está el resto? —me preguntó el cateto problemático. Tenía la cara hecha un *cromo*.

—No hay nadie más —respondí.

El cateto problemático mandó inspeccionar los alrededores a tres de los suyos. Luego dio varios pasos y se colocó a mi lado.

—O quieres hacernos alguna jugarreta para que creamos que vienes solo y de repente salga la gentuza, o es que eres muy tonto —me planteó.

—Tenemos que hablar —dije, solemne.

Me mantuvo la mirada en silencio, como si estuviera evaluándome. «Mi radar nunca falla, este cateto es buena gente», consideré.

Volvieron los catetos, sofocados por la carrera que se acababan de dar para inspeccionar la zona. Los tres aseguraron que en las calles cercanas no había rastro de gentuza.

—Entonces, eres muy tonto —afirmó el cateto problemático

—He venido a hablar —dije, serio.

—Te voy a dar *manguzás* hasta que pierda la sensibilidad de la mano —me dijo Aurelio. Tenía la cara congestionada, supongo que de la rabia.

—Vengo en son de paz —declaré.

—¡Una espuerta de abono! ¡Me da igual tu son de paz! —me gritó Aurelio.

—Como puedes comprobar, estamos muy enfadados. No ha sido buena idea eso de venir en son de paz —comentó el cateto problemático con tranquilidad inquietante.

—Tenéis motivos para estar enfadados —continué—. Gitano y su banda están descontrolados y cada vez son más peligrosos. Estoy seguro de que volverán a atacar…

—¡Estaremos preparados! —me interrumpió Aurelio.

—¿No habéis ido a la policía? —pregunté.

—Del lugar que venimos, resolvemos las cosas sin meter a la policía de por medio —me contestó Aurelio.

—¿Qué tenéis planeado cuando vuelvan? —quise saber.

—¡Si ellos tienen navajas, nosotros tenemos navajas! —exclamó Aurelio con la cara completamente roja. El resto de catetos gritaron exaltados.

Miré al cateto problemático.

—¿Sabes qué?, ese escenario puede poner las cosas muy feas. Estoy seguro de que no quieres eso —le dije. Intuía que él no quería más sangre.

—Me imagino que vienes a proponernos una unión para atacarles: más de lo mismo… —me dijo el problemático.

—No es igual —le interrumpí—: ellos no se lo esperarán. ¡Les daremos una lección, entenderán que atacar a cualquiera de nosotros tiene consecuencias! —Conseguí captar su atención—. Eso sí —continué—, iremos sin navajas ni cuchillos.

—¿Y si el tal Gitano saca su navaja? —preguntó uno de los catetos que no había hablado hasta el momento.

—Si eso ocurre —dije con una firmeza que me sorprendió a mí mismo—, seré yo quien se enfrente a Gitano.

Los catetos cuchichearon entre ellos.

—¡No necesitamos a la gentuza de tu barrio! —exclamó Aurelio—. Nos valemos nosotros mismos.

—Estás equivocado, Aurelio —le contesté—. Tenemos que unirnos, es la única opción para conseguir intimidarlos y vencer.

Se comenzaron a escuchar protestas por parte de los catetos:

«¡Vete a ordeñar gatos!», «Yo no voy a pelear junto a esta gentuza», «¡Qué se habrá creído este zagal!».

—¡El que quiera unirse que se quede!; ¡el que no, que se vaya! —propuso el cateto problemático con los ojos anclados en mí.

Los catetos congregados se fueron marchando uno tras otro.

—¿Qué te pensabas, que íbamos a seguirte? —me preguntó Aurelio en tono de burla—. Vámonos, José Juan —le dijo al cateto problemático tocándole el hombro.

«Ya sé cómo se llama el problemático», pensé.

—Yo me quedo —le refirió José Juan.

Varios catetos frenaron su marcha al escuchar a José Juan.

—¿Cómo que te quedas? —le preguntó Aurelio, incrédulo.

—Me uno a él —insistió José Juan. Luego se giró para dirigirse al desperdigado grupo de catetos—: Si queremos vengarnos de esta gentuza sin acudir a la policía, pero sin que haya una carnicería a cuchillo, la opción que nos propone… —Me señaló—.

—Llamadme «Flubber».

José Juan frunció el ceño, extrañado.

—… la opción que nos propone Flubber es la mejor —terminó de explicar.

—¡Pues yo no pienso pelear hombro con hombro con ellos! —exclamó uno de los catetos.

—Estás en tu derecho. Ya os lo he dicho: el que no quiera unirse se puede marchar; pero yo me quedo —concluyó.

Los catetos se pusieron a hablar entre ellos de manera atropellada y nerviosa.

—Pero, José Juan, no los necesitamos… —le dijo Aurelio en tono de súplica.

—Aurelio, cuantos más seamos, mejor. Con tu planteamiento, si la gentuza viene, estaremos listos para defendernos, sí, pero ¿a qué precio? No quiero una masacre. De la manera que propone Flubber los podremos sorprender. No habrá necesidad de usar armas.

—Ese Gitano lleva navaja, ¿acaso se te ha olvidado? —Aurelio levantó la barbilla para mostrar la herida.

José Juan cerró los ojos y suspiró, estaba claro que esa cicatriz le dolía como si se la hubieran hecho a él.

—Aurelio, te juro por Dios que no se me ha olvidado. Soy el primero que quiere venganza. Pero no a costa de más sangre —explicó José Juan.

—¡Me cago en la virgen de la Cabeza! —se lamentó Aurelio—. Entonces, me quedo yo también.

De los catetos que se marchaban, dos de los que habían ido a inspeccionar las calles se colocaron a nuestro lado.

—Nosotros queremos pelear —dijo uno de los dos—. Mi nombre es Ezequiel, y él es Francisco José.

José Juan se palmeó los muslos y me dijo:

—Estamos a tus órdenes, Flubber.

Sergio: el plan

Al ritmo que los catetos despojaban el níspero de sus frutas, calculé que en menos de media hora no quedaría níspola alguna para comer. Me encontraba en el jardín del chalet abandonado con los cuatro catetos. Habían sido puntuales. Los que no lo estaban siendo eran Javi y el Paellas, que ya llevaban una media hora de retraso. Gracias al níspero, las protestas habían sido mínimas. Al fin, asomaron cuatro brazos por el murete de la casa. Al entrar al jardín, ambos nos miraron con cara de circunstancias.

—¿Solo dos? —me preguntó Aurelio.

Justo cuando iba a contestarle intervino Javi:

—Oye, Flubber, esto se avisa. Hubiera traído pienso para gorrinos, y así nuestro níspero aún tendría fruta. —Buscó la mirada cómplice del Paellas y ambos se partieron de risa.

Aurelio cerró los puños, pero de manera inmediata José Juan le instó a que se calmara. Luego, me lanzó una mirada recriminatoria.

—¡Javi, Paellas! —les grité—. Ellos están aquí para ayudar. Tenemos el mismo problema.

—¡Qué voy a tener yo los mismos problemas que los pueblerinos estos! —exclamó despectivo Javi.

El dique que contenía mi ira contra Javi reventó. Me abalancé sobre él, lo empujé, y su espalda impactó con violencia sobre el murete del jardín. Coloqué una mano en su pecho reteniéndolo contra el muro; la otra mano se convirtió en una bola de demolición a punto de reabrir sus recientes cicatrices. Se quedó pasmado ante mi reacción.

—Capullo —le dije con suavidad—. Ni te imaginas las ganas que tengo de hostiarte. —Mi puño flotaba amenazante—. Tienes que decidir si te quedas con nosotros o no. Si escoges quedarte, serás respetuoso con todos; si no, te voy a dar yo más que Gitano.

—Flubber, tranqui, que era una broma —me dijo, todavía con el susto en la cara.

José Juan posó su mano sobre mi hombro y me dijo:

—Flubber, no desperdicies energías. Las necesitaremos.

Respiré profundo y lo solté.

—Discúlpate —le ordené.

Hizo una mueca haciendo entender que ni de coña se iba a disculpar. Al comprobar que iba en serio, dijo:

—Joder, ¿es que no os han hecho una broma nunca? —preguntó, inquieto.

—No he oído la disculpa —insistí.

—¡Que sí!, ¡que lo siento! —exclamó levantando los brazos y se sentó en una esquina del jardín. El Paellas bajó la cabeza y tomó asiento a su lado.

—Ellos son de mi barrio: Javi y Paellas. Se unirán a nosotros…

—¿Tan solo dos? —volvió a preguntar Aurelio—. Necesitamos a más gente de tu barrio.

—Tengo que ser cuidadoso a la hora de captar a los de mi barrio. Si Gitano se entera de lo que estamos preparando, perderemos el factor sorpresa, puede incluso hasta adelantarse y atacarnos.

—Somos siete, no está mal —indicó José Juan.

—Debería ser suficiente —dije pensativo—. Hay que cumplir dos objetivos claros en el enfrentamiento: el primero, quitarle la navaja a Gitano y, el segundo, aplastarlos aprovechando,

en principio, nuestra superioridad numérica.

—¿En principio? —preguntó Ezequiel.

—Os explico: nosotros somos siete; el bloque duro de la banda de Gitano lo componen el propio Gitano, Pancho, Chino y Sebas. Eso supone una superioridad importante a favor nuestro; pero hay que tener en cuenta que de vez en cuando se les suman dos esbirros con muy mala pinta. En ese caso, nos encontraríamos en un 7 contra 6. La superioridad no sería tan contundente.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Ezequiel.

—Hay que cumplir los objetivos que os acabo de decir. Todas las tardes, Gitano y su banda fuman porros y beben cerveza en un aparcamiento situado detrás de El Chatarro. Ese es el mejor momento para atacar; con suerte, estarán emporrados y borrachos, pero, sobre todo, no se lo esperan.

»No llegaremos de frente, los abordaremos por detrás, desde la entrada principal de El Chatarro. Ellos estarán repanchingados en los sillones. Tendremos que realizar una maniobra de despiste para que Gitano se quede lo más solo posible; en ese momento será cuando, entre varios de los nuestros, lo inmovilizaremos y le quitaremos la navaja.

»A continuación, pasaremos al segundo objetivo —di un puñetazo en la palma de mi mano—: atacarles con dureza aprovechando que somos más.

Se hizo el silencio. «Me parece que se piensan que no he acabado», supuse.

—¿Esto es todo? —preguntó Aurelio arrugando la frente.

—Sí —afirmé.

—En resumen, planteas que les zurremos aprovechando que somos más —explicó Aurelio.

—Bueno, es una forma de…

—¿Y si eso falla?, ¿y si nos dan para el pelo? —preguntó el Paellas.

—Tengo un as en la manga —dije, enigmático.

—¿Qué as? —preguntó Aurelio.

—¿Habéis leído *Las dos torres* o *El retorno del rey*? —les pregunté.

Carlos: no

Un fuerte dolor de cabeza me atenazaba de manera constante y los nervios me impedían domar mi cerebro. Había momentos en los que me sentía enérgico y optimista, pero al poco me convertía en un hombre cansado y deprimido. Esta mañana me sorprendí hablando solo, no sé durante cuánto tiempo, pero, como si despertara de un sueño profundo, me percaté de que mi boca pronunciaba palabras inconexas. «¿Me habré vuelto loco?», me preguntaba. Necesitaba mi nuevo tratamiento.

Entre el barullo de cavilaciones se hacía hueco una idea a duras penas: la mala racha al juego de la vida. Volvía a caer en las casillas erróneas. Con gran esfuerzo conseguí razonar una posible solución. Recordé cómo entonces había cambiado mi suerte: matando a mi hermano y a mi madre. Esos sucesos habían provocado el punto de inflexión. Me planteé la posibilidad de acabar con la vida de alguien para que volviera la buena fortuna al tirar los dados.

En uno de esos arrebatos de energía y optimismo, decidí seguir a Valerio. Quizás templara mis nervios y con ello la frenética actividad cerebral a la que estaba sometido.

Troté hasta su gimnasio a la hora que calculaba que terminaba las clases por la mañana. Cuando salió lo seguí cauteloso hasta el paseo marítimo. La playa estaba desierta de bañistas. En un espigón cercano pude ver a dos jóvenes pescando con aparejo. Varios rayos de color ocre dorado despuntaban sobre el cielo anaranjado. Incluso con tal panorama, mi ansiedad no menguaba.

Se desvió, serpenteó por las callejuelas estrechas y lúgubres de los pisos cercanos al paseo marítimo. En la esquina de un edificio le esperaba una mujer —no era Lola— que le sonreía, lisonjera. Ambos giraron a la derecha hacia una callejuela sin salida donde había un contenedor con escombros. Valerio la estrechó entre sus brazos, la apoyó contra la pared y comenzaron a enrollarse con ardor.

—Hola —saludé mientras me aproximaba a la pareja.

Valerio giró brusco y con cara de susto. Al cerciorarse de quién era, se puso la palma de la mano a la altura del corazón y relajó la expresión.

—Eres tú. ¡Qué susto me he llevado! —exclamó.

La mujer se quedó quieta con los brazos pegados al cuerpo.

—Te veo muy a gusto —le dije, hosco.

Valerio hizo un gesto con la cabeza hacia a la mujer y sonrió.

—Sí, ya ves, aquí estamos… Es un momento íntimo, ¿sabes?

—Sí, ya veo. ¿No habíais vuelto a salir Lola y tú? —inquirí.

Valerio enfrió su expresión.

—No sé de qué me hablas. Lola es tu mujer, yo nunca…

—Déjate de gilipolleces, Valerio. Sé que estáis juntos otra vez.

—¿Es que tienes novia? —le preguntó la mujer.

—No, para nada. Este hombre no sabe lo que dice…

—Sí, está saliendo con mi esposa —expliqué a la confundida mujer.

—¿Con tu esposa? —me preguntó escéptica—. Mira, yo no quiero historias raras —dijo sacudiendo la cabeza—. A mí los rollos estos—nos miró a Valerio y a mí— no me van. Aquí te

quedas, no se te ocurra llamarme —dijo terminante. Se marchó no sin antes echarme una ojeada llena de desprecio.

—¿A qué ha venido esto? —me preguntó Valerio, malhumorado.

—Si estás con Lola, la respetas. No te imaginas el daño que le harías si se enterara de esto —le expliqué.

—Mira…, te llamabas Carlos…, ¿no?

Asentí.

—Carlos, con mi vida hago lo que me dé la gana, y ni tú ni Lola me vais a decir con quién puedo y no puedo enrollarme.

—No vuelvas a serle infiel a Lola —le advertí.

Me observó pensativo y me dijo:

—Eres un tipo raro. ¿Te pone cachondo que otro se esté tirando a tu mujer? Es eso, ¿verdad? Entérate, cornudo depravado: me acostaré con las tías que quiera, esté saliendo con Lola o no. ¿Te enteras? —me dijo, insolente.

No me ofendió lo de «cornudo depravado» ni lo de que me ponía cachondo que otro se estuviera tirando a tu mujer. Todas esas afrentas no significaban nada para mí; lo que sí me amontonaba la sangre en la cabeza era la afirmación que acababa de hacer de manera categórica: «Me acostaré con las tías que quiera, esté saliendo con Lola o no». De repente, toda la actividad mental se convirtió en una simple idea, en un único propósito: hacerle daño a Valerio.

Caminé con mucha flema hacia el contenedor de escombros. Eché un vistazo y saqué, entre trozos de ladrillos y cemento cuarteado, una barra corrugada oxidada de aproximadamente medio metro.

—Pues, Valerio, sí que me he enterado de lo que dices —dije acomodando la barra entre mi mano—. Ahora te voy a exponer mi opinión al respecto.

Sergio: será la última vez que lo vea

Abrí cauteloso la puerta del dormitorio. Pese a que su madre me había indicado que entrara sin problema, yo sabía que no era así. Visitar a Fran después de lo que había pasado era motivo más que suficiente para acceder a su cuarto con precaución. Me quedé en el dintel. Fran, con vendas por la cara y en los brazos, tumbado en la cama, y Moni a su lado, sentada en una silla acolchada, me observaban sin mostrar sorpresa alguna.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó Fran, áspero.

—He venido a ver cómo estabas —contesté, encogido.

—Te advertí que no vinieras —añadió Moni. Los ojos se le encendieron como flexos.

Bajé la mirada. Con todo el follón del reclutamiento, la pena por la situación con Fran y Moni había pasado a un segundo plano. Sin embargo, no se había ido, solo esperaba su momento para manifestarse con toda la fuerza del mundo mundial, produciéndome un agujero sin fin en la boca del estómago.

—Supongo que te marcharás en breve a Madrid —le dije—. También quería aprovechar y despedirme. Siento haber molestado. —Me di la vuelta para irme.

—Me marcho mañana a primera hora —dijo Fran mirando a la pared.

—¿Puedo pasar? —pregunté.

Fran se encogió de hombros. Entré a la habitación.

—¿Cómo te encuentras? —quise saber.

Fran mantenía la mirada hacia la pared.

—Mejor, pero no gracias a ti. —Ahora sí que reparó en mí, sus ojos eran dagas afiladas. Nunca había visto esa expresión en Fran, y por desgracia dirigida hacia mí.

—Imagino que los análisis médicos que faltaban han salido bien —supuse.

—Sí, todo bien —contestó, seco.

—Me alegro de que estés mejor —indiqué—. ¿Vais a tener una relación a distancia? —pregunté; al microsegundo me arrepentí.

—No —negó Moni—, me voy a vivir con unos tíos que tengo en Madrid. Después de la expulsión del insti, y por lo que me expulsaron, mis padres no han puesto objeción alguna.

Durante unos segundos, el dormitorio se sumió en el más absoluto silencio.

—Siento mucho lo que ocurrió aquella noche en Las Cortijadas…

—Más lo siento yo —interrumpió Fran.

Asentí. No era momento de explicar lo que Fran ya sabía: que era un cobarde, que cuando me daban los ataques me quedaba tieso. No, no era momento de excusas. Era momento de despedirse de mi amigo. Un amigo que siempre se había portado bien conmigo, ayudándome sin tener por qué, acompañándome cuando nadie lo hacía. Ese amigo con el que había compartido tanto durante tanto tiempo, ese amigo al que al final había fallado, abandonándolo cuando más me necesitaba. Ese amigo que ya no lo era y al que, probablemente, no vería más.

—Bueno, no quiero molestar más —dije—. Te deseo que te recuperes lo antes posible y, sobre todo, que en Madrid seas más feliz que aquí. —Hice un gesto estúpido con la cabeza en señal de despedida y me dirigí hacia la puerta.

—No hagas ninguna tontería, Flubber —me dijo Fran antes que saliera.

Me giré.

—Moni me ha dicho que quieres vengarte —continuó—. No tienes que vengarte de nada. —En su expresión asomaba tímida la compasión.

—Las cosas están peor que nunca, Fran —le dije, solemne—. Hay que hacer algo —me mostré contundente, o al menos eso pretendí.

—Tío, ¿qué leches vas a hacer? —preguntó arrugando la frente.

—¿Sabes qué? Hay que pararles los pies. Por Borja, por Lucas, por Mateo, por los catetos, por los niños de nuestro barrio, por Moni…, por ti, Fran —expliqué enérgico—. Todos hemos sufrido a la banda de Gitano y cada vez son más peligrosos. No sé dónde puede estar su límite…

—¿Y Sebas? —preguntó con preocupación.

Cerré los ojos y le contesté:

—Con ellos.

Sentí cómo la tristeza inundó aquel dormitorio.

—Tienes que hablar con él…

—No hay nada de qué hablar ya —interrumpí con decisión—. Esa etapa ya ha pasado. Él ha decidido el lado en el que estar.

—Tengo que ir a verlo… —dijo e intentó incorporarse.

—Tú no vas a ver a nadie. —Moni impidió que se levantará.

Fran bufó, resignado.

—¡Todo es una mierda! —exclamó Fran.

Una lágrima se le escurrió por la mejilla. No quería quedarme a ver cómo una persona maravillosa lloraba por mi culpa.

—Fran, Moni, me tengo que marchar. Os deseo todo lo mejor.

Me volví hacia la puerta, pero paré en seco al oír la voz de Fran rasgada por el llanto:

—Es imposible, Flubber.

Me estremecí al ver la pena que arrastraban sus lágrimas.

—¿El qué es imposible? —quise saber con el corazón en un puño.

—Es imposible ser más feliz de lo que he sido aquí, amigo mío. Dame un puñetero abrazo, Flubber.

Sergio: el enfrentamiento

Sin valentía. Sin miedo. Sin palabras. Los siete nos encaminábamos en dirección al Chatarro. Lo único que sentía en aquel ambiente tenso era la convicción de que hacíamos lo correcto. Existía un problema y alguien tenía que solucionarlo. Ese alguien éramos nosotros.

Una ligera brisa fresca de poniente nos arremolinaba el pelo. De las montañas salían varios rayos de luz de color ocre sobre un cielo anaranjado. El otoño ansiaba despertar, y el verano, descansar.

—Tenemos que asegurarnos de que están ahí —comenté mientras centraba la atención en dos drogadictos que discutían a gritos en la entrada de El Chatarro.

—Seguro que están —afirmo Javi.

—No obstante, debemos confirmarlo —insistí. Me separé del grupo.

—¿Dónde vas? —me preguntó José Juan.

No le contesté. Me dirigí con paso decidido hacia los drogadictos.

—¡Ey! —les llamé la atención. Los dos callaron. Sus ropas eran harapos, sus caras parecían la arena de la playa que se cuartea al secarse al sol.

—¿Qué quieres? —me preguntó uno de ellos, hosco.

—¿Sabéis decirme si en la fachada de atrás está la banda de Gitano?

—Sí, los he visto llegar hace unas horas. Se ponen todas las tardes ahí —me dijo el otro.

—Gracias. —Les lancé una moneda de diez duros. No sé el motivo por el que discutían antes, pero ahora la jarana era por esa moneda.

Volví con el grupo.

—¿Están o no? —me preguntó Aurelio, impaciente.

—Sí —afirmé.

—Vamos al lio, entonces —dijo José Juan mirando al Paellas.

—Joder, no sé por qué tengo que hacerlo yo —protestó el Paellas.

—Lo sorteamos y te tocó a ti —le dije—. Además, cuando te lo tomas en serio, eres tan veloz como una liebre.

Parece que el halago surtió efecto. Sin pensárselo mucho, el Paellas salió corriendo. Al llegar a la fachada trasera de El Chatarro, le oímos decir a voz en grito:

—¡Cipotones, que sois unos cipotones!

Vimos a tres de ellos salir tras él. Por la distancia —y por la miopía—, no fui capaz de identificarlos. El plan iba tal y como lo habíamos previsto. El Paellas consiguió que tres integrantes de la banda de Gitano se separaran del grupo para perseguirlo.

—Las cuentas —fui a explicar—: si no están los dos esbirros, solo queda Gitano en los sofás.

—¿Y si Gitano es uno de los que han salido a perseguir al Paellas? —preguntó José Juan.

Me quedé congelado. No había considerado esa posibilidad.

—¿Sabes qué? No creo que Gitano se moleste en levantarse del sofá para ir a por alguien. Ten en cuenta que es el jefe —argumenté, poco convencido.

—Vaya un desastre de plan —apuntó Aurelio.

—No nos enrollemos más, ¡vamos! —exclamé.

Los seis nos apresuramos en alcanzar la fachada de atrás. Al rebasarla, nos encontramos con el

Chino y el Pancho fumando y tirados en los sofás.

—Pero ¿qué cojones hacéis aquí? —preguntó el Chino poniendo cara de asco.

—¿Dónde está Gitano? —les pregunté.

—Está dentro haciendo negocios —me contestó Pancho señalando El Chatarro.

El Chino le dio un morrillazo y le exclamó:

—¡No les cuentes a estos los asuntos de Gitano!

Escuchamos un grito a nuestras espaldas: era el Paellas a toda pastilla. A muy poca distancia —ahora sí los identificaba—, los perseguían, a punto de pillarlo, Sebas y los dos esbirros.

La situación: o zurrábamos a Pancho y a Chino, o rescatábamos al Paellas. También podíamos dividir nuestras fuerzas y pelear en los dos frentes. «No puedo dejar solo al Paellas ni perder la ventaja numérica», calculé.

Miré a Aurelio, tenía los puños apretados con la cara cargada de ira.

—Vamos a *canearles* —sugirió José Juan.

Pancho y Chino se quedaron en *shock* al entender la situación en la que se encontraban.

—No —decidí—. Ahora no. Hay que rescatar al Paellas. Están a punto de alcanzarle y no le va a dar tiempo a llegar aquí.

Aurelio gruñó. Salí a toda velocidad. El resto dudó un instante, pero al final me siguieron.

Mientras me dirigía hacia el Paellas, me lamenté pensando en la lección que le habríamos dado a Pancho y al Chino. «Se la daremos después, esto no ha hecho nada más que empezar», me convencí.

Sebas, en carrera, ya estaba agarrando al Paellas del hombro cuando grité:

—¡No se te ocurra tocarle un pelo!

Los tres se dieron cuenta de que nos acercábamos seis chavales con cara de mala leche. Ellos eran chungos y de la banda de Gitano, pero no eran tontos, así que desistieron en la persecución y fueron a reunirse con Chino y Pancho.

—Joder…, casi me pillan —dijo el Paellas jadeando y apoyando las manos en sus rodillas.

—Lo has hecho muy bien, Paellas —le felicité.

—Sí, lo ha hecho muy bien —intervino Aurelio—, pero ¿de qué ha servido? No le hemos quitado la navaja a Gitano, no hemos repartido *manguzás* a nadie; al final, sí que están los dos esbirros esos y encima se han reagrupado.

—¿A qué vienen esos gritos? —Gitano hizo acto de presencia.

—Y encima aparece este —apostilló Aurelio.

—Han venido a pegarnos —le explicó Pancho.

—No me digas —respondió Gitano entrecerrando los ojos para vernos en la distancia. «Seguramente necesite gafas y no lo sepa», pensé de manera absurda.

Los dos bloques, en formación de línea, nos aproximamos. Un bando frente al otro. Ellos eran seis; nosotros, siete. Ellos tenían navaja, nosotros no. Ellos, delincuentes juveniles, salvajes y acostumbrados a pelear; nosotros, nada que ver con eso, solamente éramos niños que estaban dejando de serlo. Desde mi punto de vista, la balanza se inclinaba hacia su lado.

Se estableció un silencio sepulcral. Tenía los nervios a flor de piel. Empecé a temer un repentino ataque de cobardía. «Ahora no».

Gitano se movía inquieto y nos observaba con sonrisa lobuna. El resto de su banda parecía nerviosa; sabían que esto no era ninguna broma, no estaban acostumbrados a que vinieran a su territorio para atacarles. Oía mi respiración, sentía el lento latir del corazón. «Me está dando otra vez», pensé, angustiado.

—Así que queréis bronca —dijo Gitano—. Confiáis en ganar por que sois uno más, pero cualquiera de los míos vale por tres de los vuestros.

«Tiene razón», consideré.

—¡Deja de hablar y vamos a pelear! —exclamó Aurelio, ansioso.

Gitano le respondió escupiendo al suelo y se dirigió a los suyos:

—Cambiad esas caras de estreñidos. Son unos mierdecillas, no nos van a durar un asalto.

Sebas fue a cuchichearle algo al Pancho. Luego, los dos me observaron; Sebas, con su pícara sonrisa, y Pancho, con la cara de imbécil que le colgaba. «Algo le ha dicho sobre mí», pensé mientras intentaba controlar la respiración.

—¿Cómo queréis empezar? —nos preguntó Gitano.

José Juan, al comprobar que yo no reaccionaba —demasiado que aguantaba en pie—, le contestó:

—Pues… ¡Ya!

Todos corrieron a pelear. Bueno…, todos menos yo. Me quedé tieso, sin posibilidad de movimiento. Luchaba por respirar y sentía el palpitar de mi corazón como un tambor de los fuertes que suenan en las procesiones de la Semana Santa. «No, no me puede pasar ahora. No puedo quedarme al margen. Ellos están aquí por mí, peleando y dejándose la piel. No se merecen que me dé el ataque de cobardía».

A mi cabeza llegaron recuerdos que arañaban el alma: la paliza que le habían dado a Fran, el bofetón del Pancho a Moni, el fin de la amistad con Borja, la hoja de la navaja deslizándose sobre el cuello de Aurelio… Reaccioné. El ataque de cobardía seguía, pero la responsabilidad de no fallar más a las personas que me importaban empujó mi pierna hasta conseguir dar un paso; luego otro y otro… Avancé. Enfrente reinaba la confusión: patadas, puñetazos, empujones…

—Hola, Flubber —Pancho apareció de la nada.

Flexionó la pierna doblando la rodilla y la volvió a estirar descargando toda la fuerza del movimiento en mi tobillo con su planta del pie —sí, ese tobillo, el que aún molestaba al caminar —. Algo crujió y caí de bruces al suelo. Todo se sumió en la más absoluta y silenciosa oscuridad. Solo existía dolor.

«Ya sé lo que le cuchicheó Sebas», pensé retorciéndome en el suelo.

Lo siguiente que vi fue a Javi agarrando del pescuezo a Pancho. Forcejearon unos segundos hasta que Pancho consiguió liberarse impulsándose con las piernas. Javi cayó de espaldas a mi lado. Hiperventilaba y el sudor le perlaba la frente.

—Flubber, ¿qué te parece si nos echas una mano? —me preguntó.

Pancho intentó pisarle, pero Javi se revolcó por el suelo y lo esquivó.

Apoyé la pierna buena y ayudándome con los brazos levanté el torso. Al posar el pie malo sobre el suelo para terminar de levantarme, un relámpago de dolor me atravesó y me hizo caer de nuevo.

Javi se defendía a duras penas de los golpes que lanzaba Pancho. Decidí dirigir mi atención al resto: Aurelio repartía *manguzás* a los dos esbirros; parecía que lo tenía controlado, pero se notaba que cada vez le quedaban menos energías. Sebas estaba a horcajadas abofeteando a José Juan, quien no parecía reaccionar a los guantazos.

Gitano acababa de tumbar de un puñetazo a Francisco José.

«Este ya no se levanta del suelo», pensé al ver cómo había caído.

Al confirmar Gitano que Francisco José estaba KO, fue disparado hacia Ezequiel, quien, al ver la situación de Francisco José, había acudido en su ayuda. El Paellas acababa de escabullirse de una buena patada del Chino y daba vueltas en torno suyo.

«La cosa no pinta bien», pensé.

—Oye, Flubber —me dijo el Paellas a la vez que esquivaba un puñetazo del Chino—, ¿no tenías un as en la manga?

En ese momento el Chino lo placó y ambos cayeron al suelo. Aurelio, agotado, ya recibía más golpes de los que daba, y Ezequiel encajaba puñetazo tras puñetazo de Gitano.

Miré a la dirección acordada. «Aún es pronto», pensé mirando mi Casio. Sin embargo, por suerte, no era pronto, era el instante acordado: en carrera llegaban Borja, Mateo y Lucas. No pude evitar sonreír de felicidad al verlos. Borja, corriendo y con los brazos en alto, exclamó:

—¡Puede que *nosh* quiten la vida, pero *jamásh nosh* quitarán… la libertad! —Me quedé embelesado viendo la escena—. ¡A por el jefe, *vamosh* a por el jefe! —les dijo a Mateo y a Lucas mientras señalaba a Gitano.

Volví a echar un vistazo rápido al resto: José Juan, fuera de juego; Aurelio ya solo recibía golpes; Francisco José, fuera de juego; Javi, recibiendo *castañazos* del Pancho; Ezequiel, apaleado por Gitano; El Paellas, en el suelo, defendiéndose como podía; y lo que vi por encima de todo fue a Gitano sacando la navaja para enfrentarse a los tres pijos que iban a por él.

«¡No, más sangre no! ¡No, más palizas por mi culpa no!», pensé.

—Basta —susurré—. Basta —pronuncié algo más fuerte—. ¡¡¡¡Basta!!!! —grité como no había gritado en mi vida. Mi voz retumbó en la fachada de El Chatarro. Fue tal el estruendo que la batalla se paró y los tres pijos frenaron en seco. Todos me miraban con una tensión expectante.

—¡Basta! —exclamé vehemente— ¡Tenemos que parar esto!

Miré a Gitano, empuñaba la navaja. Le dije:

—Gitano, solos tú y yo en combate singular. Si consigo vencerte, ya no se sisa más, ni entre barrios ni dentro del mismo barrio. Queda prohibido robar y pegar.

—¡Y una mierda! —me respondió—. Tenéis la batalla perdida. Además, ahora viene lo mejor. —Levantó al cielo la navaja.

—¡Guarda eso, imbécil! —Asomó Jero por la fachada—. ¡Qué te vas a buscar problemas por una pelea de niñatos!

«Jero ha escuchado mi grito», pensé.

—¡Han venido buscando gresca! —le respondió Gitano.

—Bien hecho. Cómo hombres —le contestó Jero—. Pero a ellos no les veo armas, y a ti sí.

—¡Ellos son uno más! —exclamó Pancho.

—¿Y qué? ¿Vas a llorar por eso? —le respondió Jero—. Veo fantástico lo que dice el gordo —Jero continuó—. Una pelea entre dos que evite más violencia. Pero, Gitano, tú no vas a representar a tu bando: lo hará mi hijastro.

Sergio: combate singular

Desde el suelo observé como yonquis y camellos salían de El Chatarro para saber sobre el follón de fuera. Al enterarse de que el hijastro de Jero iba a pelear, la curiosidad se transformó en interés.

Sebas se caracterizaba por su agilidad y flexibilidad, a mí me recordaba a los elegantes movimientos de un gato. Sin embargo, se aproximó al lugar en el que me encontraba tirado en el suelo, rígido como un junco de Las Cortijadas.

—Flubber, si no eres capaz de levantarte, ¿cómo vas a pelear? —me preguntó Sebas.

Aurelio se acuclilló a mi lado para murmurarme:

—Oye, nos jugamos mucho. Déjame a mí, estoy recuperado…

—No —negué, rotundo—. Nadie más sufrirá por mi culpa. Por favor, ayúdame a levantarme —pedí.

Decir que apoyar mi pie malo suponía una tortura significa quedarme muy corto.

—Ya estoy en pie —le exclamé a Sebas—. Puedo pelear. —Apreté los dientes de dolor.

—¿Y si ganamos nosotros? —preguntó Chino.

—Nos pagarán todos los meses un impuesto para garantizarles seguridad —explicó Gitano, diligente—. ¿No queríais paz? Pues ¿qué mejor manera de tenerla que protegiéndoos nosotros mismos? Siempre y cuando paguéis el impuesto, la paz estará garantizada.

—Bien planteado, Gitano —añadió Jero—. Así se construye un negocio. Con acuerdos coherentes y estables.

Gitano, al escucharlo, sonrió complaciente.

Ambas bandas se colocaron tras su representante. Observé heridas en caras, manos sobre estómagos, andares renqueantes y manchas de sangre. Excepto Aurelio, ninguno de los míos se atrevió a mencionarme algo con respecto al combate singular. Tenía la seguridad de que daban por sentada mi derrota, pero supongo que algo apreciaron en mi expresión que los desanimó por completo a intentar cambiar mi postura.

No se me daba bien pelear; en cambio, Sebas era un fuera de serie repartiendo leña. Además, dudaba de poder dar un paso; conseguir mantenerme en pie era ya un suplicio. En realidad, no tenía muchas posibilidades de ganar.

Sin embargo, por otro lado, todo mi cuerpo y mente estaban preparados para el combate. Sentía la convicción de hacer lo correcto, la certeza de que lo correcto al final prevalece. «Aunque no pueda dar un paso, aunque sea un *cagao*, aunque no tenga ni idea de cómo encajar un golpe, aunque delante tenga a Sebas, el trofeo de la victoria final lo alzará el que defienda lo correcto…». Al menos, así pensaba.

La noche amenazaba con dominar de manera definitiva. Las sombras se alargaron y los rostros de Gitano y su banda se oscurecieron. La emoción que había apreciado en Sebas al principio había desaparecido desde el momento en el que Jero le había dicho que sería mi oponente.

—No puedes pelear, Flubber —me volvió a decir Sebas—. Cámbiate por Aurelio; de los vuestros, es el más fuerte.

—Ellos ya han combatido suficiente —contesté—. Es mi turno.

Sebas suspiró resignado.

«No quiere enfrentarse a mí. ¿Por qué? ¿Me tendrá miedo?», me pregunté.

—Por cómo tienes el tobillo —me explicó—, no vas a durar ni un minuto. No me apetece pegar a un lisiado.

—¿Queréis dejaros de cháchara? —nos gritó Gitano.

—Última oportunidad —me dijo Sebas, terminante.

«No soy una amenaza para él. No quiere enfrentarse a mí por compasión», entendí al fin. «Pero ya es tarde. No queda otro camino», pensé.

—Voy a pelear, Sebas —concluí—. Tienes la opción de retirarte si así lo deseas —le propuse.

Sonrió melancólico.

«Sebas, amigo, por mucho que te duela, tu padrastro te ha obligado a pelear. No tienes otra salida», pensé.

—Siento lástima por ti —le dije.

—Tú lo has querido —me contestó. Los ojos le chispearon y se acercó con decisión.

Sebas saltó y me pateo desde el aire. Crucé ambos brazos a la altura del pecho y plaqué la pierna. Mis gafas se tambalearon sobre el puente de la nariz. Me lanzó un puñetazo al estómago y, con un movimiento rápido, empujé su puño desplazándolo lo suficiente para que no impactara en mí. Sebas gruñó y volvió a patearme, pero esta vez sin saltar. Consideré lo poco que pesaba Sebas, así que, en vez de bloquear la pierna o intentar esquivarla, decidí agarrarla y, aprovechando su inercia, arrastrarla con fuerza. El resultado fue asombroso: lancé a Sebas por el aire por lo menos un metro. Cayó a plomo al suelo.

Muchos de los que contemplaban la pelea —sin distinción de bando— exclamaron sorprendidos.

Sebas se levantó, comprobó los rasguños de los brazos y me miró incrédulo. Dio varias zancadas largas, cargó el puño y me lo arrojó. Esquivé el puñetazo girando el torso, pero, a la vez, lo agarré del antebrazo y volví a aprovecharme de la inercia del golpe empujándolo y poniéndole la zancadilla con el pie bueno. Fue directo al suelo de boca.

—¿Va a ganarte un obeso inválido? —le preguntó Jero, malicioso.

Sebas, tirado, gritó. Se dio la vuelta sin levantarse. Tenía la cara desencajada. Me miró sin parpadear, volvió a gritar y, desde el suelo, me golpeó con el empeine en el tobillo malo.

Caí. Me pitaban los oídos. Lloré de dolor. Intenté poner mi mano sobre el tobillo, pero fue imposible; el simple roce en la zona enviaba una descarga de sufrimiento indescriptible.

Sebas se levantó y exclamó fuera de sí:

—¡Ríndete!

Yo seguía retorciéndome de dolor en el suelo.

—¡Ríndete, joder! —insistió.

—¡No! —le contesté.

Patada en mi cara. Sabor a hierro en la boca. Nariz sangrando. Otra patada, esta vez en el estómago. Sin aliento.

Sebas, muy nervioso, se dirigió hacia Jero.

—¡No puede continuar! —exclamó señalándome—. ¡La pelea debe finalizar!

—A mí me parece que no —le contestó Jero, tranquilo y elevando la cabeza.

Me levanté. De la barbilla goteaba sangre. Aún respiraba con dificultad por la patada. Un millón de cuchillos me apuñalaban desde el tobillo hasta la rodilla.

—¡Sebas! —le grité, encolerizado. Este se dio la vuelta y me miró atónito—. Eres un

miserable. —Varias gotas de saliva salieron de mi boca—. Peleas sucio. —Sentía la sangre amontonarse en mi cabeza.

—¡Tú te lo has buscado! No me puedes vencer…

—¡Sí, te puedo vencer! —exclamé—. ¿Sabes qué?, no importa que seas un cerdo peleando. Ahora…, vas a sufrir —lo afirmé con tal contundencia que Sebas dio varios pasos atrás. Su rostro, demudado.

Caminé hacia él. Puños cerrados. Labios apretados. La sangre aún goteaba de mi barbilla. El dolor ya no importaba, la furia que empujaba mi pierna pese al dolor, sí. En esas circunstancias, mi mente divagaba en cosas que no procedían —me solía pasar a menudo—. Relacioné mi estado con la primera transformación de Goku en Superguerrero. Pensé que esa energía vengativa y furiosa que sentía era similar a la que había experimentado él en esa impresionante transformación. Miré a Borja y, aunque parezca increíble, creo que él pensaba lo mismo: me clavó sus ojos y asintió con la cabeza.

—¡Sebas, acaba ya con el Tocinetas! —exclamó Gitano.

—¡No! —grité sin apartar los ojos de mi objetivo—. ¡¡¡Llámame «Flubber»!!!

Me abalancé hacia Sebas, lo plaqué y ambos caíamos al suelo. Me puse en pie de inmediato, mi tobillo protestaba desesperado. «Me da igual», pensé. Sebas estaba a punto de levantarse, pero con el pie bueno lo barrí y volvió a caer de espalda.

Hinqué mi rodilla en su barriga, ejercí toda la presión de que era capaz. Sebas chilló e intentó encajarme varios puñetazos. Yo no lo intenté, lo conseguí: arremetí con fuerza, intercalando puños, uno tras otro, sin parar; su cara se movía de un lado al otro sin control de su dueño.

No sabría decir durante cuánto tiempo me mantuve golpeándolo. Un salpicón de sangre emergió de su rostro hasta caer en el desgastado asfalto. Me levanté y lo observé: el labio sangrando —seguramente partido—, el ojo derecho al rojo vivo, y el carrillo izquierdo muy colorado y con un hilo de sangre que llegaba hasta la nariz.

—Ríndete —le dije jadeando.

—No —me contestó con dificultad.

Esta vez le pisé la barriga y dejé caer mi peso —no es poca cosa—. Sebas dio un alarido.

—Ahora vienen las patadas —le advertí—. ¡Ríndete! —le exigí a voz en grito.

—¡Me rindo, joder! —expresó al final.

José Juan, Aurelio, Javi y el Paellas acudieron y me levantaron en brazos lanzándome vítores. Al dejarme en el suelo, Borja, Mateo y Lucas me abrazaron sin parar de decirme que había conseguido una gesta heroica. Cuando mis amigos pijos me soltaron, Francisco José y Ezequiel me estrecharon la mano dándome la enhorabuena y las gracias; hasta Ezequiel me invitó a la matanza que tenía en su cortijo en dos semanas. Os podéis imaginar la alegría de aquella noche en el viejo y abandonado *parking* de El Chatarro.

—Eres el bochorno de nuestra familia —l espetó Jero a Sebas—. Ya no puedes caer más bajo. Me siento avergonzado de que seas mi hijastro. No vales para nada —remató.

—¡Ya os pillaremos otro día! —nos amenazó Gitano.

—¡Ni se te ocurra! —le contradijo Jero mientras miraba a los drogatas y a los camellos—. Los tratos se cumplen. Hay que ser serio en los negocios. Os dejáis de mierdas y os centráis en ayudarme en mis negocios, y no por ahí pegando a finolis y niñitas. ¡Mi palabra se cumple! —advirtió. No pude distinguir muy bien si se dirigía a Gitano o a la multitud agolpada.

Gitano dio una patada de frustración al aire y le dijo a Sebas, despectivo:

—Eres basura.

Llegó, corriendo y agobiado y, con un teléfono móvil en la mano, un matón de Jero que tenía las espaldas tan anchas como el armario de mi salón.

—¿Qué pasa ahora, Camilo? —preguntó Jero, en actitud cansada.

—Jefe —le dijo con la respiración entrecortada—, malas noticias con el cargamento que esperamos. —Le entregó el teléfono a Jero.

—¡No me jodas! —exclamó Jero al escuchar por el móvil—. Alguien se ha ido de la lengua con el lugar, día y hora —le comentó al armario, palideciendo.

—¡Gitano! —lo llamó Jero—. Hay problemas, nos vamos.

Se marcharon todos los de la banda de Gitano menos Sebas; nadie se preocupó de auxiliarlo.

—Ayúdame a llegar hasta él —le pedí a Borja.

Me entristeció verlo así: tirado en el suelo, solo, con la cara llena de magulladuras y los ojos vidriosos.

—Lo siento mucho, Sebas —me disculpé—. Te ayudaremos a levantarte. —Le hice a Borja un gesto con la cabeza.

—No se te ocurra tocarme —amenazó a Borja. Una lagrima recorrió la mejilla hasta desembocar en un coágulo de sangre.

—¿Sabes qué?, podemos reparar todo lo que se ha roto entre nosotros, Sebas —le dije, conciliador.

Arrugó los labios. Era evidente que en él había rencor y odio.

—Fran y tus amiguitos pijos son unos mierdas —me dijo—. Pero tú eres el peor de todos. Me has jodido la puta vida. No quiero volver a verte jamás —me dijo, rotundo.

Con esas palabras, Sebas me vació de alegría como mi madre vaciaba el cubo de la fregona una vez que había terminado, sin miramiento.

—Apartaos de mi vista ahora mismo —refirió.

Escupió a su lado un gargajo rosáceo.

—Flubber, *vámonosh* —sugirió Borja.

Asentí. Apoyado en el hombro de mi amigo, volvimos con el resto.

Era noche cerrada y las calles de mi barrio no respiraban el bullicio habitual de esa hora. La fresca brisa de la tarde se había convertido en fría brisa de la noche. «Se acabó el verano», pensé. Mis amigos pijos me acompañaban hasta casa. Los hombros de Borja y Lucas me servían de apoyo para poder avanzar.

—Por fin tendremos paz —dije, ilusionado.

—No es para tanto, Flubber —comentó Lucas.

—Cómo se nota que no eres del barrio —argumenté—. Desde que tengo uso de razón, he estado expuesto a que me sisen o peguen en cualquier momento. No os podéis hacer a la idea del sinvivir constante que eso significa. Tú puedes ir tan tranquilo a comprar el pan y, de repente, aparece un menda que te da de hostias y, además, te sisa todo lo que lleves encima.

—Dicho así, parece de una peli del Oeste —añadió Mateo.

—¿Sabes qué?, ahora que lo dices, se parece un poco —contesté, resuelto.

—Todo ha *shido graciahs* a ti, Flubber —refirió Borja, sonriendo.

—También las palizas que os han dado han sido gracias a mí —respondí.

—Eso no ha sido culpa tuya —intervino Lucas.

—Explicárselo a vuestros padres —dije, resignado.

—No tengo por qué *eshplicarles* nada —dijo Borja, serio—. No me importa lo que *ellosh*

pienshen. Flubber, *sheguiré* quedando contigo.

—Yo también —explicó Lucas—. Aunque me quede sin la unidad de CD que me prometieron mis padres para el ordenador.

—Flubber —me dijo Mateo—, no te creas que te vas a librar de mí tan fácilmente. Me da igual que quedemos aquí —miró a los lados—, o en nuestro parque… Bueno, prefiero nuestro parque.

Al escucharlos me quedé sin palabras. Nos mantuvimos en silencio el último tramo hasta mi casa. Mateo recogió de un contenedor de la basura un palo de escoba de madera para que pudiera apoyarme y me dijo que al día siguiente me llevaría la muleta de su difunta bisabuela.

Llegamos al portal de mi piso. Miré a los tres sonriente y, a tope de felicidad, les dije:

—Sois unos colegas de puta madre.

Creo que coronar el Aconcagua y subir las escaleras, con el tobillo reventado y apoyado en un palo de escoba, son hazañas similares. Mis amigos pijos se ofrecieron a ayudarme, pero era muy tarde y quería que se volvieran lo antes posible al Barrio Rico. Aun con la reciente establecida paz, no estaban acostumbrados a transitar por de noche mi barrio ni Las Cortijadas, así que, después de una breve discusión, conseguí convencerlos para que me dejaran solo y se piraran a sus casas.

La estampa que me encontré al traspasar el umbral de la puerta no podía ser más desconcertante: Carlos, sentado en el sillón, fumando y con una botella de *whisky* DYC a medias junto a un vaso, también a medias. Su rostro estaba desfigurado, respiraba ensanchando mucho los pulmones y no paraba de moverse inquieto en el asiento.

—¿Quién rayos te ha dado una paliza? ¿Y por qué te apoyas en un palo de escoba? —me preguntó con ojos vagos y taciturnos.

—Ha habido una pelea —le contesté mientras avanzada cojeando hacia el pasillo—, pero ya está solucionado. —Me paré y le pregunté—: ¿Tú qué haces aquí sentado a estas horas?

Apuró el vaso y me dijo:

—Espero a tu madre. Lleva todo el día desaparecida.

Justo cuando me internaba en el pasillo, Carlos me dijo con la voz trastocada:

—Espero que sigas manteniendo la boca cerrada.

—¿Tanto te asusta que hable de lo que vi aquella noche en Las Cortijadas? —le pregunté, irónico.

Me miró, hizo una mueca extraña y me dijo:

—No te hagas el gracioso conmigo. Te hablo muy en serio, Sergio.

—¿Qué vas a hacerme si hablo? —La ironía desapareció por completo.

—Por tu bien, es mejor que no lo descubras. —Se recostó en el sillón y su cara quedó semioculta por volutas de humo de tabaco.

La cerradura chilló y mi madre entró. Su rostro, pálido y cansado.

—¿Dónde te has metido durante todo el día? —le preguntó Carlos, molesto.

Mi madre se dirigió con violencia hacia él y de un golpe tiró de la mesita tanto la botella de *whisky* como el vaso. Tuve que apartarme para evitar los cristales.

—¿Y a ti qué coño te pasa en la cabeza? ¿Tú sabes lo que has hecho? —le preguntó a Carlos, colérica.

Sebas: un aviso

Algo me despertó de un sobresalto. Al instante escuché —o volví a escuchar— cómo llamaban a la puerta de casa. La habitación a oscuras, solo la luz de una farola que se colaba por la ventana iluminaba tenue la almohada en la que me apoyaba bocabajo. Al observar la almohada manchada de sangre, los recuerdos se precipitaron sobre mí como trozos de mármol del pueblo ese de los catetos. Cabreado, pero también triste. La cabeza me iba a estallar de un momento a otro.

Aporrearon la puerta de nuevo. Miré el reloj de la mesita de noche. No había pasado ni una hora desde que había llegado a casa y, al comprobar que nadie me esperaba, me había tirado de plancha a la cama y me había quedado frito al momento. Ese sueño inmediato había sido anestésico.

Refunfuñé y me dirigí al dormitorio de mi madre. Empujé con cuidado la puerta entreabierta. Mi madre estaba sentada a los pies de la cama. Su oscura silueta se perfilaba entre la negrura de la habitación.

—No sabía que estabas en casa —me dijo, perezosa.

—Mamá, tocan a la puerta.

—Lo he oído. Voy a ponerme la bata.

No podía esperar tanto. Sin pensar en lo que hacía, desbloqueé el pestillo de la cerradura. No me dio tiempo a tirar de la puerta, esta se precipitó sobre mí. Los que la aporreaban ansiaban entrar. Retrocedí para evitar que me golpeara. Aparecieron cuatro policías con cara de mala leche. Me sorprendí, nunca habían venido a estas horas de la madrugada.

—¿Y Jero? —me dijo el último de los maderos que entraron en casa. Me parece que se llamaba Paco, lo conocía de anteriores visitas. Rondaría los cuarenta y tenía la típica nariz aplastada de los boxeadores.

—Paco, ¿no podéis esperar a mañana? —le preguntó mi madre mientras se ataba la bata.

—Comprobad el resto de la casa —les ordenó Paco a los otros maderos.

—Buscad toda la droga que queráis —les dijo mi madre—. No vais a encontrar nada…, como siempre.

Paco sonrió y le dijo:

—No buscamos droga, es a Jero a quien queremos, y esta vez lo tenemos bien pillado.

—Paco, será como siempre —contestó mi madre—: mucha parafernalia y, al final, lo tendréis que soltar por falta de pruebas.

—¡Te equivocas! —exclamó Paco, alterado—. Hemos incautado su droga y, lo mejor de todo, a su gente con ganas de hablar.

—¡Paco! —le gritó otro policía desde el pasillo—. ¡Cierra la boca, hombre!

—¡Jacinto, si es que tengo muchas ganas de trincarlo de una vez por todas! —le explicó.

—¡Todos tenemos ganas de arrestarlo, pero no puedes ir contándole todo a la mujer del sospechoso! —le contestó el tal Jacinto desde alguna habitación.

Paco bufó resignado y preguntó al resto de los policías en voz alta e impaciente.

—¿Está o no está?

—Ni rastro —contestó otro de los maderos acomodándose el pantalón. Tenía una buena panza

y el cinturón no terminaba de ajustársele bien.

—¿Dónde está Jero? —le preguntó Paco a mi madre.

—No lo sé —respondió ella, cortante.

Los *walkies* de los maderos crujieron y chisporrotearon; luego se escuchó la voz de una mujer que no llegué a descifrar.

—Paco, nos tenemos que marchar —le dijo el tal Jacinto, que volvía del pasillo con una mano apoyada en el *walkie*.

—¿Qué pasa ahora? —le preguntó Paco.

—Un aviso.

Sergio: te arrepentirás

—¿A qué viene esa violencia? —le preguntó Carlos a mi madre mirando la botella y el vaso reventados en el suelo. A excepción del cuello de la botella, el resto se había hecho añicos.

—Ya que lo preguntas. ¿Sabes dónde he estado todo el día?

Carlos, con cara de circunstancias, se encogió de hombros.

—En el hospital con Valerio —le dijo.

Carlos hizo un gesto de desdén con la mano y se levantó del sillón para dirigirse a la cocina.

—Tres costillas rotas, la muñeca partida, tabique nasal desviado, úlcera en el ojo izquierdo…

—Se lo merecía —le interrumpió mientras rebuscaba en los armarios de la cocina, supongo algo con alcohol.

—Pero ¿qué me estás contando? —preguntó mi madre, incrédula.

Carlos, al no encontrar lo que quería, cerró el armario de mala gana y se giró para decirle:

—Lo hice por ti, Lola, por tu honor. Lo sorprendí beneficiándose a otra en una callejuela sin salida, cerca del paseo marítimo.

—¿Y tú quién te has creído que eres para defender mi honor? —le preguntó muy nerviosa.

Carlos la contempló con expresión cansada y le contestó:

—Soy tu marido, Lola.

Mi madre vaciló unos segundos, pero al final dio varios pasos y se colocó a escasos centímetros de él, desafiante.

—Entérate de una vez por todas: no te aprecio, no te quiero, me repugnas —le dijo.

Carlos, indiferente a los comentarios, la rebasó, volvió a sentarse en el sillón y, con toda la tranquilidad del mundo, se encendió otro cigarro.

Mi madre, de espaldas a él, cerró los puños y elevó los hombros. «Está a punto de explotar, si no lo ha hecho ya», pensé.

—Lola —le dijo expulsando humo por la boca—, en toda tu vida han hecho tan poco por ti que eres incapaz de advertir cuando un hombre de verdad cuida de tus intereses.

Mi madre se giró. Mantenía los puños cerrados, y los ojos parecía que se le iban a salir de las órbitas.

—¿Te consideras un hombre de verdad? —le preguntó con ironía—. No eres ni la mitad de hombre que mi difunto esposo —le soltó.

Carlos le echó una mirada divertida.

—Lola, diciendo ese tipo de cosas te vas a quedar más sola… aún —le contestó, paladeando la palabra *aún.*

A mi madre, sin cambiar la expresión de furia, le empezaron a recorrer lágrimas por su rostro. De repente, como si se hubiera acordado de algún chiste, sonrió.

—Carlos, jamás te lo he dicho, pero siempre he pensado que nunca le has llegado a tu hermano ni al talón —le dijo con sorprendente serenidad.

A él le cambió la cara por completo. Se levantó del sillón. Mandíbulas apretadas. Frente arrugada. Sin parpadear.

Mi madre, lejos de achantarse, volvió a la carga:

—Es lógico que tu madre pasara de ti olímpicamente. Él tenía éxito. Tú, sin embargo, siempre

has sido un fracaso.

—¡Deja de escupir mierda por la boca! —exclamó avanzando hacia ella.

Con toda la rapidez que mi tobillo me permitía, me interpuse entre ambos amenazando a Carlos con el palo de la escoba que usaba como bastón.

—¡Quieto! —exclamé.

—¡Apártate de en medio, malnacido! —me gritó, jadeando.

—Si avanzas, te arrepentirás —le advertí.

—¿Qué vas a hacerme? —me preguntó con una sonrisa diabólica.

—Imagina —le contesté.

—¿Vas a pegarme con el palo de la escoba o, mejor aún, me denunciarás a la Policía?

Mi madre y yo nos dirigimos una mirada fugaz de extrañeza.

—¡Sí, no te hagas el tontito! ¡Me viste en Las Cortijadas la noche que asesiné a mi hermano! —Carlos gesticulaba y hablaba de una manera inédita. «Este es el Carlos verdadero. El que se ocultaba tras la máscara. El del color rojo en mi radar», concluí.

—¿Qué estás diciendo, Carlos? —le preguntó mi madre.

—¡Sí, Lola! Estrangulé a mi hermano y también estrangulé a mi madre.

Las manos que sostenían firmes el palo me flojearon al escucharlo. Mi madre me agarró por las espaldas, temblaba. Ambos estábamos aterrados. Delante teníamos, fuera de control, a un demente asesino.

—Y ahora —volvió a esbozar la perturbadora sonrisa—, sé lo que tengo que hacer para que los dados me den los números correctos. Para que el juego de la vida vuelva a estar a mi favor. ¡Dos muertes y cambiará mi dicha otra vez! —exclamó con la mirada perdida.

Me concentraba en la situación, no en las incoherencias que mi padrastro vociferaba; no era momento de eso, no.

Carlos avanzó hacia nosotros con el rostro desfigurado. Le endilgué sin miramientos —como mi madre con el agua de la fregona— con la punta del palo a la altura del riñón derecho. Se encogió echándose las manos al costado. Un alarido ahogado salió de su garganta. Mi madre seguía aferrándose a mis espaldas. Carlos se reincorporó, farfulló algo que no pude entender y, sin que me diera cuenta, agarró el palo de la escoba por el otro extremo. Forcejeamos durante unos segundos, pero tiró fuerte del palo y se me escurrió entre las manos.

—Para lo que voy a haceros, no lo necesito —nos dijo arrojándolo a un lado.

Me agarró de los hombros. Golpeé su pecho sin éxito.

—¡Suelta a mi hijo! —chilló mi madre mientras tiraba de mí.

Carlos echó la cabeza hacia atrás y lo siguiente que sentí fue un tremendo impacto en la frente. Luego todo se nubló y volé, o, mejor dicho, Carlos me lanzó. Caí al suelo. Al abrir los ojos veía bultos de colores en movimiento. Mi frente ardía. Hice un esfuerzo y conseguí sentarme. El mareo remitía y los bultos se transformaron en un armario, una televisión, un sillón, a Carlos estrangulando a mi madre.

«¡Carlos estrangulando a mi madre!», pensé, alarmado.

Me levanté y el tobillo me explicó con claridad que no me tenía que haber levantado.

—Me asfixio —dijo mi madre con una voz apenas perceptible.

Miré el palo de la escoba, pero se me ocurrió algo mejor como arma: el cuello de botella roto.

—¡Déjala! —grité.

Mi brazo dibujó un arco con la parte cortante de mi improvisada arma directa hacia él. Una de sus manos dejó de estrangular y bloqueó el cristal. Sus dedos se entrelazaron con la irregular sierra. Reñimos empujando hacia el otro. El cristal se tiñó de rojo. Carlos gruñía y enseñaba los

dientes comprimidos. Resistía mi envite. Mantenía una mano firme ahogándola. Los párpados de mi madre se cerraban y abrían erráticos, sin ritmo, como los intermitentes fogonazos de una linterna a punto de apagarse. «Mi madre se está muriendo», pensé, angustiado.

Aporrearon a la puerta.

—¡Abre, chivato de los cojones! —se escuchó al otro lado—. ¡Me han soplado que has sido tú el que le ha largado todo a la pasma! —continuó gritando. Era la voz de Jero.

La puerta agonizó un par de veces y el cerrojo saltó por los aires. Jero entró casi de un salto con un bate de béisbol pendiéndole de la mano; tras él, el gigantón que lo acompañaba siempre.

Jero miró escéptico la macabra escena. Cargó el bate y arremetió al costado derecho de Carlos —sí, a la altura de los riñones—. «Buen sitio», pensé.

Carlos soltó a mi madre y el cuello de botella. Contrajo su cuerpo y colocó ambas manos sobre el costado. La mano impregnó la camiseta de sangre. Mi madre cayó a plomo al suelo. Sus ojos cerrados. La boca abierta buscando ansiosa el aire.

Me agaché y le levanté la cabeza. Abrió los ojos.

—¡Mamá!, ¿cómo estás?

—Viva…, estoy viva —me dijo a duras penas.

Jero seguía a lo suyo, a lo que había venido. El bate se estrellaba una y otra vez sobre Carlos, quien se tambaleaba de un lado al otro.

—¡Yo acabaré en la cárcel, pero tú irás directo a una caja de pino! —gritaba mientras pumba y pumba con el bate.

En ese momento me percaté de cómo las luces estroboscópicas de los coches de policía se colaban por la ventana.

Sebas: frustración

La policía abandonó mi casa despidiéndose con una mirada condenatoria. Mi madre se fue directa al dormitorio. A los pocos minutos salió vestida y con la preocupación enganchada en hombros y cara.

—¿Por qué te has vestido? —quise saber.

—¿Qué te ha pasado en la cara?, ¿otra pelea? —me preguntó, pero, como si se tratara de algo sin importancia, continuó hablando—: Voy a buscar a Jero, tengo que avisarle de que en esta ocasión la policía lo tiene bien pillado. —Se calzó unos zapatos marrones descoloridos.

—Mamá, lo mejor que nos puede pasar es que lo encierren. ¡No se te ocurra ir a informarle! —le advertí, entusiasmado.

Me miró ceñuda, se levantó y me arreó un bofetón.

—¡Por una vez en tu puñetera vida piensa con la cabeza! Es tu padrastro y llena los platos de comida a diario. ¿O acaso te vas a encargar tú de traer dinero a esta casa?, si ni siquiera eres capaz de evitar que te peguen. No tendré más remedio que limpiarles la mierda a las señoritingas. ¡Vaya hijo que me ha tocado! —Salió de casa sin despedirse y dando un portazo.

Un calor profundo me trincó del pecho. Me dirigí al dormitorio de mi madre. Conté las losas del suelo: una, dos, tres…, golpeé con el talón la cuarta desde la puerta. Sonó hueca. Era el sitio.

Levanté la losa y, dentro de un pañuelo negro, se encontraba la pistola de Jero. La empuñé, estaba fría. La contemplé unos segundos. Pasé el pulgar por el grabado del cañón: Walther P99. Me senté en un lado de la cama. Confirmé que estaba cargada y le quité el seguro. Coloqué el cañón mirando hacia mí. Respiré profundamente y me lo introduje en la boca.

«No puedo más», pensé mientras las lágrimas me empañaban la cara. Cogí una bocanada de aire. Olor y sabor a muerte.

—¡Ahhhhh! —grité entre sollozos.

Palpé el gatillo con dedo tembloroso. Solo tenía que apretarlo y todo se acabaría: el profesor Rodríguez diciendo que tenía que repetir curso, Fran explicando que se marchaba a Madrid, las tardes vagando en solitario por el barrio, las palizas de Jero, los insultos de Gitano, los trapicheos con droga, la pelea con Flubber…

«Flubber».

Mis emociones variaron de manera brusca, como un río que cambia su curso de forma repentina. El dedo, que tanteaba el gatillo en busca de la valentía necesaria para terminar con todo, se separó. Mi mano apretó la empuñadura con más fuerza.

Saqué el cañón de la boca y pensé:

«Ya sé quién tiene la culpa».

Sergio: el tío más peligroso de Mardulce

Como un sueño, pero en realidad no era tal cosa. La verdad ocurría bajo una especie de neblina, y no se trataba de mi miopía: de manera sorprendente, las gafas seguían en su sitio y en perfecto estado.

La policía esposando al gigantón y a Jero, este gritando todas las palabrotas del mundo habidas y por haber. Carlos, inconsciente —supongo— e irreconocible después de la cirugía estética del bate, tirado en el suelo y con un médico comprobándole el pulso. Otro médico atendiendo a mi madre, que me estrechaba la mano y me sonreía. Dos policías —uno de ellos con nariz de boxeador— preguntándome sobre Carlos: cómo había confesado los asesinatos y qué había visto yo aquella noche en Las Cortijadas.

Todo esto me rodeaba, pero no lo asimilaba como una realidad absoluta: lo sentía lejano, como si fuera un recuerdo. Me dolía el tobillo y experimentaba una tranquilidad que no correspondía a la situación. Me senté en el sillón y pensé mientras observaba a Jero:

«El tío más peligroso de Mardulce nos ha salvado la vida».

Sergio: ámbar

«Estamos frente al niño que peleó a capa y espada contra su padrastro demente para evitar el asesinato de su madre. No sé vosotros, pero para mí este es el niño más valiente del mundo».

Aún retumbaban en mi cabeza las palabras de la periodista frente a la cámara después de entrevistarme la misma noche del altercado con Carlos. La periodista me había dicho que sería el protagonista de las noticias del día siguiente. He de reconocer que, en la explicación que le di sobre mi heroísmo al defender a mi madre, exageré un poco —mucho—, pero es que, cuando me sentía el centro de atención, me dejaba llevar y, claro, pasó lo que pasó: me comí una y conté veinte.

No había sufrido el ataque de cobardía ni en la pelea con Sebas ni en el enfrentamiento con Carlos. La cobardía no se había ido, seguía ahí, en el mismo sitio de siempre: bajo la piel, órganos y huesos. Sin embargo, en ambas ocasiones, el miedo al sufrimiento de las personas a las que quería me había movido a luchar, a evitar el dolor; no el mío, ese no era el importante, sino el ajeno: el de los pijos, el de los catetos, el del Paellas y Javi, pero, sobre todo, el de mi madre.

Tumbado en la cama, contemplaba a través de la ventana las primeras luces del alba. No había pegado ojo en toda la noche, demasiadas emociones. Seguía tranquilo. Supongo que la sensación de que los problemas que me atormentaban hacía tan solo veinticuatro horas se habían finiquitado era la causa de aquel sosiego.

Hasta el clima estaba en sintonía conmigo: las hojas del árbol que veía desde mi ventana —no sé qué árbol era— no se movían lo más mínimo; a diferencia del día anterior, ahora no corría viento alguno. Esto, sumado a la hora que era, creaba una paz que hasta cierto punto podía ser inquietante; pero ahora no, ahora estaba tranquilo y hasta creo que podía decir que feliz.

Al levantarme de la cama para beber agua, vi de pasada por la ventana algo que me hizo vacilar. Di un par de pasos y comprobé con satisfacción que el tobillo me dolía bastante menos. Me asomé y tardé varios segundos en interpretar lo que veía. Abrí la ventana y pregunté en voz baja:

—¿Qué haces aquí a estas horas?

Sebas, con los pies clavados al suelo y con las manos metidas en los bolsillos, levantó la cabeza y me dijo:

—Baja, quiero hablar contigo —su voz era hielo.

—¿No podemos hablar luego? —le pregunté—. Si todavía ni ha amanecido.

—¡No! —exclamó.

—No grites —le dije, alarmado. ¿Es que quieres que los vecinos nos apedreen? No seríamos los primeros…

—¡Que bajes! —insistió.

Suspiré resignado.

—Vale, Sebas. Ya bajo.

Al salir a la plazoleta confirmé lo del viento: no se movía ni una pluma de paloma.

Sebas seguía con la misma pose: de pie, con las manos metidas en los bolsillos y con gesto serio. Me coloqué delante de él y esperé a que hablara. Después de un rato, como no se inmutaba, le dije:

—Sebas, hay que arreglar lo nuestro. Tenemos que volver a ser amigos, aunque, por mi parte, nunca hemos dejado de serlo.

—Claro, por eso ayer me dejaste en ridículo —me contestó.

—Nos peleamos. ¿Qué podía hacer yo? ¿Dejar que me pegaras? —pregunté, incrédulo.

—Pudiste evitar la pelea, te repetí un *huevo* de veces que te retiraras.

—¿Cómo me voy a retirar? Nos jugábamos mucho…

—Fuiste un egoísta —me interrumpió.

—¿Sabes qué?, todo lo contrario: peleé por todos; aunque no te lo creas, hasta por ti… Si alguien actuó con egoísmo, ese fuiste tú.

A mis palabras le contestó el incómodo y tenso silencio.

—Sebas —continué—, no discutamos más sobre la pelea, es agua pasada.

—Todo se ha ido a la mierda —dijo, contundente—. Hasta mi madre me desprecia.

Comencé a sospechar que algo no iba bien, que esa visita no era para reconciliarnos.

—Sebas, sea lo que sea lo que te haya ocurrido con tu madre, estoy seguro de que tiene solución.

—Tú eres el culpable—sentenció.

Sonreí escéptico.

—¿A qué has venido, Sebas? ¿A pelear? ¿Es eso? ¿Quieres que sigamos pegándonos?

No me contestó. Endureció la mirada. Sus ojos desprendían un odio desmedido. Sacó una de las manos del bolsillo y me apuntó con una pistola negra.

—¿Qué haces, Sebas?

No me contestó, siguió apuntándome con el arma.

—¿Acaso, vas a dispararme?

—…

—¿Eres capaz?

—…

—Yo creo que no, tú no eres así.

Sebas lloraba y temblaba.

—Venga, tío. Baja la pistola.

El horizonte se pintaba de naranja oscuro y una bola roja asomaba con descaro.

—Sebas, a partir de ahora todo cambiará: habrá paz en las calles, se acabarán los malos rollos, ya no estará Jero obligándote a trapichear; yo mismo vi cómo se lo llevaban detenido anoche.

Mis palabras movieron algo en su interior. Abrió mucho los ojos, las lágrimas seguían derramándose por toda su cara. Enseñó los dientes, y los oídos me zumbaron. De inmediato, un intenso dolor en el vientre.

Sebas puso cara de sorpresa, tiró el arma y, echándose las manos a la cabeza, preguntó al aire:

—¿Qué he hecho?

Me toque el vientre, emanaba sangre a borbotones. Tosí, se me humedecieron los labios, sabía a metal. Las piernas me flojearon de tal manera que fui incapaz de mantenerme en pie. Caí de rodillas con las manos intentando cortar el flujo de vida que salía. Sebas cayó de rodillas al igual que yo.

Admiré el amanecer con todo su poderío: los naranjas transformándose en amarillos, la bola incandescente elevándose. Los colores se empezaron a emborronar, como cuando pasas un dedo

sobre un dibujo de cera blanda. Estaba muy cansado y tenía mucho frío.

Arqueé la espalda, no podía mantenerme de rodillas. El dolor disminuía. En un último esfuerzo, levanté la cabeza y le dije a Sebas:

—Eras ámbar.

Sentí un remolino de viento a mi alrededor que me arrastraba, suave pero implacable.

Fran: la estatua

Parecía que nada había cambiado. A ver…, era obvio que habían cambiado cosas; después de tantos años, era lo normal: una tienda de móviles que antes no existía, un comercio de cigarrillos electrónicos, el videoclub había pasado a la historia, un Mercadona que había eliminado por completo a los pequeños negocios de comestibles que existían por el barrio, y no había niños jugando o tramando por la calle.

Sin embargo, la esencia de aquel lugar seguía siendo la misma: el enlosado de las aceras, el asfalto de la carretera sin mantenimiento, las fachadas de los pisos salpicadas con ropas de imitación secándose, las caras de resignación de los vecinos, los ojos de sospecha de unos pocos ante un coche extranjero… «Extranjero», pensé sonriendo. Giré el volante para virar a la derecha a una de las calles que tantas veces había transitado de niño.

«Extranjero… Si supieran que viví aquí los años más felices de mi vida», pensé, pero esta vez sin sonreír, con la nostalgia tomando el timón del torrente de emociones.

No había vuelto desde entonces, desde lo que había pasado aquella fatídica mañana. Después de eso, el cambio, ya de por sí importante, había sido drástico. En aquella época, ya afincado en Madrid, no podía pensar en Mardulce, y mucho menos en el barrio. Nada que tuviera que ver con estas calles quería que pasara por mi cabeza, porque a esa idea, a ese pensamiento, lo acompañaba a rebufo un sufrimiento insoportable. Mis padres lo habían intentado en vacaciones, puentes o fines de semana, pero la respuesta siempre era la misma:

«No quiero volver a Mardulce».

El llanto de la bebé me hizo regresar a la actualidad.

—Esta no quiere dormir más —me dijo Moni soltándose el cinturón y retorciéndose para comprobar el estado de la bebé. Los avisos de cinturón desabrochado del coche se activaron al momento.

—Moni, por favor, abróchate el cinturón; entre el llanto de la niña y la alarma, me voy a volver loco —le dije sin apartar los ojos de la carretera.

Ella, como siempre, hizo lo que le vino en gana; se coló dificultosa entre los dos asientos delanteros del coche para cambiarse a los de atrás. Al acabar la maniobra de traslado, el aviso del coche se detuvo.

—Fran, ya está, todo resuelto —me dijo desde atrás mientras calmaba a la niña.

—Moni, tengo la sensación de que nada ha cambiado —le dije.

—Bueno…, los que sí hemos cambiado somos nosotros.

«Y tanto que hemos cambiado», pensé.

—¿Dónde es? —me preguntó Moni.

—Estamos muy cerca; la inauguración se celebra en la plazoleta del barrio donde vivía Sergio.

Nos quedamos los dos en silencio. Era evidente que con el paso del tiempo lo habíamos superado, pero pronunciar su nombre, tan cerca donde había vivido, adquiría un peso que me empujaba al fondo de un agujero en el que reinaba la tristeza; y por su reacción, a Moni le ocurría lo mismo.

En mitad de la plazoleta, donde antes se erigía un árbol dejado de la mano de Dios, ahora se

encontraba una explanada de caucho en la que se alzaban numerosos columpios a estrenar. En el centro destacaba una figura inmóvil cubierta al completo por una lona blanca.

Mónica sacó a nuestra bebé de la sillita de coche y se la colocó en la bolsa porteadora.

Los recuerdos se me amontonaron al contemplar un tranco de la acera en el que había compartido tantos momentos con Sebas y Sergio. Ahora se encontraba vacío.

Al lado del parque, una pequeña multitud se apelotonaba alrededor de una tarima, supuse que para el discurso del alcalde. Varios niños aporreaban con los pulgares las pantallas de los teléfonos móviles sin prestar atención al espectacular parque que tenían enfrente.

Nos fundimos con el gentío. Oteé en busca de conocidos. Pese a los años, tenía la esperanza de reconocer a alguien, y vaya sí reconocí rostros: estaba Beatriz, quien regentaba la tienda de golosinas; Paco, el mecánico del barrio. Me quedé paralizado al identificar la cara de una mujer con los últimos veinte años muy mal pasados.

Me acerqué para saludarla:

—Disculpe, creo que la conozco.

Me observó con ojos melancólicos.

—Me resultas familiar —me dijo—. Ojos claros, rubio… ¿Fran? —Abrió la boca de asombro —. ¿Eres tú?

—Sí, señora Lola —afirmé—, soy yo.

Me dio un abrazo impetuoso.

—Sigue sin gustarme que me digas «señora» —me dijo sin soltarme.

Se emocionó al ver a mi hija.

—¡Mónica!, a ti te tengo que dar otro abrazo. —Continuó hablando mientras la abrazaba—: Gracias, si no hubiera sido por ti, este homenaje a Sergio habría sido imposible. No sé cómo diantres lo conseguiste. Nadie de la asociación del barrio logró que le hicieran caso en el ayuntamiento; sin embargo, a ti sí que te escucharon.

—No sabe usted lo persuasiva que puede llegar a ser —le dije.

—No ha sido nada —se soltaron del abrazo—. Sergio se merece esto y mucho más.

Hablamos durante unos minutos hasta que alguien requirió la atención de Lola. Se disculpó y se marchó.

Tres BMW negros vomitaron la patulea política municipal de Mardulce, entre ellos, el alcalde. Estrecharon manos y dieron besos con la amabilidad cínica que posee todo político de *bien*. A escasos metros de los coches, me percaté de dos chavales de no más de quince años bebiéndose una lata de Monster cada uno y trapicheando con droga. «¡Justo al lado del alcalde! Tal y como pensé, parece que nada ha cambiado».

—Muy buenas tardes —escuché a mis espaldas.

Tanto Moni como yo nos quedamos con la típica cara de imbécil propia del asombro.

—¿Qué os pasa, tan feos somos? —nos preguntó un sonriente adulto, pelirrojo y con menos pecas que entonces.

—Borja —Moni se abalanzó sobre él y lo abrazó.

—Hola, Fran —me dijo otro hombre alto y muy pero que muy musculoso.

—No me digas que eres Mateo —le dije.

—Sí, soy Mateo.

Me pasé la mano por la cabeza.

—¿Qué te ha pasado? —le pregunté.

—Cambié los hidratos de carbono por las proteínas, y la PlayStation, por el deporte —me

contestó.

Moni soltó a Borja y miró al que quedaba por saludar:

—Lucas, tú estás igual —le dijo.

Y era verdad: seco, alto y con unas gafas gigantescas de culo de vaso sobre la cara.

—Hola, Fran y Moni —hizo una pequeña reverencia.

Moni abrazó a Lucas y a Mateo, y yo estreché la mano de Lucas y Borja.

—Pero ¿qué es de vuestra vida? —les pregunté.

—Yo soy profesor de ciencias en el mismo instituto que expulsó a Moni —dijo Borja.

—¿En serio? —preguntó Moni, escéptica—. ¿En el Virgen Auxiliadora?

—Afirmativo —confirmó Borja.

—Yo vivo en California —explicó Lucas—, trabajo de programador en Google.

—Fíjate que eso no me extraña —dijo Moni, sonriendo.

—Yo soy el gerente del Óvalo —comentó Mateo.

—¿Ovalo?, ¿eso qué es? —pregunté.

—El Ovalo es el gimnasio más grande e importante de Mardulce —aclaró Borja.

—Borja, ¿y esa manera tan peculiar tuya de hablar? —le preguntó Moni.

—Al final, me operé el frenillo labial —contestó tocándose el labio superior.

—Han pasado muchos años —dije.

—Sí, y aún estoy esperando a que aceptes mi solicitud de amistad de Instagram o de Facebook —dijo Lucas.

—Lo siento mucho, de verdad —me disculpé—. Después de lo que pasó, no quería saber nada de Mardulce.

—Te comprendemos, Fran —me dijo Borja empático—, nosotros también lo pasamos fatal.

—¿Qué pasó con Gitano y su banda? —inquirió Moni.

—Bueno… —empezó a decir Borja—, a Gitano y al resto de su banda los metieron en el reformatorio. Al poco de salir, los arrestaron por atracar un estanco. Se pasaron, casi matan a uno de los dependientes. Según tengo entendido, siguen en la cárcel.

—¿Sebas estaba con ellos? —pregunté con miedo.

—No —me contestó Borja con mirada sombría—. Después de lo que pasó, Sebas ingresó en el reformatorio, fue el que más tiempo permaneció allí. Cuando salió, a diferencia de Gitano y su banda, no volvió a Mardulce, pero tengo entendido, por rumores, que traficó con drogas, y que al final lo pillaron y acabó entre rejas. Desde entonces, no sé nada de él.

—¿Y la historia esa que se cuenta, la del viento? —preguntó Moni.

Los cinco nos lanzamos miradas fugaces de inquietud.

—Eso es una leyenda urbana sin fundamento —explicó Lucas.

—Yo lo sentí —afirmó Borja con gesto serio—, y estoy seguro de que era él. No sé cómo explicarlo, pero sé que era él.

El ambiente se espesó.

—Yo también lo sentí —dijo Moni.

—Y yo —dije al fin—, al igual que Borja, no tengo ninguna duda de que era él.

Borja, Moni y yo nos miramos cómplices.

—Ya veo que habéis sido padres. —El comentario de Mate vino como agua de mayo para espantar el espinoso asunto.

Los pijos tomaron a María del Mar —así es como se llama nuestra hija—. Reímos recordando alguna que otra batallita. Gracias a ellos, la pesadumbre que cargaba sobre los hombros desde el momento en que había entrado en la ciudad desapareció. Los golpecitos del técnico de sonido

sobre el micrófono cortaron nuestra animada conversación y centramos nuestra atención en la tarima.

Enfundado en un traje azul marino hecho a medida, el alcalde comenzó a hablar:

—Buenos días, queridos vecinos de Mardulce. Hoy nos encontramos en este maravilloso barrio para inaugurar un moderno parque junto a este emblema—señaló la figura inmóvil tapada por la lona—, que seguro se convertirá en uno de esos puntos con alma de la ciudad.

»Nuestro equipo municipal, después de escuchar y atender las peticiones de los vecinos del barrio, como siempre ha mostrado nuestra gestión, decidió colaborar y levantar esta estatua como un símbolo, con el objetivo de mantener el compromiso del ayuntamiento con todos y cada uno de los niños, niñas y jóvenes de Mardulce.

Con un gesto de cabeza del alcalde, un hombre que se encontraba al lado de la figura tiró de la lona para descubrirla.

La estatua era de un chico que nada tenía que ver con Sergio, en mármol blanco de Lubreida. Una placa de metal en la base tenía grabado el siguiente mensaje:

«Por el niño más valiente del mundo».

El público prorrumpió en un aplauso.

—Esto es una vergüenza —farfulló Moni.

Justo cuando el alcalde se disponía a seguir con la monserga, Moni se puso a hacer de las suyas.

—¡Disculpe! ¡Perdón! —exclamó Moni levantando el brazo.

El alcalde, incrédulo, la miró.

—Me gustaría decir unas palabras —pidió Moni.

—No está previsto… —intentó decir el alcalde.

—Pero creo que es importante que alguien, además de usted, pueda intervenir en el evento —explicó Moni.

—Sí…, claro, adelante —le dijo el alcalde, resignado, e inmediatamente se bajó de la tarima con el gesto torcido.

Todos los ojos estaban puestos en Moni, lo cual se la traía al pairo. Se sacó la bebé de la mochila porteadora, me la entregó y me arrebató con poco tacto la bolsa con los enseres de la niña. Luego, con decisión, subió a la tarima.

—Buenos días—comenzó Moni—, me gustaría que todos guardáramos un minuto de silencio en recuerdo del extraordinario niño que perdió la vida en este mismo lugar hace veinte años. —Del bolso sacó un altavoz *bluetooth* y lo colocó en la tarima—. Pero, como he dicho, antes quiero decir algunas palabras.

»En primer lugar, agradecer al alcalde el que los vecinos de este barrio dispongan de un parque. Aunque, señor alcalde, ¿sabe usted cuánto tiempo llevan esperando las familias de este barrio un parque como este, cuando en el resto de barriadas de Mardulce ya disponen de él? Al igual que el abandono del deteriorado asfalto de la carretera del barrio. Espero que esta dejadez no sea porque el distrito al que pertenece este barrio no suele ser muy generoso en votos hacia su partido. —El alcalde se sacudió incómodo.

»Otro apunte importante, señor alcalde —continuó—: os solicitamos de manera clara que la placa —la señaló a los pies de la estatua— incluyera el nombre y apellidos del niño al que representa. Esto ha sido una tremenda descortesía por su parte; pero, ¿sabe qué?, da igual: el niño más valiente del mundo solamente es uno, y ese uno es Sergio Núñez Marín o, como a él le gustaba que le llamaran, Flubber.

Un estallido de aplausos y vítores llenó de júbilo aquella plazoleta. Moni pidió que pararan,

sacó el móvil del bolsillo, y al tocar la pantalla comenzó a sonar por el altavoz *bluetooth Listen to Your Heart*, de Roxette.

Mientras todos nos manteníamos en silencio escuchando la canción, alguien que miraba a lo lejos y medio escondido entre dos coches despertó mi curiosidad. Delgado, piel muy morena, ojos tristes y rasgados. Nos reconocimos en la distancia. Asintió con la cabeza y se esfumó.

La leyenda

Se dice, se cuenta… En Mardulce hay una leyenda.

En el amanecer de aquel día sin viento, un niño recibió un disparo, y, justo antes de que su corazón dejara de latir, una brisa lo envolvió, llevándose con ella su alma.

La brisa se elevó y entró en la habitación de aquel niño. Acarició los libros, el cajón de cintas y el radiocasete. Atravesó el pasillo y se coló en el dormitorio de la madre. Aunque la ventana estaba cerrada, una fría corriente obligó a la mujer a arrebujarse entre las sábanas.

La brisa se movió, recorrió la plazoleta, el descampado de tierra; sobrevoló los edificios del barrio y, rápida, se internó por los caminos flanqueados por juncos de Las Cortijadas. Una chica que dormía plácidamente se despertó, sobresaltada, al sentir un aire frío sobre el cuello y la cara. Al irse, sonrió con la sensación de que algo bueno la había visitado.

Esa brisa no había acabado aún, se dirigió a la casa de un chico pelirrojo que, tumbado boca arriba en la cama, lanzaba una pelota hacia el techo. Observó cómo la camiseta de su pijama se sacudía por un frío viento. Al desaparecer, sintió un bienestar que no pudo comprender.

La brisa se agitó veloz llegando hasta la autopista. En el asiento de atrás de un coche, un chico rubio miraba por la ventanilla apesadumbrado. La brisa lo envolvió llenando de alegría y optimismo el espíritu de aquel chaval.

Como todo principio tiene un fin, la brisa decidió volver adonde había nacido. Allí, de rodillas, un niño de piel morena lloraba sin consuelo. La brisa lo abrazó, insuflándole amor y sosiego, y, justo antes de que se consumiera, aquel niño de piel morena supo que Sergio lo había perdonado.

FIN

Tú comentario en Amazon me ayuda mucho.

Síguenos en Redes sociales:
Losultimosdelaegb - www.losultimosdelaegb.com